Saga Hijos MacGregor III

TE DARÉ MI VIDA

KATE DANON





Saga Hijos MacGregor III

TE DARÉ MI VIDA

KATE DANON

Título original: Te daré mi vida
Autora: Kate Danon
© Victoria Rodríguez Salido
1 ª Edición: junio 202 5
Diseño portada: Sara Cuevas @sarac.designs
Imágenes interiores: Pixabay
Aviso Legal: Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

NOTA DE LA AUTORA

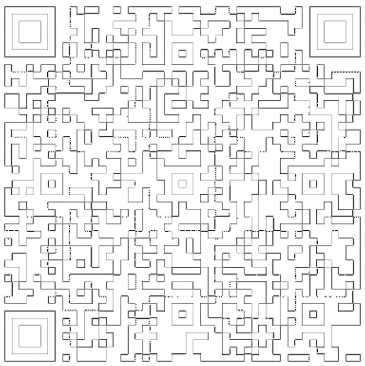
Antes de que te sumerjas en esta aventura, déjame darte las gracias por leerme. Para una autora autopublicada que pretende vivir de la escritura, el apoyo de sus lectores es fundamental.

Y, por si fuera la primera vez que tienes una de mis historias en tus manos, me presento:

Kate Danon es el seudónimo bajo el que publico mis novelas románticas. Siempre que me embarco en la aventura de escribir una nueva historia trato de ofrecer una premisa intrigante, unos personajes inolvidables, una trama que atrape y un final feliz. No lo puedo evitar, soy fan de los finales felices y de esa sensación de bienestar que se te queda en el cuerpo después de terminar de leer un libro que ha conseguido su objetivo: transportarte a otro mundo y hacerte soñar. Eso es lo que busco con mis historias, lo que deseo que tú, como lectora, experimentes.

La novela que estás a punto de leer es una *ficción romántica*, por lo tanto, te ruego me disculpes por las licencias que me he tomado en cuanto al rigor histórico. Los personajes, los escenarios y los hechos que se narran son en su gran mayoría inventados. Y, si bien aparecen lugares reales y figuras históricas del pasado (como los reyes que se nombran y James Douglas, apodado *The Black Douglas*), los hechos narrados en esta historia son producto de mi imaginación.

Si quieres conocer toda mi obra y no perderte las nuevas novelas que voy publicando, puedes seguirme en mi página de **Autor de Amazon** escaneando con tu móvil este QR:



Para aquellos que quieren liberarse
y vivir el amor que todos merecemos

NOTA DE LA AUTORA

ÁRBOL GENEALÓGICO

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

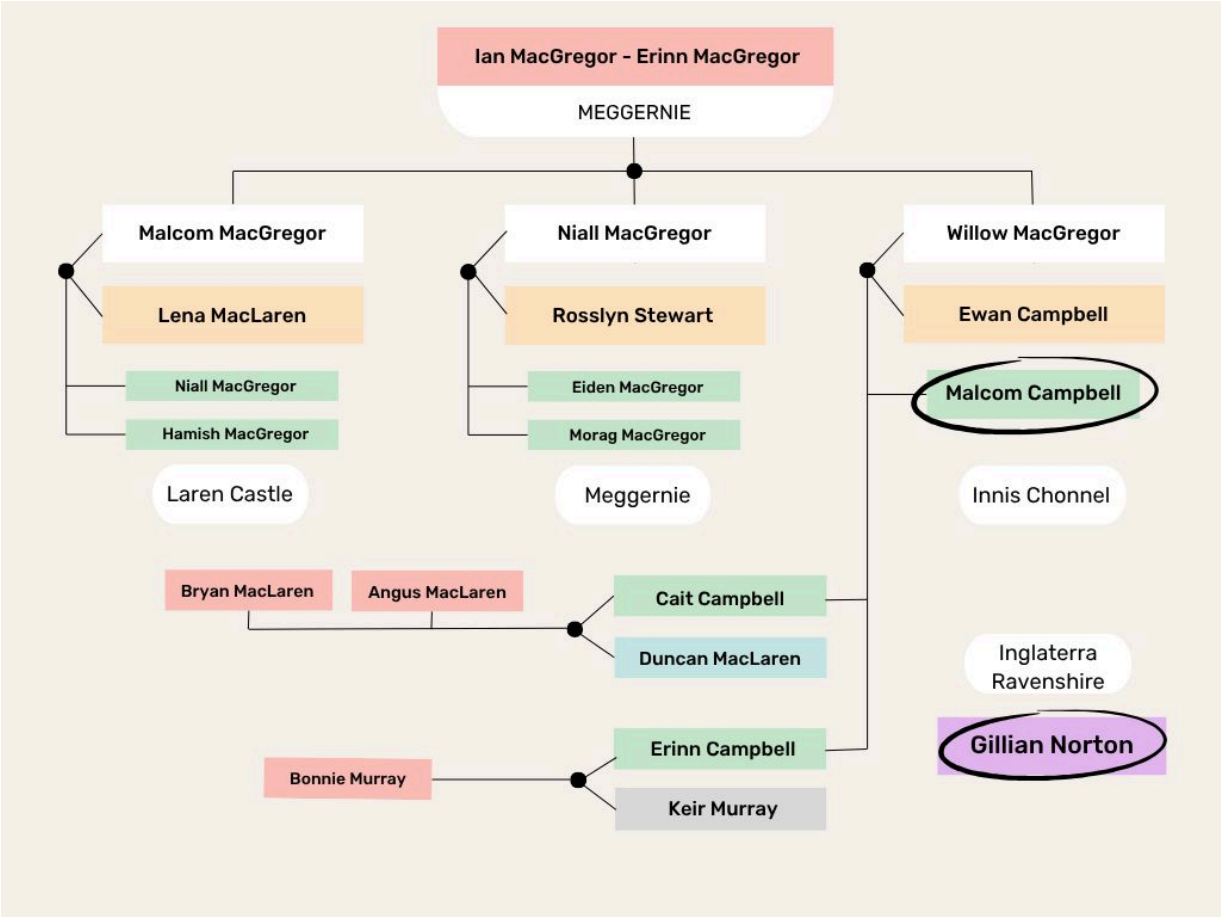
EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA

SOBRE MÍ

ÁRBOL GENEALÓGICO



«Entonces dijo sir Lancelot: Bella dama,
os liberaré, o moriré por ello»

(Libro VI, Capítulo V)
Le Morte d'Arthur de Sir Thomas Malory

PRÓLOGO



Inglaterra 1333, tras la batalla de Halidon Hill
Northumberland, prisión del Castillo de Berwick

—¿Qué harán con nosotros?

La pregunta salió de los labios de un joven guerrero del clan Graham. Todos los hombres recluidos en aquella celda lo miraron sin saber qué responder. Los ingleses eran impredecibles; estaban eufóricos por su victoria sobre el ejército escocés y, por desgracia, los prisioneros ya habían presenciado algunas de las atrocidades de las que eran capaces.

Malcom Campbell, con grilletes en las muñecas y encadenado a la pared, se hacía la misma pregunta, aunque no la hubiera formulado en voz alta como su compatriota: ¿qué iba a ser de él?

—Si tenemos suerte, nos dejarán aquí encerrados —habló entonces uno de los presos de mayor edad. Todos prestaron atención a sus palabras—. Si nuestras familias saben dónde encontrarnos, pueden pagar por nuestra libertad. Lo he visto otras veces.

—¿Y nos dejarán marchar? —quiso saber el joven Graham.

—Lo harán si el importe del rescate es suculento. Por eso es importante que no nos trasladen.

Malcom abrió la boca por primera vez en mucho tiempo.

—¿Y adónde podrían llevarnos?

—A cualquier parte de Inglaterra —la respuesta del hombre mayor cayó como una losa sobre su ánimo—. A realizar trabajos

forzados para alguno de sus encumbrados nobles. Nos tratarán como esclavos, jamás nos libraremos de estas cadenas —terminó, sacudiendo su brazo para mostrar la que lo ataba al muro de piedra.

No. Eso no podía ocurrir, pensó Malcom, desesperado.

Confiaba en que su padre o alguno de sus tíos hubiera dado con su rastro y ya supieran dónde encontrarlo. No era complicado, pues gran parte de los guerreros que habían caído prisioneros habían sido llevados al castillo de Berwick. Su familia reuniría el dinero para el rescate, estaba convencido.

Tenía que hacerlo…

Cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el muro. ¡Qué necio había sido al dejarse capturar! ¡Qué arrogante al pensar que podría derrotar él solo a las tropas enemigas! Chasqueó la lengua con pesar, tan arrepentido de su impulsividad en la batalla que sintió una fuerte opresión en el pecho.

Los prisioneros continuaron hablando un rato más acerca del futuro que les esperaba si no lograban ser rescatados a tiempo. En sus corazones, la llama de la esperanza aún latía con fuerza. Aún no estaba todo perdido…

Más tarde, Malcom pensaría en lo irónico de la situación, ya que ese mismo día se hizo realidad el mayor de sus temores: un emisario del rey de Inglaterra, Eduardo III, llegó a la prisión en busca de esclavos para trabajar en una de sus canteras.

Así, el joven Malcom Campbell fue trasladado pocos días después de ser capturado en batalla y enviado a una zona lejos de la frontera con Escocia, sabiendo que sus posibilidades de recuperar la libertad se habían desvanecido casi por completo.

CAPÍTULO 1



Cantera de Clipstone, Nottinghamshire
Julio de 1335, dos años después

La piedra caliza de Clipstone tenía un color gris pálido que, al amanecer, parecía reflejar la luz como si se burlara del sufrimiento de los hombres que la extraían. La cantera se abría en terrazas talladas a golpe de maza y sudor, como un monstruo de entrañas expuestas que devoraba lentamente a quienes trabajaban en su interior.

Malcom Campbell levantó el pico una vez más y lo descargó con fuerza sobre la roca. Sus brazos, antes curtidos por el entrenamiento del guerrero, eran ahora duros como los bloques que extraía de aquella mole de piedra. Los músculos se le marcaban en los hombros y la espalda, definidos por el esfuerzo constante y la escasa alimentación. El trabajo forzado no lo había quebrado: lo había curtido. En el infierno de Clipstone, donde muchos hombres perdían la voluntad antes que el cuerpo, él había resistido, haciéndose más fuerte.

No había cadenas. No hacían falta. Estaban demasiado lejos de Escocia, rodeados de bosques vigilados y de soldados ingleses que no dudaban en acabar con la vida de cualquiera que tratara de escapar.

Malcom había presenciado ya demasiadas ejecuciones a sangre fría y jamás había intentado huir… No lo haría hasta que estuviera seguro de que lo conseguiría. Tenía que regresar; esa era la idea

que lo mantenía entero, con la mente lúcida y la esperanza viva. Tenía que volver con los suyos, pues la rabia de no poder abandonar aquel lugar no era nada comparada con la enorme tristeza y la angustia que lo consumían cuando imaginaba el dolor que le había causado a su familia.

En Clipstone, las palas y picos eran contados. El agua, racionada. El pan, duro como la piedra que sacaban del suelo. Las enfermedades acechaban, el invierno mordía los huesos como un lobo hambriento y los días de calor les derretían la piel. Pero Malcom lo había soportado todo con fiera determinación, jornada tras jornada, durante dos largos años, sin olvidar quién era y quiénes lo esperaban más allá de la frontera.

Ese día de principios de julio, sin embargo, algo rompió la rutina monótona del trabajo.

Un cuerno sonó desde la entrada superior del yacimiento, seguido por el trote de cascos de caballos. El capataz se incorporó desde su sombra habitual y alzó la mano para que los esclavos se detuvieran. Todos cesaron su labor. Solo se oía el viento entre las grúas de madera y las poleas, y el rumor del polvo de roca que caía desde las paredes.

Una pequeña comitiva descendía por el camino de piedra. Cuatro soldados escoltaban un pequeño carruaje, un par de sirvientes iban detrás y, a la cabeza del grupo, montando un semental bayo, un noble inglés de aspecto pomposo, barba perfectamente recortada y una expresión fría como el acero.

Cuando llegaron hasta donde el capataz aguardaba, del carruaje descendieron dos damas. Una de ellas era muy joven, según pudo apreciar Malcom desde su posición, y debía de ser la hija del noble señor, porque se acercó a él y permaneció a su lado, mirándolo todo con los ojos muy abiertos.

Tras intercambiar unas palabras con los inesperados visitantes, el capataz gritó órdenes a los soldados para que fueran a buscar a algunos de los prisioneros, y los obligaron a formar una fila frente a los recién llegados, como si fueran ganado listo para exhibir.

La joven dama, sin quitarles la vista de encima, se llevó un pañuelo a la nariz, como si necesitara respirar a través de la fina tela

perfumada para no atragantarse con el hedor de aquel lugar.

—Milord, estos son los hombres más fuertes de los que disponemos —dijo el capataz.

Malcom detestó el tono que había usado, como si todas aquellas almas expuestas frente a él le pertenecieran.

El noble pomposo —el escocés se enteraría más tarde de que se trataba del barón de Ravenshire—, paseó de un lado a otro, con las manos en la espalda, estudiándolos con ojo crítico. Arrugaba la nariz y torcía los labios en desagradables muecas al observar su lamentable aspecto.

—No son gran cosa —dijo, cuando pasó revista a todos.

—Debería ser yo la que eligiera. Al fin y al cabo, el esclavo es para mí, estará a mi servicio —habló la mujer joven.

A Malcom le sorprendió la altanería y la frivolidad de su tono.

—¿Estás segura de que esto es lo que deseas, esposa? —le preguntó el barón, observándola con seriedad.

La dama le hizo frente sin un solo pestañeo.

—Me prometiste el regalo que yo quisiera —le recordó con voz fría, casi antojadiza—. Y esto es lo que he escogido. Tú ya tienes varios esclavos escoceses, yo quiero el mío.

Malcom no daba crédito a lo que escuchaba.

En primer lugar, ¿esposa? Ese hombre, como poco, le doblaba la edad. Era casi ofensivo imaginarlos juntos, como marido y mujer. Y, en segundo lugar, ¿ella quería un esclavo personal? Y lo reclamaba, además, como podría hacerlo un niño ante un juguete del que se hubiera encaprichado.

Vio cómo el esposo se rascaba la barba, pensativo; tal vez contrariado. Era evidente que no estaba muy conforme con lo que ella le pedía, pero al final accedió, con un gesto seco de su cabeza.

—Mi esposa desea verlos más cerca —exclamó al fin, apartando los ojos de ella—. Que esos miserables se acerquen un poco más —ordenó.

Los guardias que estaban tras ellos los empujaron para que se adelantaran unos pasos.

—Aunque tengan este aspecto —intervino el capataz—, son hombres fuertes, mi señora. Fueron hechos prisioneros en distintas

batallas contra los nuestros; son guerreros escoceses. Lo que ocurre es que, para doblegar ese orgullo del que tanto les gusta presumir, hace falta mano dura y látigo. No hay nada mejor para quebrar el espíritu combativo de un maldito escocés que alimentarlo con lo justo para que no muera y castigarlo severamente cada vez que levanta la cabeza.

Si esos comentarios escandalizaron a la dama, su gesto no lo dejó traslucir.

Al igual que había hecho momentos antes su esposo, la joven caminó frente a ellos y los observó con mucha atención. Malcom detectó el temblor de algunos de los reos, que se mantenían erguidos a duras penas porque se les doblaban las rodillas. No todos soportaban aquel cautiverio con tanta entereza como él y era evidente que tenían miedo a que su situación aún pudiera empeorar.

Ella se detuvo al fin frente a uno de sus compatriotas.

—Creo que este me vendrá bien. No es muy alto, pero es bastante ancho de espaldas —dijo, repasándolo de arriba abajo.

Como si aquellas palabras lo hubieran golpeado físicamente, el hombre cayó de rodillas en ese momento, con la cabeza inclinada hacia delante.

—¡Levanta, apestoso escocés! ¡Compórtate delante de la dama!

Uno de los soldados sacó el látigo y fue hacia él.

Malcom se movió antes de sopesar las consecuencias.

Sujetó con firmeza el brazo del guardia, decidido a no permitir que se castigara a uno de los suyos por ceder a la debilidad de sus piernas y de su angustiado corazón.

—¿¡Cómo te atreves!? —Los ojos del guardia parecían inyectados en sangre, pero Malcom no aflojó su agarre.

—No lo toques —siseó, con un fiero gruñido.

Eso le costó caro.

Otro de los soldados lo apartó de su compañero de un empujón y le propinó un fuerte puñetazo en la cara.

Se tambaleó hacia atrás por el golpe, pero no sucumbió. Volvió a erguirse y fulminó con la mirada a su agresor.

—Aún conservas demasiada insolencia —le dijo el capataz, acercándose a él—, tal vez unos cuantos latigazos consigan doblegarte… ¡Lleváoslo!

Los dos guardias que habían intervenido en la disputa lo aferraron con fuerza por los brazos con la intención de arrastrarlo hasta el poste de castigos. Malcom no se resistió esta vez. Sabía que tenía todas las de perder, así que se conformó con haber evitado esos latigazos a su compatriota.

—¡Un momento! —La voz de la dama llamó la atención de todos —. Lo quiero a él —proclamó.

Malcom clavó la vista en su joven rostro, sorprendido. ¿Se había vuelto loca? La joven le devolvió la mirada con serena arrogancia, como si elegir esclavos fuera algo habitual para ella.

El esposo se acercó y carraspeó, incómodo, antes de hablar.

—Querida, esa es una opción muy arriesgada. ¿No lo has visto? Es un salvaje, y no querrás tener a tu servicio a un bárbaro que seguramente no sabrá comportarse. Es mejor que escojas a otro. El primero en el que te has fijado es buena elección. En cuanto se alimente en condiciones y le curen las heridas, podrá realizar todas las tareas que le encomiendes.

Ella meditó la sugerencia. O fingió que la sopesaba, porque casi enseguida irguió más la cabeza, altanera e intransigente.

—Es mi regalo y lo quiero a él —insistió.

El barón la observó fijamente durante eternos segundos.

—De acuerdo —cedió al fin.

—Milord —terció el capataz—, no es prudente. Este hombre es peligroso.

—Tráelo aquí —ordenó el pomposo caballero. El otro hizo un gesto para que los soldados, que aún lo aferraban por los brazos, lo acercaran tal y como había pedido—. Soy el barón de Ravenshire, Lord Arthur Norton. Le prometí un esclavo a mi esposa y lo tendrá. Te quiere a ti. —Aproximó su rostro al de Malcom y frunció el ceño antes de susurrar—: Que te quede muy claro: ante la primera muestra de rebelión por tu parte, te mataré. Y no será algo rápido, créeme. Llorarás como un niño y suplicarás que ponga fin a tu

sufrimiento si se te ocurre hacer algo remotamente parecido a lo que acabo de presenciar hace un momento.

Remarcó aquella última frase clavándole el dedo índice en el pecho con insistencia.

Malcom observó aquel dedo conteniendo dentro las horribles ganas que tenía de arrancárselo.

—¿Cómo te llamas? —escuchó que le preguntaba la dama.

La ignoró. Sus ojos continuaban fijos en los del hombre que acababa de amenazarlo.

—Mi esposa te ha hecho una pregunta.

—Ella… y vos, podéis iros al infierno —respondió, en un ronco susurro.

El puño de lord Arthur se incrustó en su estómago con una rapidez y fuerza sorprendentes. Esta vez, el golpe logró que se doblara en dos por la falta de aire. Aunque no le duró mucho, porque, de inmediato, el barón lo aferró por el cabello y tiró hacia atrás con crueldad para que alzara la cabeza.

—Contesta a la dama —le ordenó, zarandeándolo por el cuero cabelludo.

—Solo tienes que decirme tu nombre —dijo ella, dando un paso hacia él.

En ese momento, sus ojos conectaron. Los de la joven eran de un verde muy claro; le pareció detectar en ellos un destello de preocupación, pero se esfumó tan rápido como había llegado.

Seguramente lo había imaginado.

—Mi nombre es Malcom Campbell —escupió con rabia, tratando de recuperar el aliento tras el puñetazo.

—¿Lo ves? No era tan difícil —le susurró con maldad lord Arthur, cerca de su oído.

—Yo soy… —comenzó a decir la joven.

—Una maldita inglesa —Malcom terminó la frase por ella—, que no tiene nada mejor que hacer que elegir como regalo a otro ser humano, como si no fuera más que un animal de compañía.

Lord Arthur lo silenció sacando la daga que llevaba en el cinto y poniéndosela en la garganta.

—Debería matarte ahora mismo y terminar con esta tontería. Sin embargo, amo a mi esposa y le he hecho una promesa. Ella puede elegir el regalo que quiera, y tú no eres un animal de compañía… Eres menos que eso. Vendrás con nosotros, aunque antes, pagarás por haberla insultado. —Lo empujó con desprecio hacia los brazos de los guardias—. Cincuenta latigazos, y más vale que no muera. Después, echad a esta escoria escocesa en una carreta y que lo lleven a Ravenshire.

Sacó después, de entre sus elegantes ropajes, una bolsa bien repleta de monedas que entregó al capataz. A este le brillaron los ojos con avaricia cuando se guardó aquel dinero, satisfecho con el trato que había hecho.

—Así lo haremos —le aseguró al barón—. Cincuenta latigazos —le prometió, poniéndole la piel de gallina a Malcom.

—Vamos, querida. —Lord Arthur se acercó a su esposa y le pasó un brazo por la cintura—. Aunque me encantaría quedarme a disfrutar del espectáculo, no creo que sea adecuado para una gentil dama como tú. Habrá bastante sangre…

La instó a caminar para que regresara al carruaje junto con la otra mujer que aguardaba en silencio junto a la portezuela. Ella giró la cabeza al pasar frente a él y Malcom volvió a encontrarse con esos ojos verdes. No supo descifrar lo que escondían detrás, pero le había quedado bastante claro que, si él estaba ahora en aquella situación, era por su culpa.

Su mirada ardió con el brillo de la venganza y, extrañamente, aquel gesto pareció complacerla.

La dama, para su completa estupefacción, asintió de manera casi imperceptible con la cabeza antes de alejarse y subir de nuevo a su carruaje junto con su dama de compañía.

Malcom miró solo unos segundos cómo el coche salía de Clipstone con un exagerado traqueteo debido a la irregularidad del camino, porque fue arrastrado hasta el poste de los castigos sin dilación.

Mientras le ataban las muñecas a la madera, por encima de su cabeza, deseó que una de las ruedas se rompiera y el vehículo, que

se alejaba con aquella joven pretenciosa en su interior, volcara de forma violenta contra el suelo de piedra.

CAPÍTULO 2



Uno, dos, tres…

Era mejor no contarlos.

Malcom mordió con fuerza la tira de cuero que le habían colocado entre los dientes. Intentó con toda su alma ignorar el dolor lacerante de aquel látigo que caía sobre su espalda una y otra vez, abriéndole la carne.

Su familia… Pensaría en ellos. En su madre, que estaría rezando a todos los santos que conocía por él. En su hermana Cait, su melliza; se la llevarían los demonios si lo viera en esos momentos, al no poder rescatarlo con su propia espada de aquel castigo. En Erinn, su dulce hermana pequeña; la última vez que la vio le prometió que cuidaría de su esposo y, al final, fue él quien cayó prisionero de los ingleses tras la escaramuza.

Y en su padre. Sobre todo, pensó en Ewan Campbell; en si seguiría enfadado con él, después de dos años, por haberse dejado capturar, por no haber permanecido a su lado durante la lucha como le ordenó durante la batalla.

Catorce, quince, dieciséis…

La espalda le ardía como si la tuviera en llamas. Las rodillas le flojeaban, pero tenía que aguantar. Solo un poco más… No les daría el gusto de verlo sucumbir tan rápido, y mucho menos de gritar pidiendo clemencia.

Esta vez, se concentró en la arpía inglesa. No supo por qué ignoró al barón de Ravenshire en sus pensamientos. Toda la furia que se iba acumulando en su interior, latigazo tras latigazo, iba dirigida a ella. A esa joven que había resultado ser un monstruo

disfrazado de ángel. No estaba ciego, y si bien la dama no poseía una de esas bellezas que quitaban el aliento a los hombres, tenía algo en sus facciones que llamaba poderosamente la atención.

Era bonita, no se engañaba al respecto. Poseía un cabello dorado como la miel, y sus ojos verdes, muy vivos y claros, le recordaron a las aguas de un lago de Escocia bajo un cielo brumoso. Sin embargo, sus delicadas facciones y su cutis cremoso contrastaban con la maldad de sus palabras y sus actos. Y la elegancia de su esbelta figura quedó eclipsada por lo grotesco de su pretensión: deseaba un esclavo. ¡Un esclavo!

Veintitrés, veinticuatro, veinticinco…

La vista se le nubló por el dolor. Su cuerpo colgaba ahora de las argollas que sujetaban sus muñecas y notaba el hierro clavándose en la piel.

Aunque eso no era nada comparado con el infierno desatado en su espalda.

De nuevo, el delicado rostro de la dama se le apareció tras los párpados. Le habían enseñado a respetar y a cuidar de las mujeres. Tenía dos hermanas a las que siempre había intentado proteger; pero, en lo referente a esa inglesa… Si hubiera podido, habría rodeado su blanco y elegante cuello con ambas manos para apretarlo sin compasión.

Treinta, treinta y uno…

La voz que recitaba los números sonaba muy lejana. Cada vez más lejos… hasta que dejó de escuchar.

También de sentir.

Esos malditos ingleses lo habían conseguido: se desmayó cuando su cuerpo no pudo soportarlo más.



Lo despertó el traqueteo de la carreta. Lo habían tumbado bocabajo, gracias al cielo. Inspiró para tomar aire y el dolor regresó de golpe, arrasando con su cordura. Se mareó y notó que la bilis le

subía a la garganta. Gruñó con fuerza y se tragó aquella acidez para no vomitar, mientras apretaba entre sus puños la manta raída sobre la que viajaba.

—Pobre diablo —escuchó la voz del hombre que conducía—. Es mejor que no te muevas, tienes la espalda en carne viva. Esperemos, por tu bien, que allá donde te llevo haya algún curandero para atenderte.

Malcom intentó girar la cabeza para ver a su interlocutor, pero una nueva náusea lo invadió y, esta vez, no pudo contener dentro la agria sustancia de su estómago. Ni siquiera tenía alimento que vomitar… Solo bilis.

Por suerte, su mente decidió volver a sumirse en la inconsciencia cuando aquella agonía se tornó insoportable.



—Tendedlo aquí, con cuidado.

Reconoció la voz femenina. No podía ser de otra manera, porque la tenía grabada en la cabeza desde que la escuchó por primera vez: la arpía inglesa.

Sintió que flotaba. Volaba bocabajo, sostenido en el aire por manos que lo aferraban de las piernas y los brazos. Su cara se hundió en una almohada que, al menos, no olía mal, y su cuerpo se acomodó en un estrecho colchón de lana.

—Bien, salid todos. Roberta, por favor, ve a buscar paños limpios, y que traigan agua caliente de las cocinas. Prepararé una infusión de salvia y manzanilla para lavarle las heridas.

—¿Queréis que os traiga también el ungüento de árnica y caléndula?

—Sí. —Antes de que la otra mujer saliera, la dama añadió—: No lo busques en la cocina. Está en mis aposentos.

Hubo unos instantes de silencio y Malcom abrió los ojos para observar a las mujeres, intrigado a su pesar. Ambas compartían una extraña expresión que no entendió.

—Enseguida vuelvo. —La tal Roberta se marchó, dejándolo a solas con la arpía.

Ella se acercó al catre y se inclinó sobre su espalda, como si lo estuviera examinando.

—¿Quién sois vos? ¿Una bruja que sabe de curaciones? —preguntó, con la voz afónica de sufrimiento.

—No soy una bruja.

Tenía los dedos fríos. Lo tocó con suavidad en algunas zonas, y fue lo mismo que si le clavara agujas en la carne herida. Siseó con rabia al no poder darse la vuelta y apartarla de un manotazo.

—¿Te duele mucho?

Trató de esbozar una sonrisa desdeñosa, pero los músculos de su cara también estaban agarrotados.

—Nooo. Cuando me tocáis es como sentir el aleteo de una mariposa en mis heridas sangrantes. Hacedlo otra vez, por favor, saciad vuestra curiosidad. A fin de cuentas, no merezco más consideración que un perro…

—También podría dejarte a tu suerte —ella contestó con enfado ante su ironía—. Podrías morir si estas heridas se infectaran. Lo sabes, ¿verdad?

Malcom consiguió girar la cabeza para buscar sus ojos.

—Lo único que sé es que estoy medio muerto por vuestra culpa.

El arrebato le costó un considerable mareo. Hundió el rostro en la almohada y trató de respirar con calma para recuperar la serenidad. Sus manos crispadas se aferraban a las sábanas con desesperación.

—No hagas esfuerzos inútiles. Odiarme en estos momentos no te conviene, escocés. Yo puedo aliviarte el dolor y curar tu espalda; haré que te sientas mejor.

—Eso lo dudo mucho —le dijo, con la voz enterrada en la ropa de cama.

Malcom la escuchó suspirar con resignación. ¡Tenía el descaro de ofenderse porque él no recibiera gustoso aquellas atenciones! Ojalá pudiera moverse. Ojalá pudiera darse la vuelta para pelear con ella como deseaba.

Mas su espalda seguía ardiendo como si lo hubieran cubierto de brea y luego hubieran acercado una tea encendida a la piel.

—Mírame un momento.

La dama lo obligó a sacar la cara de la almohada cuando lo sostuvo de la barbilla y le volteó el rostro. Notó un paño húmedo y frío en la boca, y se dio cuenta entonces de la sed que tenía. Ella le limpió la cara y le refrescó los labios resecos con suavidad.

Así, teniéndola tan cerca, apreció mejor el verde brillante de sus ojos y el sutil aroma floral que desprendía.

—¿Mejor? —le preguntó en un susurro.

—Idos al infierno.

Sus cejas doradas se fruncieron y lo soltó con brusquedad para apartarse.

No volvió a decirle nada ni a acercarse hasta que Roberta regresó con lo que le había pedido y una jarra de agua caliente, acompañada además de otra criada que traía un cubo de agua fría.

—Ponedlo todo aquí, en la mesa —ordenó la dama.

—Vuestro esposo ha preguntado por vos y por el prisionero —le informó Roberta.

Malcom observó cómo la joven se tensaba. Mas, con un suspiro, se sobrepuso de inmediato y se dirigió a la criada:

—Edith, decidle al señor que quiero asegurarme de que se atienda bien al esclavo para que sus heridas no den problemas, y que me reuniré con él enseguida.

—Sí, mi señora.

En cuanto la criada desapareció, Roberta tomó de nuevo la palabra.

—¿Creéis que esto es prudente? Tal vez podríamos hacer llamar al galeno, él lo atendería mejor…

—¿Que yo? —la interrumpió la dama—. Sé lo que hago, Roberta.

Para demostrarlo, echó un puñado de hierbas en un mortero y las aplastó con fiereza, como si las observaciones de la otra mujer la hubieran molestado. Luego, puso la mezcla en un cuenco grande y vertió agua caliente en él. Removió un rato, hasta que quedó satisfecha con el color de aquel mejunje. Después, empapó un paño con él.

—Te voy a limpiar las heridas. La manzanilla es calmante y la salvia previene las infecciones. ¿Quieres algo para morder?

Malcom cerró los ojos.

—Vuestro cuello —gruñó de mala gana, sin abrirlos.

Hubo un silencio tras su exabrupto. Acto seguido, notó el paño caliente restregándose contra las heridas de su espalda. ¡Maldita fuera esa mujer y su empeño por curarlo! Habría sido más piadoso clavarle una daga en el pecho para terminar con su sufrimiento de una vez por todas.

Era posible que la dama lo estuviera tratando con mucho cuidado, pero él notaba como si frotara la carne viva con saña. Y, a falta de la garganta femenina, Malcom se mordió el puño para no gritar por la agonía.

Después de aquella tortura, cuando ya tenía la frente perlada de sudor y le hubieron aplicado un aceitoso ungüento sobre las heridas, las dos mujeres le colocaron paños fríos por toda la espalda para aliviar la quemazón. Por primera vez desde que había despertado en aquel lugar, agradeció el gesto. Su respiración se fue calmando poco a poco… hasta que se quedó dormido de puro agotamiento.



Cuando despertó, todo estaba oscuro, a excepción de una única vela sobre la mesa cercana. Había una silla junto al catre y notó una presencia a su lado.

—No, no te muevas —le dijo ella cuando hizo el intento de levantar la cabeza.

Porque era ella.

Otra vez ella.

—¿Por qué seguís aquí?

—Debo vigilarte.

—No iré a ninguna parte, os lo puedo asegurar. Al menos, no esta noche. Y creía que vuestro esposo os había reclamado a su lado.

Ella resopló.

—Me reclamó hace horas y fui con él. He tenido tiempo de sobra para regresar a ver cómo te encuentras.

—No es propio de una gran dama como vos. Esta es una tarea para sirvientes —señaló, extrañado.

—Quería comprobar si el ungüento de caléndula te hacía efecto. —Se levantó de la silla para tomar el candelero entre sus dedos y acercar la luz de la vela a su espalda. Retiró las vendas que la cubrían con suavidad e inspeccionó las heridas—. Y parece que sí, la piel no está ya tan inflamada.

—Entonces, podéis retiraros a dormir tranquila. Vuestro esclavo no morirá hoy.

El delicado rostro de la dama se contrajo en una mueca de disgusto.

—¿No puedes agradecerme ni un poco lo que he hecho por ti? ¿Acaso no te sientes mejor?

A pesar del dolor que todavía lo torturaba, ardiente y palpitante, Malcom se apoyó en su antebrazo y se incorporó de manera brusca para aferrarla del cuello con la otra mano, como llevaba queriendo hacer desde que la conoció.

Sus ojos llamearon con furia antes de contestar.

—Preferiría estar muerto que a vuestro servicio. No tengo nada que agradeceros, todo lo contrario. Rezad para que no llegue el día en que pueda librarme de vos; porque si llega, no lo dudéis, antes de escaparme, recibiréis vuestro escarmiento.

Había acercado su rostro a la cara asustada de la dama, tirando de ella y apretando su garganta con crueldad. Cuando la soltó, ella trastabilló y cayó hacia atrás, de culo contra el suelo, tosiendo para recuperar la respiración. Se llevó las manos a la zona donde él había presionado durante esos pocos segundos y lo miró con los ojos desorbitados.

—Tienes una fuerza extraordinaria —fue lo que le dijo, para su sorpresa—. Me refiero, a pesar de encontrarte tan débil y malherido.

—El odio es aliciente suficiente para no desfallecer.

—¿Me odias?

Malcom la miró dudando de su cordura. En su tono había detectado una incredulidad que estaba fuera de lugar. ¿Qué esperaba de él? ¡Eran enemigos y ella lo había reclamado como esclavo!

De pronto, se sintió demasiado agotado como para explicarle algo tan obvio.

—Dejadme descansar, os lo ruego. Volved mañana para continuar torturándome —susurró.

Ella se levantó del suelo y recogió la vela que, milagrosamente, no se había apagado.

—No deseo torturarte. Aunque sí que me sirvas.

—No lo haré de buena gana.

—No me importa, mientras lo hagas.

—¿No tenéis ya criados suficientes, que necesitáis además un esclavo? ¿O es simplemente por el placer perverso de poseer a otra persona para hacer con ella lo que os plazca?

La joven no contestó. Se lo quedó mirando, como si estuviera meditando alguna cuestión importante. Aunque, por lo que dijo al cabo de un rato, Malcom había errado en su suposición.

—Me llamarás «mi señora», o lady Gillian. Y me preguntarás con respeto y devoción lo que deseo cuando te requiera ante mi presencia.

No podía ser más frívola y caprichosa.

Malcom cerró los ojos y volvió a tumbarse sobre el catre, girando la cabeza para mirar a la pared y no a ella.

—¿Me has entendido? —insistió.

—Idos al infierno, arpía —susurró, mandándola a los avernos por tercera vez desde que la conocía, y sin llamarla por ninguno de los nombres que le había pedido que utilizara.

CAPÍTULO 3



Malcom dormitaba a ratos. Le era imposible descansar en condiciones y se despertaba constantemente, sobresaltado, con el corazón agitado y sudores fríos por todo el cuerpo.

El ruido de la cerradura, cuando alguien giró la llave que lo mantenía encerrado en aquel cuarto, lo sacó de ese duermevela en el que se mantenía. La puerta se abrió y pudo ver la elegante figura, vestida tan solo con una túnica de noche, a punto de entrar. Se detuvo un momento para susurrar algo al guardia que custodiaba la entrada y después accedió al interior, cerrando tras de sí.

No podía creerlo. Debía de ser una alta hora de la madrugada.

—¿Otra vez vos? —preguntó, extrañado.

—He recordado que no te di un poco de agua antes de marcharme. Debes de estar sediento.

Malcom arqueó una de sus cejas al escuchar esa absurda excusa.

—Estoy sediento, hambriento… y destrozado.

Ella se acercó a la mesa y depositó allí el candelero para poder servir un poco de agua en un vaso. Se lo acercó y lo tomó de la barbilla para ayudarlo a mantener la cabeza erguida.

—Bebe.

Él no discutió esta vez. Dio pequeños sorbos hasta terminarlo todo, como si aquel líquido fuera un verdadero elixir de vida.

—Por la mañana te traeré un caldo caliente y, si tu estómago lo tolera, podrás tomar algo más sustancioso después.

Malcom estudió su gesto decidido unos momentos.

—Muy bien. Hasta mañana entonces, arpía —le susurró.

Ella apretó los dientes al escuchar de nuevo aquel apelativo.

—Mi nombre es Gillian. Lady Gillian para ti, o «mi señora». Ya te lo dije, ¿es que no tienes memoria?

Su mirada destelló con un brillo peligroso.

—¡Oh, sí! Tengo muy buena memoria, no lo dudéis ni por un instante.

Deseaba que ella detectara la fría advertencia en su tono.

Sin embargo, en lugar de ofenderse, la dama acercó la única silla de la habitación hasta el borde de la cama y se sentó, esquivando su mirada.

—¿Qué estáis haciendo?

—Voy a velar tu descanso. Si te duele mucho, avísame, te pondré más ungüento en las heridas.

—¿Por qué no volvéis a la cama con vuestro esposo? —preguntó él, con hartazgo.

La vio apretar los labios y contener una réplica. Luego, respiró hondo y se alisó las arrugas de su túnica antes de contestar.

—Tengo vocación de curandera. Y me siento en la obligación…

—Os libero de dicha obligación. Ya me habéis aplicado ungüento, me sigue doliendo como un demonio y no mejorará por mucho que me observéis dormir. Prefiero no teneros cerca.

Los ojos verdes de la dama se endurecieron.

—No me importa lo que tú prefieras. Es mi deseo estar aquí y aquí me quedaré, así que, ahora, duérmete. Te lo ordeno.

Malcom pensó que era una auténtica majadera. Movió la cabeza en un gesto claro de negación y emitió una especie de carcajada antes de volver a hablar.

—Solo vos podríais ordenar una necedad semejante. Mi padecimiento, tanto físico como mental, me impide dormir. ¿Queréis que descanse? Liberadme.

Ahora, fue ella la que se negó con un movimiento de cabeza.

—Puedo darte una tisana para que concilies el sueño.

—No quiero nada vuestro.

—Pues tendrás mi compañía, así que relájate y guarda silencio.

Malcom resopló por la nariz antes de girar la cara hacia la pared. Si estaba empeñada en quedarse, no podía hacer nada para evitarlo. Aunque, al menos, la ignoraría.

Al cabo de unos minutos, ella volvió a hablar, en un susurro.

—¿Estás ya dormido?

—Sí.

—Si me contestas, es que no lo estás.

Guardó silencio.

—¿Malcom?

Más silencio. ¿Es que esa mujer no se daba nunca por vencida?

—Me preguntaba si te espera una esposa allí, en Escocia.

Aquello encendió la furia en su interior. Se volvió para mirarla y, si hubiera podido, la habría asesinado con los ojos.

—¿Qué os importa a vos quién me espera? Lo único que debería importaros es que mi familia seguirá aguardando… y sufriendo por mí.

Lady Gillian se inclinó ligeramente hacia él.

—Me importa. Aunque ahora no lo creas, me importa.

—Es cierto —la observó con desprecio—, no os creo.

Fue lo último que le dijo antes de girarse de nuevo hacia la pared.

Por suerte, ella no intentó volver a entablar conversación, así que cerró los ojos.

Aunque no pudo relajarse.

No con ella allí, tan cerca, observándolo. Se mantuvo alerta hasta que, por fin, escuchó la respiración regular y profunda de la mujer.

Al parecer, se había quedado dormida mientras lo velaba.

Malcom no comprendía por qué no regresaba a su alcoba, a la calidez de su cama, y en cambio prefería permanecer allí, dormitando, incómoda, sobre una silla de madera.

«Definitivamente, esta inglesa no está bien de la cabeza», fue en lo último que pensó, antes de caer también rendido al sueño.



Entre delirios de fiebre, Malcom tuvo las mismas pesadillas que llevaban asolándolo esos dos años, desde que lo capturaron.

Primero, se veía a sí mismo junto a su primo Niall, la noche en que celebraron la fiesta de *Beltane* en Laren Castle, el hogar de sus tíos, y revivía la angustia de no haber podido salvar a su hermana Erinn cuando el laird Murray la secuestró. En su sueño, no solo eran atacados y derrotados por los hombres que se la llevaron, sino que, además, sus grotescas caras aparecían mofándose de él, ridiculizándole por no ser un guerrero capaz de proteger a los suyos.

Durante toda su vida había crecido con esa máxima: la de que, como único hijo varón de Ewan Campbell, debía ser el guardián de las mujeres de su familia; a pesar de que Cait fuera una guerrera capaz de manejar la espada con tanta habilidad como él, y de que Erinn tuviera la sagacidad de salirse siempre con la suya.

Cuando llegó el momento de demostrar su valía, les había fallado. A sus hermanas… y a sus padres, que siempre habían confiado en él.

Después, la pesadilla adquiría otras dimensiones, y se encontraba de pronto en el campo de batalla, rodeado de hombres ensangrentados, de gritos salvajes, de sonidos horrendos. Su padre permanecía cerca, luchando fieramente con su espada, y lo miraba solo un momento antes de exclamar:

—¡No te alejes! ¡Quédate en la retaguardia, detrás de mí!

Pero Malcom no hacía caso. Ignoraba que no había nada honorable en una guerra y que él no era invencible.

—¡Los hombres del flanco izquierdo necesitan refuerzos! —le contestaba a su progenitor, corriendo en aquella dirección.

Se alejaba entonces del grupo, de los Campbell, de los MacGregor que comandaba su tío Niall y los MacLaren que seguían a su tío Malcom. Se separaba de su primo, que luchaba junto a él… Hasta ese instante, se habían cubierto las espaldas mutuamente, como si uno fuera la sombra del otro.

De verdad pensaba que podía ayudar a los soldados que se veían superados al otro lado de la colina.

Y, de pronto, cayó sobre ellos una lluvia de flechas que redujo al grupo de guerreros que lo rodeaba. Levantaron los escudos, pero no fue suficiente. A pesar de que ninguna de aquellas saetas lo alcanzó, fue arrollado por los hombres que huían como animales acorralados.

Se golpeó la cabeza contra una roca al caer, los oídos le zumbaron y se le nubló la vista. Trató de incorporarse, pero todo se volvió negro…

Después de aquello siempre se despertaba empapado en sudor, con el estómago encogido de arrepentimiento. Había sido arrogante e inconsciente, y se había alejado de los suyos en el campo de batalla. Lo siguiente que recordaba tras el cañonazo, era despertarse en una carreta, rodeado de otros cuerpos heridos y mutilados, atado de pies y manos, con un fuerte dolor de cabeza y una dolorosa desorientación…

—¡¡No!! —gritó al abrir los ojos, espantado.

—Tranquilo, es solo un sueño —escuchó una voz femenina.

Cuando logró enfocar la vista, se encontró con la mirada verdosa de lady Gillian muy cerca, preocupada.

Tras ubicarse, exhaló un suspiro resignado. Se merecía estar allí, prisionero de esa extraña y caprichosa mujer.

Porque era un necio; un guerrero nefasto que, a la hora de la verdad, no servía para nada: ni había protegido a sus hermanas cuando lo necesitaron, ni había aportado ningún valor a las tropas escocesas que se dejaron el alma y la vida dos años atrás, en Halidon Hill.

—Era una pesadilla —susurró—; aunque, cuando despierto, me sumerjo en otra casi peor.

La dama ignoró su amargura y se levantó de la silla para mojar un paño en agua fría. Regresó a su lado y se lo puso sobre la frente como pudo, al estar él bocabajo con la cabeza ladeada.

—Has delirado de fiebre casi toda la noche. He tratado de bajar la calentura de tu cuerpo, pero me temo que las heridas son demasiado profundas.

Malcom elevó los ojos hacia el único ventanuco que había en la pequeña estancia, comprobando que, efectivamente, la claridad del nuevo día ya se colaba por él.

Lady Gillian siguió su mirada y cuando se percató de ese hecho, palideció.

—¡Oh, está amaneciendo! —exclamó.

Se pasó la lengua por los labios y se retorció las manos. Dio unos pasos hacia la puerta, pero se detuvo y volvió junto a la cama. Levantó los paños que cubrían su espalda con delicadeza y observó sus heridas una vez más.

—Si no puedo venir más tarde, le diré a Roberta que te aplique un poco más de ungüento.

Malcom no dijo nada. No la entendía. ¿Acaso no lo había tomado como esclavo? ¿Por qué tanta preocupación? ¿Qué le importaba a ella si vivía o moría?

La dama se marchó. Al cerrar la puerta tras de sí, escuchó cómo echaba la llave para que no pudiera escapar de aquel cuartucho.

Hacía bien en mantenerlo encerrado. Porque, aunque hubiera tenido que arrastrarse por el suelo, si Malcom hubiera detectado la más mínima posibilidad de escapar de allí, sin duda, lo habría hecho.

CAPÍTULO 4



Malcom no volvió a ver a lady Gillian en una semana.

Una horrible y eterna semana de dolores y padecimientos en aquel catre en el que se veía atrapado, porque apenas podía moverse. Lo visitaban de vez en cuando un par de criados y la dama de compañía de la señora, esa mujer llamada Roberta, para continuar con las curaciones y procurar que no muriera a causa de sus heridas. Lady Gillian, definitivamente, había comprendido que el diminuto cuartucho de un esclavo no era lugar para alguien de su posición.

Lord Arthur Norton, por el contrario, sí fue a verlo la mañana en la que ella se marchó, después de haberlo velado toda la noche.

Cuando lo conoció en la prisión no se fijó demasiado en él, porque su esposa acaparó toda su atención. Pero aquel día sí pudo observarlo con detenimiento y percatarse de que el aire que exudaba era pura maldad. Tenía unos ojos negros que le recordaron a la oscuridad de un pozo siniestro; ojos que ocultaban mucho más de lo que mostraban a simple vista. Su cabello también era oscuro, o lo había sido en su juventud, porque ahora estaba entreverado de hebras grises, especialmente en la zona de las sienes y en la distinguida perilla que lucía. No era muy alto, pero sí ancho de espaldas y de brazos fuertes. Aunque no era un hombre obeso, poseía esa notable barriga del buen comer y el buen beber que lucían algunos nobles encumbrados. Se adentró en la estancia con porte regio, como si se creyera el rey del mundo… O, al menos, de aquel lugar: Ravenshire.

—Me han dicho que el castigo te dejó baldado —le dijo, yendo hacia el catre. Apartó con brusquedad los paños que le habían colocado sobre la espalda y emitió un bufido desagradable—. No es para tanto, creía que tu estado era más penoso.

Malcom no le dijo que, si las heridas presentaban mejor aspecto, era a causa de su joven esposa. No deseaba mostrar gratitud alguna hacia ninguna de las personas que lo rodeaban.

«Malditos ingleses, así ardan en el infierno todos ellos», pensó con rabia venenosa.

—¡Hugo! —Lord Arthur llamó al guardia de la puerta—. Vigílalo y, en cuanto veas que puede mantenerse en pie, sácalo de aquí para que empiece a sernos útil. —Se giró de nuevo y se inclinó para que Malcom, acostado en el catre y con la cabeza ladeada, pudiera verle bien la cara—. He pagado una suma importante por ti, asqueroso escocés, y aunque tenga que molerte a palos para que trabajes, me serás rentable… Ya lo creo que lo serás.

Se marchó igual que había llegado, exudando arrogancia por cada poro de su piel.

Después de aquello, Malcom solo había recibido visitas de la servidumbre. Y, entre una y otra, disponía de mucho tiempo para pensar… y lamentarse.

Aquellos momentos de soledad se habían convertido en otra fuente de tortura. Echaba muchísimo de menos a su familia y no podía ni imaginar lo que estarían sufriendo por él. Le pesaba en el corazón ser la causa de aquella tristeza y preocupación en sus vidas.

Por eso, cuando llegó el día en que pudo ponerse en pie y aquel guardia llamado Hugo comprobó que era capaz de mantenerse erguido, sintió un inmenso alivio al abandonar la habitación. Aunque tuviera que trabajar como esclavo para el enemigo, al menos tendría otras cosas en las que pensar, algo con lo que distraer su mente del sufrimiento de su familia.

—Vamos a las cocinas —le dijo el hombre—. Daré aviso a lady Gillian.

Antes de llevarlo ante su señora, le proporcionó ropa limpia y un cubo de agua y jabón para que se aseara un poco. Malcom maldijo con cada uno de los movimientos que llevó a cabo, pues sus

articulaciones estaban anquilosadas por la falta de uso y le dolía cada fibra de su ser. La espalda continuaba ardiéndole a ratos, aunque, al menos, ya no le subía la fiebre por las noches.

—Ahora, debes ponerte esto en los tobillos.

Hugo lanzó a sus pies un par de grilletes unidos entre sí por una corta cadena. El escocés no podría correr con eso puesto. Dudaba incluso de que pudiera caminar rápido.

—¿Es necesario? —preguntó.

—No me gustaría tener que perseguirte si intentas escapar.

—Estoy malherido, soy incapaz de moverme sin que me duela. ¿De verdad crees que voy a escaparme?

Hugo le dejó ver una sonrisa ladeada.

—En cuanto veas la oportunidad —le respondió.

A Malcom le agradó aquella sinceridad, porque, además, el guardia no le habló de malos modos. Lo cierto era que, a pesar de ser su carcelero durante esos días, nunca lo había insultado ni había tratado de humillarlo. Era de agradecer, pues, hasta el momento, todos los ingleses que había conocido le parecieron unos miserables que disfrutaban tratando a patadas a sus prisioneros.

Con un suspiro resignado, obedeció y se colocó los grilletes en los tobillos. Cualquier cosa con tal de salir de aquel cuarto. No soportaba más tiempo a solas con sus pensamientos… Necesitaba distraerse como fuera, aunque tuviera que realizar las tareas más ingratas.

Siguió al hombre a través de los corredores de Ravenshire, en dirección a las cocinas. Se dio cuenta de que el guardia caminaba despacio en deferencia a su dificultad para mover las piernas.

—Te llamas Hugo, ¿verdad? —le preguntó de pronto. No era mala idea tratar de conseguir su amistad… por si acaso.

—Es mi nombre —respondió el otro, sin volverse.

—¿Llevas mucho tiempo al servicio de lady Gillian?

—Nací aquí, en Ravenshire. Mi padre fue el tutor de la señora antes de que se desposara con el barón. No he conocido otra vida, he crecido entre estos muros, igual que ella, y me honra poder servirla en todo lo que necesite.

Que respondiera sin mandarlo callar de malos modos ratificó la opinión que tenía sobre él: Hugo era un hombre de naturaleza amable. Y, por cómo hablaba de lady Gillian, estaba claro que sentía un gran aprecio por ella.

A pesar de que fuera una arpía a la que le gustaba que le regalasen esclavos.

Cuando llegaron a las cocinas, Hugo ordenó que le sirvieran un plato de sopa caliente mientras él iba a buscar a la señora. Malcom se sentó a la mesa, sin importarle que el resto de los sirvientes lo observaran sin disimular su curiosidad.

Cuando probó la primera cucharada de aquel caldo espeso, su alma se elevó a los cielos y agradeció la comida en el fondo de su corazón, aunque, por supuesto, no lo manifestó ni con gestos ni con palabras.

—¡Ah, por fin!

Malcom levantó la vista hacia la puerta y la encontró allí, junto a su dama de compañía, tan altiva y estirada como la recordaba

—¿Ya estás recuperado?

La pregunta era tan absurda que no se dignó a contestarla. En cambio, frunció el ceño con extrañeza al contemplar su atuendo.

Lady Gillian, a pesar del calor que hacía allí dentro, iba cubierta de pies a cabeza, dejando al descubierto solo sus manos y el delicado óvalo de su rostro. Llevaba un tocado que él solo había visto usar a las mujeres cuando acudían a la iglesia o a alguna celebración importante: una cofia de terciopelo de la que prendía un velo de gasa, el cual cubría su cabello hasta un poco más abajo de los hombros; por la parte delantera, rodeaba la barbilla y ocultaba también cuello y escote. Su vestido, del mismo tono verde oscuro que la cofia, tenía mangas largas, y por los bajos de la falda apenas asomaban las puntas de unos elegantes escarpines.

Si aquella era la vestimenta que usaba a diario para una jornada en su castillo, no cabía duda de que era una mujer muy presumida. Su madre y sus hermanas solían llevar vestidos mucho más prácticos para el día a día. Incluso Erinn, que era la más coqueta de las tres, jamás llevaría un atuendo como el que lucía la señora de

Ravenshire, salvo que se tratara de una ocasión especial. Y mucho menos en una época calurosa como aquella.

—La señora te ha hecho una pregunta —lo increpó la mujer que la acompañaba.

Malcom pasó la vista de una a otra antes de dar buena cuenta de lo que quedaba en su plato. Solo entonces, se levantó despacio.

—Sí. Ya puedo permanecer de pie sin desmayarme —contestó, retándola con la mirada.

Lady Gillian apretó los labios en un gesto de impaciencia ante su actitud y tomó aire antes de hablar.

—Entonces, hoy mismo comenzarás con las tareas que te he reservado. En primer lugar, lavarás mi ropa. Después, adecentarás mi dormitorio. Trabajarás en mi jardín privado y, por último, te ocuparás de mi caballo.

Ante esa tarea final, su dama de compañía giró la cabeza hacia ella, extrañada. El gesto no pasó desapercibido a Malcom, y se preguntó qué habría de raro en aquella encomienda. ¿Tal vez era un animal de trato difícil? Si era el caso, no le preocupaba demasiado. De todos los trabajos que había enumerado, aquel era el único que no le importaba llevar a cabo. Le gustaban los caballos y ya se había ocupado de ellos muchas veces en su hogar, en Innis Chonnel. Siempre se había llevado bien con los animales.

—¿Tienes algo que decir? —le preguntó la arpía, al verlo pensativo.

—¿Cómo se llama vuestro caballo?

Que ella parpadeara repetidas veces y titubeara no fue una buena señal.

Definitivamente, ocultaba algo.

—Se llama… Brioso.

—Brioso.

—Así es. ¿No te gusta el nombre?

—Da la impresión de que os lo acabáis de inventar —le dijo Malcom, directo.

Y, por cómo la miraba Roberta, con los ojos muy abiertos, estaba en lo cierto. ¿Por qué se inventaría el nombre de un caballo?

—En efecto —admitió ella. Los otros criados observaban la escena, tan patidifusos como su dama de compañía—. No tengo caballo, aunque pienso pedirle a mi esposo que me regale uno. Y lo hará, ¿sabes por qué? Porque me ama. Del mismo modo que me ha conseguido un esclavo, me hará feliz obsequiándome con un hermoso semental.

Aquel discurso revolvió las tripas de Malcom. A pesar de que detestaba a la dama, lord Arthur Norton le parecía tan despreciable que no entendía cómo podía estar orgullosa de ser su esposa y presumir de ese modo ante la servidumbre.

Eran tal para cual, sin duda.

—Un hermoso semental que se llamará Brioso —zanjó él, molesto por su antojadiza actitud.

—Eso es. —La joven asintió satisfecha—. Y, ahora, Roberta te acompañará a mis aposentos para que recojas la ropa que debes lavar. Espero que trates mis vestidos con un cuidado exquisito, son muy valiosos.

Levantó el mentón de forma arrogante antes de abandonar las cocinas y Malcom se mordió la lengua para no replicar. Se miró las manos, grandes, ásperas y llenas de callos del pomo de la espada. Jamás había lavado una prenda en su vida, pero no estaba preocupado. Si destrozaba algo de lo que ella le confiara, no lo lamentaría en absoluto.

Lo importante para él, en ese momento, era hacerse una idea de dónde estaba. De cuáles eran las salidas de la fortaleza. De cuántos soldados custodiaban las puertas y cómo de fuerte era la vigilancia en Ravenshire.

—Acompáñame —le dijo Roberta, interrumpiendo sus pensamientos y sus ansias de fuga.

Malcom siguió a la mujer con paso lento, arrastrando la cadena que unía sus piernas, y salieron de las cocinas. Atravesaron el gran salón y subieron por unas escaleras de piedra hasta los aposentos de la señora.

Al entrar, enseguida detectó un aroma sutil en el ambiente que le recordó a ella. Olía a lavanda con un cierto toque de canela. Se

estremeció con disgusto al darse cuenta de que podía reconocerlo, y maldijo entre dientes.

—Coge ese montón de ahí —Roberta le señaló las prendas que habían dejado sobre la cama.

Se fijó en que no había ningún vestido elegante. Eran más bien camisolas y túnicas ligeras. Sonrió a su pesar, dándose cuenta de que una mujer tan presumida no dejaría sus ropajes más refinados en sus rudas manos de guerrero.

Después, volvieron a bajar por las mismas escaleras hasta salir a un patio interior, a través de una de las puertas de la cocina. En todo aquel trayecto, Malcom vio apenas a media docena de guardias por distintas zonas de la fortaleza. Eso era algo bueno para sus planes de huida.

—Aquí puedes lavar la ropa —la voz de Roberta le obligó a prestar atención—. Ahí tienes jabón y, cuando hayas terminado, puedes colgar las prendas en esa cuerda que tienes a tu espalda para que se seque.

Malcom asintió de forma distraída mientras miraba alrededor. Era un patio cerrado, al que se accedía por un par de puertas: la que habían usado ellos, y otra en la cara opuesta del muro; tendría que averiguar adónde conducía.

—No te hagas ilusiones —habló de nuevo la mujer, como si le leyera el pensamiento—. Esa otra salida da a un almacén, no al exterior. Y, de todas maneras, no podrás abandonar Ravenshire así como así. Otros lo han intentado y lord Arthur siempre los atrapa. Créeme: si escapas, no desearás que te capture de nuevo. Tiene perros; una jauría casi salvaje que persigue a todo aquel que huye… para despedazarlo con sus dientes en cuanto le dan caza.

Él mantuvo una expresión neutra tras aquella explicación, aunque por dentro se desmoralizó bastante. También pensó que podía tratarse de una treta para conseguir ese efecto, por lo que permanecería alerta de todos modos, atento a cualquier posibilidad de huida.

No pensaba quedarse en aquel lugar para lavarle los camisones a una dama presumida y arrogante. ¡Él era un guerrero de las

Highlands, por todos los infiernos! Y prefería morir antes que pasar el resto de su vida complaciendo los caprichos de una arpía inglesa.

CAPÍTULO 5



Malcom tuvo compañía para realizar la tarea encomendada. Dos jóvenes sirvientas acudieron al patio donde Roberta lo había llevado, portando sendos cestos repletos de ropa sucia. Sin embargo, ninguna de ellas se ofreció a ayudarlo o a enseñarle cómo debía lavar aquellas prendas. Se pusieron manos a la obra con sus propias coladas y se limitaron a mirarlo con cautela, de reojo, como si tuvieran miedo de él.

Por primera vez desde que estaba en Ravenshire, Malcom se preguntó qué aspecto tendría. Se pasó la mano por el mentón y notó que la barba oscura le había crecido bastante en aquel tiempo. Él solía afeitarse, estaba más cómodo, mas no podía hacer nada al respecto. Su cabello también debía de parecer el de un salvaje… que era, posiblemente, como aquellas dos jovencitas lo veían: como a un bárbaro escocés, malhumorado y fiero.

¡Al diablo ellas y la opinión que tuvieran de su persona!

Las observó de reojo y trató de imitar sus movimientos. Metió todas las prendas de lady Gillian en el agua fría del pilón y las removió con energía, sacándolas y metiéndolas una y otra vez, prenda a prenda, sin ninguna delicadeza.

Al ver lo que hacía, las dos sirvientas lo miraron ya sin disimulos y, poco a poco, su gesto fue cambiando. Al parecer, su torpeza era graciosa, porque ambas esbozaban ahora tímidas sonrisas.

Al fin, una de ellas se apiadó de él y dejó la prenda que lavaba a un lado para acercarse. Malcom se fijó en que tenía un rostro agradable, de mofletes redondos y enrojecidos, y una figura robusta,

seguramente, capaz de afrontar cualquier trabajo que se le mandara.

La vio abrir la boca para decir algo, pero un carraspeo procedente de la puerta del patio le impidió hablar.

Al volver la vista, lady Gillian salió de las sombras dando la impresión de que había estado espiando sus movimientos. Avanzó con paso decidido hasta la zona del pilón y se detuvo frente a ellos.

—¡Mi señora! —La otra chica, la que no se había movido, se azoró al verla—. ¿Qué podemos hacer por vos?

—No nos reíamos de él —se justificó la que se le había acercado —. Ahora mismo iba a explicarle cómo tiene que… —comenzó a excusarse.

—Dejadnos —la interrumpió ella, con voz autoritaria.

—Por supuesto, lady Gillian —susurró la otra al momento, agarrando la mano de su compañera para volver a las cocinas a toda prisa.

—¿Venís a mofaros de mí? —le preguntó Malcom una vez se quedaron a solas—. No conseguiréis doblegarme ni humillarme asignándome la tarea de una lavandera.

—¿De verdad te crees que estás lavando ropa? —le preguntó, ladeando ligeramente la cabeza, con los ojos fijos en el camisón arrugado y empapado que él sostenía entre sus manos.

—Lo intento —dijo, muy serio.

—Pues parece que te estás peleando con esas prendas en lugar de lavarlas. Me gusta que mi ropa huela bien, esclavo. Y ni siquiera le has dado con el jabón.

Malcom fue a buscar la pastilla que las sirvientas habían dejado sobre el borde del pilón, emitiendo de paso un bufido desagradable. A él nunca le había gustado el olor terroso, a ceniza de madera y grasa, de los jabones que usaban para la limpieza de la ropa. Pero si ella deseaba que embadurnara sus camisones con aquel mejunje, le daría el gusto.

Sin apartar la mirada de la dama, sacó el barullo de prendas sumergidas en el agua, las apoyó en el borde del pilón y restregó el jabón contra la montonera como si estuviera cepillando un caballo.

—Ya está, milady. ¿Es bastante jabón para vos?

Observó cómo ella trataba de reprimir una sonrisa. Sin duda, la arpía disfrutaba torturándolo.

—Nunca antes has lavado ropa, ¿verdad? ¿Tenías criados allá, en Escocia? ¿Eres de familia noble? —Malcom la observó con los labios apretados, sin la más mínima intención de contestar. Ella prosiguió —: Seguro que sí. Eres demasiado orgulloso y arrogante. Sin duda, gozas de una buena posición en tu tierra.

—Eso no importa aquí, porque tengo que lavaros los malditos camisones —exclamó con insolencia.

—Así es. —Lady Gillian levantó el mentón, queriendo demostrar que estaba muy por encima de él—. Aunque eres un lavandero horrible y así solo conseguirás estropear la ropa. Te mostraré cómo debes hacerlo para que el resultado sea aceptable.

Malcom se sorprendió cuando la dama caminó decidida hacia él y lo apartó de un empujón. Seleccionó una de las prendas y la separó del montón.

—Lávalas de una en una, para empezar —le explicó, frotando la pastilla contra el camisón que había escogido—. ¿Lo ves? Así. Frotas con ganas, pero con cuidado, hasta que salga algo de espuma. Luego, lo sumerges para enjuagarlo…

La joven guardó silencio cuando se dio cuenta de que las mangas de su vestido eran demasiado largas. Las retiró hacia arriba de inmediato para no mojarlas con la tarea.

—Cuando veas que ya no queda jabón y está limpio —le dijo, tras aclararlo varias veces, ya remangada—, lo escurres y lo llevas a la cuerda para que se seque.

Malcom no se perdió detalle de todos sus movimientos mientras se lo explicaba. Cuando al fin colgó el camisón en el tendedero, la dama se volvió hacia él para ver si le había quedado claro.

Fue cuando lo vio.

Algo que no era habitual ver en una gran señora como ella.

—¿Quieres… —titubeó lady Gillian, cohibida por la intensa mirada de Malcom— que te muestre otra vez cómo se hace?

No contestó.

Fue hacia ella con tal decisión, que la joven dio un paso hacia atrás con cara de susto. Se encogió cuando lo tuvo encima, pero él

se limitó a señalar la piel al aire de su antebrazo.

—¿Qué os ha pasado? —quiso saber, con el ceño fruncido.

Ella bajó la vista hasta el feo moretón que había quedado al descubierto cuando se remangó el vestido.

—¡Oh, no es nada! —respondió, cubriéndose de nuevo a toda prisa—. Soy bastante torpe, tropiezo a menudo.

Se pasó la lengua por los labios, nerviosa, y esquivó su mirada.

A Malcom no debía importarle lo más mínimo. Tendría que darle igual que ella tuviera una o cientos de marcas en la fina y pálida piel de su cuerpo. Sin embargo, sin entender por qué, intuyó que la dama mentía, y que trataba de aparentar una fortaleza que estaba muy lejos de sentir.

Continuó mirándola fijamente, evaluándola, con un creciente malestar que le nacía en la boca del estómago y que era una completa estupidez; un sentimiento ilógico, dada su posición de esclavo en Ravenshire.

—¿Qué? —preguntó ella al fin, de malos modos.

—¿De verdad habéis tropezado?

Ella apretó los labios, indignada, recuperando su altivez.

—¿Cómo osas dudar de la palabra de una dama? —siseó—. Además, este asunto no es de tu incumbencia. ¡Continúa con tu trabajo si no quieres que ordene que te den más latigazos! —exclamó, antes de dirigirse con furia hacia la puerta de la cocina.

Malcom meneó la cabeza, disgustado. Ella tenía razón: sus moretones no eran de su incumbencia.

Sin embargo, se quedó pensativo durante largos minutos.

Todo le parecía muy extraño, empezando por el modo en que la joven había intervenido para mostrarle cómo debía realizar su tarea. ¿Cómo era posible que una dama de su posición supiera lavar la ropa? ¿Por qué se rebajaría a mojarse y a frotar las prendas, a riesgo de estropear la piel de sus manos, teniendo a otras criadas para ello? El trato que le dispensaba lo tenía desconcertado. Aunque pretendía que fuera su esclavo y lo amenazaba con castigos, en realidad, si lo pensaba bien, la joven señora no había hecho sino cuidarlo desde que llegó malherido. Y, ahora, lo ayudaba personalmente para enseñarle a lavar ropa.

¿Por qué lo hacía? Aquella incógnita le daba dolor de cabeza.

Con un gruñido, regresó al pilón y tomó otro de aquellos finos camisones entre sus dedos. Frunció el ceño: ese malestar que se había apoderado de su ánimo al descubrir el moretón de su brazo no desaparecía. Si se trataba de un tropezón, como ella misma había dicho, debió de haberse dado un buen golpe. Y si había sido una caída, probablemente tendría también marcas en otras partes del cuerpo…

—¡Por todos los infiernos, es una maldita inglesa! —musitó entre dientes, hundiendo con rabia la prenda en el agua.

¿Qué importaba si era torpe? ¡Por él, podía caerse rodando por las escaleras todas las veces que fuera menester!

Furioso consigo mismo por aquella maraña de pensamientos contradictorios, retomó la tarea del lavado con más ímpetu que cuando empezó. Frotó con tanta fuerza, que terminó destrozando dos camisones y deformó la manga de una de las túnicas de la dama.

No logró quitarse la imagen de ese feo moretón de su cabeza en toda la mañana.

Ese mismo día, por la tarde, el guardia llamado Hugo lo condujo a los establos. Lady Gillian lo esperaba en la puerta, junto a su dama de compañía y al mozo de cuadras. En su rostro ya no quedaba rastro de la indignación con la que se había alejado de él unas horas antes. Al contrario: lo miraba con cierta esperanza, con las manos entrelazadas a la altura de su regazo y un leve vaivén que daba a entender que estaba impaciente… o nerviosa.

—Bien, ya estás aquí —le dijo, en cuanto se detuvo frente a ella.

En ese momento, Roberta dio un paso hacia su señora, con una clara censura en la mirada.

—Esto es una locura. No hay ninguna necesidad, milady. No es propio de una dama ir sentada encima de uno de esos enormes

animales. Es mejor viajar en carruaje, como siempre hacéis. Vuestro esposo…

Ella levantó una mano para hacerla callar. Era evidente que, fuera lo que fuese que pensara su esposo al respecto, no quería oírlo.

—No me harás cambiar de opinión —le dijo, para sorpresa de Malcom. Luego, lo miró a él directamente—. Tengo entendido que los escoceses sabéis mucho de caballos.

Era una afirmación absurda.

—Depende de qué escocés —le explicó—. Los hay que saben mucho, y los hay que no saben nada. Como los ingleses, supongo.

Ella se humedeció los labios, impaciente.

—¿Tú sabes?

—Sé lo suficiente. ¿Por qué? ¿Mi siguiente tarea es ocuparme de ese caballo que os ha regalado vuestro esposo? —La obsevó fijamente antes de añadir—: Brioso, si no recuerdo mal.

Malcom detectó, de reojo, cómo Roberta, Hugo y el mozo de cuadras intercambiaban miradas nerviosas.

—No —respondió ella a su pregunta—. No me ha regalado ningún caballo. Y no deseo que cuides de ningún animal, para eso está Henry —señaló al joven muchacho responsable del establo. Lady Gillian respiró hondo antes de decirle lo que quería de él—: Necesito que me enseñes a montar.

—¿Nunca habéis montado a caballo?

Por los ojos de la joven cruzó una sombra de pánico que no le pasó desapercibida.

Los labios también le temblaron ligeramente antes de contestar.

—No, nunca.

Para Malcom, era algo extraño que una gran señora, con una magnífica caballeriza a su disposición, no supiera montar. Las mujeres de su familia sí sabían, si bien algunas eran mejores amazonas que otras. Su hermana pequeña, Erinn, no era muy hábil a lomos de un caballo, pero, aun así, montaba cuando era necesario.

—¿Por qué no os enseña vuestro esposo? —soltó, antes de pensar lo que decía.

Escuchó el jadeo ahogado que emitió Roberta. Henry, el mozo de cuadras, bajó los ojos al suelo. Y Hugo dio un paso hacia él con la

mano en el pomo de su espada.

—No vuelvas a hablarle en ese tono a la señora, o te arrepentirás —lo amenazó.

—Mi esposo me ama demasiado —susurró ella, con un hilo de voz—, y no desea que me haga daño. Nunca ha querido que aprendiera, y les ha prohibido a todos los habitantes de Ravenshire que me enseñen. Por eso recurro a ti.

Malcom la taladró con la mirada mientras los pensamientos giraban en su cabeza hasta encontrarle un sentido a todo aquello. Frunció el ceño cuando llegó a la única conclusión posible, dado lo poco que sabía del cruel Arthur Norton. El mismo que había ordenado que le dieran cincuenta latigazos por insultar a su esposa.

—Porque, si llegara a enterarse de esto, yo sería el responsable y me escarmentaría a mí en lugar de castigar a vuestra gente, ¿me equivoco?

—No tienes opción —le dijo ella, elevando el mentón—, eres mi esclavo y harás lo que yo diga.

Trataba de sonar firme y autoritaria, pero el efecto se desvanecía porque las manos le temblaban a ambos lados del cuerpo. Malcom ignoraba a qué le temía exactamente: si al hecho en sí de aprender a montar o a transgredir la prohibición de su esposo.

Por supuesto, no replicó a esas palabras. ¿Para qué? Si, de todas formas, no tenía opción…

Al ver que él guardaba silencio, lady Gillian se volvió al mozo de cuadras.

—Henry, ensilla a Black Sky.

El chico abrió los ojos desmesuradamente al escucharla.

—¿Black Sky? Señora, si lo vais a montar vos, os sugeriría a Lancelot. Es el más dócil de todos.

Ella dudó un momento.

—De acuerdo, Lancelot entonces.

Henry se metió en los establos y al rato salió tirando de las riendas de un animal negro enorme, más grande de lo que Malcom esperaba. ¿Aquel era el más dócil? Por cómo pateaba el suelo con sus poderosos cascos, no lo parecía. ¿Qué clase de caballos tenía el

barón de Ravenshire en sus establos? ¿Acaso los demás eran aún más imponentes que ese ejemplar?

No le extrañó que, cuando lady Gillian lo tuvo muy cerca, diera un paso atrás.

—Entrégale las riendas al esclavo escocés —dijo, con una voz que sonó sin fuerza.

—Por favor, mi señora. Pensadlo bien. ¿De verdad os vais a subir a lomos de esa bestia? —intervino Roberta, que también se había apartado de Lancelot por precaución.

Ella no contestó. Se limitó a observar los movimientos de Malcom, como si quisiera cerciorarse de que dominaba al semental. En cuanto Henry le pasó las riendas, una de sus manos lo mantuvo bien sujeto por debajo del hocico, con firmeza. Con la otra, le acarició la frente y el cuello de pelaje brillante.

Era un magnífico ejemplar, sin duda. Aunque le había dado la impresión de ser puro nervio, el mozo de cuadras tenía razón: se mostraba dócil ante sus atenciones.

—¿Qué te parece?

Él giró la cabeza despacio, molesto por tener que dejar de prestar atención al caballo para contestar a la arpía.

—Es un hermoso animal —dijo, sincero—. Aunque supongo que mi opinión importa muy poco.

—¿Crees que yo podría montarlo?

—No.

La dama frunció el ceño.

—¿Por qué no?

—Porque, para empezar, ni siquiera sois capaz de acercaros a él —señaló, al constatar que la joven se había ido alejando cada vez más, y ahora estaba junto a su dama de compañía, a una distancia prudencial.

—De acuerdo. Enséñame a tocarlo. A no tener miedo.

Esa mujer era una auténtica majadera.

—El miedo es un sentimiento que se tiene o no se tiene. Yo no puedo hacer nada para eliminar vuestro temor, aunque sí puedo mostraros cómo debéis acercaros y tocarlo. Cuando veáis que es

más fácil de lo que parece, tal vez podáis controlar vuestros temblores.

Bajó la vista hasta sus manos, pues ella las retorcía una contra otra, junto al pecho, en un vano intento de disimular sus nervios.

Lady Gillian inspiró hondo y avanzó unos pasos. Estaba pálida, con los ojos fijos en los del caballo. Parecía aterrorizada, a punto de desmayarse.

—Dadme vuestra mano —le pidió él.

—No lo soltéis —le pidió ella en un susurro, asegurándose de que lo mantenía sujeto.

—No lo haré.

La dama estiró el brazo. Trató de alcanzarlo, pero no llegó ni a rozar los dedos de Malcom.

Tal y como se temía, lady Gillian puso los ojos en blanco y se desvaneció.

Él se abalanzó en su dirección y, al menos, pudo sostenerla a tiempo para que su cabeza no golpeara contra el suelo.

CAPÍTULO 6



—¡Lady Gillian!

La dama de compañía de la joven se acercó a ellos en cuanto el mozo de cuadras volvió a hacerse cargo del caballo. Malcom, con una rodilla en tierra, sujetaba el cuerpo inconsciente de la mujer entre sus brazos y, antes de pensar que tal vez no fuera buena idea, aferró su delicado rostro con la mano que le quedaba libre y lo zarandeó de forma torpe para tratar de que volviera en sí.

—¡Suéltala ahora mismo! —exclamó Hugo, yendo hacia él a grandes zancadas al tiempo que desenvainaba su espada.

—Cuidado con eso —le advirtió Malcom, con voz gélida—. Si me atacas, puedes dañar a tu señora.

—No la toques —insistió el guardia.

En los ojos de aquel hombre había verdadera preocupación; tal vez por eso no pensaba con claridad.

Malcom bufó con impaciencia antes de contestar.

—Si la suelto, su cabeza se golpeará contra el suelo manchado de barro y estiércol. A mí no me importa, pero supongo que a ella le molestará saber que su elegante tocado se ha ensuciado innecesariamente por tu estupidez.

El hombre detuvo su avance y esperó a que Roberta interviniera. La dama de compañía se inclinó sobre su señora y le dio también suaves toques en las mejillas para despertarla.

—Milady, ¿podéis oírme?

Lady Gillian tardó unos segundos en reaccionar. Malcom sentía que no pesaba casi nada; la notaba ligera y frágil entre sus brazos. Observó su rostro, pálido tras ese vahído, y admiró su delicadeza a

pesar de que era una inglesa y, por lo tanto, no merecía que se fijara en lo largas que tenía las pestañas, o en lo mullidos que le resultaban sus labios, o en lo suave que parecía la piel de sus mejillas…

Cuando al fin la dama pestañeó y sus ojos se encontraron, Malcom notó un extraño pellizco en el estómago.

Porque, en el fondo de aquellas verdes profundidades, por unos segundos, solo encontró vulnerabilidad.

Un grito mudo que casi pudo escuchar cuando ella se aferró a su brazo como si fuera lo único a lo que podía sujetarse en ese instante… ¿O eran imaginaciones suyas?

—¡Mi señora! —exclamó Roberta, interrumpiendo aquel extraño embrujo que se había apoderado de él mientras la sostenía—. Incorporadla con cuidado.

Obedeció. La ayudó a recuperar la verticalidad, pero no la soltó hasta que se aseguró de que no volvería a caerse.

—Gracias —musitó la joven, buscando de nuevo su mirada.

Definitivamente, había algo más que simple agradecimiento en esos ojos.

Malcom la soltó entonces como si su contacto abrasara y dio un paso atrás. ¿Qué ideas locas cruzaban por su cabeza? ¡Ella no era ninguna criatura frágil! Era la señora de Ravenshire, la misma persona que deseaba poseer un esclavo como quien adquiría una mascota.

—Vamos, os acompañaré dentro y podréis refrescaros y descansar. Ha sido solo un mareo, gracias al cielo. Vais muy tapada para el calor que hace, de ahí este pequeño síncope… —barboteaba Roberta, al tiempo que le pasaba un brazo por la cintura para ayudarla a caminar de regreso.

Lady Gillian se resistió.

—¡No! ¡Aún no he tocado el caballo!

—Pero, os da pánico… —le hizo ver su dama de compañía—. Todos hemos sido testigos de lo que ha ocurrido.

Ella negaba con la cabeza, testaruda.

—Acabas de decir que ha sido el calor. —A continuación, miró a Malcom—. ¿Crees que podré acariciarlo, como lo estabas haciendo

tú?

Enseguida se dio cuenta de que esa pregunta era mucho más compleja de lo que parecía. Lady Gillian no quería saber su opinión. En realidad, deseaba llevar a cabo lo que era una auténtica hazaña para ella, y le estaba pidiendo ayuda. Malcom pudo leer sus intenciones en el gesto de su cuerpo, en la impaciencia con la que se humedeció los labios con la lengua, en la intensidad de aquellos ojos claros que lo descolocaban.

—No es tan complicado —respondió al cabo, para su propia sorpresa—. Por supuesto que podréis.

Malcom sintió en su propio cuerpo la corriente de alivio y agradecimiento que transformó el rostro de la dama y le devolvió el color a sus mejillas.

—Henry, por favor, trae de nuevo a Lancelot —le pidió la señora al mozo de cuadras.

El chico dudó. Le sostuvo la mirada para cerciorarse de que era lo que realmente deseaba, y después, con un leve encogimiento de hombros, obedeció.

—No deberíais…

Esta vez, fue Hugo el que trató de hacerla entrar en razón; aún no se le había pasado el susto.

—Y, sin embargo, lo haré.

A Malcom le sorprendió que ella recuperara tan rápido su aplomo y su altanería. Lady Gillian le dirigió al guardia una mirada de advertencia para que no volviera a intervenir y luego se concentró en el animal, al que Henry traía de regreso.

Le dio las riendas a Malcom y él vigiló a la dama, por si detectaba en ella la misma debilidad.

—Tranquilo, no me desmayaré dos veces —le aseguró, como si supiera lo que pasaba por su mente.

Malcom volvió a estirar el brazo y, esta vez, la joven logró acercarse lo suficiente como para que él tomara su mano. Se sintió extraño sujetándola de la muñeca para guiarla hasta la cabeza de Lancelot.

Tenía, tal y como había imaginado, una piel muy suave.

Escuchó cómo su respiración se aceleraba según sus dedos se aproximaban a la frente del caballo.

—Da miedo, pero, en cuanto lo toquéis, todo cambiará —le susurró, muy cerca de su oído.

—¿Lo prometes? —preguntó ella, sin mirarlo, en un tono de voz tan bajo que no supo si habían sido imaginaciones suyas.

Cuando la palma de su mano se posó en la piel negra y lustrosa de Lancelot, Lady Gillian jadeó.

Sus dedos temblaron con el contacto, mas no se apartaron.

—Ahora podéis acariciarlo, despacio —le recomendó Malcom.

Ella lo hizo. Sus labios se curvaron levemente en una sonrisa maravillada y los ojos le brillaron de emoción.

De repente, Lancelot resopló y lady Gillian intentó separarse, pero él no se lo permitió. Posó su mano sobre la de ella, cubriéndola por completo, y los dos giraron la cabeza para mirarse.

Tenerla así, tan cerca, con esa expresión de auténtica fascinación en su rostro, fue demasiado perturbador para Malcom.

El aire se volvió denso a su alrededor y fue más consciente que nunca del sutil aroma a lavanda y canela que la envolvía. Sus labios, de pronto, adquirieron un protagonismo extraño. Eran suaves, tentadores, e incitaban a pensamientos que estaban totalmente fuera de lugar en esos momentos.

—No os rindáis tan pronto —le dijo, para justificar de alguna manera que su mano aún se encontrara sobre la de ella. Comenzó a moverla, guiándola para que se deslizara por la frente del animal en una suave caricia—. Dejad que se acostumbre a vos —le susurró, acercándose más a su oído.

A ella le faltaba el aliento; tenía la respiración acelerada.

—Mi señora —intervino Henry—, tal vez si le dais alguna golosina, Lancelot esté más tranquilo.

Hasta el mozo de cuadras se había dado cuenta de la agitación de su señora. Malcom agradeció tener más control que ella sobre sus emociones, para que nadie notara que estaba igual de turbado que la dama.

Claro que, en su caso, no era por la cercanía del enorme caballo.

Acababa de descubrir a una lady Gillian distinta: frágil, vulnerable y, a pesar de todo, valiente.

Lo tenía completamente subyugado.

—¿Golosina? —preguntó ella, sin saber a qué se refería Henry.

El mozo de cuadras le acercó un cubo lleno de manzanas y la señora las miró, parpadeó, y después buscó de nuevo los ojos de Malcom.

—¿Qué debo hacer?

La inocencia de su pregunta, en lugar de impacientarlo, lo enterneció.

—Coged una y dádsela.

—¿En la boca? —se horrorizó ella, mirando el hocico de Lancelot con aprensión.

Malcom tuvo que reprimir una sonrisa.

—Claro, en la boca. ¿Por dónde creéis que se alimenta el animal?

—¿Y si me muerde?

—No creo que le guste la carne de arpía inglesa, por muy distinguida y elegante que seáis.

Ella apartó los ojos del caballo para clavarle la vista.

—¿Distinguida y elegante?

No le había dicho nada que no fuera evidente, pero la dama pareció tomarse sus palabras como un halago, obviando que había vuelto a llamarla *arpía*. Y, a juzgar por su sonrojo, la complació escucharlo.

—Lo haré yo primero —se ofreció de forma brusca, azorado por la repentina intimidad que había notado en aquel cruce de miradas.

Al fin, Malcom separó su mano de la de ella para coger una de las manzanas. La acercó a la boca del animal y, cuando la dentadura de Lancelot asomó entre los morros, lady Gillian dio un paso atrás, con un jadeo. El caballo mordió la fruta y, en unos bocados más, terminó con la golosina.

—¿Lo veis? Apenas ha rozado mi mano, solo le interesa la manzana —le dijo Malcom—. Ahora vos.

La joven tragó saliva. Lo miró un momento y él le hizo un leve gesto de aliento con la cabeza.

Agarró una de las manzanas con mano temblorosa y su respiración se aceleró.

—No… no seré capaz —musitó, dando otro paso atrás.

Malcom la tomó de la muñeca de nuevo, sin su permiso, olvidando que él solo era un esclavo en ese lugar. La obligó a acercarse al hocico de Lancelot.

—No tenéis que hacer nada —le explicó—, tan solo dejadla así, en la palma de vuestra mano. Él únicamente morderá la fruta.

Lady Gillian obedeció. Estiró el brazo para ofrecerle el premio al caballo y, al mismo tiempo, con la otra mano, se aferró con fuerza al brazo de Malcom.

Como si necesitara sujetarse a él para no salir corriendo.

Enseguida, se escuchó el chasquido de la pulpa cuando los dientes del caballo le arrancaron un buen trozo. La dama esbozó una sonrisa nerviosa al comprobar que ni siquiera la había rozado. Y, cuando apenas quedaba ya alimento, soltó una suave carcajada al notar el roce del morro húmedo sobre su piel.

Sin que Malcom tuviera que guiarla otra vez, lady Gillian rascó la frente del animal de manera espontánea.

—Buen chico —le habló—. Te gustan las manzanas, ¿eh? Tendrás todas las que quieras. Solo tienes que estarte muy quieto cuando me suba sobre tu lomo. Al menos, hasta que aprenda a sostenerme ahí arriba sin caerme.

—No pensaréis montar hoy, ¿verdad? —se preocupó Malcom.

—Debo aprender cuanto antes.

La dama lo observó con determinación.

—No es prudente —trató de convencerla—. Por hoy, es suficiente con este acercamiento que habéis conseguido. Fijaos, ya no tembláis. Y siento deciros que vuestro atuendo no es el más adecuado para montar… Un vestido más sencillo será mejor, uno que os permita libertad de movimientos.

—Ya. —Lady Gillian se tiró de la gasa que cruzaba por debajo de su mentón y le sujetaba la cofia en la cabeza, como si le ahogara—. Está bien, mañana, tal vez…

—¡Mi señora!

Una de las sirvientas llegó hasta las puertas del establo en esos momentos, corriendo.

—¿Qué ocurre, Edith?

—Es vuestro esposo —la jovencita llegó sin resuello, con el gesto alarmado—, ya regresa del paseo con sus perros.

—¿Tan pronto?

Malcom no se perdió detalle de la sombra que cruzó por la expresión de su rostro. Claro que, si el barón no deseaba que su esposa montara a caballo, porque temía por su seguridad, era lógico que a ella no le gustara la idea de ser descubierta. ¿La reprendería por su insensatez? Tal vez por eso detectó algo de miedo en el brillo de sus ojos verdes.

—Bien —soltó al fin, resuelta. Miró a Malcom directamente—: Vamos al jardín, trabajarás allí. Y, si mi esposo te preguntara, has estado quitando malas hierbas toda la tarde. ¿Entendido?

Aunque se lo dijo a él, Malcom adivinó que la advertencia era para los que habían presenciado su acercamiento con Lancelot.

Por suerte, cuando se trasladaron al jardín privado de la señora, casi todos desaparecieron, salvo Hugo, el guardia, que parecía haberse convertido en su sombra desde que lo llevaron a Ravenshire.

Malcom tuvo tiempo para pensar en lo extraño que había sido ese episodio con el caballo. No entendía las ansias de la dama por aprender a montar, cuando era evidente que tenía pánico a esos animales.

Como tampoco entendía qué era lo que le había ocurrido al tocarla, al sentirla tan cerca, al aspirar su delicado aroma. Notaba el cuerpo revuelto y descolocado. No debía sentir nada por esa arpía; al menos, nada bueno. Ninguna simpatía, ninguna emoción más allá del odio lógico a sus enemigos. Y, sin embargo…

Cerró los ojos al evocar su tacto. Sus manos frías y temblorosas, su cuerpo delgado entre sus brazos cuando se desmayó, su mirada llena de algo muy parecido a la súplica.

¡No! Se dijo, clavando la pequeña azada con fuerza en la tierra oscura del jardín en el que le habían puesto a trabajar.

Ella era lady Gillian Norton, señora de Ravenshire. Altiva, caprichosa… e inglesa. Y pronto, él encontraría la manera de huir de aquel lugar y no volvería a verla nunca más.

CAPÍTULO 7



Al día siguiente, volvieron a llevar a Malcom al jardín privado de la señora de Ravenshire. No había coincidido con lord Arthur, ahorrándose el tener que mentir en su presencia, cosa que agradeció. No se le daba bien disimular; era un rasgo que había heredado de su padre, Ewan Campbell. Le gustaban las cosas claras y, siempre que podía, hacía valer la verdad, defendiéndola hasta sus últimas consecuencias.

Aquella mañana, se dedicó a arrancar las malas hierbas que había bajo los rosales de lady Gillian. Removía la tierra con su azada y tiraba de ellas, metiéndolas luego en un saco de arpillera que le habían proporcionado junto con el resto de herramientas.

Y, de nuevo, se encontraba solo, a excepción de Hugo, que lo vigilaba desde la puerta del jardín, el único lugar por el que podría escapar si se propusiera hacerlo.

El sol de julio calentaba más y más según avanzaba la mañana. Cuando el sudor comenzó a recorrer su espalda, se deshizo de la camisa, quedándose tan solo con las calzas oscuras que llevaba. Vertió un poco del agua de su odre en uno de los paños que tenía para limpiarse las manos, y así, humedecido, se lo frotó por el cuello, la nuca y el pecho para refrescarse.

Cerró los ojos y elevó el rostro para sentir la brisa unos instantes sobre su piel. Aspiró el aroma de la tierra y las flores, escuchó el canto de los pájaros y disfrutó de unos segundos de paz.

Hasta que oyó las suaves pisadas sobre la gravilla del sendero que serpenteaba por el jardín.

Al mirar, se encontró con el rostro estupefacto de lady Gillian, que lo observaba con la boca un poco abierta y las mejillas sonrojadas.

—Hace calor —murmuró, sintiendo que debía justificar la desnudez de su pecho, puesto que, sin duda, era lo que incomodaba a la joven.

Ella carraspeó para aclararse la garganta.

—Sí, bastante —respondió, avanzando hacia él—. ¿Te importa que dé un paseo por aquí mientras trabajas? Hay bastante sombra y se está más fresco.

—¿Cambiaría algo si me importara?

Entonces, lady Gillian hizo algo que lo sorprendió: levantó las manos como si le pidiera una tregua.

—Solo… solo quiero un paseo en calma, sin peleas ni discusiones.

Malcom intuyó que esas palabras no se referían únicamente a él, y que detrás de esos ojos verdes suplicantes había mucho más.

—¿Vuestro esposo…? —se le escapó, aunque refrenó su lengua a tiempo.

Se recordó a sí mismo, una vez más, que era su enemiga, la mujer que lo mantenía prisionero. No debía importarle si lord Arthur se había enterado de lo ocurrido el día anterior en los establos y la había reprendido por ello.

No obstante, la dama lo había escuchado, y negó con la cabeza de manera casi imperceptible ante su curiosidad.

—Mi esposo, por suerte, no ha averiguado que ayer estuve con Lancelot. Y, además, esta mañana ha partido muy temprano hacia la corte; el rey lo ha llamado a su presencia.

El alivio que dejaba traslucir su voz se reflejó en sus delicadas facciones. Sin duda, a lady Gillian no le apenaba en absoluto aquella ausencia, por mucho que proclamara delante de todos cuánto la cuidaba su amado esposo.

Muy a su pesar, esa información quedó registrada en un lugar de su interior, dentro del pecho.

Lady Gillian no dijo más y se limitó a pasear por su jardín, tal y como pretendía. Caminó despacio, zigzagueando entre las plantas, sin prestarle atención, por lo que Malcom regresó a su tarea y trató de ignorar su presencia.

Descubrió que eso era imposible.

Ella parecía estar en todas partes; su delicado aroma flotaba en el ambiente incluso allí, rodeado de la fragancia de las flores.

Poco después, se dio cuenta de que la dama había tomado asiento en el tocón de un árbol que había sido cortado, muy cerca del rosal que él limpiaba de malas hierbas. Tenía la mirada perdida; había arrancado unas briznas de hierba y las enrollaba en su dedo índice de manera distraída, sin ninguna intención de forzar una conversación.

Pudo observarla a placer, de reojo, mientras sus dedos se hundían en la tierra y tiraban de las raíces indeseables. Así, a la luz de la mañana, se dio cuenta de que era más joven de lo que había pensado en un principio. No debía de ser mayor que su hermana Erinn, y ese fue otro dato que se le coló bajo la piel, ablandándolo todavía más.

—No tengo esposa, ni hijos —dijo, de repente, al recordar que ella le había preguntado al respecto días atrás.

Lady Gillian elevó los ojos, interesada.

—Aun así, deseas regresar con tu familia.

—Más que nada. Hace dos años que me capturaron, pero sé que mis padres continúan buscándome. Y tengo dos hermanas que también esperan mi regreso. Tengo tíos y primos, y tengo a toda la gente de mi clan. Todos son familia, y los echo de menos cada día.

La expresión de la dama demostró un anhelo que no era propio de una gran señora como ella.

—Siempre me he preguntado cómo sería tener una gran familia —musitó.

—¿No tenéis hijos?

Un dolor crudo y afilado atravesó su gesto tras la pregunta, y Malcom se arrepintió de haber hablado con tanta ligereza.

—Disculpad, no es asunto de mi incumbencia.

Ella levantó la mano, como si le pidiera un segundo para volver a encontrar su voz.

Abrió la boca, pero la cerró de nuevo.

Inspiró hondo y por fin pudo articular las palabras.

—No, no tengo. —Sus ojos se habían empañado—. Tuve uno, pero nació siendo ya un ángel del cielo.

Malcom se mordió la lengua para no volver a preguntar, aunque sentía curiosidad. No era la única mujer que perdía a un hijo, y lo lógico hubiera sido que después concibiera alguno más.

—Lo siento mucho —dijo en cambio.

—Nunca más quedé en cinta —le explicó—. Supongo que me volví estéril… A veces pienso que Dios se apiadó de mí y no quiso que volviera a padecer un sufrimiento igual. Porque, si tuviera que volver a soportar algo semejante no lo resistiría, me rompería en mil pedazos y me iría de este mundo para reunirme con mi bebé.

Al escuchar su tono enronquecido, Malcom no pudo evitar pensar que la dama ya se había roto. Puede que se hubiera recompuesto tras aquella pérdida, pero las cicatrices que llevaba en el alma fueron tan evidentes como las que surcaban su propia espalda por los latigazos.

—¿No tenéis más familia? —quiso saber, tratando de encaminar la conversación a otros derroteros—. ¿Padres, hermanos?

Ella negaba con la cabeza al tiempo que él preguntaba.

—Tenía, por supuesto —le confesó—. Pero no he vuelto a verlos desde que lord Arthur me trajo a Ravenshire.

Malcom, que seguía arrancando hierbajos, se enderezó y se limpió el sudor de la frente con el antebrazo.

—¿Nunca habéis vuelto a verlos? —se extrañó—. ¿Por qué? ¿No vienen a visitaros, no regresáis vos a vuestro hogar de la infancia?

Para él, era inconcebible la posibilidad de no volver a tener contacto con su familia.

—No —respondió, con el tono endurecido.

Malcom observó cómo apartaba la vista y parpadeaba rápido, como si así ahuyentara los pensamientos en los que no quería ahondar. Le dio la sensación de que ya no deseaba seguir conversando.

Él, por el contrario, sentía más curiosidad que nunca por su persona.

Esperó un tiempo para que la joven se serenara y después volvió a hablarle.

—Son unas rosas muy bonitas.

Ella las miró. Sus labios esbozaron una leve sonrisa, y Malcom cedió al absurdo impulso de cortar una y entregársela.

Era su enemiga, su captora, pero, en esos momentos la vio demasiado joven, con suficiente sufrimiento a sus espaldas como para despertar en él esa necesidad de ayudar a los demás que a veces lo asaltaba. Y, dadas sus penosas circunstancias, tal vez solo pudiera hacer una cosa por la dama: tratar de que se sintiera mejor y que sus ojos volvieran a brillar con esa determinación que la caracterizaba.

Allí, de rodillas sobre la tierra, solo tuvo que estirar el brazo y esperar a que ella tomara la rosa entre sus dedos.



Gillian lo observó con ojos sorprendidos, pero aceptó el regalo.

Sus manos se rozaron en el intercambio, un instante, un segundo, pero ambos fueron muy conscientes del contacto…

—Me encantan las rosas blancas —susurró ella, llevándosela a la nariz para aspirar su aroma—. Me transmiten paz.

—Es muy hermosa —añadió Malcom, aunque, en realidad, no estaba mirando la flor.

Los ojos azul oscuro del esclavo estaban fijos en ella. Su corazón sufrió un nuevo sobresalto. Gillian ya había perdido la cuenta de los que llevaba desde que se adentró en el jardín y lo descubrió descamisado, frotando su cuerpo con el paño húmedo.

Jamás había visto nada igual.

Jamás había sentido nada igual.

Malcom Campbell era fascinante, hermoso, dorado… Sabía que no eran apelativos para describir a un hombre, pero fueron los más acertados en ese momento. El sol bañaba su piel expuesta y sudorosa, logrando que brillara con cada movimiento. Sus brazos fuertes, llenos de músculos, sus hombros, su cuello, su pecho amplio

salpicado de vello oscuro y cicatrices, su abdomen plano, duro, tan diferente de la prominente barriga de su esposo…

Gillian tembló por dentro ante esa imagen viril y atractiva.

Nunca antes se había estremecido de placer por la mera contemplación de otro cuerpo, y no supo identificar qué era lo que estaba ocurriendo. Por regla general, no le interesaba mirar a un hombre para recrearse. Con ninguno había notado ese fuerte tirón en las entrañas que acababa de experimentar: cálido, exigente, húmedo.

Lo había mirado embobada, con la boca abierta, desconcertada por las intensas emociones que despertaba en ella.

Por supuesto, tuvo que disimular, aunque estaba segura de que él había podido apreciar su sonrojo.

El paseo por el jardín consiguió tranquilizarla un poco, pero no pudo resistirse a buscar un lugar para descansar, cerca de él. No entendía por qué, a pesar de tratarse de un bárbaro escocés, se encontraba cómoda en su presencia.

No lo había elegido como esclavo por su físico o su atractivo, aunque reconocía que era imponente. Fueron otros los motivos que la impulsaron a fijarse en él: su fuerte carácter y el modo salvaje de revolverse contra sus carceleros. Incluso privado de libertad, Malcom demostró un espíritu combativo que ella envidió.

Y su actitud rebelde, ya en Ravenshire, a pesar del duro castigo al que su esposo lo sometió con aquellos latigazos, la convenció de que había elegido bien.

Malcom Campbell tenía dentro el fuego del que ella necesitaba alimentarse.

Por eso la sorprendió tanto que, de pronto, fuera él quien rompiera el silencio en aquel jardín.

Así, sin más.

Sin que ella tuviera que preguntarle.

Una parte muy íntima de su ser se alegró al escuchar que no tenía esposa, y otra parte envidió el gran apego que sentía por su familia. Una familia que, por lo que dijo, debía de ser numerosa.

Le costaba imaginar a los bárbaros escoceses en alguna de sus reuniones, porque siempre había escuchado cosas horribles de sus

enemigos. Arthur no se cansaba de hablar mal de ellos, de decir que eran unos salvajes, que no tenían modales, que eran poco más que animales…

Sin embargo, imaginarlos a través de las palabras de Malcom, de la nostalgia que le inundaba la voz cuando hablaba de ellos, era muy distinto.

Pero entonces, él le había preguntado por los hijos.

Como siempre ocurría cuando alguien mencionaba ese tema, su corazón se volvió a romper. Tardó unos instantes en unir los pedazos para poder respirar. Los remendó uno a uno, repasando cada imagen que conservaba de su niño cuando lo sostuvo aquella primera y única vez entre sus brazos.

Su pequeño Felix.

Lo había llamado así porque el padre Clemente le dijo que significaba «Feliz» y, como no había tenido ninguna oportunidad en la Tierra, quiso que ese nombre lo acompañara en su viaje hasta el cielo. Así deseaba imaginarlo, feliz, con una enorme sonrisa, observándola desde arriba, esperándola…

Algún día volveré a abrazarte, era la promesa que siempre lanzaba al más allá, antes de recuperar el control sobre sus emociones y sepultar, muy dentro de su ser, esa pena que arrasaba con todo.

Malcom se había percatado de su tristeza y había querido cambiar de tema, aunque, por desgracia, el que eligió tampoco le resultó reconfortante.

Su familia.

Había aprendido a levantar una muralla invisible alrededor de su corazón cuando pensaba en sus padres y en sus hermanos, y lo hizo de nuevo cuando Malcom preguntó por ellos. Se encerró en sí misma para escapar de los recuerdos, como había hecho siempre.

Porque el único lugar verdaderamente seguro que había conocido estaba en su interior, en un rincón que era solo suyo, pequeño y sagrado, donde no dejaba entrar a nadie.

Él la obligó a regresar de ese recóndito lugar cuando le tendió la rosa blanca.

Verlo así, con una rodilla en el suelo, el pecho desnudo y la mano manchada de tierra, ofreciéndole la flor con esa espontaneidad, la conmovió.

Él era solo un esclavo, pero demostró tener un alma sensible ante esa pena que la ahogaba.

Lo consideró un dulce gesto… hasta que tomó el regalo y sus dedos se rozaron.

El contacto la quemó y aceleró los latidos de su corazón. Contuvo el impulso de volver a tocarlo para comprobar si lo que acababa de sentir era real.

Malcom la miraba de una forma que la hacía temblar por dentro. Con Arthur también temblaba, pero por un motivo muy distinto. Los estremecimientos que notaba por toda la piel en esos momentos no tenían nada que ver con lo que sentía en presencia de su esposo; aunque, por eso mismo, también la invadió el pánico.

Pánico a lo desconocido, a sus propias reacciones, a ese calor en el pecho y a esas ganas de llorar que le entraron de pronto, al comprender que en el mundo existía una clase de ternura que ella no había experimentado nunca.

—Deja de mirarme de esa manera —le pidió, en un susurro.

—Vos también me miráis… *de esa manera*.

Gillian enrojeció al darse cuenta de que Malcom había percibido su turbación. Y, mucho peor: la fascinación que él le provocaba.

Sintió un horrible vértigo en la boca del estómago ante la posibilidad de que alguien más notara cómo retumbaba su corazón cuando lo tenía tan cerca, mirándola de ese modo. Y combatió el miedo como siempre hacía cuando algo la aterrorizaba: escondiéndose tras la máscara de señora de Ravenshire.

Se levantó con brusquedad y soltó la rosa, que cayó a sus pies.

—No te miro de ninguna manera, escocés. ¿Por qué habría de hacerlo? Eres únicamente un esclavo, *mi* esclavo…

Él la contempló con una expresión de sorpresa ante aquel cambio de actitud tan repentino.

Luego se levantó del suelo y se sacudió la tierra de las manos, con la mandíbula apretada, sin apartar los ojos de los suyos.

Dios, era enorme. A su lado, ella apenas le llegaba a la barbilla, y tuvo que dar un paso atrás para mirarlo sin tener que levantar tanto la cabeza.

—Os sugiero, entonces, que os marchéis de aquí y me dejéis trabajar tranquilo.

—¿Me estás echando de mi propio jardín? ¡Cómo te atreves!

—Solo digo, mi señora, que si tanto os molesta mi presencia, no deberíais buscarla. Podríais estar en cualquier otro lugar; esta fortaleza es muy grande. —Ladeó un poco la cabeza y dio un paso hacia ella—. Sin embargo, aquí estáis. No hay nada de interesante en ver cómo arranco las malas hierbas, como tampoco lo había ayer en mi manera de lavar la ropa… y también aparecisteis.

Gillian se sintió humillada. Por cómo hablaba, parecía que se había dedicado a perseguirlo como un perrillo faldero.

—Te equivocas —le dijo, esbozando una sonrisa que no le llegó a los ojos—. Me resultó muy curioso ver a un fuerte guerrero de las Highlands convertido en lavandera. Eso es lo que hacemos con los malditos escoceses: someterlos para demostrarles la superioridad de Inglaterra.

Habló sin pensar. Repetía palabras que había escuchado en boca de su esposo en numerables ocasiones, aunque ni siquiera entendiera bien el alcance de las mismas.

Malcom avanzó otro paso más y aplastó la rosa con su bota. Sus ojos se endurecieron como el acero de una espada afilada.

—Gracias, *arpía* —su voz también era cortante—, por recordarme cuál es mi lugar en este infierno.

Su cuerpo era una enorme amenaza que se cernía sobre ella. Gillian era muy consciente de que solo necesitaba apresarla por el cuello, como ya hiciera la noche en que llegó malherido, y apretar.

O, tal vez, con descargar el puño sobre su rostro sería suficiente.

Trató de decir algo que le sirviera de escudo contra ese bárbaro escocés, pero las palabras se le atragantaron y cerró los ojos, esperando el golpe fatal…

Volvió a abrirlos cuando escuchó sus pasos, alejándose. Al darle la espalda, Gillian pudo ver que sus cicatrices aún estaban tiernas.

Pensó, como una boba, que tendría que haberle advertido de que no trabajara sin camisa, a pleno sol. No era bueno para sus heridas.

Aunque ya no hizo falta su recomendación, porque Malcom se acercó a la prenda que había dejado tirada sobre la hierba y se la puso con movimientos bruscos y fuertes tirones. Se giró después hacia ella.

—Os pido permiso para retirarme a descansar.

Estaba tan furioso que los puños le temblaban, a los costados.

—De acuerdo, sí —concedió—. Retírate, esta tarde nos reuniremos de nuevo en los establos. Debes enseñarme a montar.

Malcom la miró entonces como si pensara que era la criatura más estúpida sobre la faz de la tierra, aunque no dijo nada. Se limitó a salir del jardín, pasando por su lado sin volver siquiera la cabeza.

CAPÍTULO 8



—Poned el pie en el estribo, sujetaos al borrén delantero de la silla y tirad con energía para montar.

Lady Gillian lo miró con el gesto horrorizado.

—Pero ¿cómo?

Malcom continuaba muy enfadado con ella. Tanto, que en lugar de contestar con paciencia, la apartó de malas maneras para colocarse al lado de Lancelot y mostrarle cómo se subía uno a un caballo.

Antes, por supuesto, Hugo le había quitado los grilletes de los tobillos por orden de su señora. La joven había insistido, y Malcom no sabía si lo había hecho porque, de ese modo, él tenía más libertad de movimientos para enseñarle a montar, o porque se arrepentía de cómo lo había tratado esa mañana.

Si era por esto último, la deferencia no había servido para que él borrara el ceño de su frente.

—¿Lo veis? No es tan difícil —le echó en cara, montando sobre Lancelot con un movimiento ágil y sencillo.

Ignoró adrede que él era mucho más alto y más fuerte que la dama, y que llevaba realizando ese gesto desde que era prácticamente un niño.

Desmontó de un salto y le hizo una burlona reverencia para cederle el sitio.

—De acuerdo —la escuchó murmurar.

Él se apartó un paso y se cruzó de brazos, dispuesto a disfrutar del espectáculo. Observó cómo elevaba su pierna derecha y trataba de alcanzar el estribo. Al menos, le había hecho caso y se había

puesto un vestido más sencillo, de faldas más amplias y sin apenas adornos que la limitaran. Tampoco llevaba tocado en la cabeza ni velos que pudieran engancharse en los arreos de Lancelot al cabalgar. Lucía una larga trenza que le llegaba hasta la cintura, y Malcom pensó, en un segundo de debilidad, que aquel cabello dorado como la miel era hermoso.

Los resoplidos de la dama le obligaron a prestar atención. Se la veía demasiado pequeña al lado del semental, y temblaba de manea exagerada. Sin embargo, logró aferrarse con sus finos dedos al borrén y enganchar su pie en el estribo para pisar con decisión.

Apretó los dientes e hizo el intento. Elevó el otro pie del suelo un palmo, pero ni de lejos lo suficiente como para pasar la pierna por encima del lomo del caballo. Probó otra vez, y otra… y otra más.

Malcom inspiró hondo, tan satisfecho con la frustración de la joven que estuvo a punto de conformarse con eso y olvidar su enfado.

A punto…

—¿Cómo pretendéis aprender a montar, si ni siquiera sois capaz de subiros al caballo?

Deseaba verla fracasar. Humillarla. Quería que se tragara las horribles palabras que le había escupido unas horas antes.

Lady Gillian no lo miró. Frunció la frente y se concentró.

Esta vez, cuando tiró con todas sus ganas, emitió un pequeño grito por el esfuerzo y consiguió auparse lo bastante como para quedar colgada de la silla bocabajo, con el estómago apoyado en el lomo del caballo y sus piernas pataleando en el aire.

En esta ocasión, Malcom apretó los labios para reprimir la sonrisa de satisfacción.

—Milady, yo puedo ayudaros a montar —se ofreció Hugo, al ver el apuro de su señora.

—¡No! —Gillian negó con la cabeza—. Debo aprender. No me servirá de nada saber montar a caballo si no puedo subirme a uno yo sola.

Lancelot relinchó y pateó el suelo en ese momento, sobresaltándola. Se apartó rápido, y el pánico que le tenía al animal afloró a sus ojos.

—Shhh, tranquilo —susurró, estirando una mano para acariciarle el cuello.

Sin embargo, continuaba temblando con violencia.

La escena resultaba extraña: todo en aquel cuerpo frágil indicaba que deseaba salir corriendo de allí, pero no se movía del sitio. Mientras deslizaba los dedos trémulos por la piel oscura de Lancelot, murmuraba palabras con las que intentaba calmarlo, aunque, en realidad, a Malcom le dio la impresión de que se las decía a sí misma.

Lady Gillian tomó entonces una honda bocanada de aire para volver a intentarlo y él casi deseó que en aquella ocasión lo lograra… casi.

Para su sorpresa, lo hizo.

De manera torpe, algo cómica.

Volvió a quedar atravesada sobre el lomo y sus piernas patearon el aire. Sin embargo, en esta ocasión, el pie derecho encontró el estribo, estabilizándola lo necesario para erguirse y pasar el otro pie al lado contrario. Así, logró sentarse a horcajadas, con una enorme sonrisa de triunfo en su delicado rostro.

—¡Sí! —exclamó. Miró a Malcom desde lo alto con los ojos brillantes—. ¿Y ahora?

Él, con los brazos todavía cruzados, la observó con disgusto. La dama le provocaba sentimientos contradictorios: debería tener muy claro que la detestaba, pero no pudo evitar un destello de admiración hacia ella por aquel logro.

—Ahora es cuando demostráis la superioridad inglesa, milady —gruñó, molesto en realidad consigo mismo.

Gillian elevó el mentón, aceptando el desafío. Se inclinó hacia adelante para atrapar las riendas del caballo… y ese fue su error.

Lancelot, que ya estaba contagiado del nerviosismo de la mujer, se elevó de manos ante aquel cambio de postura con un relincho de protesta.

—¡No! ¡Lady Gillian, sujete las riendas! —exclamó Hugo, horrorizado.

Ella gritó y se agachó, aferrándose con fuerza a la crin del animal. El gesto la salvó de caer hacia atrás y hacerse mucho daño,

pero no evitó que Lancelot se lanzara a un galope frenético y descontrolado.

—¡Me señora! —gritó Roberta, su dama de compañía, al observar cómo el caballo se alejaba y salía del recinto vallado de los establos para continuar veloz, colina abajo.

Malcom no dudó.

Corrió hacia el interior de la cuadra pasando por delante del mozo, Henry, y montó sobre el primer animal que encontró, a pelo, sin silla, porque no había tiempo. Lo espoleó para salir en persecución de Lancelot, que parecía poseído por el diablo.

«Dios, que no se suelte, que no caiga», pensaba Malcom, mientras clavaba los talones en los flancos de su montura para que acelerara el paso. Si la joven se desnucaba, jamás se lo perdonaría. Porque una cosa era considerarla su enemiga, y otra, muy distinta, era ser el causante de su muerte.

—¡Vamos! —le gritó al caballo, espoleándolo con más ganas.

Tras recorrer un buen trecho por las verdes colinas que rodeaban Ravenshire, Malcom logró colocarse a la altura del endemoniado Lancelot. Gillian ya no gritaba; estaba doblada sobre el animal, con sus finos brazos rodeando su cuello con fuerza.

Él estiró una mano y, tras varios intentos, apresó las riendas entre sus dedos. Se enderezó sobre su propia montura y tiró de ellas con fuerza, imponiéndose a la furia del oscuro semental.

—¡Sooooo! —exclamó.

Lancelot desaceleró. Pasó del galope a un ligero trote, hasta que Malcom ganó esa batalla y lo detuvo al fin.

Desmontó rápido y fue a por la dama.

—¡Gillian! ¡Lady Gillian, miradme! ¿Estáis bien?

Ella continuaba aovillada sobre el caballo, temblando, sollozando.

—Gillian…

Posó una mano sobre su espalda y la joven reaccionó. Levantó la cabeza y lo miró, con la cara arrasada en lágrimas.

—No puedo moverme —susurró.

Malcom la tomó entre sus brazos para ayudarla a bajar y la sostuvo cuando sus pies tocaron el suelo, por si no era capaz tampoco de mantenerse en pie. Se sorprendió cuando ella apoyó la

frente contra su pecho y sus manos se aferraron a su camisa, como si necesitara de ese agarre para no desfallecer.

—Ya está, el peligro ya pasó. Estáis sana y salva.

Mientras hablaba, le daba suaves palmadas en la espalda, en un torpe intento de consolarla.

—Ahora regresaremos y podréis descansar… y olvidaros de este susto.

Gillian levantó el rostro hacia él y tiró de la tela de su camisa.

—¡No! ¡Todavía no sé montar a caballo!

Malcom no daba crédito. La sujetó por los hombros para intentar que entrara en razón.

—Estáis pálida y mareada. No debéis volver a intentarlo. Al menos, no hasta que os tranquilicéis.

Los ojos de la dama reflejaban su lucha interna, la tormenta de emociones que había estallado dentro de su pecho. Una mezcla de terror, obstinación y súplica.

—Debo, Malcom Campbell —le dijo, con un tono tan decidido, que no parecía que hubiera estado a punto de morir—. Debo aprender ya, ahora que él no está; tengo que encontrar el modo de correr más rápido que una jauría de perros.

Aquella última frase, en un susurro aterrorizado, fue como un golpe de ariete que derribó sus defensas. El joven escocés dejó de ver a la señora de Ravenshire, y ante sus ojos apareció una mujer demasiado joven, con tantas ganas de escapar de ese lugar como él mismo.

No supo qué decir, aunque tampoco habría podido hablar, porque en ese momento aparecieron cuatro hombres a caballo, liderados por Hugo. El guardia saltó de su montura antes de que se detuviera y corrió hacia su señora, desenvainando su espada.

—¡Apártate de ella, escocés! —gritó.

Malcom lo fulminó con la mirada.

—Si la suelto, es probable que se caiga al suelo. Le tiemblan las piernas.

—Si la dama necesita ayuda, yo se la prestaré. ¡Aléjate!

—¿Por qué querría hacerle daño? Acabo de salvarle la vida. Si deseara su muerte, habría bastado con dejarla a su suerte a lomos

de ese endemoniado caballo.

—Tiene razón, Hugo—terció ella—. Tranquilo, el esclavo me ha salvado en lugar de huir a caballo, ahora que tenía la oportunidad.

Ni siquiera había pensado en eso. Malcom se quedó atónito al darse cuenta de ese detalle: había estado tan pendiente de detener la alocada carrera de Lancelot, que no se había percatado de que podría haber escapado.

—Por eso no debimos quitarle los grilletes, milady —insistió Hugo, que no bajaba su espada—. No ha sido prudente. Si vuestro esposo llega a enterarse de lo ocurrido…

—¡No lo hará! —exclamó ella, dando un paso hacia el guardia con paso tembloroso—. Prométemelo. Por la memoria de Ágador, tu padre, promete guardar el secreto. Y ellos… —miró por encima de su hombro, a los otros tres hombres que habían acudido al rescate.

Hugo inspiró hondo, como si le costara ceder a las exigencias de su señora.

Al final, hizo un leve asentimiento con la cabeza.

—Yo me ocuparé, no dirán nada —le prometió.

Gillian esbozó una suave sonrisa y le palmeó el brazo con agradecimiento.

—Y ahora, debo aprender a montar.

La dama se giró de nuevo hacia el caballo y los allí presentes elevaron sus voces en protesta.

—¡No podéis!

—¡Mi señora, no es prudente!

—¿Habéis perdido la razón?

—No debéis volver a montar, ha faltado poco para que os desnucarais.

El único que no dijo nada fue Malcom. Se limitó a observar el pánico en las caras de aquellos soldados y la fuerte determinación en el rostro de su señora. Si hubiera tenido que escoger un bando, basándose en el sentido común, se habría posicionado del lado de los hombres.

Pero cualquier atisbo de sensatez se desvaneció ante la valentía de Gillian, que caminaba de nuevo hacia Lancelot como si no hubiera estado a punto de malograr su vida para siempre.

La ayudaría no solo por ese arrojo que lo sorprendía en una dama inglesa —a las que siempre había supuesto débiles y crueles, según las historias que había escuchado de ellas—. La ayudaría porque Gillian se había convertido en un misterio que deseaba resolver. ¿Por qué querría huir de un lugar donde su esposo la colmaba de regalos y tenía todas sus necesidades cubiertas? Poseía joyas y tesoros que cualquier mujer adoraría. Vivía una vida llena de lujo y comodidades. Y estaba claro que lord Arthur Norton la amaba. ¿Por qué, si no, cedería a sus caprichos y consentiría que tuviera un esclavo propio, al que además trataba con una deferencia que no mostraba por los demás?

Entonces, como un destello en su mente, recordó el moretón que ella tenía en el brazo.

«Soy muy torpe», había dicho, nerviosa.

No se había dado cuenta entonces, y tampoco cuando fue testigo de su honda tristeza, en el jardín, y la achacó únicamente a la pérdida de su bebé… cuando era muy probable que detrás de aquellas cicatrices de su alma hubiera mucho más.

«Debo aprender ya, ahora que él no está», habían sido sus palabras.

Al imaginar lo que podría estar ocurriendo, Malcom apretó la mandíbula con fuerza.

—Espera —le dijo de pronto, al ver que ella había puesto un pie en el estribo para volver a montar—. Te ayudaré.

Se acercó a Lancelot olvidando que él era solo un esclavo y le debía un trato de cortesía a la dama. Sujetó al animal con firmeza, con la mano en las riendas, bajo su hocico. Lo tranquilizó dándole palmadas en la frente y hablándole en susurros, para que no volviera a encabritarse. Después, se acercó a Gillian, que lo miraba con sus hermosos ojos muy abiertos, todavía enrojecidos por el llanto.

—Voy a auparte —le advirtió.

—No —ella negó, obstinada—. Quiero montar yo sola. Sin ayuda.

—De acuerdo. Planta bien el pie. ¿Ya está?

—Sí.

—Agárrate fuerte, coge impulso… y tira con todas tus fuerzas.

Gillian lo intentó. Una, dos, tres… y así hasta cinco veces. Resoplaba, frustrada por no poseer un físico capaz de izar su propio peso y alcanzar el lomo del caballo.

Por fin, a la sexta, logró tumbarse sobre la silla lo justo para pasar la otra pierna por encima. Se irguió y se quedó sentada a horcajadas, apresando rápidamente las riendas entre sus dedos, por si acaso.

La radiante sonrisa de orgullo que le dirigió a Malcom, desde lo alto, hizo que su corazón latiera más deprisa.

—¡Lo he logrado! ¡Mírame! ¡He montado yo sola!

Él le devolvió la sonrisa y levantó una mano para que su euforia no alterara al animal.

—Bien, ahora, tranquila. No hagas ningún movimiento brusco. Voy a guiar a Lancelot para que dé unas vueltas por aquí.

—Pero quiero galopar sin ayuda.

—No —se opuso, firme—. Quieres aprender a montar, ¿verdad? Pues, antes de correr, hay que saber sostenerse sobre el caballo sin caerse. Sujétate con las piernas, aprieta las rodillas… No tanto —le recomendó, cuando el caballo se movió nervioso, al sentir la presión en sus costados—. Así, bien. Enderézate, la cabeza alta, y sujeta las riendas, no demasiado tirantes.

Gillian obedeció a todas sus indicaciones y Malcom la admiró por el empeño que le ponía, a pesar de lo asustada que estaba todavía. Su cuerpo continuaba temblando, por más que tratara de disimular.

Así, agarró también las riendas, en la zona donde colgaban bajo el morro del animal, y tiró de él con suavidad para que caminara despacio. Dieron vueltas a paso lento, rodeando a los cuatro hombres que observaban y vigilaban a su señora, porque no se terminaban de fiar de aquel esclavo escocés. Ninguno olvidaba que no iba encadenado, y que, en cualquier momento, podía decidir tirar a la dama del caballo para ocupar su lugar y escapar al galope.

—Deberíamos regresar —dijo Hugo, nervioso, al cabo de unos minutos—. Podéis hacer esto mismo por el patio de Ravenshire, dentro de las murallas.

—Está bien —Gillian se mostró conciliadora. Malcom estaba seguro de que no deseaba contrariar a los guardias más de lo que

ya lo había hecho, puesto que dependía de ellos para que le guardaran el secreto—. Pero iré a caballo, si a Malcom no le importa regresar a pie para guiar a Lancelot. Necesito practicar.

Al decirlo, había buscado su mirada.

De nuevo, cuando sus ojos se encontraron, él sintió un pellizco cálido y ridículo en el centro del pecho.

—No me importa —le contestó.

Y, lo que más le perturbó en aquel momento, fue darse cuenta de que era cierto.

CAPÍTULO 9



Aquella noche, metida ya en la cama, Gillian no podía dormir. Estaba demasiado emocionada… ¡Lo había conseguido! Había sido capaz, no solo de acercarse a un caballo, sino de montar sobre él y cabalgar.

A paso muy lento, pero había cabalgado.

Y todo gracias a él.

A Malcom Campbell, su esclavo.

En realidad, ella jamás había fantaseado con tener uno. Cierto que en las tierras de su esposo trabajaban algunos, todos prisioneros de guerra, porque resultaban baratos y los soldados que los custodiaban no hacían preguntas. Y todos eran escoceses. Arthur les tenía una inquina irracional.

Gillian paseaba a veces por los campos donde ellos araban la tierra, o se pasaba por la granja donde criaban a los animales, y observaba el trato injusto que recibían. Estaban obligados a trabajar en pésimas condiciones, solo a cambio de una ración de alimento, algo de agua y un miserable catre donde echarse a dormir durante las pocas horas que se les permitía descansar.

Nunca había pensado en la posibilidad de que uno de esos pobres diablos se dedicara a ella en exclusiva.

Sin embargo, unas semanas antes, había cambiado de parecer.

Y no porque quisiera martirizar a otra persona, exigiéndole que hiciera tareas para las que ya tenía criados suficientes… Tenía en mente otra idea. Una locura que había despertado en ella al presenciar un lamentable episodio con uno de aquellos esclavos escoceses.

Nunca supo cuál había sido el crimen de aquel pobre hombre, pero, en uno de sus habituales paseos, vio cómo los guardias de Arthur le propinaban una brutal paliza. Asombrada, fue testigo de cómo se levantó después, medio muerto, y sacó fuerzas de flaqueza para revolverse como un salvaje y plantarles cara una última vez.

Terminó con la espada de uno de los guardias hundida en sus entrañas. Gillian, a pesar de sus náuseas, no apartó la vista, porque estaba completamente subyugada por el brillo rebelde de aquellos ojos que fueron apagándose, poco a poco, hasta que cayó al suelo, sin vida.

«Liberado».

Aquel fue el pensamiento que le vino a la cabeza en ese momento. Y lo había conseguido gracias a su espíritu combativo y rebelde.

Durante toda su vida, había escuchado que los escoceses eran auténticos bárbaros, mas, si esa era una muestra de su barbarie, no le importaría ser un poco como ellos.

Por supuesto, no buscaba la muerte. Y estaba convencida de que aquel infeliz tampoco la deseaba, aunque la hubiera preferido antes que someterse. Lo que ella quería era contar con una persona que no sintiera miedo de Arthur ni de las consecuencias de desobedecerlo.

Una vez tuvo a alguien así: su queridísimo Ágador, el padre de Hugo. El único en todo Ravenshire, junto con su esposa Grace, que rompió las normas por ella, por ayudarla… Por desgracia, los había perdido a ambos un año atrás.

Un año demasiado largo en su ausencia.

Ni siquiera Hugo era como sus padres. Aunque trataba de protegerla y serle siempre leal, nunca iba más allá. Cuando trasgredía las normas impuestas por su esposo, como la prohibición de que ella se acercara a los caballos, siempre lo hacía con miedo, e insistiendo en que entrara en razón.

Lo mismo ocurría con las dos únicas sirvientas en las que confiaba: Roberta, su dama de compañía, y la jovencita Edith. Ambas le eran fieles y guardaban sus secretos, pero también los de Arthur, porque le tenían pánico. Jamás habían elevado la voz ni

habían denunciado, por ejemplo, los moretones y marcas que habían visto en el cuerpo de su señora a lo largo de su matrimonio, cuando la ayudaban a bañarse, a vestirse… o a levantarse del suelo si la reprimenda recibida había sido demasiado severa y la encontraban tirada en la alfombra de su alcoba.

Claro que, ¿ante quién iban a denunciar ese comportamiento? Ella misma, cuando se había confesado con el padre Clemente y le había contado, entre susurros avergonzados, la primera vez que Arthur la golpeó, solo había recibido un consejo por parte del párroco: debía esforzarse más por ser una buena esposa. Tenía que entender que, si el barón le aplicaba un castigo severo, era por su propio bien, para mostrarle el camino correcto. Solo así honraría a su marido y alcanzaría la gracia de Dios, que había creado a las mujeres para servir, acompañar y obedecer al hombre.

Mientras observaba el cuerpo sin vida de aquel esclavo rebelde, aquel día, Gillian se había acordado de las palabras del sacerdote.

¿Las mujeres escocesas también servían y obedecían al hombre? Ella había oído que algunas eran tan fieras como cualquier guerrero, que eran enormes, muy feas, e incluso que tenían bigote. Al menos, eso era lo que decían los soldados ingleses cuando se mofaban del enemigo. Añadían entre risas que, por esa razón, los escoceses preferían la compañía de las ovejas antes que la de una mujer para pasar la noche.

Si aquello era cierto, más de una noche habría dado lo que fuera por ser una de ellas, con tal de que Arthur la dejara en paz y se marchara a los campos en busca de una oveja.

De este modo, un pensamiento llevó a otro… Hasta que la idea de tener un esclavo escocés cristalizó en su mente y echó fuertes raíces en su interior.

No tuvo que esperar mucho para que se le presentara la oportunidad de pedir un regalo tan insólito. Sabía lo que pasaría si provocaba a Arthur, solo un poco, lo necesario para obligarlo a ejercer su derecho como esposo de aleccionarla. Así, una de aquellas veladas, llegó tarde a la cena adrede. Para colmo, esa noche había pedido que sirvieran conejo asado con salsa de hierbas…

Una salsa que él detestaba con todas sus fuerzas.

—¿Qué es esto? —le había preguntado, arrugando la nariz al oler la comida.

—Conejo asado.

Sus ojos negros, coléricos, la habían fulminado antes de volver a preguntar.

—¿Qué lleva por encima?

Gillian fingió sobresalto. Se llevó una mano a la boca y negó con la cabeza, compungida.

—¡Perdona, esposo! No me acordé de decirle a los cocineros que esa salsa…

No pudo terminar la frase. Arthur ya había lanzado el plato contra la pared, con rabia.

—¡Eres una inútil! No llegas a la hora y, además, no sabes ni organizar un menú que me agrade.

—Puedo… puedo pedirles que te preparen otro conejo. Pero tendrás que esperar a que lo asen.

Su esposo se levantó con un rugido y volcó la silla hacia atrás. Cuando se abalanzó sobre ella, Gillian ya no tuvo que fingir nada: estaba aterrorizada.

La aferró por el brazo con crueldad y la arrastró tras de sí rumbo a sus aposentos. Allí era donde le gustaba reprenderla: donde nadie lo presenciara.

—Después de una jornada agotadora, lo mínimo que puedes hacer es procurar que tu esposo disfrute de una buena cena. ¿Por qué te cuesta tanto aprender?

Gillian no contestó, solo tragó saliva.

Y trató de ser fuerte una vez más cuando él cerró la puerta de la alcoba y se quedaron a solas…

Mucho más tarde, Arthur la ayudaba a meterse en la cama para que descansara, apesadumbrado por haberse dejado llevar por su terrible mal humor.

Ella había contado con eso: con el arrepentimiento que siempre llegaba después de una dura reprimenda.

—Perdóname, mi dulce *Morgana*.

Gillian odiaba que la llamara así. A Arthur le encantaban las leyendas Artúricas, tal vez porque compartía nombre con el protagonista, y se empeñaba en leerle el mismo libro desde el primer día que pisó Ravenshire. Decía que ella le había embrujado cuando la conoció y que sus ojos estaban llenos de misterio. «Como los de Morgana», le susurraba, acariciándole la mejilla con sus nudillos mientras la miraba con adoración.

Aquella noche no fue distinto. El mismo remordimiento, como si temiera haber roto lo que él consideraba valioso.

—No he debido enfadarme tanto, perdóname. Te lo compensaré, te daré lo que quieras. Elige un regalo.

Siempre regalos después de los golpes.

Los ojos de Gillian se habían desviado hacia su tocador repleto de joyas. Tenía muchas… demasiadas.

—Quiero un esclavo —le soltó, sin mirarlo.

—¿Cómo has dicho?

—Quiero un esclavo escocés, como los que tú tienes.

Arthur guardó silencio unos segundos. Al final, asintió.

—Elige al que quieras de todos ellos.

—No. Quiero uno nuevo. Uno que sea solo mío; que me atienda solo a mí y al que pueda encomendar las tareas más ingratas. Veo cómo disfrutas torturando a nuestros enemigos, y yo también odio a los escoceses.

Su esposo esbozó una sonrisa de satisfacción al escucharla.

—Tienes el alma vengativa de una hechicera, mi pequeña *Morgana*.

Gillian se tragó la réplica amarga que tenía en la punta de la lengua y, a cambio, esbozó la trémula sonrisa que siempre usaba cuando quería congraciarse con él.

—Solo soy una dama inglesa, educada para saber a quién le debo lealtad, mi señor.

Él la acomodó entre los mullidos cojines de la cama, como si eso fuera suficiente para calmar el dolor que sentía por todo el cuerpo. Después, cuando se inclinó para besarla en los labios, ella giró la cara y se los negó.

Escuchó cómo Arthur suspiraba con resignación. Gillian sabía lo que hacía: después de una reprimenda como la que le había dado, su esposo sentía un pánico absurdo a perder su cariño. Por eso los regalos, las atenciones, los intentos de besarla.

—¿Estás enfadada?

—No. Solo muy cansada.

—¿Me amas?

—Sí —dijo con un tono monocorde, sin sentimiento. Responder esa pregunta se había convertido en un acto reflejo.

Arthur suspiró de nuevo, como si ella lo hubiera derrotado. Luego, le tomó la barbilla entre sus dedos y la obligó a mirarlo.

—Tendrás a tu esclavo, esposa. Te lo prometo.



Gillian recordaba aquel momento y, a pesar de que no había podido casi moverse en unos días por el dolor de su cuerpo, y había tenido que usar el ungüento de árnica y caléndula para tratar hinchazón en algunas zonas, no lamentaba haber enfurecido a su esposo.

Porque ahora tenía a Malcom Campbell.

En cuanto lo vio en aquella cantera, supo que era el hombre que necesitaba. A pesar de que tenía todas las de perder, el escocés había defendido a otro de los prisioneros sin dudar, sin miedo en sus intensos ojos azules. Era la clase de bárbaro que estaba buscando.

Claro que, no contaba con que él la odiara tanto.

Gillian jamás había pretendido que Arthur lo castigara con cincuenta latigazos y lamentó el estado en el que lo llevaron a Ravenshire. Por eso se empeñó en curarlo, a riesgo de que su esposo la descubriera. Quería asegurarse de que las heridas no se le infectaran y aplicó los conocimientos que su querido Ágador, en secreto, le había enseñado.

Sin embargo, el escocés resultó ser un paciente desagradecido e insolente. La había mandado al infierno en cuanto recuperó el habla.

El mítico orgullo escocés era en verdad hiriente, aunque, ¿no lo había elegido a él justo por eso?

Si no hubiera mentido a Arthur después de haber pasado toda la noche velándolo, habría podido limar asperezas con su esclavo mucho antes.

Sin embargo, su esposo descubrió el embuste. Cuando le preguntó por qué no estaba en su cama cuando fue a su encuentro de madrugada, ella le dijo que había estado en las cocinas porque no podía dormir. Pensó que la excusa había funcionado cuando él se marchó sin más… hasta que, minutos después, regresó a su alcoba hecho una furia.

No supo con quién había hablado, pero había averiguado la verdad. Y eso le costó una severa reprimenda que, de nuevo, la dejó sin poder moverse durante unos días…

Unos días preciosos que había perdido al no poder acercarse a Malcom y propiciar el acercamiento que necesitaba.

Cuando pudo salir de su alcoba sin que le doliera al caminar, se puso un vestido que cubría los morados de su cuerpo, a pesar de no ser el más adecuado para esa época del año. Era uno de los muchos regalos que Arthur le había hecho: una prenda pomposa y recargada que la tapaba de pies a cabeza. Se ahogaba con ella, sudaba y le picaba la piel.

Pero, al menos, nadie vería que otra vez había sido una mala esposa.

Nadie… excepto Malcom, que descubrió la marca de su brazo mientras le mostraba cómo lavar la ropa.

Se sintió tan avergonzada que no tuvo más remedio que huir. ¿Qué habría pensado de ella? No quería que la viera como una inútil, una mujer incapaz e ignorante, tal como Arthur solía señalarle cada vez que la castigaba. Si era así, el escocés jamás se dignaría a enseñarle a montar a caballo. Tenía que demostrar que era fuerte y decidida, que sabía lo que quería, y obligarlo, como su ama y señora, a cumplir sus órdenes.

La suerte, por fin, se había puesto de su lado cuando llegó la carta del rey Eduardo reclamando la presencia del barón de Ravenshire en la corte. Su esposo se marcharía durante unos días y

ella no podía desaprovechar esa oportunidad: debía aprender a montar a caballo. Por mucho que la aterrorizaran esos animales, era indispensable que se acercara a ellos.

Y lo hizo, gracias a Malcom.

Gillian sonrió en su cama y se arrebujó en las sábanas con satisfacción cuando recordó cómo la había ayudado. Cómo el escocés había puesto la mano sobre la suya cuando se asustó e intentó retirarla de la frente de Lancelot. Cómo la había mirado cuando le dijo: «no os rindáis tan pronto».

Esas palabras hicieron que su corazón latiera tan fuerte que tuvo miedo de que le explotara. Él confiaba en que podía hacerlo, la había animado a no dejarse vencer por el miedo.

Un sentimiento cálido se había expandido entonces por su pecho, haciéndola creer que podría conseguirlo, aunque los temblores no la abandonaban. Todo era demasiado intenso, demasiado nuevo, demasiado peligroso.

Y no necesariamente por estar tan cerca de un caballo.

En aquellos momentos, la proximidad con Malcom Campbell le había parecido más perturbadora que la idea de subir a lomos de Lancelot. El aire a su alrededor se había vuelto denso y la envolvía por completo, inundándola con el olor del escocés. Mezclaba el aroma sutil del jabón que se usaba en Ravenshire para lavar la ropa y el que exudaba su cuerpo, que no le resultó desagradable en absoluto.

Y, para colmo, las emociones que habían despertado en su interior se magnificaron de manera alarmante esa misma tarde, tras comprobar que había sobrevivido a la alocada carrera del caballo.

A pesar del enfado de Malcom por lo que le había dicho en el jardín, había ido tras ella y la había salvado deteniendo a Lancelot. Después, la había tomado entre sus brazos…

¡Oh, jamás pensó que pudiera sentirse así! Gillian no era capaz de explicarlo, pero, aferrada a la camisa de Malcom, con la frente enterrada en su amplio pecho y notando las torpes pasadas de sus manos por la espalda, un alivio y una extraña paz colmaron su corazón.

Era como si nada malo pudiera ocurrirle a su lado; como si ya no tuviera que estar constantemente alerta; como si el miedo que respiraba a diario se hubiera diluido y ahora el aire fuera más limpio, más dulce.

Después, él les había plantado cara a todos los guardias y la apoyó cuando quiso volver a montar. Malcom la había enseñado a sostenerse, a cabalgar… y estaba convencida de que, si se lo hubiera propuesto, la habría enseñado también a volar.

Malcom Campbell.

¿Quién lo diría? El bárbaro escocés que había elegido no solo la estaba ayudando e infundiendo en su ánimo el fuego que necesitaba; además, le estaba mostrando con sus actos que había estado equivocada toda su vida.

Que los salvajes a lo mejor no eran sus enemigos.

Que el verdadero salvaje era, y había sido siempre, un inglés: su esposo.

—Malcom Campbell —susurró el nombre en la oscuridad de su alcoba, y solo con escucharlo, su cuerpo se relajó, dispuesto a conciliar el sueño… en parte.

Porque otra parte de su ser —una que había permanecido dormida o atemorizada durante mucho tiempo—, estaba despertando. Y esa parte se sentía excitada, ansiosa por que llegara el nuevo día y el momento en que pudiera reunirse, una vez más, con ese hombre increíble al que ya jamás consideraría un esclavo.

Malcom Campbell se había convertido, para ella, en su liberador.

CAPÍTULO 10



—¿Cuándo crees que podré galopar rápido… más rápido que el viento?

Malcom estaba cepillando la piel oscura y brillante de Lancelot cuando escuchó la voz de Gillian, a su espalda. Sabía, por Hugo, que ella había ordenado que sus tareas se limitaran al cuidado de aquel caballo. Ya no lavaría más ropa, ni limpiaría su alcoba, ni adecentaría su jardín.

Y, después de haber pasado dos años trabajando para los ingleses en una de sus canteras, aquel cometido era un regalo.

Se giró despacio para mirarla. La dama estaba de pie junto a la puerta de las caballerizas, retorciéndose las manos por el ansia y los ojos verdes muy brillantes. Ese día también se había puesto un sencillo vestido y pudo fijarse en algo que no había visto las veces anteriores: Gillian tenía otro moretón en la base del cuello. Aparecía con el color amarillento que adquirían ese tipo de marcas con el paso de los días, por lo que supuso que no era reciente.

Con el pomposo vestido que le gustaba llevar, lleno de adornos y de gasas que la tapaban completamente, no se le veía. Malcom se preguntó si no sería ese el motivo por el que la dama lo usaba. Tal vez había sido injusto con ella, y había confundido coquetería con el apuro de esconder las heridas que llevaba por dentro.

Y no estaba pensando solo en las evidencias de los golpes en su piel.

—Muy pronto —contestó al fin a su pregunta, después de observarla unos segundos, con el corazón agitado.

Sabía que lo que Gillian despertaba en él era muy peligroso. La necesidad de velar por ella ganaba terreno en su interior, y se mezclaba con la fascinación que sentía al verla enfrentarse a sus miedos con esa determinación.

—Hoy podríamos dar un paseo más largo —Gillian se adentró en el establo y se acercó a Lancelot sin temblar.

Acarició la frente del animal como él le había enseñado y le dirigió a Malcom una sonrisa que lo paralizó. El cepillo que sujetaba en su mano se detuvo en mitad del movimiento y solo pudo parpadear ante su belleza.

Por suerte, la joven enseguida se volvió hacia el caballo y él pudo reponerse, carraspear y pensar con claridad.

—Toma —le dijo, ofreciéndole el cepillo—, dedícale unos minutos. Es importante que fortalezcas el vínculo con Lancelot; te será más fácil dominarlo después.

Volvía a hablarle con esa confianza impropia de un esclavo, pero Gillian no lo corrigió ni exigió un trato de cortesía.

Se limitó a aceptar su sugerencia y comenzó a cepillar el lomo negro del caballo, imitando los movimientos que le había visto hacer a él.

—Es agradable y relajante —susurró, maravillada.

A Malcom lo sorprendió la expresión de absoluta satisfacción en su rostro. Su esposo la colmaba de regalos, joyas y pieles, pero en la simplicidad de un acto tan cotidiano como atender a un caballo, Gillian encontraba felicidad. ¿Tal vez la dama no era como él siempre había imaginado? Empezaba a creer que sí.

—Si me lo permites, puedo acompañarte en ese paseo, a caballo también.

Gillian borró la sonrisa de su rostro y lo miró con desconfianza.

—No creo que sea buena idea.

—Ayer ya monté en uno, y no escapé, aunque pude haberlo hecho.

—Ayer me salvaste, y te estaré siempre agradecida por ello; pero, si hoy no corro ningún peligro, ¿qué te impedirá salir al galope y alejarte de Ravenshire?

Su pregunta era lógica. Y la respuesta inmediata, la más lógica también, era un *nada* contundente y categórico.

Porque lo normal hubiera sido tener ganas de huir, de escapar de allí —ahora que no estaba encadenado—, en cuanto pudiera hacerse con un caballo.

Esa misma mañana, en la que sus movimientos estaban vigilados solo por un par de hombres que no le quitaban ojo, podría haberse marchado. Malcom era tan consciente de ello que se sentía estúpido. Ahora que el barón de Ravenshire no estaba, podría huir sin temor a que soltara a esos perros de los que tanto había oído hablar —y a los que también había escuchado ladrar durante la noche—. Los guardias no eran un problema para él: estaba convencido de que podría reducirlos.

Sin embargo, la frase que ella había pronunciado el día anterior, aterrada y desesperada, sí era un impedimento.

«Tengo que aprender ya, ahora que él no está».

La escuchaba una y otra vez en su cabeza, con la mirada verde suplicante clavada en su alma. No podía evitarlo. Tal vez, como no había podido ayudar a sus hermanas en el pasado, se veía ahora obligado a ayudarla a ella…

Pero no.

No era solo por eso.

Si sus sospechas eran ciertas, y la joven sufría a manos de su esposo, no la dejaría a su suerte.

Simplemente, no podía, era superior a él.

Y ambos tenían una oportunidad de oro ahora que el barón estaba lejos. Tendría ocasión de huir, estaba convencido, pero más tarde, cuando supiera que Gillian iba a estar bien o, al menos, que tenía posibilidades de escapar como él.

Dio un paso hacia ella y sus ojos ahondaron en los de la joven señora de Ravenshire.

—Te prometo que no me marcharé hasta que seas capaz de galopar más rápido que el viento —le dijo, usando sus mismas palabras—. Hasta que seas capaz de volar.

La vio tragar saliva y humedecerse los labios después, mientras sopesaba los pros y los contras de aquella oferta.

—De acuerdo —susurró—. Pero Hugo vendrá también con nosotros, por si acaso.

Malcom asintió. Enseguida, fue a ensillar otros dos caballos más, deseoso de ese paseo. Era un joven acostumbrado al ejercicio físico, a respirar aire libre, y no iba a engañarse: tenía ganas de conocer a la dama un poco mejor. Quería saber qué demonios le ocurría con su esposo y hasta qué punto el terror que había visto en sus ojos, cuando se empeñó en que la enseñara a montar, era justificado.



Ni Hugo ni Roberta se mostraron muy conformes con ese paseo a caballo. Su dama de compañía seguía pensando que era una auténtica temeridad por parte de la joven y Hugo veía el peligro de permitir que Malcom cabalgara libremente y a su antojo.

Sin embargo, no tuvieron más remedio que ceder ante la testarudez de su señora. Hugo accedió y obedeció las órdenes de lady Gillian demostrando que sentía por ella una lealtad que superaba con creces el sentido común, mientras Roberta se quedó en Ravenshire, con los nervios a flor de piel, aguardando su pronto regreso y rezando para que no hubiera ningún incidente.

Los tres jinetes salieron de las murallas de la fortaleza en dirección a la aldea cercana, a un trote ligero. Malcom situó su caballo muy cerca de Lancelot, por si tenía que agarrar las riendas en algún momento, y el guardia se quedó algo más rezagado, vigilando cada uno de sus movimientos. Gillian, por su parte, demostró que confiaba en la promesa que le había hecho el escocés y no estaba preocupada por la posibilidad de que escapara. En cambio, se mostraba encantada con sus progresos a lomos del animal.

—Jamás había ido tan lejos sin la compañía de Arthur —les dijo, con una gran sonrisa en el rostro.

—¿Aquella es la aldea? —le preguntó Malcom, cuando dejaron atrás un bosquecillo de abedules y continuaron por el camino que se

alejaba de Ravenshire.

—Sí —fue su escueta respuesta.

—Si no quieres, no llegaremos tan lejos. Volveremos y podrás descansar —le dijo Malcom, malinterpretando su repentina seriedad.

—No es eso… No estoy cansada —musitó—. Es solo que no visito la aldea desde que era una niña.

Por su expresión, no parecía que tuviera muchas ganas de hacerlo en esos momentos, por lo que Malcom insistió.

—Daremos la vuelta. Podemos pasear por los alrededores de Ravenshire.

Ella tiró ligeramente de las riendas, tal y como él le había enseñado para no encabritar al caballo, y se detuvo, con los ojos puestos en el horizonte. Los tejados de las chozas se veían desde allí, algunos con pequeñas columnas de humo que salían de sus chimeneas. El rostro de Gillian se había teñido de una tristeza inesperada y Malcom no lo entendió.

—¿Os encontráis bien? —le preguntó Hugo, que se había aproximado al notar que algo le sucedía a su señora.

—No. Aun así, creo que quiero ir allí.

—¿Estáis segura?

—Sí, Hugo. Ya es hora.

La dama azuzó a Lancelot con suavidad y tomó la delantera. Los dos hombres se miraron y Malcom no pudo descifrar la expresión del guardia, aunque una cosa estaba clara: esa visita a la aldea le preocupaba.

Cuando llegaron, vio que era un lugar tranquilo, donde los campesinos —arrendatarios del barón— y los artesanos de diferentes oficios vivían en sus humildes chozas de piedra, con techos de paja. No se diferenciaba de las otras aldeas que Malcom conocía en Escocia. No entendía qué podrían encontrar allí que perturbara de ese modo a la señora de Ravenshire.

Tanto Hugo como él la siguieron, muy despacio, y atravesaron las calles embarradas mientras los habitantes del lugar, que iban de un lado a otro con cestos de comida, ropa u otros enseres, los observaban con cautela. Había niños que jugaban y corrían, escandalosos, y Malcom tuvo miedo de que alguno de los caballos se

asustara. Abrió la boca para proponer que desmontaran y continuaran a pie, pero no hizo falta.

Gillian se había detenido frente a una de las chozas. Aunque, justamente esa, la que ella miraba con ojos empañados, parecía abandonada.

Desmontó y sus acompañantes la imitaron. Malcom se dio cuenta de que ese lugar era importante para ella, pues la joven se estremeció cuando levantó su brazo y empujó la desvencijada puerta de la entrada. Los goznes chirriaron por la falta de uso y Gillian se adentró en la estancia principal, que estaba a oscuras.

Hugo fue tras ella y se ocupó de abrir los postigos de madera que cerraban las ventanas. La luz del sol inundó el interior, descubriendo la gran capa de polvo que cubría muebles y suelo. Malcom, que también había entrado, comprobó que olía a cerrado, a moho y a otra cosa que le oprimió el pecho: una desolación densa y pegajosa que se le adhirió a la piel.

—¿Qué es este lugar? —quiso saber, a riesgo de ser inoportuno, pues era evidente que Gillian estaba muy afectada.

Hugo lo miró un momento, mas no respondió. Luego, el guardia observó de nuevo a su señora, pendiente de ella y de cada uno de sus movimientos.

—Era mi hogar —susurró al fin la dama, con una voz que, por algún motivo, le sonó muy lejana.

Malcom dio un paso hacia ella, sorprendido. Jamás habría pensado que era hija de unos aldeanos. Desde que la conoció la había visto tan elegante, tan altiva, que dio por sentado que provenía de una familia de alta cuna, noble, acostumbrada a los lujos y a mandar sobre los demás.

—¿Podéis dejarme a solas unos minutos? —les pidió a sus acompañantes.

Hugo titubeó, pero fue hacia la puerta tal y como le había pedido. Al pasar al lado de Malcom, lo tomó del brazo para obligarlo a salir y dejarle un poco de intimidad a su señora.

Una vez fuera, el escocés no pudo contener su curiosidad.

—Si lady Gillian vivía aquí, ¿dónde está su familia?

—No lo sé. Se marcharon poco después de que el barón se la llevara.

—¿Se la llevó? —Malcom no lo entendía—. ¿Cómo? ¿Por qué?

Hugo movió la cabeza, apesadumbrado.

—Eres solo un esclavo, no debería hablarte de esto. Pero ella parece confiar en ti. Y, créeme, confía en muy pocas personas. Aunque, si me entero de que utilizas lo que voy a explicarte para hacerle algún daño… —Hugo lo miró con una dura advertencia en sus ojos marrones—, te juro que te destriparé con mis propias manos.

—¿Ya se te ha olvidado? —replicó Malcom—. Ayer le salvé la vida y ya te lo dejé claro: si hubiera querido que sufriera algún mal, no me habría molestado en ir tras ella.

El guardia asintió despacio y apretó los labios, como si, a pesar de todo, no terminara de fiarse. Malcom no lo culpaba. Si estuviera en su lugar y el inglés fuera su esclavo, tampoco confiaría en él.

—Lady Gillian solo tenía ocho años cuando lord Arthur la vio por primera vez. Según mi padre, que por aquel entonces era el jefe de su guardia, la encontró justo aquí —Hugo señaló una zona delante de ellos—, jugando con sus hermanos. Se prendó de la niña al momento.

—¿Ocho años? —Malcom estaba horrorizado—. ¿Gillian solo tenía ocho años?

—Sí. De eso estoy seguro, porque yo tenía unos catorce por aquel entonces y me acuerdo de ella, de cuando llegó a la fortaleza. Lord Arthur había pagado a sus padres una buena suma de dinero, prometiéndoles que cuidaría de su hija, que no le faltaría de nada, que llegaría a ser la señora de Ravenshire cuando tuviera la edad adecuada.

El estómago de Malcom se retorció de angustia al imaginar a una Gillian tan pequeña. Seguramente, el barón debió de parecerle enorme y aterrador.

—Entonces, ¿sus padres la vendieron?

Hugo se pasó las manos por el rostro, afectado al revivir lo ocurrido.

—Supongo que por eso se marcharon de aquí. Lord Arthur no deseaba que fueran a buscarla; no quería que la reclamaran si se arrepentían. La quería solo para él.

A Malcom le entraron náuseas. Recordó cuando le había preguntado por su familia, en el jardín, y ella había mirado hacia el infinito…

No, hacia el infinito no. Sus ojos se habían perdido en ese enorme vacío que a buen seguro sentía en su interior.

¿Cuánto habría llorado por ellos, echándolos de menos, hasta que pudo convertir esa tristeza en un escudo con el que rodear su corazón?

—¿Cómo pudo ese hombre hacer algo tan horrible? Era una criatura, solo una niña.

—Esperó a que ella cumpliera los doce años para desposarla. Mi padre intentó hacer entrar en razón al barón, pero no lo consiguió. Le cogió cariño a la niña y se le rompió el alma al ver cómo la arrancaba del seno de su familia para cumplir su capricho de tomarla en matrimonio.

—¿Por qué no hizo nada? ¿Por qué no se la llevó de Ravenshire y la puso a salvo?

—No conocéis bien al barón, no os ha dado tiempo. Es un hombre cruel. Mi padre tenía más familia y no podía dejarnos a mi madre y a mí atrás. Lord Arthur nos lo habría hecho pagar a nosotros. Por eso, trató de protegerla y de cuidarla dentro de sus posibilidades. Siempre la trató como a una hija más… Y, para mí, lady Gillian es más una hermana que mi señora.

Malcom miró hacia la puerta, que estaba entornada, y no pudo verla. Se giró con la intención de regresar con ella y Hugo lo aferró del brazo para retenerlo.

—No. Quiere estar sola.

Él se deshizo de su agarre, con el ceño fruncido.

—Creo que ha estado sola demasiado tiempo —le dijo, decidido a entrar, y no se refería únicamente a esos minutos de intimidad que les había pedido.

Al escucharlo, Hugo no trató de detenerlo. Se le encogió el gesto y sus ojos se velaron, llenos de tristeza.

Malcom avanzó hacia el interior. La dama se había sentado en una de las sillas junto a la única mesa. Tenía la mirada perdida en las rendijas polvorientas del suelo y no levantó los ojos cuando lo escuchó llegar.

—En esa habitación —le dijo, señalando una puerta que había al fondo—, dormía con mis hermanos. Lizzy, Thomas y Marie, todos eran más pequeños que yo. Cuando mis padres se iban a los campos a trabajar, me encargaba de algunas tareas de la casa, como mantenerla limpia y lavar la ropa, además de cuidar de mis hermanos. —Los ojos de Gillian se perdieron en aquel lejano pasado antes de añadir con la voz rota—: No he vuelto a verlos.

Malcom se tomó la libertad de apoyar una mano en su delicado hombro y apretó lo justo para tratar de reconfortarla.

Porque no había palabras de consuelo ante un relato como aquel.

A Gillian se le escaparon las lágrimas cuando lo sintió, pero continuó hablando.

—Dejaron que él me llevara lejos de aquí, Malcom. Mis padres no me querían lo suficiente como para retenerme a su lado. Ellos aceptaron su bolsa de sucias monedas y se metieron en la casa para no ser testigos de cómo se me llevaba.

Ahora, su voz sonaba más endurecida, teñida de un rencor que abrasaba.

—Tal vez no tuvieran opción —musitó él, al pensar en lo que pudo haber llevado a unos padres a vender de ese modo a su primogénita—. Hugo me ha dicho que lord Arthur es un hombre cruel y vengativo. Tal vez le tenían miedo, tal vez fue el único modo de salvar al resto de sus hijos. Si eres capaz de ver tu sacrificio como un modo de librar a tus hermanos pequeños de su maldad, quizás puedas perdonarlos.

Ella negó con la cabeza, muy despacio.

—No… —se le atoró la voz—. No creo que pueda perdonarlos nunca.

Malcom la rodeó y se acuclilló frente a ella, mirándola a los ojos. Tomó una de sus manos con delicadeza, como si Gillian fuera a romperse en cualquier momento, aunque no habló. Permitió que ella se desahogara.

—Él era un hombre imponente, vestido con elegantes ropajes. Tenía el cabello muy negro, bien peinado, y una perilla oscura. Sus ojos me miraban tan fijamente que me quemaban. —Las lágrimas continuaban deslizándose por sus mejillas—. Le prometió a mi madre que me educaría, que esperaría a que madurara y que yo tendría una vida mucho mejor que la que ellos jamás podrían darme. —Gillian sollozó y se limpió la nariz con la manga—. Y todo fue mentira. Hubiera preferido comer solo pan duro el resto de mi vida antes que convertirme en la señora de Ravenshire.

Malcom alzó su mano y borró las lágrimas de su cara con el pulgar, con suavidad.

Los ojos de Gillian demostraron cierta sorpresa por el atrevimiento, aunque no se apartó. Al contrario, inclinó el rostro hacia la palma de su mano para sentir mejor la caricia.

—Y decían que tú eras el bárbaro —murmuró.

—Porque lo soy —le aseguró—. Si tuviera delante a tu esposo en estos momentos, lo destrozaría a golpes.

Ella esbozó una trémula sonrisa al oírlo.

—No sé si te das cuenta, pero estás siendo amable con una inglesa. Con la arpía que te eligió como esclavo.

Malcom la observó en silencio unos segundos.

—Tú no querías un esclavo —dijo al fin, convencido.

—No.

—Y por eso te ocupaste de curarme las heridas de la espalda en persona, en lugar de enviar a un sirviente para la tarea.

—Fue culpa mía que te castigaran con esos latigazos.

—Tú no lo ordenaste. Jamás harías algo así, ahora lo sé. —Malcom la miró con intensidad, compartiendo ese secreto que le había sido revelado de pronto, entre el moho y el polvo de aquella choza abandonada—. Como también sé por qué estoy aquí… por qué me querías a tu lado.

CAPÍTULO 11



Durante los dos días siguientes, Malcom y Gillian pasaron mucho tiempo juntos. A la joven señora de Ravenshire le sorprendió la insistencia del escocés en que practicara todo lo posible a lomos de Lancelot, como si, de pronto, que aprendiera a montar a caballo fuera un asunto de vida o muerte.

Tal vez lo era… pero no para él, sino para ella.

Desde aquella conversación que habían mantenido en la choza de su infancia, algo había cambiado entre los dos. Gillian sentía que podía confiar en Malcom del mismo modo en que había confiado en Ágador y en su esposa Grace cuando vivían. Del mismo modo que ahora confiaba en Hugo, Roberta y su sirvienta Edith. Aunque con ellos no se ponía nerviosa cuando la miraban con esa intensidad, ni temblaba por dentro cuando sus manos se rozaban durante alguna de las lecciones.

Además, ninguno de ellos la regañaba como ese hombre cabezota, que no admitía que ella se relajara o no se esforzara lo suficiente. Si pensaba, por la forma en que la había consolado cuando visitaron la aldea, que iba a ser dulce y cortés con ella, se había equivocado por completo.

—¡No, Gillian, no! ¡Así no! —la gritaba, mientras ella daba vueltas con Lancelot en el campo exterior de Ravenshire—. Los talones pegados a los flancos… ¡No te inclines a los lados!

La joven trataba de galopar, pero tenía miedo y solo conseguía un trote ligero. Con un resoplido de frustración, lo intentó de nuevo, mirando de reojo a Hugo que, como siempre, vigilaba cada uno de sus movimientos y los del escocés.

Sabía que había dado orden al resto de los soldados de no inmiscuirse en los asuntos de la señora, asumiendo toda la responsabilidad por lo que pudiera ocurrir. Y, conociendo el terrible carácter del barón, ninguno de ellos tuvo nada que objetar… Allá Hugo y sus ganas de morir, si lord Arthur llegaba a descubrir lo que se traían entre manos con el nuevo esclavo.

Jamás podría agradecerle a su amigo lo mucho que arriesgaba por ella.

Roberta y Edith también se ocupaban de que los sirvientes no hicieran muchas preguntas, a pesar de que su dama de compañía continuara sin ver con buenos ojos las arriesgadas actividades de su señora. Solía esperar junto a Hugo mientras ella practicaba a lomos de Lancelot, con los nervios a flor de piel por si se caía del caballo. El guardia trataba de tranquilizarla, aunque Gillian era consciente de que los dos hubieran dado lo que fuera para que ella abandonara ese empeño.

Por ellos, por la infinita paciencia que tenían con ella, se esforzó aún más. Tenía que conseguir galopar antes de que su esposo regresara de la corte.

—¡Gillian! —volvió a gritar Malcom con su vozarrón—. ¡Inclínate un poco hacia delante, Lancelot entenderá que debe ir más rápido!

A pesar del miedo que le tenía a que el animal volviera a desbocarse, era más espeso el terror que le corría por las venas al pensar en Arthur, por lo que lo espoleó y aferró las riendas con firmeza, echando su cuerpo hacia adelante como le había dicho Malcom.

Y funcionó. El caballo galopó y ella notó el viento en la cara… Algo burbujeó en su pecho al darse cuenta de que era capaz de mantenerse erguida y que ganaba seguridad según Lancelot aceleraba. Dejó escapar un grito de euforia y pensó que aquella sensación era lo más parecido a la libertad que jamás había experimentado.

Por el rabillo del ojo vio una sombra; Malcom, montado sobre otro de los caballos de su establo, se puso a su altura con una sonrisa de satisfacción en su rostro.

—¡Muy bien! —gritó esta vez.

Después de tantas instrucciones y tantos gruñidos, la felicitación le supo a gloria.

Todavía galoparon un rato más, antes de regresar hasta el lugar donde Hugo y Roberta aguardaban, ambos inquietos al ver que se habían alejado tanto.

—No te preocupes —le dijo Malcom al guardia ante su cara de preocupación—, aquí te la traigo, sana y salva.

—Mi señora —Hugo corrió hacia ella para ayudarla a desmontar —, os arriesgáis demasiado.

—Tengo el corazón en la garganta… —susurró Roberta—. ¡En la garganta!

—Por hoy no os daré más sobresaltos —Gillian palmeó el cuello de Lancelot con cariño—. Voy a darle un premio y me retiraré a descansar. Tengo el cuerpo dolorido por el ejercicio de estos días.

Caminó rumbo a los establos, tirando de las riendas, y Malcom la siguió. Cuando estuvieron lejos de los oídos de Hugo y Roberta, el escocés le preguntó:

—¿Qué piensas hacer ahora que sabes galopar?

Gillian se detuvo y la sonrisa que había exhibido hasta ese momento desapareció de golpe.

—Supongo que ocultárselo a mi esposo, como he hecho cada vez que he aprendido algo nuevo. Él… —tragó saliva—, él ignora que sé leer y escribir. También que sé de remedios y sanaciones, y que fui yo la que curó las heridas de tu espalda.

—Entiendo por qué quieres ocultarle lo del caballo, pero… ¿lo demás?

La joven suspiró, cerró los ojos y movió la cabeza con disgusto.

—Él me trajo aquí siendo una niña, pero jamás quiso que me instruyeran, más allá de enseñarme a bordar o a organizar los menús de la cocina. Arthur me leía todas las noches antes de dormir y, cuando yo le decía que quería aprender las palabras, me aseguraba que no era necesario, porque él iba a estar siempre a mi lado para contarme las más bellas historias. —Su tono se endureció para añadir—: Tenemos conceptos muy distintos de lo que es una bella historia. He llegado a odiar las leyendas artúricas con toda mi alma, porque era lo único que me leía, noche tras noche…

—¿Cómo aprendiste a leer, entonces?

Ahora, sus labios esbozaron una sonrisa de agradecida nostalgia.

—Me enseñó Ágador, el padre de Hugo. También me enseñó los conocimientos sobre remedios, hierbas y curaciones. A escondidas, por supuesto. Su esposa Grace nunca estuvo de acuerdo, porque tenía mucho miedo del barón, pero al menos guardó el secreto y siempre me trató con mucho cariño. Por desgracia, los perdí a los dos hace un año por una rara enfermedad para la que no encontramos cura.

La tristeza debió de reflejarse en su rostro, porque Malcom dio un paso hacia ella y la sorprendió colocándole tras la oreja uno de los mechones que se habían soltado de su trenza.

El gesto le pareció tan tierno y tan íntimo que se estremeció.

Aquel hombre tenía el poder de hacerla sentir pequeña y blandita, y parecía saber cuándo era más vulnerable para desplegarlo. Cada fibra de su ser le pedía a gritos acurrucarse en su enorme pecho y experimentar el consuelo que hallaría entre sus brazos.

—¿Por qué Ágador no te enseñó a montar a caballo? Era el capitán de la guardia, según tengo entendido —quiso saber Malcom.

Gillian movió la cabeza, apesadumbrada.

—Nunca pudo, porque me aterrorizaban los caballos. Ya lo viste el primer día; incluso me desmayé. Fue por algo que me ocurrió al poco de llegar a Ravenshire. Lord Arthur me trajo a los establos, supongo que quería presumir de sus animales, y cuando sacó a uno de ellos de su casillero, el animal relinchó como un salvaje y se alzó de patas. Yo era muy pequeña y el recuerdo que tengo es el de una enorme bestia, con ojos de demonio y poderosos cascos, capaces de aplastarme si caían sobre mi cabeza. Jamás había sentido tanto miedo hasta ese momento, creí que me mataría. Me hice un ovillo en el suelo, aunque, por suerte, el barón logró controlar al enfurecido semental y lo apartó de mí. Desde entonces, no he podido acercarme a un caballo. Hasta el otro día… Hasta que tú me ayudaste a superar ese terror.

Malcom escuchó su historia, pensativo. Se rascó la barba antes de exponer lo que pasaba por su cabeza:

—Por lo que has contado, tu esposo nunca ha querido que te instruyeras en nada, porque así dependes de él por completo. ¿No has pensado que, tal vez, fue él quien asustó al caballo para que se encabritara ante ti? Metió ese miedo en tu cuerpo y se aseguró de que jamás quisieras aprender a montar.

Todo encajaba. Gillian abrió los ojos, sorprendida por no haber llegado ella a esa misma deducción. Era muy pequeña cuando ocurrió, ¿cómo podía imaginar…? ¡Ah, pero sí! Sin duda, Arthur era muy capaz de haber hecho lo que Malcom sospechaba.

Para tratar de dominar la cólera que la invadió de pronto, tomó una de las manzanas del cesto que Henry, el mozo de cuadras, siempre tenía bien surtido. Se la dio a Lancelot mientras le acariciaba la frente, notando que su vena rebelde palpitaba aquel día con más fuerza.

—¿Te encuentras bien? —Malcom, a su espalda, ya había desensillado al caballo que había montado y lo había acomodado en su casillero.

—No, escocés, no me encuentro bien —contestó, sin mirarlo—. Acabo de darme cuenta de que soy una esclava como tú. Pero mis cadenas, en lugar de ser de hierro, son de miedo y sumisión.

Él se acercó por detrás y posó las enormes manos sobre sus hombros. Las tenía muy calientes, y ese fuego le abrasó la piel a través de la tela del vestido.

—Puedo ayudarte a romperlas si quieres —le susurró con voz grave al oído.

La llamarada que sintió la joven se deslizó desde su nuca, atravesándole el pecho, y se enroscó en su estómago, provocándole un estremecimiento que la humedeció entre las piernas.

Jamás había experimentado algo así.

Gillian comenzó a temblar, presa de un anhelo que no supo cómo dominar, y se asustó ante la inmensidad de aquellas emociones.

—Esto no está bien —tartamudeó, deshaciéndose de su contacto para alejarse—. Es muy peligroso… —murmuró, mientras escapaba de allí a toda prisa, sin mirar hacia atrás ni una sola vez.

Cuantas más cosas descubría de lady Gillian, más fascinado se sentía por ella. Malcom, con el corazón martilleándole contra las costillas, observó cómo la joven se escabullía, azorada.

Tal vez le había parecido demasiado impulsivo.

Lo que ella ignoraba, era que se estaba conteniendo. Porque, si hiciera caso a sus instintos, a todo lo que llevaba dentro y a ese espíritu de hombre de las Highlands que allí, en Inglaterra, notaba más vivo que nunca en su interior, la obligaría a marcharse de Ravenshire al momento. Se la cargaría al hombro —como el salvaje que todos pensaban que era—, la montaría sobre Lancelot y él se acomodaría tras ella, juntos sobre el lomo del caballo, para escapar a todo galope.

No volvió a verla en todo el día y Edith, su joven sirvienta, le dijo que se había retirado a su alcoba para descansar.

Se quedó, por lo tanto, ayudando a Henry con el cuidado de los caballos. Todos parecían haber aceptado la voluntad de su señora y habían dejado de verlo como a un esclavo, para tratarlo como a un criado más de la fortaleza. No más cadenas ni amenazas crueles sobre su persona. Daba la sensación de que habían olvidado que él era un escocés, un prisionero de guerra capturado durante una batalla contra Inglaterra.

Por supuesto, todo aquello era gracias a que el señor de Ravenshire estaba lejos de allí. Malcom estaba convencido de que, si lord Arthur no hubiera abandonado el lugar, posiblemente, ahora se encontraría trabajando en los campos junto a otros de sus compatriotas, con nuevas marcas de latigazos en su espalda, medio muerto de hambre y de sed.

A veces, cuando pensaba en ellos, se sentía mal. Gozaba de privilegios que esos pobres hombres no tenían y era consciente de que muchos morirían a manos de sus captores por resistirse, por no doblegar su orgullo ante la tiranía de los ingleses, mientras que él había dejado de lado sus ganas de huir… por el momento. Claro que

quería escapar y regresar a casa, con su familia, pero no podía marcharse de allí hasta cerciorarse de que Gillian iba a estar bien.

Era de locos. Estaba sacrificando su propia libertad por una inglesa.

Aquella noche, cuando se acostó en su catre, en la misma diminuta habitación que le habían asignado cuando llegó, pensó en todos sus compatriotas. Ellos estarían en un barracón, tumbados sobre mantas raídas en el suelo, con los estómagos casi vacíos después de haberse tragado el mendrugo de pan duro que les daban. La cena que él había devorado, a base de estofado de cordero y verduras, acompañado de vino especiado, se le revolvió en las tripas. Si su padre lo viera en esos momentos… ¿Acaso no debería estar ideando algún plan para rescatar a los demás escoceses, con el fin de escapar todos de allí y volver a su tierra?

Ewan Campbell se avergonzaría de él si se enterara de que todos sus pensamientos, durante aquellos días, eran para Gillian, la mujer de otro hombre, la esposa de un barón inglés.

Mas no podía evitarlo.

Lo que ella había vivido le parecía tan horrible que había dejado de verla como a una enemiga. ¿Cómo había podido lord Arthur arrancarla de ese modo del seno de su familia? Le había quitado todo lo que ella amaba, todo lo que le resultaba familiar, para encerrarla en esa fortaleza y convertirla en su esposa… en su juguete. Sintió un asco profundo por el barón al imaginarlo al lado de una novia de doce años, siendo él ya un hombre adulto de mediana edad. Y notó un fuerte estremecimiento al intuir el pánico de esa niña en su noche de bodas.

—Es un monstruo —musitó entre dientes, sentado en el catre, con los antebrazos apoyados en las rodillas y la mirada alzada hacia el ventanuco de la pared.

Le hervía la sangre en las venas. Pobre Gillian… ¡Qué sola y desprotegida debía de haberse sentido toda su vida!

Mientras musitaba maldiciones contra el señor de Ravenshire, la puerta de la habitación se abrió con un ligero chirrido de las bisagras.

Malcom levantó la vista y la vio, de pie frente a él, con una vela en la mano, vestida solo con una ligera túnica sobre su camisón.

—Gillian, ¿qué haces aquí? —De pronto, tuvo miedo por ella—. Antes, en el establo, dijiste que era peligroso. Y esta visita lo es mucho más.

—Lo sé. La última vez que pasé la noche en este cuarto, al día siguiente, tuve que mentir a mi esposo para que no averiguara dónde había estado. Por desgracia, mi embuste no se sostuvo y me reprendió con dureza. Por eso permanecí unos días en cama, sin poder levantarme.

—¿Qué…?

Los pensamientos de Malcom se habían acelerado, alarmados por lo que ella contaba. Recordó que, tras pasar la noche velándolo, cuidándolo para que la fiebre le bajara, no había vuelto a verla en una semana. ¿Fue por eso? Cuando decía que el esposo la había reprendido, ¿se refería a…? Sí, por supuesto. Por eso ella tenía moretones en el brazo y marcas en su cuello: aquel indeseable la había golpeado hasta dejarla postrada en el lecho.

Se levantó y fue hacia ella, tomándola con suavidad del rostro. Sus pulgares le acariciaron las mejillas con toda la compasión que sentía dentro al no haberla podido librar de esa y del resto de las palizas que, a buen seguro, había recibido.

—Márchate antes de que alguien te vea, Gillian. No quiero ser el responsable de que vuelva a hacerte daño.

—No. —Ella apretó los labios, decidida. El brillo de sus ojos era de puro convencimiento—. En los establos me dijiste que podías ayudarme a romper mis cadenas… Quiero que lo hagas. Necesito que me ayudes. Quiero marcharme de aquí… Llévame lejos, Malcom. Llévame a Escocia contigo.

—No te gustan los escoceses, mi señora *arpía* —le recordó en un susurro enternecido, dándole un énfasis cariñoso a la palabra que, hasta entonces, había sido solo un insulto.

Le había emocionado oír el tono de súplica en su voz, como si él fuera el único salvavidas al que aferrarse.

—Eso pensaba… —confesó ella, mirándolo con un inmenso sentimiento— hasta que te conocí.

Malcom notó un pinchazo en el pecho al escucharla.

No lo pudo evitar. Se inclinó, posó los labios en su dulce boca… y la besó.

CAPÍTULO 12



Gillian continuaba aterrorizada por su atrevimiento… pero también estaba maravillada.

Sentir los labios de Malcom presionando sobre los suyos fue tan agradable, tan excitante, que logró desterrar el miedo a un lugar profundo de su interior, y solo quedó aquella hermosa sensación que la colmaba por completo.

Jamás imaginó que el deseo de un hombre pudiera resultar tan diferente al de otro.

Mientras que Arthur la quería de un modo enfermizo y obsesivo, Malcom no necesitaba forzar nada. Llegaba hasta ella con su cálido aliento, con su roce suave, con esa forma de mirarla que la atravesaba hasta los huesos, pero no de una forma violenta… Él no se imponía, no la amedrentaba.

Tal vez era porque, por primera vez en toda su vida, Gillian anhelaba ser besada y acariciada.

Por primera vez, quería saber qué sucedía cuando los abrazos eran compartidos, cuando los dos cuerpos se buscaban, sin que uno de ellos permaneciera inerte e impaciente porque todo terminara.

En esa ocasión, Gillian deseó que aquel beso durara toda la noche.

Los labios de Malcom presionaron sobre los suyos con firmeza y, cuando su lengua buscó la entrada a su boca, ella se abrió a él, temblorosa, rendida. La caricia húmeda y profunda encendió en su interior una hoguera lenta, abrasadora, que la consumía desde el centro del pecho hasta la punta de los dedos. Malcom la besaba con

una pasión contenida y a la vez salvaje, como si quisiera memorizarla con cada roce, con cada aliento compartido.

Su mano, fuerte y cálida, se deslizó hasta la nuca de Gillian, atrayéndola aún más hacia él. El contacto hizo que un estremecimiento le recorriera la columna. El aroma de su piel —intenso, viril, con notas de cuero, viento y algo puramente masculino— llenó sus sentidos. Era tan distinto al perfume empalagoso de Arthur, que por un momento sintió que iba a romperse en lágrimas. Era como oler la libertad.

Escuchaba su respiración entrecortada, y de lo más profundo del pecho masculino surgía un gruñido bajo, gutural, cada vez que el beso se volvía más profundo, más urgente. Era como si no pudiera conformarse con sostenerla entre sus brazos junto a la puerta, como si anhelara devorar el alma que habitaba en ella.

Y su sabor… ¡Oh, cielo bendito! Malcom sabía a deseo, a promesa, a un mundo desconocido al que ella no sabía si estaba lista para entrar, pero del que tampoco quería huir. Era un sabor adictivo, intenso, embriagador en su expresión más primitiva y erótica.

Cuando él se separó apenas para tomar aire, y ella abrió los ojos, lo que vio la estremeció aún más: Malcom era la encarnación misma de la virilidad. Jamás había contemplado algo tan hermoso. Sus ojos azules brillaban con una luz que ningún zafiro de los que Arthur le había regalado podría igualar; y su rostro, firme y poderoso, de pómulos marcados y frente amplia, con labios carnosos y tentadores, le pareció increíblemente bello a pesar de la barba que lo cubría.

—Bésame otra vez —le pidió, en un jadeo.

Él le acarició la mejilla con sus nudillos y luego tomó de su mano el candelero que sujetaba con descuido. Gillian no entendía cómo no se le había resbalado de los dedos. Malcom lo colocó sobre la mesa y le dio la mano para tirar de ella con suavidad, alejándola de la puerta.

—Te besaré hasta que notes los labios entumecidos.

Sus bocas se encontraron de nuevo, buscándose con una ansiedad comedida. Aquel roce les parecía un privilegio, algo único y

precioso. Se entregaron al beso con devoción, como si hubieran hallado un refugio inesperado, una promesa de consuelo en la boca del otro. En aquel cuarto, entre suspiros compartidos, nació una esperanza silenciosa en sus corazones.

La esperanza de que el mundo sería más llevadero entre los brazos del otro.

La esperanza de que, juntos, podrían con todo.

Gillian no supo en qué momento sus manos comenzaron a explorar. Tal vez fue cuando Malcom ralentizó el beso, como si saboreara cada segundo. Sus dedos, antes temblorosos, ahora se deslizaban por los pliegues de su camisa, memorizando la firmeza de su pecho, la calidez de su piel. Él emitió un leve suspiro al sentirla, y ese sonido la alentó a continuar, a perderse en él…

Jamás había tocado de ese modo a Arthur. Nunca había sentido ese cosquilleo en las yemas de los dedos que la impelía a buscar la piel estremecida bajo la ropa. Jamás había deseado acariciarlo para escuchar esos sonidos graves y profundos que a Malcom se le escapaban de entre los labios con sus atenciones.

Él le tomó el rostro entre las manos como si fuera un tesoro, y con una ternura que contrastaba con la fuerza contenida de su cuerpo, besó la comisura de sus labios, su mejilla, la línea de su mandíbula. Descendió por su cuello, regándolo con las caricias ardientes de su lengua hasta que la joven se arqueó contra él, buscando más.

Cada beso era una promesa; cada roce, un acto de adoración… Una adoración tan distinta a la que su esposo le había dedicado siempre en el lecho —tiránica y autocomplaciente—, que de nuevo tuvo ganas de llorar.

Ya no había lugar entre ellos para la ropa, les sobraba cada prenda. Con dedos impacientes pero cuidadosos, Malcom desabrochó el cinturón de la túnica de Gillian y la deslizó después por sus hombros, quitándosela muy despacio, como si deseara disfrutar de aquel inesperado regalo. Después, aferró la fina tela del camisón y tiró hacia arriba, al tiempo que ella levantaba los brazos para que lo sacara por encima de su cabeza. Cuando estuvo desnuda ante sus ojos, Malcom se detuvo a contemplarla, con una

expresión en su rostro que la hizo sentirse hermosa como nunca antes.

Como si fuese la única mujer que existía en el mundo.

Y, para que le quedara claro que adoraba cada porción de piel, cada curva suave de su cuerpo, Malcom la acarició con exquisito cuidado en las zonas donde aún podían verse sus moretones, ya pálidos y amarillentos por el paso del tiempo, pero muy presentes en su alma. Era como si quisiera hacerlos desaparecer con su tacto. Como si pretendiera borrar el horror que había sufrido a manos de ese otro hombre que no había sabido amarla como ella se merecía.

A pesar de que se le humedecieron los ojos por la infinita ola de ternura que la arrasó, Gillian trató de responder con la misma devoción. Le retiró la camisa y deslizó las manos por sus hombros anchos, por su espalda musculosa llena de cicatrices. También ella deseó que olvidara ese sufrimiento, pero solo podía adorarlo del mismo modo en que él lo hacía. Sus dedos continuaron explorándolo y regresaron a su pecho, deleitándose en la forma en que su piel reaccionaba al tacto mientras sus ojos la veneraban.

Se abrazaron y sus labios se reclamaron mutuamente. Sus respiraciones se entrelazaron como si sus cuerpos ya supieran cómo amarse, a pesar de que Gillian lo desconocía absolutamente todo acerca de ese tipo de amor.

Porque las veces que había yacido con su esposo no se parecían en nada a lo que estaba sucediendo allí, en ese cuarto diminuto y olvidado de la fortaleza.

Malcom la alzó entre sus brazos con una facilidad que la hizo sonreír, y ella rodeó su cuello, escondiendo el rostro en su hombro, respirando su esencia. La llevó hasta la cama, y cuando la depositó sobre las sábanas, el mundo pareció detenerse por un instante.

Se miraron a los ojos, conscientes de que, si continuaban, si iban más allá, ya no habría vuelta atrás.

—¿Estás segura? —le preguntó él.

A Gillian se le formó un nudo en la garganta al comprobar que, incluso teniéndola completamente desnuda en su cama, Malcom le diera la opción de detener aquella locura. No ocurriría nada que ella

no deseara. Lo sabía. Con ese hombre increíble, estaba completamente a salvo… en todos los sentidos.

Como única respuesta, alzó los brazos hacia él, llamándolo.

Malcom dejó escapar un suspiro, como si hubiera estado reteniendo el aliento ante la posibilidad de que ella se arrepintiera y, al comprobar que no, pudiera volver a respirar.

Se deshizo de sus botas y sus calzas con prisas, y cuando se inclinó hacia la cama, se quedó paralizado al ver su expresión.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué es eso? —Los ojos de Gillian estaban fijos en su entrepierna y se le había desencajado la mandíbula.

A Malcom le extrañó aquella reacción.

—Gillian, pareces una virgen en lugar de una mujer casada. ¿Acaso no has visto nunca a tu esposo desnudo?

—Sí, claro que sí. Pero es que él no tiene… su cosa no es… ¡Cielo santo, Malcom, lo tuyo es enorme! Si Arthur ya me hace daño con algo más pequeño, yo no… No creo que pueda…

Las cálidas y excitantes emociones que había experimentado hasta el momento se volatilizaron en un segundo, reemplazadas por el miedo que había regresado con fuerza a su cuerpo.

Malcom se tumbó a su lado, con cuidado, y se limitó a abrazarla.

—Que tu esposo te hiciera daño al tomarte no tiene nada que ver con el tamaño, Gillian. Solo un hombre torpe y desconsiderado hiere a una mujer en ese momento. Porque no la prepara, porque se precipita, porque no logra que ella lo desee hasta el punto en que la unión entre ambos se vuelva algo natural... sencillo. —Mientras hablaba, la miraba a los ojos, acariciándole el rostro, el cabello, el hombro, la espalda. Su voz, cálida y pausada, la envolvía como una manta tibia; sus caricias, suaves y constantes, la iban relajando poco a poco—. Un hombre así jamás conseguirá que ella atesore en su corazón los momentos compartidos en ese encuentro.

Gillian parpadeó y levantó su mano para acariciar el vello de su pecho.

—¿Estás diciendo que tú no me harás daño?

—No te lo haré, pequeña arpía. Es más, te prometo que lo vas a disfrutar.

Ella enarcó una ceja ante su tono.

—¿También eres engreído en el lecho, Malcom Campbell? —Con la broma, notó que el miedo cedía.

Los ojos de Malcom la abrasaron antes de que él susurrara, con voz ronca:

—Deja que te demuestre por qué.

Se inclinó luego sobre sus labios y volvió a besarla. Gillian lo aceptó, hundiendo los dedos en su espeso cabello, en la zona de la nuca. Lo cierto era que llevaba demasiado tiempo casada y sabía que los encuentros conyugales no reportaban ninguna satisfacción a la mujer. Y, aunque hasta el momento, las caricias y los besos de Malcom habían sido deliciosos, no tenía ninguna esperanza de que, cuando la tomara, fuera a disfrutarlo. Se conformaba con que no le hiciera daño, pues conocía la mecánica y jamás había encontrado goce alguno en aquellos bruscos empujones que hacían gemir a Arthur, mientras ella contaba los segundos para que terminara.

La mano de Malcom se deslizó con suavidad sobre sus hombros, bajó por su brazo y se desvió hacia su pecho. Gillian se sorprendió y jadeó cuando lo encerró en su palma y apretó, para luego acariciar el pezón con su pulgar, en lentos círculos… Una corriente de deseo repentino la recorrió de pies a cabeza y se arqueó contra él, algo desorientada.

¿Qué había sido aquello? Notó un pálpito entre las piernas y le resultó de lo más natural elevar una de ellas para rodearle la cadera. En esa postura, sintió su enorme erección contra la piel, caliente y dura, pero, en lugar de experimentar el pavor que siempre la invadía, un insistente cosquilleo hizo que se balanceara en su dirección, buscándolo.

Malcom hundió la cara en el hueco de su cuello y lamió su garganta, depositando húmedas caricias por el mentón y en la zona sensible tras su oreja. Su mano, después de haber adorado el pecho, continuó el descenso por su cuerpo. Paseó por sus costillas y por su cadera, para terminar en la curva de su trasero con la palma abierta, como si quisiera abarcarlo todo a la vez. Cuando apretó, en la unión con sus piernas, Gillian no pudo contener el gemido que brotó de su garganta ante el inesperado latigazo de placer.

Entonces, Malcom pasó a la cara interna de los muslos y las yemas de sus dedos la abrasaron. Al mismo tiempo, volvió a besarla con intensidad, hundiendo la lengua en su boca con dulzura, logrando que todo pensamiento coherente desapareciera de su cabeza.

Ya no comparaba lo que Malcom le hacía con lo que había vivido con Arthur.

Su esposo había desaparecido por completo de su mente.

Y, cuando los dedos del escocés comenzaron a explorar con delicadeza su parte más femenina, se quedó unos segundos sin respiración. ¿Qué era aquella maravilla? Sentimientos imposibles la recorrieron en oleadas de honda emoción. El placer crecía en su interior, cálido y húmedo, suave, dulce, indescriptiblemente excitante.

Gillian quería hablar, decirle que no parara, que siguiera obrando aquel milagro…

Mas era incapaz de pronunciar una sola palabra. De entre sus labios solo salían sonidos guturales, gemidos y los jadeos necesarios para seguir respirando.

Tampoco hizo falta que dijera nada. Malcom parecía saber lo que quería, lo que necesitaba, sin que ella tuviera que explicárselo. Sus enormes manos, de pronto, estaban por todas partes. La acariciaba con un ritmo pausado y enloquecedor. Insistía en su sexo, tentándolo, incitándola para que se abriera a él, llevándola a la locura.

Y, entonces, se colocó sobre ella, aunque no la aplastó. Incluso en eso Malcom fue atento.

Gillian abrió las piernas por instinto, para acomodarlo entre sus muslos. Él no dudó y no dejó que lo pensara demasiado: con un movimiento preciso y decidido, la penetró.

Ella se arqueó contra su pelvis para recibirlo, extasiada con la invasión. Le clavó las uñas en los hombros, y no porque le doliera. Era pura necesidad de aferrarse a algo físico, porque no sabía si su cuerpo resistiría ese grado de placer.

Nunca había creído que fuera posible ver las estrellas sin necesidad de mirar al cielo.

Pero Gillian las veía, tras sus ojos, resplandecientes y ardientes como bolas de fuego. Le recorrían el cuerpo en oleadas de gozo al mismo ritmo que el lento vaivén de Malcom, que entraba y salía de su interior tomándose su tiempo, recreándose, expresando con sonidos jadeantes y roncos que a él le recorrían las mismas emociones.

Su unión fue una mezcla de urgencia y dulzura, y Gillian supo que el deseo que ambos sentían se había entrelazado con algo más profundo. Sus cuerpos se aceptaron, se entregaron el uno al otro. No hubo prisa. Cada movimiento, cada caricia, fue una declaración silenciosa, un reencuentro de almas que, tal vez, siempre se habían estado esperando.

Y cuando el placer estalló en ambos, casi al mismo tiempo, y se extendió durante segundos en intensas oleadas que los dejaron temblando entre la tibieza de las sábanas, Gillian comprendió que el universo, por fin, la resarcía de todo el sufrimiento pasado y la colocaba en el lugar que se merecía: entre los brazos de Malcom Campbell.

CAPÍTULO 13



Malcom había estado antes con otras mujeres. Antes de que lo capturaran los ingleses, por supuesto.

No habían sido muchas: no llegaban a la media docena. Alguna joven aldeana en alguna fiesta, o la hija de algún tabernero cuando su primo Niall y él pasaban el rato bebiendo cervezas en su local.

Siempre había sido agradable y placentero, pero, sobre todo, divertido. Reconocía que, simplemente, había pasado el rato y había tratado de que fuera tan grato para ellas como para él.

Jamás se había enamorado de ninguna. No había sentido con esas jóvenes una conexión especial, nada que trascendiera lo puramente físico. Habían compartido besos, caricias y la entrega de dos amantes durante unos minutos… hasta que todo terminaba y, con una sonrisa de complicidad, se despedían sin más.

Al menos, así lo había vivido él en cada ocasión… Hasta Gillian.

Abrazado a ella en aquel mísero catre, de aquella mísera habitación, en su mísera condición de esclavo, no deseó estar en ningún otro lugar.

Creía, sinceramente, que la vida lo había conducido justo hasta ese momento para poder amar a esa mujer.

Había sido horrible descubrir las marcas de los golpes de su esposo en aquel cuerpo hermoso y delicado. No concebía cómo alguien podía maltratar así a una joven tan preciosa, y la sangre le hirvió en las venas al comprender que ella no había conocido las bondades de un encuentro íntimo. Gillian había sufrido solo vejaciones; un martirio que empezó cuando la separaron de su

familia, de sus queridos hermanos, y nadie hizo nada para rescatarla de aquel infierno.

Nunca había sido tan comedido y tierno con ninguna otra joven. La acarició con veneración, deseando que sus caricias borraran el horror que ella había padecido hasta entonces. Besó con delicadeza las marcas de la violencia en su piel, la trató con cuidado, pero sin olvidar que dentro de ella había una mujer que no había conocido los placeres de la unión con un hombre.

Debía encenderla por dentro, lograr que lo deseara, con paciencia, con mimo, entregándole a su vez todo lo que llevaba dentro.

¡Y cómo respondió a su pasión! Gillian se mostró receptiva, ávida de aquellas atenciones, y le había devuelto las caricias con ojos maravillados, con el asombro de quien está descubriendo un mundo completamente nuevo que le ha sido negado desde siempre.

Con ella, había alcanzado un punto al que jamás antes había llegado. Se sintió completo, feliz, increíblemente afortunado. Estar a su lado era un privilegio; lord Arthur Norton era un patán cruel y sin sentimientos que no merecía el tesoro que tenía por esposa.

—Tenías razón —Gillian habló, con los labios pegados a su pecho —, no me ha dolido. Y ha sido… maravilloso. He gozado mucho, jamás creí que algo así fuera posible. A ti también te ha gustado, ¿verdad?

Malcom la tomó de la barbilla y le alzó el rostro para que lo mirara.

—¿Lo dudas? Eres un regalo para cualquier hombre, Gillian. He subido al cielo entre tus brazos.

Ella le sonrió, con las mejillas encendidas.

—¿Tú también has visto las estrellas?

—Por supuesto —le susurró él, dándole un beso en la punta de la nariz—: estaban en tus ojos.

Gillian dejó escapar un suspiro satisfecho y se acurrucó de nuevo en el hueco entre su hombro y su cuello, aspirando su aroma.

—Quisiera quedarme así toda la noche… y todo el día de mañana. Pero no puedo hacerle eso a Hugo.

—¿Hugo?

—Está vigilando afuera para que nadie sepa que estoy aquí, contigo. Me ha hecho prometer que regresaría a mi alcoba antes del amanecer, para que, cuando Edith o Roberta vayan a despertarme, me encuentren en la cama.

—Entonces, deberías irte ya —Malcom volvió a besarla, esta vez en la coronilla—. No deseo que tengas problemas por mi culpa.

Ella guardó silencio unos segundos antes de decir, muy seria:

—He tenido problemas toda mi vida y tú no has tenido nada que ver con ellos. Nada de esto es culpa tuya, al contrario: eres esclavo en Ravenshire por mi absurdo capricho. Lo siento mucho.

—Yo no lo siento. Y no creo que fuera un capricho —le dijo, acariciándole la mejilla con la yema de los dedos—, creo que fue un grito mudo de socorro. Voy a hacer todo lo posible por sacarte de aquí, Gillian, te lo prometo. Ese malnacido no volverá a ponerte un solo dedo encima, porque, si lo hace… lo mataré.

Ella parpadeó, con los ojos empañados. Estiró el cuello para alcanzar sus labios y lo besó con un sentimiento tan profundo que el cuerpo de Malcom despertó de nuevo a la pasión, a pesar de que apenas habían pasado unos minutos desde su anterior unión.

—Gillian… —gruñó, antes de capturar su labio inferior entre los dientes con una mezcla de hambre y ternura.

Ella esbozó una tímida sonrisa al comprobar cómo respondía a su cariño. Y, con la osadía que Malcom había visto en ella en otras ocasiones —cuando quería montar a caballo a pesar del miedo, por ejemplo—, sus dedos finos recorrieron su pecho y bajaron, y bajaron… hasta encontrar su masculinidad de nuevo endurecida y preparada para hacerla disfrutar.

Lo rodeó con la mano y fijó los ojos en su rostro, para cerciorarse de que él aceptaba la atrevida caricia.

—¿Te gusta que te toque aquí?

—¡Por Dios bendito, Gillian! —jadeó Malcom, ardiendo de deseo —. ¡Vuelvo a estar en el cielo!

Ella pasó una pierna por encima de las suyas y se quedó sentada a horcajadas sobre sus rodillas. Mantenía aquella mano en torno a él y con la otra le acariciaba los gruesos muslos, subía por las

estrechas caderas y llegaba hasta el pecho, para recorrer después el camino inverso.

—Tocarte así también me da placer a mí… —le confesó—. Noto calor ahí abajo, necesito… —Se ruborizó antes de pedírselo—: Creo que también necesito que me toques. Lo deseo mucho.

A Malcom lo fascinó su inocencia y esa forma tan natural de expresar lo que sentía sin esconderse, pidiéndole sin más lo que quería. Aquello le demostraba que la joven confiaba ciegamente en él: en que la entendería y sabría cómo satisfacerla.

No quiso defraudarla.

Se incorporó un poco, la aferró por la cintura y la acercó hasta que quedó sentada sobre sus caderas. La sentía contra él, húmeda y caliente, y sus manos volaron hasta sus pechos para masajearlos con dedicación. Gillian echó la cabeza hacia atrás y gimió, pidiendo más. Malcom se inclinó y su boca tomó el relevo de los dedos. Sus labios apresaron el pezón endurecido y lo succionaron, para después besarlo, lamerlo, morderlo y adorarlo, hasta que ella se aferró a su cabello, tiró de él y buscó su boca.

—No me harás daño… —musitó, entre beso y beso—, no esperes más, estoy dispuesta.

Malcom sonrió contra sus labios. Esa mujer era increíble: apenas la había tocado en esta segunda ocasión y ya estaba ansiosa… Tan ansiosa como él mismo. La pasión que compartían era real y poderosa.

Volvió a tomarla de la cintura y la elevó, sosteniéndola para poder colocarse y hundirse en ella lentamente, tragándose su gemido cuando se unieron por completo, abrazados, con las lenguas enredadas. La ayudó a moverse así, sobre él, guiándola con una mano en sus caderas, mientras le rodeaba la cintura con el otro brazo para mantenerla bien pegada. Sentía la turgencia de sus senos aplastados contra su pecho, su piel cálida rozándose con la suya, los carnosos labios batallando contra su boca, en una erótica lucha de voluntades que ninguno quería perder… ni ganar.

Eran los dos juntos, compartiendo de nuevo otro inolvidable instante que atesorarían más tarde en sus corazones, porque no eran únicamente dos cuerpos gozando el uno del otro…

Eran dos almas que se necesitaban y que se habían encontrado en un peligroso momento de sus vidas. Y eso era lo que lo hacía aún más especial: la sensación de que lo que acababan de encontrar podía perderse en un abrir y cerrar de ojos.

Se amaron hasta más allá del límite porque ambos tenían la certeza de que disponían de muy poco tiempo para decidir si querían perseguir esa libertad que deseaban, aun a riesgo de perderlo absolutamente todo…



Hugo la miró con censura cuando se reunió con él en el pasillo, a punto de rayar el alba.

—Habéis tardado demasiado.

—Perdóname —le suplicó, colocando una mano en su brazo—. He perdido la noción del tiempo.

Gillian tenía los labios hinchados, las mejillas enrojecidas y una luz distinta en la mirada.

El guardia miró hacia la puerta cerrada del cuarto de Malcom y luego a ella otra vez, dejando escapar un suspiro resignado.

—Volvamos cuanto antes.

Ya en su alcoba, una vez se quedó a solas, la joven se dejó caer sobre la cama de espaldas, y se acarició los labios despacio, con ojos soñadores. ¡Por todos los cielos! Solo tenía ganas de regresar al lado de ese hombre y ocultarse entre sus brazos para siempre. ¡Qué sensaciones había despertado en ella! ¡Qué distinto había sido todo con él!

Se abrazó el estómago y dejó escapar una burbujeante y silenciosa carcajada al rememorar cada instante compartido. Sentía el cuerpo dolorido y cansado, pues no habían dormido en toda la noche, pero no se arrepentía de nada.

Malcom Campbell.

Saboreó aquel nombre despacio, evocando su imagen, la belleza de su cuerpo desnudo, tan viril, tan masculino y poderoso… y, a

pesar de todo, tan contenido con ella. Gillian había notado la increíble fuerza que poseía y lo salvaje que podría volverse si se dejaba llevar, pero no lo había hecho. Al menos, no hasta el final, cuando ambos rozaban ya la cima del placer más increíble y perdieron la cabeza, desatando toda la pasión que guardaban en sus corazones.

Ella no se había quedado atrás. Lo había arañado, mordido y besado de un modo egoísta y posesivo, queriéndolo todo de él y permitiendo, a su vez, que él la tomara con un ímpetu que la abrasó por dentro y la hizo volar por los aires.

Malcom Campbell.

Gillian continuó recitando aquel nombre mientras se arrastraba sobre la cama, hasta apoyar la cabeza en la almohada. Se acurrucó de lado, sintiendo la piel todavía estremecida y un agradable pálpito entre las piernas.

Así se durmió. Y así la encontró Roberta cuando fue a buscarla, tiempo después, y la zarandeó por el hombro.

—Mi señora, es muy tarde, ¿os encontráis bien?

¿Cuánto había pasado? Para Gillian apenas habían sido unos minutos de sueño reparador, pero, por la intensa luz que se colaba entre los cortinajes, debía de ser ya media mañana.

—¡Maldición! —masculló por lo bajo.

—¡Señora! —su dama de compañía se escandalizó por el exabrupto, totalmente impropio de ella.

—Perdona, Roberta. Es que quería haber salido a montar esta mañana. Debo practicar para conseguir seguridad sobre el caballo.

La mujer la observó con el ceño fruncido y los labios apretados.

—Sigo pensando que no deberíais subiros encima de esa bestia. Acabaréis haciéndoos daño. ¿Por qué creéis que vuestro esposo no desea que os acerquéis a los establos? Recordad lo que os ocurrió siendo una niña, podríais haber muerto.

Gillian jamás se había fijado en lo severa que resultaba la expresión de Roberta cuando la censuraba con la mirada. Tenía la misma edad que Hugo, pero cuando la observaba de ese modo parecía mucho mayor.

De pronto, sintió vértigo en la boca del estómago al imaginar lo que pasaría si la mujer hablaba con su esposo y le contaba todo lo que había estado haciendo en su ausencia. Arthur no aprobaría que hubiera tratado a Malcom como si fuera un sirviente en lugar de un esclavo. Y si, además, se enteraba de que la había enseñado a montar a caballo…

Se estremeció de pánico.

Tenía que llevarse bien con ella. Debía mantenerla contenta y de su lado, por su bien y el de Malcom.

—Tienes razón, querida Roberta. Qué afortunada soy de que te preocupes así por mí. —Gillian se levantó de la cama y fue hacia ella para darle un abrazo conciliador—. Además, seguramente he dormido tanto porque estaba agotada de la sesión de ayer. Hoy me lo tomaré de descanso. ¿Te quedas así más tranquila?

—Pues no —respondió, devolviéndole el abrazo con torpeza y cierta tirantez. A Roberta le gustaba seguir las normas, y no era apropiada esa clase de familiaridad entre su señora y ella—. Preferiría que prometierais no volver a subir a lomos de ese animal. Cada vez que lo hacéis se me para el corazón. Pero os conozco lo suficiente como para saber que no me escucharéis.

—Claro que te escucho. Te escucho siempre —Gillian, que había apoyado la barbilla en el hombro de la mujer, se quedó en esa postura, muy quieta, al añadir con voz queda—: Pero tú a veces no me escuchas a mí.

Roberta carraspeó e hizo como que no había escuchado esa última frase. Se deshizo del abrazo y fue hacia el ventanal para descorrer del todo las cortinas.

—¡Vamos, vamos! ¡Basta de sensiblerías, mi señora! Ordenaré que suban agua caliente y os daréis un buen baño para esos músculos doloridos. Una dama no debería hacer tanto ejercicio, no es natural.

Gillian ocultó una sonrisa al escucharla. Si ella supiera…

Por lo menos, la sugerencia del baño era una buena idea. Se notaba pegajosa por el sudor y el agua caliente le vendría muy bien para desentumecer el cuerpo que todavía sentía agotado.

Y, más tarde, iría a los establos. Le había prometido a Roberta que no montaría a caballo, y no lo haría… pero no le había dicho nada acerca de no visitar a Malcom Campbell mientras se encontraba allí realizando sus tareas.

CAPÍTULO 14



Malcom cepillaba a Lancelot dentro del establo, con movimientos firmes y rítmicos, y le hablaba en voz baja, como si el animal pudiera entenderlo.

—Debes tratarla bien, amigo mío —murmuró, apoyando la frente en su lomo cálido—. Nos necesita a los dos. Tú la llevarás hasta la libertad… y yo estaré a su lado para asegurarme de que nada malo le ocurra.

Aquel era su único pensamiento desde que Gillian se había marchado de su habitación la noche anterior. Habría querido llevársela en ese instante, rogarle que se vistiera con ropa de abrigo y escapar juntos, dejando todo atrás.

Sin embargo, ella estaba exhausta. Después de lo que habían compartido en aquel colchón estrecho y tibio, no podía exigirle una huida que requería cuerpo, alma y, sobre todo, que estuviera bien despierta. Eso los condenaría al fracaso… y ella merecía una oportunidad.

Aun así, la idea no lo abandonaba. Le ardía en el pecho la promesa que le había hecho la noche anterior. Aunque sabía que no tenía ningún derecho sobre ella —era la esposa de otro hombre—, Gillian se había convertido, sin aviso, en el centro de su universo.

Su rostro volvió a su memoria, tan vívido como si lo tuviera delante. Sin ser la mujer más hermosa de todas las que había conocido, poseía una cualidad que le resultaba difícil de nombrar. Una luz, un aura silenciosa que lo conmovía hasta los huesos. Esos ojos claros, verdes, grandes y profundos, parecían guardar

demasiados secretos. Y su sonrisa… Esa sonrisa, de labios plenos, era un espectáculo que deseaba contemplar una y otra vez.

Por más que aborreciera a su esposo, podía entender —aunque le repugnara—, por qué se había obsesionado con ella siendo apenas una niña. Gillian poseía una gracia que atrapaba, una fuerza interior que enamoraba.

—Tenemos que irnos cuanto antes —repitió, con una nueva y enérgica pasada del cepillo sobre el pelaje oscuro del animal.

Entonces, la presintió.

Fue un cosquilleo, una corriente sutil que le recorrió el cuerpo antes de oír su voz. Como si su sola presencia alterara el aire a su alrededor.

—¿Hablas con Lancelot?

Malcom se volvió. Allí estaba ella, avanzando entre la penumbra del establo, con esa sonrisa en su deliciosa boca… la misma que él ya ansiaba volver a besar.

—Le hablo de ti.

Cuando Gillian llegó a su lado, de pronto, toda la confianza que traía consigo desapareció de golpe y bajó los ojos al suelo, avergonzada.

—¿Y qué… qué le dices?

Era adorable. Ahora se mostraba tímida, después de haberse entregado a él sin reservas unas horas antes.

Malcom soltó el cepillo y la tomó de las mejillas para que lo mirara.

—Le digo que tiene que correr muy rápido para sacarnos de aquí, Gillian. Porque eres un auténtico tesoro y te mereces una vida feliz, en un lugar donde tu corazón no se encoja de miedo a cada momento y estés rodeada de personas que consigan hacerte sonreír todos los días.

—Eso es un auténtico sueño, Malcom. Sobre todo, si tú eres una de esas personas.

Él bajó la cabeza y la besó con suavidad. La saboreó despacio, recreándose en la textura de aquellos labios y la calidez de su dulce lengua. Gillian suspiró contra su boca.

—Ojalá estuviéramos en tu habitación otra vez, a solas…

Malcom observó por encima de su hombro y sus ojos barrieron el lugar.

—Henry se ha marchado a la aldea, necesitaba comprar más manzanas. —Le mostró una pícara sonrisa—. Estamos solos, Gillian.

—¿Qué…? —ella también miró a su alrededor, algo aturdida—. ¿Aquí, ahora?

—Solo si tú quieres. —La besó de nuevo, más profundamente. La escuchó gemir entre sus labios y, lo que solo había sido una idea, una posibilidad, se convirtió de repente en una urgencia apasionada.

¿Qué tenía esa mujer, por todos los infiernos? Lo volvía completamente loco e imprudente. Tendrían que estar planeando su huida, contemplando las formas de escapar sin que los soldados del barón pudieran perseguirlos. No dispondrían de muchas más oportunidades cuando lord Arthur regresara. Y, sin embargo…

El mundo dejó de existir cuando ella correspondió a ese beso y le rodeó el cuello con sus brazos. Le sorprendió lo rápido que se excitó, lo acuciante que se volvió el deseo en sus venas, clamando por ser liberado.

Olvidó toda prudencia y la alzó en sus brazos para llevarla al rincón más profundo y apartado del establo. Allí, la tendió sobre un montón de heno fresco, sin dejar de besarla, acariciándola por encima del vestido con ansia y devoción.

—Malcom…

Cuando escuchó su nombre en aquella súplica ardiente, perdió el poco control que le quedaba.

La buscó bajo las faldas y le acarició las piernas, sobre las medias que, por fortuna, solo le llegaban hasta un poco más arriba de las rodillas. A partir de ahí, pudo tocar su piel desnuda. Sus tersos muslos, su cálida entrepierna…

Gillian gimió cuando la rozó con sus dedos. ¡Por el amor del cielo, estaba tan húmeda y preparada!

No hubo muchos más preliminares. A Malcom se le había ido la cabeza por completo y no se planteó que podrían descubrirlos en cualquier momento, que aquella no era la manera correcta de amar a una mujer, a una dama como Gillian. Solo le importaba una cosa:

hundirse en ella, en su calidez. Abrazarla y perderse una y otra vez en aquel delicioso cuerpo, tan acogedor e increíblemente excitante.

Se bajó las calzas con dedos temblorosos por el ansia que lo poseía y no lo demoró. Se metió entre sus piernas y, mientras la besaba profundamente, se enterró en ella con un solo golpe de cadera. Se le escapó un ronco gemido por la increíble sensación que recorrió todo su cuerpo. Gillian jadeó con la repentina invasión, pero, enseguida, sus delicados dedos se enterraron en su cabello y le exigió más, tirando de ellos, mordiéndole el labio inferior a la vez que le rodeaba la cintura con sus piernas.

Fue un encuentro rápido, salvaje, desbordado de deseo y maravillosamente incontrolable. Un torbellino de pasión los arrastró sin tregua, y cada caricia, cada embestida, era un estallido de puro gozo. Malcom gruñía, atrapado en la paradoja de su propio anhelo: deseaba prolongar aquel instante hasta el infinito, pero su cuerpo, encendido por una urgencia casi primitiva, le exigía más, cada vez más. Estaba poseído por un frenesí desconocido, una voracidad que jamás había sentido.

Quizás no era solo por los encantos arrebatadores de Gillian —aunque su piel, su aroma y su voz lo enloquecían—, sino por lo que ese momento representaba. Por lo prohibido. Por lo peligroso. Porque se pertenecían sin tener derecho, porque ninguno de los dos era libre... Y allí, en ese lecho improvisado de heno, entre jadeos y gemidos de deseo, se fundían la rebeldía y el anhelo de libertad.

Malcom alcanzó el máximo placer y fue como si estallara en llamas entre sus brazos, abrasándola a ella al mismo tiempo, llevándosela consigo hasta alcanzar esas estrellas que ambos adoraban…

Y supo, en ese instante de auténtico éxtasis, que siempre sería así a partir de entonces: le daría su vida a esa mujer si la necesitara, porque ya nunca podría dejarla atrás.

Una vez recuperaron el aliento, Gillian se dejó abrazar. Notaba el corazón aún agitado, no por el esfuerzo, sino por la intensidad de lo que había sucedido. Malcom la rodeaba con sus brazos fuertes, y ella apoyó la mejilla en su pecho, escuchando su respiración entrecortada. El heno crujía bajo sus cuerpos parcialmente recostados, y la brisa que se colaba por las rendijas del establo llevaba consigo el aroma del campo húmedo y del propio Malcom. Ese olor —a cuero, a tierra, a algo cálido y masculino— ya se había anclado en su memoria como un refugio al que regresar cuando lo necesitara.

Se habían unido sin quitarse las ropas, pero la intimidad que acababan de compartir la había dejado más expuesta que si estuviera desnuda. Porque él había tocado una parte de ella que nadie —su esposo el que menos— había alcanzado: su voluntad, su deseo, su derecho a sentirse viva, a ser libre y bien amada.

Él habló, tras depositar un beso suave en su sien, y la calidez de su voz le acarició el oído.

—Tenemos que marcharnos, Gillian. Y hay que hacerlo ya. No podemos quedarnos aquí, no cuando sabemos que tu esposo regresará muy pronto.

Ella cerró los ojos. Sí, escapar… lo deseaba con todo su ser. Pero no podía evitar que el pavor se deslizara entre sus pensamientos como una sombra. El recuerdo de Arthur, de sus manos violentas y de sus ojos crueles, la estremeció. Aun así, junto a Malcom, ese miedo no era tan grande. Él lo eclipsaba todo.

—Escocia —susurró, como si fuera un lugar encantado donde los sueños podían hacerse realidad. Se incorporó un poco para poder mirarlo a los ojos—. ¿Crees que me gustará? ¿Crees que tu familia me aceptará?

Malcom le retiró algunos mechones de la frente con delicadeza. Su trenza estaba medio deshecha tras su apasionado encuentro.

—Las Highlands te encantarán. Hay viento limpio y montañas que tocan el cielo. —Hizo una pausa, y bajó la voz—. Y mi familia te acogerá, Gillian. Verán en ti lo que yo veo: una mujer que merece ser cuidada, no poseída. Allí serás libre. Allí podrás elegir, por fin, tu destino.

Se le formó un nudo en la garganta. ¿Podía ser cierto? ¿Un lugar donde nadie la reprendiera con dureza cuando cometiera un error? ¿Donde no tuviera que protegerse ni disculparse por existir? ¿Donde Arthur no volvería, jamás, a tocar su cuerpo en forma alguna?

La idea de libertad se abrió paso en su pecho como una flor silvestre brotando entre las piedras.

—¿Y si no les agrado? —preguntó en un susurro.

Malcom parecía tener mucha confianza en su familia, pero Gillian no podía obviar que ella era una mujer casada, e inglesa, además. Los escoceses odiaban Inglaterra… ¿podrían los Campbell vencer su antipatía por el enemigo para abrirle las puertas de su hogar?

Malcom sonrió, y le acarició la mejilla con el dorso de la mano, con una ternura que la desarmó.

—Te adorarán. En cuanto te conozcan, en cuanto comprendan lo que significas para mí, te ganarás sus corazones… del mismo modo que te has ganado el mío —terminó, con la voz enronquecida.

Gillian bajó la vista, no por vergüenza, sino para esconder la emoción que amenazaba con quebrarla. Luego, respiró hondo. Se le quedó grabado en la mente el aroma del heno, el tacto de la piel tibia de Malcom, el murmullo suave de Lancelot, a solo unos pasos de donde ellos se encontraban.

Por primera vez en años, se permitió imaginar un futuro distinto. Uno que fuera completa y enteramente suyo.

Con esa esperanza palpitando en su pecho como un ronroneo cálido, ambos se levantaron y se arreglaron la ropa en silencio, como si el gesto formara parte de un ritual íntimo. Malcom la observó con adoración, le retiró una brizna de heno del cabello y le señaló la salida del establo con una sonrisa.

—Ve tú primero —le dijo en voz baja—. Es mejor que no nos vean juntos ahora, o todos sabrán lo que hemos estado haciendo.

Ella se alzó de puntillas y depositó un beso rápido en sus labios.

—Hoy pensaremos un buen plan —susurró—. Hugo nos ayudará. Y mañana, tú y yo, huiremos de Ravenshire para siempre.

Luego se volvió hacia la salida con el corazón acelerado. Aquello tenía que salir bien; las ganas eran demasiado intensas, el anhelo de libertad demasiado vivo… Ambos lo merecían.

Por un instante, casi se creyó a salvo. Por un instante, olvidó que la vida —al menos hasta conocer a Malcom— no había sido amable con ella.

E hizo mal en olvidarlo.

Porque lo que la esperaba al cruzar el umbral del establo la golpeó como un puñetazo en el estómago.

Tendría que haberlo imaginado. Tendría que haber previsto que la felicidad era esquiva y resbalosa, y que jamás había estado de su lado.

Allí, en medio del patio de la fortaleza, su esposo la aguardaba. Las piernas abiertas, las manos a la espalda, en una postura tan arrogante y malvada que todo su cuerpo se convulsionó de terror. Sus ojos, inyectados en ira, la atravesaban como cuchillas. Prometían dolor. Un sufrimiento como nunca antes había conocido.

Se dio cuenta de que Arthur miraba más allá, a un punto en su espalda, y sintió a Malcom detenerse tras ella, demasiado cerca.

Comprendió que era tarde para fingir.

—Aquí llega mi adorada y dulce esposa… Veo que estás disfrutando del regalo que te hice. Un esclavo, me pediste. —El barón dejó escapar un sonido que era una mezcla de gruñido y sardónica carcajada—. ¿Para esto lo querías? ¿Para reírte de tu esposo mientras retozas con él en los establos como una perra en celo?

Tal vez podría haber llorado, rogado, inventado una excusa o alguna mentira que les consiguiera algo de tiempo. Pero Malcom la rodeaba con una presencia firme, desafiante, como si su sola existencia bastara para hacerle frente al barón.

No bastaba.

Nadie podía salvarla de la furia desquiciada de Arthur.

Sin embargo, aquello no era lo más aterrador. Al ver cómo un pelotón de guardias avanzaba con paso firme a una simple señal de su esposo, supo que tampoco Malcom se libraría de su crueldad.

CAPÍTULO 15



Lord Arthur Norton contempló el cuerpo ensangrentado del escocés con una mezcla de desprecio y furia contenida. Tras la paliza que le habían propinado sus hombres, Malcom yacía boca abajo, inmóvil sobre el suelo del patio, frente a las puertas del establo donde había descubierto la traición. Ese salvaje endemoniado se había atrevido a tocar a su esposa con sus dedos inmundos. Sintió el sanguinario impulso de matarlo con sus propias manos.

Pero no lo haría.

Aún no.

Durante su breve estancia en la corte, el rey había mostrado un inesperado interés por los esclavos escoceses que cada noble conservaba en sus dominios. Había distribuido una lista con nombres: los de aquellos cuyas familias los buscaban con más ahínco, dispuestas incluso a pagar una generosa suma por su rescate.

Arthur no pensaba desaprovechar semejante oportunidad. No tanto por el dinero —sabía que el rey reclamaría su parte—, sino por lo que ganaría a cambio: influencia, poder, una posición más sólida en la corte si entregaba uno de los nombres más buscados.

Y Malcom Campbell era uno de ellos.

Al rey se le había iluminado el rostro al saber que ese hombre era su prisionero y le reclamó que lo llevara a su presencia. Dijo algo acerca de su familia. Al parecer, su padre y sus tíos eran hombres importantes, cercanos a la corona escocesa, y era una buena baza para las negociaciones que ambos reinos tenían pendientes.

Por eso había vuelto a Ravenshire antes de lo previsto… solo para encontrarse cara a cara con la perfidia.

Matarlo era lo correcto, lo que le pedía cada fibra de su ser.

Mas había comprometido su palabra, asegurándole al rey Eduardo que el esclavo se postraría a sus pies tal y como había solicitado.

Se agachó junto al enorme cuerpo inerte y lo aferró con fuerza del cabello oscuro, alzándole la cabeza. Apenas se le distinguían las facciones por la sangre que le cubría el rostro y se perdía en su barba oscura. Ni siquiera se apreciaba el azul de sus ojos, de tan hinchados y cerrados que tenía los párpados.

—Tienes suerte de que mi rey te haya reclamado —murmuró con desprecio—. Aunque eso no te salve de morir cuando ya no nos sirvas para nada.

Lo soltó sin miramientos, dejando que la cabeza golpeara el suelo con un sonido sordo.

—Cualquier privilegio que ella te haya dado termina aquí. Serás tratado como corresponde: a latigazos. ¡Encerradlo con los otros y encadenadlo!

Cuando se dio media vuelta para marcharse, una voz ronca lo detuvo. Apenas fue un murmullo.

—Ella… Gillian… ¿dónde está?

Arthur sintió el impulso de patearle el cráneo, pero, en su lugar, una sonrisa torcida se dibujó en su rostro.

—Eso ya no es asunto tuyo, escocés. En realidad, nunca lo fue.

El gruñido que recibió como respuesta le provocó una punzada de inquietud. Incluso medio muerto, aquel bárbaro todavía tenía fuerza para resistir.

Lo dejó allí, para que sus hombres lo arrastraran hasta el cobertizo donde, por precaución, había recluido al resto de los esclavos. Luego se dirigió a grandes pasos hacia la alcoba de su esposa. La había encerrado bajo llave, sola, dejándola sumida en sus pensamientos y en su miedo, imaginando qué clase de castigo la esperaba.

Cuando entró en sus dependencias, la encontró de pie junto a la ventana, mirando hacia el exterior.

—No lo verás desde ahí —le dijo con frialdad.

Gillian se volvió. Para su sorpresa, Arthur no encontró rastro de la dulce niña de la que un día se había enamorado. En sus ojos brillaba una luz distinta, desafiante, casi desconocida.

—¿Lo has matado? —preguntó ella, con una angustia tan profunda que, por un segundo, le atravesó la coraza.

No respondió. En su lugar, buscó herirla como ella lo había herido.

—Me han dicho que has montado a Lancelot. Creía que eras mi pequeña Morgana, pero la que engañó al rey Arturo con Lancelot fue Ginebra.

Gillian apretó los dientes al tiempo que dos gruesas lágrimas caían por sus mejillas. Arthur se dio cuenta de que, a diferencia de lo que ocurría siempre, su llanto era de rabia y no de miedo.

—No soy ninguna de las dos —espetó—. Y, para que lo sepas, detesto esa historia. Odio tu libro de leyendas artúricas.

Era la primera vez que le hablaba así. La primera vez que el tono de su voz le recordó a una de las rosas de su jardín: hermoso, sí, pero lleno de afiladas espinas.

Algo se le rompió por dentro al darse cuenta de que la doncella que él amaba había dejado de ser esa tierna niña que lo volvía loco y —en su imaginación— lo miraba con admiración, para convertirse en una mujer en cuyos ojos asomaba la sombra del desprecio.

No soportaría que su esposa lo odiara. Gillian, en el fondo, lo amaba. Tenía que amarlo después de todo lo que había hecho por ella. La había convertido en una gran señora: poseía riquezas, joyas y preciosos vestidos. Se alimentaba de manjares y dormía en un lecho mullido, con sábanas de seda. Tenía criados a su servicio. Tenía todo lo que podía desear…

«Ella me ama», se repitió, aferrándose a su propia mentira para no ahogarse en ella. «Solo ha sido un lapsus. Es joven, y sentía curiosidad por el escocés. Solo ha sido eso…».

A pesar de que una furia ácida le corría por las venas al imaginarla abriendo los labios para otro, aceptando las caricias de otras manos, contuvo su instinto violento. Nunca antes había dudado a la hora de reprenderla con dureza para enderezar su conducta y convertirla en la mejor esposa del mundo. Era el único método que conocía, el mismo que su padre había empleado con él para forjar al hombre ejemplar en el que creía haberse convertido.

Aunque no era menos cierto que, después de cada castigo, lo invadía un profundo remordimiento por si se había excedido con ella. A fin de cuentas, Gillian era frágil y delicada. No como él, que siempre había sido un muchacho fuerte, capaz de soportar los golpes más duros.

Sin embargo, aquella vez todo era distinto.

No se trataba de que Gillian hubiera cometido un error, como cuando se equivocaba con el menú de la cena o descuidaba alguno de sus deberes. Lo que Arthur debía enmendar ahora no era una mala conducta, sino la deriva de sus afectos, que se habían lanzado a recorrer un camino que la alejaban de su corazón.

Y aunque Arthur Norton era bruto, su instinto le gritaba que, esta vez, el castigo físico no serviría para que ella aprendiera la lección. Al contrario: la empujaría aún más lejos, en la dirección equivocada.

Era un auténtico dilema. Porque deseaba estrangularla, doblegarla y sacarle de dentro, a golpes, cualquier atracción que pudiera experimentar hacia el escocés.

—¿Lo has matado? —reiteró Gillian, temblorosa.

Arthur la observó en silencio, alargando cruelmente el momento. Al menos, disfrutaría de su agonía.

—No —dijo al fin, acercándose a ella—. No merece una muerte rápida y piadosa. Pero yo haré que la desee y la pida a gritos, te doy mi palabra.

El mundo pareció detenerse alrededor de Gillian cuando escuchó aquella respuesta.

Las palabras de su esposo fueron un cuchillo frío que le atravesó el estómago. Por un instante, le faltó el aire. Sintió cómo su cuerpo se tensaba cuando imaginó a la jauría de perros devorando a Malcom, y su alma se encogió, anticipando el horror.

Pero no gritó. No suplicó. No dejó escapar ni una sola palabra de dolor.

Solo lo miró.

Lo miró con una calma feroz, con el corazón latiéndole rebelde en el pecho, y comprendió que algo fundamental había cambiado para siempre en su interior. Por primera vez en su vida se había atrevido a soñar, y esa nueva Gillian que había rozado la libertad con la punta de sus dedos no iba a desaparecer.

Aunque Arthur la mantuviera encerrada para siempre. Aunque la reprendiera con crueldad, como ya era habitual en él.

Malcom la había cambiado.

Le había mostrado que existía la ternura y que un hombre podía tocarla sin hacerle daño. Le había hecho creer que ella merecía más.

Gillian ya no era la joven temerosa a la que Arthur había poseído como un trofeo desde que era una niña.

Su voz emergió áspera, controlada, cargada de un dolor que hervía bajo la superficie:

—Si lo tocas otra vez, si le haces daño, no volveré a pronunciar una sola palabra en tu presencia. No me arrancarás ni una sílaba, ni una lágrima. Seré un cadáver en vida… hasta que me mates a mí también y pueda reunirme con él, en el más allá.

Arthur arrugó el ceño. Gillian sabía que no estaba acostumbrado a que le hablasen así. Mucho menos ella.

—¿Me amenazas, esposa? —musitó, arrastrando las palabras.

Ella sostuvo su mirada.

—No es una amenaza: es una advertencia.

La bofetada que recibió fue brutal. Seca, sin advertencia, directa al rostro. Cayó al suelo con el sabor a hierro de la sangre en la boca, pero no lloró. No se acurrucó.

Se incorporó lentamente, tambaleándose, y levantó el rostro con dignidad, aún con la mejilla ardiendo.

—Golpéame todo lo que quieras. No conseguirás que lo olvide.

Arthur volvió a levantar la mano y ella lo retó con la mirada.

Se quedó asombrada al ver que él dudaba, por primera vez desde que lo conocía.

El barón la observó un segundo más, con una furia muda, y luego bajó la mano, sin haberla golpeado nuevamente. Giró sobre sus talones y se marchó, cerrando la puerta con un estruendo.

Gillian se quedó de pie, temblando. En la habitación reinaba un silencio denso, lleno de amenaza, pero también de algo nuevo: convicción.

Apoyó una mano contra la pared y se obligó a respirar hondo. Tenía que resistir. No por ella sola. Por Malcom. Por el futuro que, por un instante, en el establo, había sentido tan cerca que pudo saborearlo.

Se limpió la sangre del labio y se acercó a la cama para dejarse caer en ella, con la mirada perdida en el fuego que ardía en la chimenea.

¿Quién la habría delatado ante Arthur? Estaba claro que alguno de los sirvientes, alguien que conocía su interés en aprender a montar a caballo y lo mucho que había intimado con Malcom en ausencia de su esposo.

Hugo quedaba descartado…

¡Hugo! Gillian se dio cuenta de que no lo había visto en el patio, junto al resto de los soldados. ¿Dónde estaba? ¿Tal vez Arthur había averiguado que el guardia era su cómplice, y también lo había escarmentado?

—Entonces, solo ha podido ser Roberta —musitó con horror—. Nunca ha visto con buenos ojos lo que hemos estado haciendo estos días, es la única que siempre me ha censurado por ello.

Con dolor, reconoció que a su dama de compañía le había faltado tiempo para traicionarla.

Se rompió un poco más por dentro al imaginar que había perdido a Hugo por culpa de Roberta. Sin Ágador, sin Grace y sin Hugo, tan solo podía contar ya con Edith… Y la joven era solo una sirvienta, con más miedo que ella misma ante la presencia de lord Arthur.

Los ojos se le anegaron de lágrimas al no encontrar salida a esa situación. No había presenciado lo ocurrido con Malcom; se la habían llevado a rastras del patio antes de que comenzara el castigo, pero conocía la crueldad de su esposo por experiencia propia y sabía que el escocés habría sufrido un infierno…

Por su culpa.

De nuevo, él había resultado gravemente herido por su causa.

Y, si algo peor llegaba a sucederle, si Arthur finalmente conseguía acabar con él como había jurado hacer, nunca se lo perdonaría.

CAPÍTULO 16



Malcom no veía nada. La oscuridad lo rodeaba y un dolor lacerante lo asfixiaba, como si una mano de hierro estuviera apretando su cuerpo, cada herida sangrante, cada hueso roto. Debía de tener alguna costilla fisurada y, tal vez, un brazo partido. Al menos, eso indicaba el sufrimiento que padecía.

Intentó abrir los ojos, pero la hinchazón de sus párpados se lo impidió. Notaba varias presencias a su alrededor, y cuando intentó incorporarse, sin conseguirlo, le hablaron por fin.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Malcom Campbell —susurró, sacando la voz rasposa de su ardiente garganta.

—Mi nombre es Thomas MacLain —le dijo la voz.

—Yo soy Erwin Fraiser —se presentó otro.

—Y yo Angus MacGeod.

—¿Qué has hecho para enfurecer de ese modo al inglés? —le preguntó el que dijo ser Thomas MacLain—. Menuda paliza te ha dado. ¿Cómo te encuentras?

—Como si cien demonios salidos del infierno hubieran estado pateándome sin descanso durante horas…

—Creo que es, justamente, lo que ha sucedido —intervino Angus MacGeod—, aunque no han necesitado horas. Les ha bastado unos pocos minutos para reducirte a una sombra de ti mismo.

Malcom gimió.

Parpadeó con dificultad e intentó de nuevo abrir los ojos. Consiguió despegar los párpados lo suficiente para que algo de luz entrara en sus retinas. A su alrededor, los tres hombres estaban

encadenados a la pared por uno de sus tobillos, como él mismo, y su aspecto era tan lamentable que, por unos segundos, se preguntó si también a ellos les habrían apaleado.

Sus rostros estaban demacrados; los cabellos y barbas eran greñas sucias; sus ropas, tristes harapos que no disimulaban la extrema delgadez de sus cuerpos.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí, en Ravenshire?

—Dos años —contestó esta vez Erwin—. Nos capturaron en la batalla de Halidon Hill y nos trajeron aquí para trabajar en los campos.

—Yo también fui capturado en esa batalla —les contó Malcom con dificultad. Le costaba respirar y mover los labios. Se los habían partido, sin duda—. Pero a mí me llevaron a una cantera… hasta que lord Arthur me compró como si no fuera más que ganado.

—Para los ingleses, todos nosotros somos ganado, chico —dijo Angus con amargura.

—No, somos peores, porque a sus animales los tratan mejor —apuntilló Erwin—. Hemos estado dos años trabajando en sus campos, arando, plantando, cosechando su trigo, y a cambio solo hemos conseguido una mísera comida al día y un poco de agua. Además de muchos latigazos…

Malcom pensó en que él había tenido suerte allí, en Ravenshire. Gillian solo le había dado tareas sencillas y había puesto en su plato comida y pan calientes cada día.

Gillian.

¿Qué habría sido de ella? ¿Dónde la tendría encerrada ese demonio?

Su corazón se encogió de temor por ella, porque no había podido cumplir la promesa que le hizo. ¿Y si el barón, llevado por su ira al descubrir que había estado con otro hombre, la había castigado tan duramente que la joven no había podido soportarlo? Recordó su pequeño cuerpo, dulce y frágil, lleno de moretones. Ella no resistiría una paliza similar a la que le habían dado a él.

—Has dicho que solo me han golpeado durante unos minutos —le dijo a Angus—. ¿Acaso lo has presenciado?

—Sí. Estábamos con los soldados, un poco más atrás, encadenados. Nos trasladaban desde el cobertizo de los esclavos para traernos a este otro lugar.

—Entonces, ¿habéis visto lo que ha pasado con la dama? ¿A ella también…? —No pudo terminar la pregunta. Solo imaginarlo era demasiado doloroso.

—No. A la joven se la han llevado casi a rastras por orden de su esposo, para encerrarla en sus aposentos según pudimos escuchar.

El peso que le oprimía el pecho cedió un poco y respiró más aliviado. Aunque no se hacía ilusiones. Que no la hubiera castigado delante de sus hombres no significaba que Gillian se librara de la paliza.

—Si lo que ha ocurrido era lo que parecía, eres un insensato, muchacho —lo reprendió Thomas, el mayor de todos—. ¿Cómo se te ocurre? ¿Con la esposa de un barón? ¿Con una inglesa? —escupió al final, con tanto desprecio en sus palabras que consiguió despertar la furia de Malcom, aun en sus lamentables condiciones.

—Gillian también es una esclava —siseó—, y no se te ocurra decir una palabra más sobre ella… Puede que en estos momentos ya esté muerta.

Al decirlo, al poner en palabras aquel miedo que sentía agazapado en su interior, una niebla densa y helada cubrió su corazón. Se le cerró la garganta y lo atravesó un dolor afilado, mucho peor que el sufrimiento físico que experimentaba.

Sus compatriotas guardaron silencio, tal vez porque sintieron en el aire toda esa angustia que emanaba de su cuerpo, de su alma, y se extendía llenando todo el espacio de aquella choza.

En aquel momento, en su mente apareció la imagen de su madre. Creyó también escuchar su voz:

—¿Vas a rendirte? —le preguntó Willow—. *Yo no me rendí. Incluso cuando atacaron Meggernie, cuando casi destruyeron nuestro hogar y creí que habían asesinado a tu tío Niall, continué adelante. No sabes si ella está viva o muerta… todavía tienes una oportunidad*.

En su imaginación, el hermoso rostro de su madre le dedicó una sonrisa esperanzadora. También sintió su cálida mano acariciándole

la mejilla con amor, como cuando era un niño.

—*Vuelve a casa, Malcom. Aún continuamos esperándote, no te rindas* —le dijo, por último.

Animado por aquella alucinación, decidió romper el pesado silencio:

—¿Habéis intentado escapar alguna vez?

El silencio se estiró en el tiempo unos segundos más. Malcom no podía verlos bien, aunque notaba la tensión de los tres hombres en el ambiente. Aguardó a que alguno respondiera.

—Calum Ferguson lo intentó. —Fue Thomas, de nuevo, quien habló—. Y recibió tal castigo, que la muerte fue para él una liberación.

—El inglés se lo echó de comer a sus perros —añadió Angus—. Y nos hizo presenciarlo, para que sirviera de escarmiento.

—No podíamos apartar los ojos, o cerrarlos —continuó Erwin en un susurro—. Corríamos el riesgo de que nos empujaran dentro de la jaula con él si lo hacíamos.

Malcom se estremeció al imaginar la escena y los gritos que aquel Ferguson habría proferido cuando los colmillos de las bestias lo destrozaron.

Sintió una nueva admiración por sus compatriotas. A pesar de todos los horrores que habían vivido, allí seguían, con el espíritu intacto que todavía brillaba, combativo, en sus ojos cansados.

—¿Cómo habéis mantenido la esperanza? —quiso saber, dando por sentado que así era.

—Hemos oído rumores —le explicó Thomas, tras un hondo suspiro—. No todos los criados que sirven en Ravenshire nos odian. Algunos nos traen noticias de los nuestros, de los enfrentamientos que tienen lugar entre ingleses y escoceses… Y, hace poco, escucharon que hay un hombre al que han apodado *The Black Douglas*, un rebelde escocés que se dedica a rescatar a hombres como nosotros, y lidera una revuelta contra los ingleses que han ocupado parte de nuestro territorio. Tenemos fe en que ese James Douglas pueda llegar hasta aquí y liberarnos.

Malcom movió la cabeza, desalentado. ¿Era eso lo que esperaban? ¿Que uno de sus compatriotas los rescatara? En su

opinión, era una vana esperanza. Una ilusión que solo les podía acarrear frustración y agonía…

No podía imaginarse en esos momentos, ni remotamente, que lo que sus compatriotas habían estado aguardando durante tanto tiempo se haría realidad. Fue como si aquella conversación lo hubiera invocado, porque unos días después, para su total estupefacción, los hombres del mismísimo Douglas llegaron hasta ellos.



Antes, las jornadas previas transcurrieron lentas y agónicas. El aire en la celda era denso, agrio, y la incertidumbre los carcomía hasta los huesos. Apenas les daban comida, y los guardias no dudaban en golpearlos si alguno osaba pronunciar una palabra más alta que otra.

Malcom sufría dolor en todo el cuerpo por la paliza. Le seguía costando respirar —estaba convencido de que tenía una o dos costillas rotas—, pero al menos podía mover el brazo izquierdo con relativa libertad. No habían llegado a rompérselo, aunque sí le habían dislocado el hombro. Thomas se lo había recolocado en cuanto se dieron cuenta de lo que le sucedía, con torpes conocimientos de curandero y una fuerza inusitada que le hizo gritar, desgarrado.

Los minutos se sucedieron en una suerte de pesadilla en la que ninguno sabía si aquel sería el último día de su existencia. Cada vez que los guardias aparecían, Malcom temía que al barón se le hubiera terminado la paciencia y hubiera dado la orden de que los ejecutaran sin más, dejando claro que sus vidas, en ese lugar, no valían nada.

Aunque, lo que más temía era que el mismísimo lord Arthur quien apareciera, para torturarlo explicándole con todo lujo de detalles el castigo que le había impuesto a Gillian… si es que no había terminado con ella de la manera más cruel.

Por eso se sorprendió aquel día cuando, de forma inesperada, se escucharon unos ruidos sordos en el exterior que no tenían nada que ver con la rutina de sus carceleros. Sonaron golpes breves, secos. Luego, un sonido metálico, como el choque de espadas o cuchillos. Y, poco después, algo pesado desplomándose con un impacto sordo. A Malcom le pareció el cuerpo de uno de los guardias. O de varios.

Los cuatro escoceses que compartían la estrecha choza se incorporaron con rapidez desde el suelo donde dormitaban y se pusieron en pie, alertados por un zumbido en la base de su columna vertebral que les advirtió que aquello no era normal. Lo que ocurría afuera no era parte de la vigilancia a la que los tenían acostumbrados. Era otra cosa.

Malcom se mantuvo derecho con esfuerzo. El corazón le retumbaba en el pecho y, con los ojos más desinflamados, no le quitó la vista a la puerta, expectante.

—¿Lo oís? —murmuró Angus, con la mirada encendida de esperanza.

—Sí —respondió Thomas—. Alguien viene.

Entonces, la puerta de la choza crujió. Se abrió con lentitud, dejando entrar la luz grisácea del amanecer y la silueta imponente de un hombre cubierto de barro y sangre. Llevaba una capa oscura y una espada aún desenvainada.

—¿Sois los esclavos escoceses? —preguntó el recién llegado con voz ronca.

—Sí —asintió Erwin, adelantándose el único paso que podía dar encadenado a la pared.

—Nos envía James Douglas —dijo el hombre, esbozando una sonrisa que no era del todo amable—. Hemos reducido a los guardias. Venid con nosotros, ahora, no hay tiempo que perder.

A continuación, se adentró en la choza y las llaves que llevaba en la otra mano tintinearon. Era evidente que se las había robado al vigilante. Se agachó junto a cada uno de ellos y abrió los grilletes de sus tobillos.

Angus y los otros dos escoceses no se lo pensaron al verse libres; se dirigieron raudos hacia el umbral. Malcom, por el contrario, no se

movió.

—No puedo irme aún —dijo, con voz baja pero firme.

Al recién llegado se le oscureció la expresión.

—¿Estás loco? No queda tiempo. En unos minutos empezarán a llegar refuerzos. El ruido no ha pasado desapercibido.

—No me iré sin ella.

—¿Ella?

Malcom levantó la vista. Tenía el rostro aún amoratado y los ojos enrojecidos por días sin sueño, pero su expresión era inquebrantable.

Thomas regresó sobre sus pasos y se puso frente a él, aferrándolo por los hombros.

—Esa mujer es inglesa… ¡y la esposa de otro hombre! No sacrifiques tu vida por ella. Te esperan en tu hogar, tú mismo nos lo has contado estos días. ¿Vas a hacerle eso a tu familia?

Malcom apretó los labios hinchados y agrietados.

—Gillian es también mi familia.

El hombre de Douglas bajó la espada, con un resoplido exasperado.

—No podemos perder el tiempo, muchacho. Si no vienes, no podremos ayudarte. Hay muchos compatriotas que dependen de nosotros y los vamos a llevar de regreso a Escocia, tanto si nos acompañas como si no.

Malcom no vaciló.

—Entonces, podéis marcharos. No me iré de aquí sin ella.

Se hizo el silencio. Solo se oía la respiración agitada del grupo… hasta que nuevos sonidos de carreras y exclamaciones ahogadas llegaron hasta ellos. El hombre de Douglas lo miró una última vez, dándole otra oportunidad.

—Nos vamos ya. ¡Estamos en peligro!

—Idos, no esperéis más —asintió Malcom, con un ligero temblor en la mandíbula.

—¡Maldito seas, muchacho! —lo reprendió Thomas, antes de volverse y salir de la choza a toda prisa.

Malcom observó cómo se alejaban y él mismo abandonó aquel lugar para correr a esconderse. Todos pensarían que había huido

con ellos y eso le daría una clara ventaja sobre los soldados del barón. Estarían ocupados persiguiendo a los esclavos que habían escapado. La jauría de perros se lanzaría en su persecución, alejándolos de Ravenshire.

Y él aprovecharía para sacar a Gillian de allí.

Si es que estaba viva. Al menos, tenía que averiguarlo.

Se encontraba muy débil. Sentía tantas náuseas en su estómago vacío, que avanzaba a trompicones. Sin embargo, las pocas fuerzas que le quedaban serían para ella.

Le había prometido que no la dejaría atrás, aun a costa de su vida… y pensaba cumplir esa promesa.



Corrió todo lo agazapado que pudo entre las sombras. Faltaba muy poco para que amaneciera del todo y perdiera la ventaja que aquella penumbra le proporcionaba. Llegó a la zona de las caballerizas, y pensó que no sería mala idea advertir a Henry de lo que estaba ocurriendo. Durante aquellos días, había entablado amistad con el muchacho y sabía que le era fiel a Gillian. Confiaba en que los ayudaría, y tal vez podría preparar a Lancelot mientras él la buscaba, para no perder tanto tiempo.

Esperó tras un muro, pues escuchó las carreras de los hombres que se movían frenéticos por la fortaleza, alertados por la huida de los esclavos.

Solo cuando se cercioró de que no quedaban más soldados cerca, porque todos habían salido y se encontraban más allá de las murallas, persiguiendo a sus compatriotas, se acercó a la puerta del establo.

Cuando iba a tirar de ella para abrirla, alguien salió de su interior… y no era Henry.

A Malcom se le iluminaron los ojos, porque aquel encuentro era incluso mejor. Ella le sería de mucha más ayuda que el jovencito Henry a la hora de dar con Gillian.

Al fin, la suerte estaba de su parte.

CAPÍTULO 17



Gillian llevaba días recluida en su alcoba y empezaba a creer que Arthur iba a cumplir su amenaza de que jamás saldría de allí. No había vuelto a ver a nadie desde que la encerró; excepto a él y a una de las criadas más ancianas, que se encargaba de asear un poco la alcoba y cambiar su orinal y el agua de su aguamanil cada día para que los malos olores no se acumularan. No dejaba que ninguna persona más entrara, ni siquiera Edith, su sirvienta personal, ni Roberta, su dama de compañía.

Aunque, a esta última no tenía ganas de verla, en realidad. Cada vez que pensaba en su traición, se le cerraba la garganta.

Respecto a Hugo, su destino seguía siendo un misterio. Gillian era consciente de que aquel desasosiego era parte de su castigo, puesto que Arthur sabía lo mucho que significaba el guardia para ella.

Y de Malcom solo sabía que aún estaba vivo. Su esposo se encargaba de recordárselo cuando la visitaba para llevarle la bandeja con la comida del día, tal vez para torturarla y que le quedara muy claro que, a pesar de que el escocés no moriría, jamás volvería a verlo.

—En unos días vendrán a buscarlo para llevarlo a presencia de nuestro rey —le decía, con las palabras llenas de veneno—. ¿Y sabes lo que hará él cuando su familia pague el rescate que pide su majestad? Saldrá corriendo sin mirar atrás, mi pequeña Morgana. Regresará a su hogar y te olvidará antes siquiera de poner un pie en Escocia. Entonces comprenderás lo equivocada que estabas con él, y que ser la señora de Ravenshire es todo cuanto podrías desear.

Gillian tenía claro que aquel discurso estaba destinado a herirla… Y lo conseguía.

Porque Malcom había deseado la libertad desde el primer minuto que estuvo prisionero, y no desaprovecharía la oportunidad de volver con los suyos.

Ella, por el contrario, había perdido la suya. Suponía que Arthur no la dejaría salir de allí hasta que Malcom estuviera muy lejos… aunque tampoco tenía la certeza de que así fuera.

Al menos, no había vuelto a golpearla. Y, aunque pareciera que eso era un alivio, en realidad, para ella era una agonía.

Porque no se fiaba.

Porque vivía con el pánico constante a que la bestia que su esposo llevaba dentro se desatara en cualquier momento y le propinara los golpes que se había ido guardando en su interior, todos al mismo tiempo, en una lluvia de cólera ardiente que terminaría arrancándole la vida.

Y, a pesar de que temía aquel estallido, no era capaz de contener su lengua cuando lo veía aparecer en su puerta. Necesitaba saber.

—¿Has vuelto a hacerle daño? —preguntaba, dejando que su voz transmitiera toda la preocupación que sentía. Ya no disimulaba; quería que le quedara bien claro a quién pertenecía su corazón.

Su esposo la observaba, carcomido por los celos.

—No. Solo está encerrado, con los demás —siseaba con desprecio.

—Espero que eso sea cierto —le decía, con esa nueva valentía que había arraigado con fuerza en su corazón—, porque si me entero de que es mentira, si me entero de que lo has torturado de alguna manera, llevaré a cabo mi amenaza: jamás volveré a hablarte, Arthur.

Cada vez que se lo recordaba, los ojos del barón llameaban con una ira enfermiza durante unos segundos. En esos momentos, Gillian pensaba que no le haría falta fingir que estaba muerta… Arthur acabaría con ella en alguno de sus arrebatos.

Mas luego, esa mirada cambiaba, para su estupefacción. La observaba como si fuera un tesoro que no quería perder. Como si

jamás le hubiera puesto una mano encima y le doliera que ella se mostrara tan testaruda.

Sin duda, algo no funcionaba bien en la cabeza del barón.

—Te dije que no había vuelto a tocarlo, y no lo he hecho —le aseguraba—. Solo deseo tu felicidad, Gillian, quiero ser un buen esposo y que recuperemos lo que teníamos antes de que él llegara. Tú no dejarás de hablarme, me tratarás con el respeto y el cariño de siempre. Si no lo deseas, no te leeré más leyendas artúricas; puedes elegir otros libros para que te entretenga. Te lo daré todo, mi dulce niña, como he hecho desde que te traje aquí, siempre que tú prometas que olvidarás, y que tu amor será solo para mí.

Gillian no prometía nada. Tampoco contestaba a la sarta de mentiras y necedades que salían por su boca. Ahora tenía más claro que nunca que lord Arthur vivía perturbado por sus propios demonios y era imposible tratar de razonar con él. La maldad que le corría por las venas no se podía combatir con palabras.

Por eso, vivía en una angustia constante y apenas probaba bocado. Muchas veces dejaba la comida intacta, y contenía a duras penas el impulso de lanzarle la bandeja repleta a la cabeza cuando él, extrañado, le preguntaba a qué se debía su falta de apetito.

Uno de aquellos días, después de haber pasado otra mala noche, sin apenas pegar ojo, comenzó a escuchar gritos tras su puerta cerrada, con las primeras luces del amanecer. Una de las voces era la de Arthur, la reconocería en cualquier parte.

Gillian salió de la cama y se acercó a la hoja de madera para pegar la oreja e intentar oír lo que decían. Habían dado la voz de alarma y su esposo insultaba a los guardias, colérico. Luego, se escucharon pasos apresurados que se fueron alejando junto con los gritos… y se hizo de nuevo el silencio.

Su corazón comenzó a retumbar fuerte contra las costillas. Abrió las palmas de las manos y las apoyó contra la puerta, como si, con ese gesto, pudiera hacerla desaparecer para escapar.

Porque algo en lo más hondo de su ser le decía que aquello tenía que ver con Malcom.

¿Habría conseguido huir? ¿Por eso el barón estaba tan furioso?

La recorrió una ola de esperanza tan vívida que se le empañaron los ojos. Malcom no se iría sin ella. La rescataría, estaba convencida.

Temblando, sacó un sencillo vestido de su baúl y se quitó el camisón para vestirse. Preparó también una capa de viaje y se puso un calzado adecuado para recorrer largas distancias. Se recogió el pelo en su larga trenza habitual y preparó una pequeña bolsa con una muda de ropa y algunas de las joyas que Arthur le había regalado en ese tiempo.

No lo hizo por vanidad ni codicia, sino porque no sabía adónde les conduciría aquella huida, y podrían necesitar ese recurso. No se marcharía de Ravenshire con las manos vacías. Se había ganado de sobra aquel tesoro, era suyo por derecho y lo aprovecharía para lograr su ansiada libertad.

Así, ya preparada, paseó nerviosa de un lado a otro de la habitación, a la espera. Simplemente, en su cabeza no cabía la posibilidad de que nadie acudiera en su ayuda. Tenía que ser ese nuevo día que despertaba… o de lo contrario, acabaría volviéndose loca allí encerrada.

Pocos minutos después, escuchó al fin la llave en la cerradura y se llevó una mano al pecho, conteniendo el aliento. No estaba soñando. Realmente, estaba ocurriendo.

La puerta se abrió despacio y una cabeza se asomó por ella con precaución.

—¿Edith?

Su corazón latió agradecido. Su sirvienta personal había encontrado la manera de hacerse con la llave de la alcoba.

—¡Mi señora, rápido, ahora es el momento!

Gillian fue hacia ella con las manos temblorosas y la abrazó con fuerza.

—¿Cómo…? —quería hacerle muchas preguntas, pero no había tiempo. Solo le dijo una cosa más antes de ponerse en movimiento —: ¡Gracias! ¡Gracias por venir a buscarme!

Las dos jóvenes corrieron por el pasillo y bajaron las escaleras de piedra hasta el piso inferior. Edith tiraba de su mano con una valentía y un convencimiento que nunca antes le había visto. Esos

días de encierro habían tenido que ser muy duros para su joven y leal sirvienta.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó en un susurro, sin resuello por las prisas y los nervios del momento—. He oído a mi esposo gritar, muy enfadado.

—Algunos esclavos han escapado. Han salido tras ellos, han soltado a los perros…

Gillian se detuvo de golpe, completamente pálida.

—¿Qué…? —El miedo le atenazó la garganta—. ¿Sabes si Malcom es uno de ellos?

Los ojos espantados de Edith le devolvieron una mirada de disculpa.

—No lo sé, mi señora. Todo ha sido muy confuso. Había gritos, soldados que corrían de un lado a otro… Por eso no perdí tiempo y fui a buscaros. No tendréis una oportunidad mejor para escapar. Le he pedido a Henry que ensille a Lancelot. Para eso habéis aprendido a montar, ¿verdad? Para cuando llegara este momento. Además, os he preparado algunas provisiones para el camino ¡No hay tiempo que perder! —terminó Edith, con urgencia, al ver que ella continuaba paralizada en el pasillo.

Tenía la imagen de Malcom en la mente y notaba una fuerte opresión en el pecho.

—No puedo huir así. He de ir a comprobar si él ha conseguido escapar. Si no, he de ayudarlo… Si yo me marcho y él continúa prisionero, Arthur lo matará. Le dará igual que el rey lo quiera vivo. —Aferró los hombros de Edith, que la observaba como si hubiera perdido la razón—: Si me pierde, lo culpará a él y se lo echará de comer a sus perros.

La joven sirvienta asintió con la cabeza, temblando.

—De acuerdo. Pero antes, por favor, os ruego que vayáis a por Lancelot. Si el escocés continúa en Ravenshire, podréis huir los dos juntos; si no, habréis ganado tiempo y al menos escaparéis vos antes de que vuestro esposo regrese.

Era una buena idea. Gillian cogió aire para tratar de mantener la calma y apretó por un segundo los finos hombros de Edith, para convencerla —y convencerse a sí misma—, de que lo lograrían.

Corrieron hacia los establos y apenas necesitaron esconderse, pues casi toda la guarnición había salido de la fortaleza en persecución de los esclavos fugados.

Al llegar, escucharon relinchar a Lancelot. Henry lo sacó del establo tirando de las riendas.

—Está muy nervioso, lady Gillian —le advirtió, mientras intentaba calmarlo con suaves palmadas en el cuello.

—Déjame, tal vez yo consiga tranquilizarlo. En estos días se ha acostumbrado a mí.

Gillian se dirigió al caballo con decisión, dándose cuenta de que el miedo primitivo que siempre había sentido ante esos animales había desaparecido. Y todo gracias a Malcom.

—¡¡No!!

El grito la detuvo y miró en dirección a esa voz que conocía de sobra.

Roberta, su dama de compañía, apareció de repente por las puertas del establo.

Una ola de ardiente indignación recorrió el cuerpo de Gillian.

—¿No te basta con haberme delatado a mi esposo? —le preguntó furiosa—. ¿Ahora, además, vas a impedir que huya?

La mujer pareció consternada por unos segundos.

—¡No fui yo! —exclamó, dolida—. Y no debéis subir al caballo… ¡os ha engañado!

Gillian no entendía nada. Y tampoco se creía ninguna de sus palabras, porque, de todas las personas que le eran fieles, ella era la única que nunca estuvo conforme con sus ansias de libertad.

—¿Quién? —preguntó con rabia, abriendo los brazos para hacerle ver que su respuesta no la convencería.

Los ojos de Roberta se desviaron hacia su derecha.

—Ella —dijo, rotunda.

Gillian siguió su mirada, que se había posado, acusadora, sobre la figura de la joven sirvienta.

—¿Edith? —Se volvió de nuevo hacia su dama de compañía—. ¿Te has vuelto loca?

CAPÍTULO 18



Lancelot pareció notar la tensión que flotaba en el ambiente porque, justo en ese momento, corcoveó con un relincho quejumbroso. Henry intentó tranquilizarlo, pero parecía que el animal no podía estarse quieto.

—Mi señora, no la creáis… ¡está mintiendo! —se defendió la joven sirvienta, desesperada—. Quiere que perdáis tiempo para que os atrapen. ¡Tenéis que huir ya!

Gillian miró a una y a otra, con el corazón en la garganta. Un enorme sentimiento de traición le agrietaba el alma y era incapaz de moverse y decantarse por una de ellas.

—Os lo demostraré —susurró entonces Roberta, al notar sus dudas.

Se dirigió al caballo con manos temblorosas. Gillian recordó que la mujer también les tenía pánico y, ahora que lo pensaba, tal vez por eso siempre le había recomendado no aprender a montar, y no porque estuviera del lado de Arthur.

—Sujétalo, Henry, por lo más sagrado… sujétalo —murmuraba Roberta mientras se acercaba a Lancelot.

Gillian observó cómo su dama de compañía buscaba algo bajo la silla de montar, mientras respiraba hondo para controlar su miedo. Al fin, sacó un objeto que le mostró en la palma de su mano: un pequeño saco de tela del que sobresalían varias puntas afiladas.

—Esto es lo que molestaba a Lancelot, por eso está tan nervioso. Si hubierais montado, los cardos que rellenan la bolsa se le habrían clavado en la piel y, posiblemente, habría enloquecido… llevándoos a vos con él.

Gillian contempló el saco con los ojos desorbitados. No podía creerlo, no podía ser verdad. ¿Por eso Edith había insistido tanto en que se llevara a Lancelot? Se volvió hacia ella.

—Edith, ¿qué significa…?

No pudo terminar la pregunta, porque la sirvienta se abalanzó sobre ella blandiendo un pequeño cuchillo que debía de llevar oculto en sus ropas, dado que antes no lo había visto.

—¡Edith! —gritó, conmocionada por aquel inesperado ataque.

Reaccionó a tiempo para sujetarla por la muñeca. Sus rostros quedaron muy cerca y Gillian apenas la reconoció: sus facciones dulces y leales se habían transformado en una máscara oscura de furia.

La joven tenía mucha más fuerza de la que aparentaba, y le costaba contenerla.

—¡Detén esta locura! —exclamó, en un vano intento por hacerla entrar en razón.

Entonces, una sombra se elevó por detrás de la sirvienta, seguida de un golpe seco. Edith puso los ojos en blanco por un instante y cayó al suelo, desmadejada.

Tras ella, Roberta respiraba agitadamente, con una piedra en su mano temblorosa. Por suerte, no había dudado y había arremetido contra ella con todas sus fuerzas.

—¿La he matado? —preguntó, con voz trémula, mirando el lateral de su cabeza, donde había golpeado.

Gillian sentía que le faltaba el aliento. Estaba tan pasmada, que le costó reaccionar. Aunque Roberta parecía estar más turbada incluso que ella, por lo que se agachó junto a Edith para comprobar si todavía respiraba.

—No, está viva.

Su dama de compañía soltó un suspiro de alivio.

Gillian buscó sus ojos, profundamente dolida con aquel descubrimiento.

—¿Edith? ¿Por qué? Creía que era mi amiga, creía que me era fiel.

—Vos no sois la única niña de la que lord Arthur estaba encaprichado.

La frase fue demoledora para Gillian.

El horror le reptó por la garganta al entender lo que significaba.

—¿Quieres decir que Edith…? ¿Que él y Edith…? —No era capaz ni de formular la pregunta. No porque sintiera celos, desde luego, sino porque le repugnaba imaginar que la joven hubiera sufrido lo mismo que ella a manos de ese demonio.

—Con vos, al menos, esperó a que tuvierais doce años —susurró Roberta—. Ella no tuvo tanta suerte. Cuando me enteré de que os había traicionado y le pregunté por qué, me dijo que ya estaba harta. Sabía que el barón no la dejaría nunca en paz, y me confesó que, si de todos modos no podría librarse de él, al menos intentaría mejorar su vida. Vos padecíais el mismo infierno, pero no estabais obligada a servir, a limpiar y a lavar hasta que se os cuartearan las manos. A cambio, obteníais joyas, bonitos vestidos, criados… Edith ambicionaba todo eso, mi señora. Y si vos desaparecíais, si os quitaba de en medio, ella pasaría a ser la favorita de lord Arthur.

Gillian cerró los ojos, traspasada por un sentimiento de tristeza inmenso. Era incluso peor que el dolor de saberse traicionada por quien ella consideraba una amiga.

Cuando volvió a abrirlos, miró a Roberta con un gesto de disculpa.

—Perdóname. Creí que tú me habías delatado. Siempre fuiste tan estricta conmigo, tan leal a los intereses del barón, que yo…

—Y lo era, mi señora —la interrumpió, yendo hacia ella—. Me educaron así. El señor de Ravenshire merecía mi obediencia ciega y, aunque sentía aprecio por vos y sufría al ver lo que os hacía, solo podía ofreceros mi compañía y mi consejo en cualquier menester que tuviera que ver con ser una buena esposa.

—¿Y qué ha cambiado, entonces? ¿Por qué me ayudas ahora?

Gillian se acercó más y la tomó de la mano al ver que, tras la pregunta, Roberta palidecía, con labios temblorosos.

—Porque Hugo se encuentra entre la vida y la muerte —soltó a bocajarro, estrujando el corazón de la joven de un modo insoportable—. Porque, al no poder matar al escocés, puesto que lo necesitaba vivo para entregárselo al rey, el barón encontró a otro culpable para desquitarse…

Los ojos de Roberta estaban ahora muy rojos, arrasados en lágrimas. Gillian apenas podía respirar, tenía un nudo en la garganta que la asfixiaba.

—¿Qué le ha hecho? —musitó, apenas sin voz.

La mujer sollozó y se desmoronó del todo. Se abrazó a ella, con el cuerpo sacudido por leves estremecimientos, de un modo casi desesperado, revelando un sentimiento que a Gillian le había pasado desapercibido durante todo el tiempo que estuvo a su lado: Roberta estaba enamorada de Hugo.

¿Cómo no se había dado cuenta antes? La mujer serena y firme que no se salía jamás de la norma, amaba al guardia… y tal vez él también la correspondiera. Ahora se le venían a la cabeza muchos detalles: intercambios de miradas, algunos roces de manos que siempre pensó que eran inocentes casualidades, la insólita amabilidad que ella solo mostraba con él…

—Roberta… —murmuró, acariciándole la espalda, sintiendo que se le rompía el corazón.

—Lord Arthur lo ató a un poste —susurró ella en su oído, sin suavizar una realidad que las desgarraba a ambas por igual—, lo puso frente al resto de los hombres, y dijo que su traición era la mayor de todas, porque tenía que haber evitado lo que ocurrió entre vos y el escocés. —Roberta hizo una pausa; un doloroso segundo durante el cual Gillian imaginó la cruenta escena—. Lo destrozó a latigazos, mi señora. Se los dio él mismo, con una crueldad que jamás había presenciado antes. Y luego lo dejó allí atado todo aquel día, sin permitir que nadie se acercara a él para atenderlo o darle siquiera un poco de agua…

La joven señora la apretó contra sí con más fuerza. No solo para consolarla, sino para no derrumbarse ella misma ante la ola de dolor e indignación que la hizo tambalearse.

Su querido Hugo.

—¿Dónde está ahora? —logró preguntar con un susurro ronco.

—El barón lo ha encerrado en una mazmorra, mi señora.

—Debo ir con él —anunció entonces—, me necesita. Le curaré la espalda como ya hice con Malcom, no dejaremos que se nos vaya…

—No haréis nada de eso —espetó Roberta haciendo gala de su carácter firme y su sentido práctico—. Su sacrificio no será en vano. Él deseaba veros libre… ¡y por Dios que escaparéis ahora que tenéis esta oportunidad! —declaró con pasión. Se deshizo torpemente de su abrazo y se limpió las lágrimas con dedos temblorosos—. Yo misma curaré Hugo en cuanto pueda colarme en esa mazmorra, del mismo modo que ayudé al escocés cuando vos no pudisteis acudir para vigilar sus heridas. Confiad en mí.

Acto seguido, tiró de ella hacia el interior del establo, para su sorpresa.

—Pero Lancelot ya está aquí, preparado para el viaje —protestó Gillian.

—Yo lo sujeto hasta que volváis, milady —le dijo Henry, que había permanecido en un segundo plano durante toda la escena. El muchacho era demasiado joven y parecía sobrecogido por la pelea entre las mujeres, pero tenía claro que ella era su señora y Gillian le agradeció su lealtad con una sonrisa.

Entraron en la construcción y Roberta la llevó hacia la zona más alejada de la entrada; justamente, donde días atrás había tenido el apasionado encuentro con Malcom.

Y allí, sentado en el suelo, con la espalda apoyada en los tablones de la pared, la cabeza caída sobre el pecho y los ojos cerrados, estaba el escocés.

—¡Malcom! —se precipitó hacia él, tomó su rostro entre las manos y lo alzó para comprobar si estaba bien.

No lo estaba. A la luz del amanecer que se colaba por las rendijas de las maderas, pudo apreciar la palidez de sus facciones.

El guerrero parpadeó y, cuando la reconoció, trató de esbozar una sonrisa que no llegó a desplegarse del todo.

—Estas viva —susurró.

—¿Qué tienes? —Gillian se volvió hacia Roberta al ver que a él le costaba respirar—. ¿Qué le pasa?

—Tuvo la mala suerte de encontrarse con Edith mientras os buscaba. Se fio de ella, igual que hicisteis vos, y supongo que no se esperaba que lo atacara por la espalda y le clavara ese cuchillo con el que también os ha atacado a vos.

—¿La viste apuñalarlo?

—Sí. La vi cruzar el gran salón a toda prisa cuando comenzó el alboroto, y la seguí porque no entendía adónde iba. Se encontró con él en la puerta del establo. Fingió que quería ayudarlo y, justo cuando yo estaba a punto de acercarme para colaborar en lo que pudiera, Edith sacó el cuchillo. Lo apuñaló a traición y, cuando se dobló en dos, lo golpeó en la cabeza con una piedra, dejándolo inconsciente.

—Por eso tú actuaste tan rápido: se lo habías visto hacer a ella —infirió Gillian.

Roberta asintió con gravedad. Al contrario que Edith, sentía remordimientos por lo que había hecho.

—Después de ver eso, me escondí, mi señora. Tuve miedo... no sabía qué estaba pasando. Luego la espié desde la sombra y vi cómo arrastraba el cuerpo con dificultad, hasta meterlo dentro del establo para que nadie lo viera. Aunque sufrió bastante, lo logró, mi señora. Tiene una fuerza asombrosa para ser tan delgada… O tal vez fue la intensidad de su obcecación, decidida a salirse con la suya a toda costa. Cuando volvió al exterior, sin aliento, observé cómo escondía algo bajo la silla de Lancelot.

—El saquito de tela.

—En efecto —Roberta prosiguió su relato—. Henry llegó entonces de las cocinas. Al parecer, ella le había pedido que fuera a buscar algunos víveres para el viaje. Seguramente, quiso distraerlo para que no la viera colocar los cardos en el pobre animal. Luego ordenó al chico que terminara de equipar a Lancelot mientras ella iba en vuestra búsqueda. Así que, en cuanto se marchó y Henry se entretuvo con el caballo, aproveché para socorrer a este hombre. Estaba mareado tras el golpe, aunque pude ayudarlo a llegar hasta aquí, donde ningún guardia pudiera verlo. Pensé que querríais llevároslo con vos.

Gillian posó una mano en su brazo, con el corazón henchido de agradecimiento.

—Gracias, amiga mía.

Centró luego toda su atención en Malcom. Respiraba con dificultad y el sudor le perlaba la frente.

—¿Dónde tienes la herida? —le preguntó.

Él se llevó una mano al costado y la joven lo movió con cuidado para examinarlo. La sangre brotaba de la zona de la espalda, bajo las costillas.

—No parece que haya alcanzado ningún punto importante —observó. Acto seguido, rasgó su falda para improvisar un vendaje y cortar la hemorragia—. Ahora no podemos perder el tiempo en coser la herida. Esto tendrá que bastar hasta que estemos a salvo. Roberta, ayúdame.

Entre las dos mujeres cubrieron la herida y apretaron para tratar de contener la sangre. Luego, lo levantaron y Malcom trató de caminar por sí solo.

—Estoy bien…

Pero no lo estaba. Porque no era solo el cuchillo de Edith ni el golpe en la cabeza: el hambre y las secuelas de la paliza que le habían dado días atrás lo habían debilitado en exceso. Aun así, logró llegar hasta Lancelot y, con un esfuerzo supremo, montarse sobre la silla.

Gillian miró a Roberta una última vez.

—Cuida de Hugo, por favor.

—Por supuesto, contad con ello.

La mujer se agachó entonces y recogió algo del suelo. Era la daga con la que Edith los había atacado a ambos.

—Guardadla, mi señora. Puede seros útil en este peligroso viaje que emprendéis.

Gillian tomó el arma con cuidado y lo guardó en su bolsa, antes de girarse de nuevo hacia ella.

—Jamás podré agradecerte…

Roberta movió la cabeza para cortar su discurso.

—Tendría que haber hecho algo hace mucho. He visto cómo el barón os maltrataba durante demasiado tiempo y siempre pensé que era algo que una esposa debía aguantar… Estaba equivocada. La crueldad de ese hombre no conoce límites y lo he descubierto muy tarde. —Se le llenaron los ojos de lágrimas nuevamente—. Mi pobre Hugo… —sollozó.

Gillian le dio un abrazo rápido.

—Si Hugo se recupera rápido y tenéis ocasión, marchaos de aquí para siempre. Os merecéis una vida feliz. Yo también intentaré serlo… si consigo llegar a Escocia. Gracias por todo, Roberta. —Se separó de ella y fue hasta Henry—. Gracias a ti también —le dio un breve abrazo y un suave beso en la mejilla—, por no dar la voz de alarma.

El chico enrojeció antes de responder.

—Mi señora… vos siempre me habéis tratado bien —le dijo, como única justificación de su lealtad.

Pero Gillian sabía que había algo más: un corazón bondadoso dentro de aquel muchacho.

Después, fue hacia Lancelot y, tal vez por la urgencia del momento, no le costó mucho esfuerzo montar y acomodarse delante de Malcom. Él se abrazó a su cintura y Gillian tomó las riendas con firmeza.

Siempre pensó que sería el escocés el que la sacaría de Ravenshire para llevarla hasta su hogar, hasta Escocia.

Pero, al final, iba a ser ella la que los condujera a los dos hacia esa libertad con la que tanto habían soñado.

CAPÍTULO 19

Malcom trataba de no apoyarse demasiado en Gillian. Estiraba la espalda para mantenerse erguido sobre la silla de montar y se limitaba a rodearle la cintura con el brazo, sin apretarla. Gotas de sudor le resbalaban por las sienes debido al esfuerzo y, en ocasiones, se le nublaba la vista; pero moriría antes de ceder a la inmensa fatiga que lo destrozaba poco a poco en aquel galope desesperado sobre Lancelot.

Porque, peor que el dolor y el horrible cansancio, era la sensación de fracaso e inutilidad que lo embargaba. Le había prometido a la dama que la protegería y, al final, era ella la que lo estaba salvando a él.

Había pecado de confiado cuando se encontró con la muchacha que ya había visto en otras ocasiones, la sirvienta de Gillian, y pensó que podría ayudarlo a dar con ella. Edith siempre le había parecido una jovencita dulce y leal a su señora. La misma Gillian la había nombrado cuando le dijo que solo confiaba en unas pocas personas dentro de Ravenshire.

¿Cómo imaginar, por lo tanto, que aquella víbora lo atacaría a traición en cuanto le diera la espalda?

La culpa era suya, por haber abandonado la creencia que le habían inculcado desde niño, de que todos los ingleses eran malvados. Por fiarse de una de ellos, por haber perdido su instinto de supervivencia.

El cielo se fue aclarando poco a poco según se alejaban de Ravenshire. Las primeras luces del día les facilitaban la huida,

aunque, al mismo tiempo, hacía posible que sus perseguidores dieran fácilmente con su rastro.

Tanto era así, que no pasó ni una hora cuando escucharon, a lo lejos, los ladridos de los perros de lord Arthur.

—¡Oh, Dios mío! ¡Nos encontrarán! —exclamó Gillian, refrenando el caballo por los nervios.

—No lo detengas —le dijo él al oído, estirando los brazos para hacerse con las riendas—. Nos esconderemos.

Espoleó a Lancelot y continuaron rumbo norte, desviándose de los caminos principales para despistar a sus perseguidores.

Malcom notaba una palpitación en el costado; cada sacudida del trote era una lanza ardiendo en su herida sangrante. Sentía la camisa empapada y pegajosa, e imaginó que la sangre ya habría traspasado las vendas de Gillian, mas no lo comprobó. Prefería no ver en qué estado se encontraba. Tragó saliva y se concentró en el objetivo de recorrer el máximo trecho para distanciarse de sus perseguidores.

La fortuna se apiadó de ellos cuando, de pronto, comenzó a llover. El agua cayó con suavidad al principio, pero enseguida se desató la tormenta, empapándolos… y convirtiendo los caminos en un lodazal que borró sus huellas y el rastro que olisqueaban los perros.

Malcom no detuvo a Lancelot. Continuó aferrando con fuerza las riendas con una mano mientras que, con la otra, sujetaba el cuerpo de Gillian, que temblaba con violencia contra el suyo.

Tras horas de huida bajo la lluvia, se detuvieron a descansar, al cobijo de un puente de madera. La joven pudo inspeccionar la herida de Malcom y le cambió los vendajes, sufriendo por no poder hacer más por él en aquellas condiciones. Comieron algo de las provisiones que les había llevado Henry y, luego, Gillian le aconsejó a Malcom que durmiera un poco.

—Estamos cerca de la frontera —susurró él, negando con la cabeza—. Como estuve dos años en Clipstone, en la cantera de Nottinghamshire, ignoraba que Ravenshire estaba tan al norte. Northumberland colinda con Escocia.

—¿Cómo lo sabes? —Gillian se mostró desconcertada. Ella no había salido de la fortaleza lo suficiente como para conocer la geografía de su tierra.

—El paisaje me resulta familiar —le explicó Malcom—. Debemos continuar. Si mi memoria no me falla, podremos llegar a una posada que hay cerca del camino al caer la noche.

Habló con un renovado espíritu de esperanza que le insufló fuerzas, rescatándolas de donde apenas quedaban.

—¿No será peligroso? —preguntó ella, observando a su alrededor, alerta por si alguno de sus perseguidores aparecía de repente.

—Tranquila, les llevamos ventaja. La lluvia los habrá retrasado al no saber qué senda hemos seguido. Cuando lleguemos a ese lugar, podremos descansar en condiciones. Si todo va bien, mañana a estas horas habremos llegado a Escocia.

Los ojos de Gillian se iluminaron y, por unos segundos, desaparecieron las sombras de preocupación que oscurecían sus facciones.

—Es la primera vez en mi vida que escucho la palabra «Escocia» y mi corazón se acelera —trató de bromear.

Malcom levantó una mano para acariciarla con ternura.

—Supongo que para una arpía inglesa como tú es toda una sorpresa… —le sonrió—. Pero tu corazón no se equivoca, porque es el lugar más maravilloso que existe.

Ella le devolvió la sonrisa y depositó un beso breve en sus labios antes de ayudarlo a levantarse.

Volvieron a montar en Lancelot, que estaba demostrando ser un animal portentoso, de una resistencia extraordinaria, y continuaron su marcha a un ritmo exigente.

Para cuando cayó la noche, tal y como había predicho Malcom, llegaron a la posada que conservaba en el recuerdo.

Era una construcción de piedra de dos plantas, con un tejado a dos aguas cubierto de musgo y una zona en el exterior para acomodar a los animales, aunque en esos momentos no había ninguno en aquel pequeño vallado.

—Parece que no hay mucha clientela esta noche —murmuró Malcom, casi sin voz.

Estaba extenuado. El último trecho del camino lo había recorrido con la barbilla apoyada en el hombro de Gillian, porque no era capaz de sostener la cabeza erguida.

—Mejor —dijo ella—. Cuanta menos gente nos vea, menos riesgos correremos.

Desmontaron, y Gillian lo ayudó a mantenerse en pie sujetándolo por la cintura.

—Apóyate en mí —musitó, resuelta.

Entraron en el establecimiento con dificultad y se dirigieron al posadero.

—Buen señor, necesitamos una habitación para descansar de nuestro viaje —le dijo la joven dama.

El hombre tenía un rostro talludo y un rictus severo en sus labios gruesos. Los estudió de arriba abajo antes de chasquear la lengua al darse cuenta de que él estaba herido.

—No quiero problemas.

—No los tendréis —se apresuró a decir Gillian—, y pagaremos generosamente por vuestros servicios.

La joven se dio la vuelta para que el posadero no la viera y sacó un pequeño saquito de su bolsa de viaje. Malcom hubiera sonreído por su ingenuidad si hubiera tenido fuerzas para ello. Que tratara de esconder sus riquezas solo hacía que el hombre se interesara más por lo que podría llevar encima. Y, si pretendía robarles, no habría nada que ella pudiera hacer para disuadirle.

Sacó de su bolsita de cuero un fabuloso anillo con una piedra preciosa engarzada en él. Por el color, Malcom supuso que era un rubí. Aquel era un pago desproporcionado por una mísera habitación y comida, que era todo lo que consumirían en aquel establecimiento, pero ninguno de los dos se encontraba con ánimo de regatear.

—Necesitamos una alcoba, una buena cena, utensilios para curar una herida… y vuestro silencio —le dijo, mostrándole el anillo a cambio.

Los ojos del posadero refulgieron de avaricia. Sin embargo, antes de que pudiera decir o hacer algo, una mujerona apareció por detrás de él y se abalanzó sobre la joya que Gillian exhibía.

Por suerte, la joven era rápida de reflejos y lo alejó de su alcance antes de que se lo arrebatara.

—Tendréis lo que habéis pedido, mi señora —le confirmó la mujer —. Os prometo que aquí podréis descansar tranquilos, estáis a salvo. Son pocos los viajeros que pasan por este lugar; suele venir gente que ya nos conoce y saben que somos un matrimonio muy hospitalario.

Malcom se habría creído aquel discurso si los ojos de la pareja se hubieran apartado del anillo por unos segundos, pero no lo hicieron. Parecía que jamás hubieran visto nada igual… y era muy posible. Era un objeto demasiado valioso y delicado, solo al alcance de los grandes señores y la nobleza.

—Bien —Gillian le entregó el anillo a la mujer y Malcom abrió los ojos, horrorizado. Si ya tenían el pago, ¿qué les impedía echarlos de allí a patadas? Sin embargo, la joven no era tan ingenua como parecía—. Si cumplís vuestra promesa, puedo ser más generosa todavía. Si nos ayudáis, os prometo que no pasaréis fatigas en mucho tiempo.

Ella también se había percatado de que eran ambiciosos y jugó esa baza, sabiendo que ante la posibilidad de un pago adicional los tratarían mejor.

—Por supuesto, mi señora, no tengáis cuidado. Venid por aquí… ¡Broc, patán, ayuda a este hombre a llegar hasta el lecho! —le ordenó a su esposo con voz enérgica. Luego se volvió hacia Gillian —. Veo que tiene una herida en el costado, ¿qué necesitáis?

—Aguja e hilo, vendas limpias y agua caliente para lavarlo. ¿Tenéis alguna hierba o ungüento desinfectante?

—Me temo que no, mi señora. Aunque el resto sí os lo puedo facilitar. Id con vuestro esposo, enseguida os lo llevaré todo a la habitación. Por cierto, mi nombre es Megan.

Malcom sintió un extraño estremecimiento cuando la posadera malentendió la situación y dio por hecho que eran un matrimonio. ¿Qué harían si supieran que, en realidad, ella era la mujer de otro hombre, y que ese otro hombre los estaba persiguiendo con perros rabiosos dispuestos a despedazarlos en cuanto les dieran caza?

No quiso pensarlo. Decidió creer que, gracias a la promesa de conseguir otro anillo u otra joya similar, aquella pareja los ayudaría en la medida de lo posible. Porque, además, por sus nombres, Malcom dedujo que eran escoceses y, llegado el caso, era muy posible que se posicionaran de su lado si les contaba quién era su familia.

Con ayuda de Broc, llegó hasta la alcoba y se dejó caer sobre la cama. En cuanto se quedaron a solas, Gillian se acercó a él y lo tomó de la mano con preocupación.

—¿Cómo te encuentras?

—Como si los perros del barón ya me hubieran dado alcance y se hubieran dado un festín con mi maltrecho cuerpo.

Ella le acarició la frente y sus ojos brillaron con un sentimiento que Malcom no identificó.

—Podías haberte marchado —le susurró.

—¿Qué?

—Edith, antes de mostrar su verdadero rostro, me dijo que los esclavos habían huido —le explicó—. Podías haber huido con ellos, Malcom Campbell, y ahora estarías lejos, a salvo, y nadie te habría apuñalado.

Él negó con la cabeza.

—Ni siquiera sé si ellos lo han conseguido… Y, además, no podía marcharme sin ti. —Ahora fue él quien la acarició, deslizando el pulgar desde su sien hasta la línea de su delicado mentón—. Te hice una promesa.

A Gillian se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Edith podría haberte matado.

—Y tu esposo a ti —respondió, en un ronco susurro—. Cuando estaba encerrado con el resto de los esclavos, y no sabía qué había sido de ti… creí volverme loco.

Se miraron a los ojos durante unos segundos, diciéndose muchas más cosas que si hubieran usado las palabras.

Un carraspeo desde la puerta rompió la magia.

—Traigo los utensilios para curarlo —dijo Megan, entrando en la habitación para depositar la bandeja sobre la mesita, junto a la cama.

—Gracias —espetó Gillian.

—Enseguida volveré con la comida. Y, si no os importa vestir ropas más humildes, mi señora, os sugeriría que aceptarais alguno de mis vestidos para deshaceros de esas prendas mojadas. Estáis empapada por la lluvia, enfermaréis si no os ponéis algo seco. Mi esposo también puede dejarle algunas prendas a él.

—Eso sería estupendo, Megan.

Malcom recordó la primera vez que la vio con aquel atuendo tan elegante y tan fuera de lugar para una sencilla jornada en la fortaleza. Había pensado que la dama era vanidosa y altiva, cuando la realidad era tan distinta… Gillian no tenía ningún problema en vestir ropas humildes y volvió a demostrarlo cuando le sonrió a la posadera por la sugerencia.

Después, no se perdió detalle de su rostro concentrado mientras lo preparaba todo para limpiar y coser su herida. Era una mujer increíble.

—Has perdido bastante sangre, por eso te encuentras débil, pero no es una herida muy grave —valoró, mientras lo examinaba—. Por suerte, la cuchillada no es profunda.

Gillian se ocupó de él. Lo curó, lo vendó de nuevo con bandas de tela limpia, lo desnudó y le ayudó a ponerse ropa seca. Finalmente, cuidó de que comiera algo antes de dejarlo por fin descansar.

Y, solo entonces, Gillian se preocupó por quitarse ella también el vestido mojado y dar buena cuenta de la cena que les había llevado Megan. Luego se acostó a su lado y Malcom abrió los ojos cuando sintió su peso sobre el colchón. Le pasó un brazo por la cadera y la pegó a su cuerpo, con un suspiro.

Gillian era un tesoro del que tenía que cuidar. No había sabido hacerlo hasta entonces, pero, en cuanto descansara unas horas y se sintiera mejor, volvería a ser el guerrero Campbell que su padre y sus tíos habían adiestrado.

La llevaría hasta Innis Chonnel sana y salva.

Y no dejaría que nadie volviera a hacerle daño… jamás.



—¡Mi señora, despertad, despertad!

Los gritos de Megan la arrancaron del sueño profundo en el que había caído, completamente agotada.

Gillian se incorporó, sobresaltada, y vio que Malcom ya se levantaba de la cama, mucho más recuperado que cuando llegaron.

—¿Qué ocurre?

—¡Es horrible, mi señora! —La posadera estaba aterrorizada—. ¡Vuestro caballo...! ¡¡Los perros lo han atacado, lo están devorando!!

Gillian jadeó, presa del pavor.

—¿Lancelot?

Trató de salir de la alcoba, pero Malcom la sujetó por el brazo.

—Espera. Iré a ver qué ocurre. Si no regreso...

—¡No! —Gillian se abalanzó hacia la puerta—. Iremos juntos. Si tú vas, yo voy contigo.

—Si huis de quien haya enviado a esos animales, y valoráis vuestras vidas, será mejor que no perdáis tiempo y os marchéis cuanto antes —les advirtió Megan.

Aun así, ambos salieron de la alcoba y se reunieron con Broc en la sala principal, donde el hombre espiaba por una de las ventanas la carnicería que tenía lugar en el exterior.

—Pobre jamelgo —susurró, con el rostro desencajado.

Gillian apenas pudo asomarse un instante. Cuando vio los colmillos desgarrando la piel de Lancelot, que yacía inmóvil en el suelo, contuvo un grito y hundió el rostro en el pecho de Malcom.

—La patrulla de búsqueda llegará enseguida, la jauría no suele alejarse mucho del grupo —murmuró él, abrazándola con fuerza—. Debemos irnos ya.

—Pero si salimos... los perros...

—Hay una salida trasera —intervino Broc enseguida—. Aprovechad ahora que están distraídos. Tienen toda su atención puesta en el caballo.

—Han debido olfatear mi olor en él —sollozó Gillian, con el corazón roto.

Malcom inspiró hondo.

—Era un animal muy noble y hermoso —musitó con pena—. Haremos que su sacrificio no sea en vano. Saldremos por la puerta trasera, antes de que lleguen los hombres del barón. Deprisa, coge tu capa y tu bolsa de viaje.

Gillian obedeció.

Antes de abandonar la posada, se detuvo junto al matrimonio que los había acogido. Tanto Broc como Megan la observaban como si aguardaran algo, y la entristeció pensar que la generosidad de sus corazones estaba sujeta a la esperanza de una recompensa. Aun así, les habían ayudado. Les habían dado la voz de alarma, y gracias a eso podrían escapar. Así que rebuscó en su saquito y, esta vez, extrajo una delicada cadena de oro de la que pendía una hermosa perla en forma de lágrima.

—Gracias por todo —dijo, entregando el collar a Megan.

No se entretuvo más. Tomó la mano que Malcom le ofrecía y ambos salieron corriendo, adentrándose en el bosque que rodeaba la posada.

Sin embargo, no dejaron atrás los pavorosos sonidos de aquellos perros. De alguna manera, habían percibido su huida —Gillian no quiso pensar que los posaderos los hubieran traicionado al llegar los hombres de su esposo, después de todo—, y notaban su terrorífico aliento en la nuca.

—Son muy rápidos —exclamó Malcom, que tiraba de su brazo para que no se quedara atrás en aquella carrera desesperada.

De pronto, se detuvo frente al grueso tronco de un árbol y se volvió hacia ella.

—¡Sube! ¡Yo te ayudaré!

La tomó de la cintura y la levantó como si nunca lo hubieran apuñalado. A pesar del pavor del momento, Gillian temió por su herida cosida. Podría volver a sangrar.

Se concentró en alcanzar la rama más baja y trepó por ella. Cuando se afianzó, miró hacia abajo, dispuesta a tender su mano para ayudar a Malcom a subir…

Fue inútil. Los perros ya estaban allí.

Temblando, buscó la daga de Edith en su bolsa y se la lanzó al escocés.

—¡Malcom!

Observó como él la cogía al vuelo y la blandía, adoptando una posición defensiva.

Los gruñidos y los ladridos desquiciaron a Gillian; eran sonidos que despertaban en su interior el terror más primitivo.

Y, cuando al fin llegaron hasta ellos, perdió el color de la cara y temió que, después de todo lo que habían pasado, aquel fuera su horripilante final.

El primer perro saltó hacia Malcom dando dentelladas salvajes, y él usó su brazo para evitar que llegara hasta su yugular. Gillian lo escuchó gritar y se le retorcieron las tripas. Por suerte, el escocés demostró ser hábil con la daga y, al segundo, el animal yacía en el suelo, degollado.

Pero había más…

Otros dos se lanzaron contra sus piernas y un tercero se abalanzó sobre su costado.

A Gillian se le cerró la garganta. Deseaba desviar la vista, pero era incapaz de apartar los ojos del escocés, que se revolvía y peleaba con furia contra los canes.

Se escucharon los cascos de unos caballos que se acercaban y la joven supo que ya no había esperanza.

Arthur los había alcanzado, y disfrutaría viendo cómo sus perros los devoraban hasta que no quedara de ellos más que los huesos.

CAPÍTULO 20

Un objeto voló por el aire con un silbido cortante y se clavó en el costado de uno de los animales.

El perro soltó un gemido lastimero y cayó de lado, atravesado por la flecha.

Luego, Gillian observó, atónita, cómo varios hombres llegaban hasta Malcom a toda prisa, portando enormes espadas, y lo ayudaron a terminar con la jauría que lo atacaba de forma salvaje.

—¿Estás bien? —escuchó que le decía uno de los recién llegados, sujetándolo por un brazo para que no se derrumbara.

No lo estaba.

Había sufrido numerosos mordiscos y le faltaba el aliento. Aun así, Gillian lo vio aferrarse al manto de cuadros del hombre que lo socorría.

—¿MacGregor? —preguntó, con un hilo de voz.

—Sí. Somos MacGregor. Estáis en nuestras tierras.

—Niall MacGregor…

—¿El laird?

Malcom asintió con alivio.

—Llevadme con él, por favor.

—¿Quién eres?

—Malcom Campbell, su sobrino.

—¿El que cayó prisionero hace dos años? —preguntó otro de aquellos hombres.

—El mismo.

El hombre lo observó con cautela. Era lógico que no creyera de buenas a primeras en la palabra de un extraño. Pero algo debió de

ver en él, o algún recuerdo despertó al examinar bien sus facciones, porque el rostro se le iluminó y le apretó el hombro al reconocerlo.

—¡Cielo santo, muchacho! ¡Has tenido suerte de que nuestra patrulla escuchara a los perros y llegáramos a tiempo! —exclamó, pasándose uno de los brazos de Malcom por los hombros para afianzarlo mejor—. Te llevaremos a Meggernie.

—Pronto, antes de que lleguen los soldados ingleses —susurró—. Los perros eran la avanzadilla.

—¿Te refieres a un grupo de diez hombres que llevaban este escudo bordado en sus capas? —El cabecilla de aquellos MacGregor sacó un pedazo de tela que había arrancado de uno de los uniformes —. Yo no me preocuparía por ellos. Cometieron el error de creer que podrían recorrer las tierras de los MacGregor con exigencias y bravuconadas. Le llevo esta prueba a tu tío para que averigüe a quién servían esos soldados y pueda defenderse en caso de que lo acusen de atacar a una guarnición inglesa.

Gillian reconoció el escudo de Ravenshire desde su posición, en lo alto del árbol, y se quedó impresionada. ¿Solo cuatro hombres habían vencido a los diez guardias de su esposo? Si eso era cierto, no mentían cuando comparaban a los highlanders con bárbaros. Desde luego, el aspecto fiero de los recién llegados daba pavor y podía entender por qué habían derrotado a sus perseguidores.

Y, justo por ese motivo, no se movió de donde estaba.

A fin de cuentas, los escoceses odiaban a los ingleses, como acababan de demostrar al eliminar a esos soldados simplemente por haber invadido sus tierras sin permiso.

Y ella era inglesa.

—Yo puedo decirte a quién pertenece ese escudo —dijo Malcom —: al barón de Ravenshire, el hombre que me retenía como esclavo en sus dominios. Y no solo a mí. Había otros escoceses conmigo, aunque algunos escaparon la misma noche que yo, gracias a James Douglas y los suyos.

—Pues si es así, nos alegramos de haber terminado con esos malnacidos —habló otro de los MacGregor.

—Mi nombre es Roderick —se presentó el que sujetaba a Malcom —. Y estos son Seamus, Eoin y Tormod.

—Sí, recuerdo haberos visto alguna vez —les dijo él, antes de tambalearse.

Roderick lo sujetó con fuerza.

—Los perros te han dejado hecho un asco. Vamos, en Meggernie podrán curarte esas feas heridas y podrás descansar.

—¿Y la mujer? —preguntó Tormod, sobresaltando a Gillian. Había creído, estúpidamente, que no habían reparado en ella.

—Viene conmigo —la voz de Malcom sonó firme al decirlo.

—¡Baja de ahí, chica! —la apremió Seamus.

—Es *lady* Gillian, aunque vaya vestida con ropas humildes —les advirtió Malcom con una ferocidad repentina.

Los cuatro MacGregor los miraron a uno y a otro alternativamente, en silencio.

Al final, Roderick frunció el ceño.

—¿Es inglesa?

Gillian notó un estremecimiento que le recorrió la columna vertebral. Ahora era cuando también terminaban con ella…

—Es una dama y necesita nuestra ayuda.

La respuesta de Malcom consiguió hacerles reaccionar. Eoin se acercó al tronco del árbol y le tendió la mano para ayudarla a bajar.

—Disculpad nuestros rudos modales, milady —le dijo, aunque no sonó arrepentido. Gillian estaba convencida de que solo la presencia del sobrino de su laird impedía que la trataran como verdaderamente deseaban.

Ella tomó aquella enorme y áspera mano, temblorosa, y descendió hasta posar los pies en la tierra. Corrió al lado de Malcom y se encontró con sus ojos. El brillo de ese color azul, intenso, trataba de transmitirle una tranquilidad que estaba lejos de sentir.

—Vamos. Tú montarás conmigo y la dama puede ir en la grupa de Tormod… —comenzó a decir Roderick, antes de que Malcom lo interrumpiera.

—No. Ella viene conmigo.

—Ni siquiera puedes sostenerte en pie, muchacho. No podrás cabalgar, deja que te ayude.

Gillian vio la lucha que mantenía por aguantar, por no derrumbarse y salirse con la suya. Pero era evidente que Malcom no

estaba en condiciones de mantenerse sobre un caballo, y ella no podría sujetarlo si montaban juntos.

—Iré con Tormod —le dijo en un susurro, acariciándole el brazo con delicadeza.

—Gillian… —pronunció su nombre con una mezcla de disculpa y súplica.

—Estaré bien —le prometió, para librarlo de esa responsabilidad que lo torturaba—. Por favor, ve con Roderick, estás sangrando mucho.

Se le habían llenado los ojos de lágrimas, lo que bastó para que él cediera, con un leve asentimiento de cabeza.

Al fin, fueron hacia los caballos. Los MacGregor ayudaron a Malcom a montar tras Roderick, que le pidió que se sujetara a él con fuerza. Gillian subió al caballo de Tormod y también se aferró a su cintura para no caer, pues el escocés espoleó al animal para lanzarse al galope sin ninguna consideración hacia ella.

Comprendió que aquello era lo que la esperaba si convivía con los rudos highlanders: toscos modales y ninguna preocupación por su bienestar.

Pero, al menos, estaría lejos de su esposo.



A pesar de que había crecido y vivido en Innis Chonnel, Malcom sentía que estaba en casa cada vez que visitaba Meggernie, el hogar de los MacGregor. Tenía tantos recuerdos allí, con su abuelo Ian, con sus primos —con los que había jugado tanto dentro de aquellos muros—, y conocía tantas historias de su madre y sus tíos, Malcom y Niall, de cuando eran solo unos niños, que lo envolvió un enorme sentimiento de calidez y bienestar en cuanto atravesaron las altas murallas de piedra que defendían la fortaleza.

Llegaron al patio, donde los esperaba ya un grupo de personas, alertadas por los vigías.

—¡Por todos los infiernos! —escuchó el vozarrón de su tío Niall—. ¿Ese es mi sobrino?

—Sí, laird —respondió Roderick—. Lo hemos encontrado peleando con una jauría de perros ingleses.

—¡Llevadlo adentro, rápido! —Aquella voz era la de su dulce tía Rosslyn, pero apenas podía verla.

Se le nublaba la vista.

Cuando lo bajaron del caballo, se mareó y perdió por unos segundos el conocimiento.

Aunque no debieron de ser solo unos segundos, porque cuando abrió los ojos de nuevo, estaba tumbado en una cama y alguien le sostenía la mano con delicadeza.

—Tranquilo, primo. Ya estás a salvo, estás en casa.

Parpadeó para enfocar la vista y vio a una jovencita de cabellos tan rubios que eran casi blancos, y unos ojos tan azules como los suyos: los ojos de los MacGregor.

—¿Morag? —preguntó, con un hilo de voz.

La niña que él recordaba había crecido en esos dos años y ahora era una adolescente preciosa de casi trece años.

—Sí. Enseguida vendrán a curarte esas heridas. La mujer que te acompañaba quería atenderte, pero no se fían de ella. Es inglesa, ¿lo sabías?

Había pronunciado la última frase sin ocultar el horror que ese hecho suscitaba en ella. Si no lo hubieran capturado, él también habría sentido lo mismo ante la llegada de uno de sus enemigos. Pero en ese tiempo había llegado a conocerlos, y había comprendido que no todos eran los demonios que siempre habían imaginado.

Gillian en especial.

—Claro que lo sé —dijo, apartando las mantas que lo cubrían para tratar de levantarse.

Debía ir con ella, debía protegerla… aunque tuviera que enfrentarse a los suyos.

—¿Adónde crees que vas?

Una mano fuerte se posó en su pecho y lo sujetó para que no se moviera. Cuando levantó los ojos, se encontró con el rostro preocupado de su primo Eiden. Era mayor que su hermana Morag,

pero, a sus ojos, y a pesar de que su cuerpo hubiera ensanchado en ese tiempo, seguía siendo su primo pequeño.

—Aparta.

—No. No estás bien, tienen que curarte. Te lo advierto, te ataré a la cama si no me haces caso.

—¿Crees que podrás conmigo? —lo retó, como cuando eran más pequeños y a Malcom le gustaba presumir de ser el más fuerte.

—En las condiciones en las que te encuentras, hasta Morag podría vencerte.

—No lo creo—intervino la jovencita rápidamente—. Aunque ayudaré a Eiden a sujetarte, primo, así que te sugiero que vuelvas a echarte sobre la cama.

Malcom los fulminó a los dos con la mirada.

—De acuerdo —cedió—, pero necesito que vayas y le digas a tu padre que quiero que me atienda lady Gillian. La inglesa sabe de curaciones; quiero que sea ella quien se ocupe de mis heridas. No dejaré que nadie más me toque.

Morag lo observó con los ojos muy abiertos un momento, antes de suspirar y de asentir con la cabeza ante su cabezonería.

—Es una joven bonita —le dijo Eiden en cuanto su hermana salió de la habitación—, pero has conocido a muchachas más hermosas aquí en Escocia. No tenías por qué traerte a una inglesa contigo.

—Te sugiero que, si no sabes de lo que hablas, mantengas la boca cerrada.

Su primo lo miró como si no lo reconociera.

—¿Por qué te comportas así? Hace dos años que tu familia te busca, todos esperábamos con ansia que regresaras sano y salvo… ¿y actúas como si nosotros fuésemos tus enemigos? No lo somos, Malcom. Solo queremos cuidarte.

Eiden estaba dolido. No entendía por qué Gillian significaba tanto para él. A decir verdad, dudaba que alguno de ellos lo comprendiera, sobre todo cuando se enteraran de que era una mujer casada y de que su esposo —el inglés que tenía todos los derechos sobre ella—, la estaba buscando con ahínco.

—Lo sé, Eiden, perdona —le dijo. A fin de cuentas, su primo era demasiado joven como para entender por todo lo que él había

pasado—. Sé que aquí estoy a salvo, pero le hice una promesa a lady Gillian, y quiero que ella también lo esté.

—¿Piensas que mi padre, o alguno de los MacGregor, le haría daño a una mujer, por muy inglesa que sea?

El tono ofendido de su primo le hizo parpadear. Por supuesto que no: nadie le haría daño alguno. Aunque eso no significaba que la trataran con amabilidad. Podía imaginar a su tío Niall encerrando a la dama en alguna de las alcobas, hasta que decidieran lo que hacer con ella. Gozaría de todas las comodidades de Meggernie, por supuesto, pero no sería menos prisionera por ello.

No le dio tiempo a contestar, porque la puerta de la alcoba se abrió para dar paso, justamente, a la protagonista de sus pensamientos.

—¡Malcom! —exclamó, corriendo a su lado, con una expresión en su rostro mezcla de una honda preocupación con el miedo que debía de sentir en esos momentos.

Morag no había tenido tiempo de recorrer mucho camino, por lo que dedujo que todos los que entraban en ese momento por la puerta ya se dirigían hacia allí cuando él envió a su prima en busca de Gillian.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó la joven, examinándolo de arriba abajo.

—Ahora que estás aquí, mejor —dijo en voz alta, para que todos lo escucharan.

Su tío Niall se acercó a la cama con gesto serio.

—La dama nos ha explicado que, al huir de Ravenshire, la rescataste también a ella, aunque no ha querido contarnos más hasta asegurarse de que estabas bien.

—Ya he ordenado que traigan lo necesario para curarte esas heridas —intervino su tía—. Hay que lavarlas bien y coser las más profundas.

—Lady Gillian puede hacerlo —les dijo.

—Y nosotras la ayudaremos —le aseguró Rosslyn, refiriéndose a ella y a Morag—. Los demás, salid de aquí para que podamos ocuparnos de él. Cuando esté mejor, habrá tiempo para hablar y aclarar qué es lo que ha sucedido.

Miró directamente a su tío Niall y Malcom supo que habían tenido alguna discusión, porque el ceño de ambos estaba ligeramente fruncido, como si todavía mantuvieran un duelo de voluntades. Estaba claro quién se había salido con la suya: Rosslyn podía ser muy dulce, pero era terca e insistente como un dolor de muelas.

Después de echarlos a todos, las dos mujeres y la adolescente se quedaron a solas con Malcom. Lo ayudaron a deshacerse de la ropa para descubrir sus heridas y se escucharon jadeos de sorpresa cuando su tía y su prima descubrieron la puñalada de su costado, las marcas de los latigazos en la espalda y los moretones de la reciente paliza que había recibido, además de los cortes y los desgarrones en la carne causados por las mandíbulas de los canes.

—¡Por todos los cielos, Malcom! —exclamó Rosslyn, horrorizada —. ¿Quién te ha maltratado de esta manera tan salvaje? Todo esto no lo han hecho unos perros.

«En realidad sí», pensó Malcom. Unos perros ingleses que obedecían las órdenes de un monstruo.

Gillian no decía nada. Se limitaba a limpiar sus heridas con delicadeza, sorbiendo sus lágrimas, concentrada únicamente en atenderlo con diligencia.

—Allí era solo un esclavo, tía Rosslyn —le contestó—. No he recibido peor trato que el resto de nuestros compatriotas.

—Sí —la voz de Gillian sonó débil, pero la escucharon—. Sí lo recibiste. Por mi culpa.

Rompió a llorar y Morag la observó con cautela, sin atreverse a más hasta ver la reacción de su madre.

Rosslyn estiró la mano y palmeó la de Gillian en un pobre intento de consolarla.

—Vamos, vamos… No irás a decirnos que tú lo azotaste con el látigo, ¿verdad?

—Casi.

Malcom apretó los dientes al escucharla.

—No es verdad.

—Sí lo es. Si yo no te hubiera elegido como esclavo, él no habría ordenado que te castigaran. Si no nos hubieran descubierto juntos, no te habrían apaleado de ese modo. Si no te hubieras empeñado

en buscarme, no te habrían apuñalado y podrías haber huido con los tuyos…

—Ya basta, Gillian. Nada de esto es culpa tuya, ¿me oyes? —Malcom la tomó de la barbilla para que alzara la cara y lo mirara—. Si volviera a atrás en el tiempo, sabiendo lo que iba a ocurrir, volvería a actuar del mismo modo. Porque lo único que me importa es que ahora estás aquí, conmigo, lejos de él.

Rosslyn y Morag intercambiaron una inquieta mirada por lo que estaban escuchando.

—Por todos los santos a los que reza tu madre, Malcom, ¿quién es *él*? ¿De quién estáis hablando?

Fue Gillian la que contestó, con las mejillas ardiendo por el miedo y la vergüenza.

—De mi esposo, lord Arthur Norton, barón de Ravenshire.

Su tía Rosslyn dio un paso atrás por la impresión.

—Has traído contigo a la esposa de otro hombre… a la esposa de un noble inglés —musitó, antes de persignarse—. Que el cielo nos ayude.

CAPÍTULO 21



Gillian no se apartó del lado de Malcom durante los primeros días. Su familia lo dejó descansar tranquilo y no lo atosigaron con las innumerables preguntas que, seguramente, querían formular. Ella se mantuvo cerca de su cama en todo momento. Como hiciera la primera noche que pasó en Ravenshire, cuando lo trajeron con la espalda abierta por los latigazos, Gillian lo veló y dormitó en una silla, hasta que comprobó que la fiebre remitía y que recuperaba poco a poco sus fuerzas.

Al cuarto día, Malcom despertó completamente despejado y frunció el ceño al verla allí, con la misma ropa con la que había llegado, consciente de que solo había abandonado la alcoba para atender sus necesidades más básicas y comer.

—Gillian, ¿cuánto has dormido estos días?

—Lo suficiente —le contestó ella, con una sonrisa.

—Sé que mi tía te ofreció una alcoba propia para que pudieras descansar y asearte en condiciones, ¿por qué no lo has hecho?

Gillian movió la cabeza al tiempo que tomaba su mano, con el mismo gesto que había realizado durante ese tiempo en repetidas ocasiones.

—No quería dejarte. Además, no quiero estar a solas con ellos.

—¿Ellos?

—Tu familia. Son todos… escoceses.

Malcom no pudo reprimir una suave carcajada al escucharla.

—En efecto, lo son. Pero eso ya lo sabías cuando me pediste que te trajera aquí.

Gillian suspiró de manera exagerada.

—Supongo que nunca pensé que me odiarían tanto. Como tú al principio.

—Bueno —él tiró de su brazo para acercarla y poder acariciarle el rostro cansado—, como acabas de decir, eso fue al principio. Y sé que ellos, cuando te conozcan, te apreciarán por lo que eres.

Sus ojos se fundieron en las profundidades azules de los de Malcom.

—¿Y qué soy?

—Una mujer valiente que solo lucha por ser libre —le susurró—. Créeme, lo entenderán y te apoyarán.

—No lo sé, Malcom… Solo he causado problemas desde que llegué.

Él frunció el ceño al escucharla.

—¿Qué problemas? Gillian, no has hecho nada. He sido yo el que te ha traído aquí.

—Pero, por mi culpa, tus tíos se han enfadado entre ellos. ¡Oh, el laird MacGregor es tan enorme! Me siento mal por tu tía Rosslyn; estoy segura de que él la ha reprendido severamente por haberlo echado el primer día de la habitación. Vi su cara, Malcom, sé que estaba muy furioso. Y me siento culpable. Si tu tío golpea tan fuerte como parece… —Gillian gimió, devastada, al imaginarlo—. Con razón no he vuelto a verla desde ese primer día. La pobre debe de estar en cama, como me ocurría a mí después de que Arthur me castigara por no ser una buena esposa.

Malcom la miró entonces de una forma muy extraña. Intentó explicarle algo, pero, justamente, fue su tía Rosslyn la que interrumpió su conversación y le impidió hacerlo.

Gillian no podía apartar la vista de ella, buscando algún gesto de dolor al caminar, alguna secuela de los golpes que su esposo le habría propinado. Al menos —pensó, al verla con su sencillo vestido de lana sin adornos ni tocados, que dejaba al descubierto su delicado cuello—, su piel blanca no presentaba señales, ni en esa zona ni en su dulce rostro. Niall MacGregor no la había marcado en las partes visibles, demostrando ser más inteligente —y quizás más considerado— de lo que Arthur fue con ella cuando la ira lo consumía.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó a Malcom al entrar.

—Estoy mucho mejor, tía Rosslyn.

—Me alegro. He intentado retener a tu tío durante este tiempo para que te dejara en paz mientras te recuperabas, pero me temo que la tregua ha llegado a su fin —le dijo, mirando a Gillian de reojo —. Tus padres y hermanas llegarán pronto, les avisamos cuando apareciste. En cuanto la familia esté reunida, tendrás que dar muchas explicaciones. Lo sabes, ¿verdad?

Él suspiró con cansancio.

—Lo sé.

Luego, la mujer se volvió hacia ella.

—Lady Gillian, ahora que Malcom está despierto y no necesita atención constante, sería conveniente que descansarais un poco. La alcoba que os ofrecí está preparada, y lo he dispuesto todo para que podáis daros un baño y cambiaros de ropa. Estoy segura de que os sentiréis mucho mejor y con más fuerzas para afrontar la reunión familiar.

No era una sugerencia. A pesar de su amable tono y de la apariencia de invitación, la tía Rosslyn le estaba dejando muy claro que no admitiría una nueva negativa. Le había dado tiempo para hacerse a la idea de dónde y con quién estaba —a saber: en Escocia, en una fortaleza llena de personas condicionadas por la guerra contra los ingleses—, pero, como ella misma acababa de decir, la tregua había terminado.

—Será un placer tomar ese baño —musitó, levantándose de la silla para acompañarla.

En verdad lo necesitaba. Se sentía pegajosa y, aunque no lo notaba, a buen seguro olía mal. Malcom era demasiado amable para señalarlo, pero había visto cómo Rosslyn arrugaba la nariz al acercarse a ella.

—Gillian —la llamó él antes de que saliera por la puerta—, duerme y procura descansar.

No dijo más, pero la joven sabía lo que se escondía tras aquella recomendación: sus problemas no habían terminado.

No estaba a salvo; aún no.

Y la incertidumbre acerca de su futuro era una sombra que le oprimía el pecho y la garganta, impidiéndole respirar.



El baño no consiguió tranquilizarla, a pesar de que el agua estaba caliente y aromatizada con aceite de rosas. El sueño en el que se sumió después —ya aseada y con el estómago satisfecho tras el delicioso asado con verduras que le sirvieron— fue ligero, lleno de sobresaltos y pesadillas que añadieron más inquietud a su espíritu.

Cuando comprendió que no lograría evadirse de sus problemas durmiendo, se levantó de la cama en plena noche y acudió a la ventana para respirar un poco de aire fresco. Desde allí, el mundo se mostraba tal como siempre lo había percibido: el cielo oscuro, las espesas nubes de tormenta ocultaban las estrellas, y el aire olía a tierra mojada, aunque la lluvia aún no había comenzado a caer. Hasta donde el horizonte se fundía en una inquietante negrura, el paisaje estaba cubierto de sombras y siluetas que le resultaban completamente ajenas al entorno al que estaba acostumbrada.

No había nada mágico en Escocia. Nada que invitara al optimismo.

Si bien sus gentes no eran los seres grotescos que había imaginado de niña, cuando le hablaban de sus bárbaras costumbres, tampoco eran distintos de los ingleses que conocía.

Niall MacGregor, su laird, le había causado una fuerte impresión cuando lo tuvo delante. Era tan imponente como el propio Malcom, y su expresión severa, al posar sobre ella sus ojos azules, resultaba aún más intimidante por la cicatriz en forma de cruz que marcaba su mejilla. Gillian tenía la sensación de que ese hombre podría troncharla en dos partes con sus propias manos si así lo quisiera…

Y por eso le apenaba tanto haber sido la causa de su discusión con su esposa, Rosslyn.

No había tenido el valor de preguntarle a la dama, una vez se quedaron a solas mientras la acomodaba en la alcoba, si la

reprimenda que había recibido había sido tan cruel como las que Arthur solía dispensarle a ella. ¿Serían los maridos escoceses tan brutos como los ingleses? Nunca le había dado la sensación de que Malcom pudiera ser tan cruel; claro que, él no era su esposo… No tenía la obligación de aleccionarla para que no se desviara del buen camino.

Tampoco sabía si podría averiguarlo algún día.

En esos momentos, no sabía qué sería de ella. Estaba casada con Arthur, y contra esa realidad no había nada que pudiera hacer. Solo le restaba esperar que los escoceses, movidos por la enemistad que sentían hacia los suyos, se negaran a devolverla cuando el barón la reclamara.

Pero, si no era así, si prevalecían los derechos que el señor de Ravenshire tenía sobre ella, volvería a Inglaterra y, posiblemente, se alejaría de Malcom Campbell para siempre.

—No regresaré —susurró a la noche, a esa negrura tan espesa como las sombras que habitaban en su corazón—. Antes de volver, saltaré desde lo alto de las almenas… y todo terminará por fin.

Ni siquiera lloraba. Había gastado ya todas las lágrimas, y solo le quedaba la esperanza de que, si aquel era su destino, podría reunirse al fin con su pequeño Felix, en el cielo.



Al día siguiente, lady Rosslyn fue a buscarla para acompañarla al gran salón, donde ya estaba reunida toda la familia. Se había perdido el reencuentro de Malcom con sus padres y hermanas, pero no le costó averiguar quiénes eran, porque, cuando ella llegó, todavía lo rodeaban, mirándolo como si no pudieran creer que lo hubieran recuperado.

Gillian también quedó hipnotizada al distinguirlo entre el resto de los presentes. Era la primera vez que lo veía bien aseado, con ropa elegante en lugar de los harapos que había vestido desde que lo conocía, y sin barba. Sus rasgos tras el afeitado, aunque aún

demacrados por todo lo ocurrido, eran tan atractivos que le robaron el aliento. Además, comprobar que ya había abandonado la cama y se mantenía erguido por su propio pie, corroboraba su opinión de que aquel hombre poseía una fortaleza portentosa.

Sintió una calidez inesperada en el estómago y un impulso irrefrenable de acercarse a él. Necesitaba que la mirara para comprobar si ese sentimiento que los había unido, cuando estaban en Ravenshire, seguía presente allí en Meggernie, ahora que estaba rodeado de toda su familia.

Y, cuando lo hizo, cuando al fin la miró, observó que los ojos azules tenían el mismo brillo de siempre. Se estremeció de puro alivio.

—Gillian, quiero presentarte a mis padres —le dijo, ofreciéndole su mano para que se sintiera incluida—: Ewan y Willow, y estas son mis hermanas, Cait y Erinn. Familia, ella es la mujer de la que os he hablado.

El laird Campbell era imponente, al igual que el tío de Malcom. Un hombre de cabellos castaños y mirada profunda, que la observó de arriba abajo sin pestañear. Su madre, a pesar de ser pequeña en tamaño, emanaba una vitalidad y una fuerza sorprendentes. Al mirarla, le quedó claro de quién había heredado Malcom aquellos ojos azules. Cait se parecía mucho a él, pero con facciones femeninas, y la contempló con la mirada ceñuda. En cambio, Erinn, la menor, de cabellos castaños y suaves ojos color avellana, fue la única que se adelantó y la abrazó para darle la bienvenida.

—Malcom nos ha dicho que logró escapar gracias a ti. Que lo habían apuñalado y apenas podía montar, pero cabalgó contigo para poder huir de aquel infierno.

Aquel sincero abrazo rompió algo en su interior. Estaba claro que su hermano había adornado la verdad para que la vieran como a una salvadora, cuando era la única culpable de todos los males que él había sufrido.

—No, yo… solo intenté que no nos mataran, a ninguno de los dos.

—¿Solo? —susurró Erinn en su oído—. Yo creo que fue toda una heroicidad. Me has devuelto a mi hermano, y estoy en deuda

contigo. Todos lo estamos, aunque ahora les cueste verlo por las circunstancias.

Después de aquello, Malcom le presentó a más gente. Gillian estaba abrumada, aquella familia era enorme. No solo sus padres y hermanas habían llegado a Meggernie ante la noticia de que él había regresado. Con ellos, llegaron los esposos de Cait y Erinn: Duncan MacLaren y el laird Murray. También su otro tío, el laird de los MacLaren, del que Malcom había heredado su nombre, acompañado por su esposa Lena y sus hijos, Niall y Hamish.

Entre tíos y primos, cuñados, y los hombres de confianza de cada uno de aquellos poderosos clanes, Gillian estaba mareada. La algarabía en aquel salón la ensordecía, porque jamás había asistido a una reunión tan numerosa en Ravenshire. Arthur no era dado a grandes celebraciones y tampoco tenía mucha familia, por lo que las visitas que rara vez recibían conseguían reunir, a lo sumo, a cinco o seis personas a su mesa.

Sin embargo, en el salón de Meggernie no había un solo rincón vacío. Personas por todas partes, sirvientes que iban y venían preparando la comida que se serviría para celebrar que por fin estaban todos juntos otra vez… Y ella. La inglesa que unos miraban con compasión y gratitud —como la joven Erinn—, y otros —la gran mayoría—, la observaban como si no fuera más que un insecto molesto que Malcolm había traído de Inglaterra pegado a la frente.

—Son demasiados —murmuró, cuando gozaron de algo de privacidad.

—Sí que lo son —le dijo él, con una sonrisa de orgullo.

—No me aceptarán.

Malcom acarició una de sus manos con disimulo. Fue un modo sutil de hacerle ver que, en efecto, todavía les quedaba camino por recorrer antes de que los demás vieran con buenos ojos su relación extramarital. Ella era una adúltera, y eso significaba lo mismo tanto en Inglaterra como en Escocia.

—Encontraremos la manera —le susurró el guerrero—. Y, si no la hay, volveremos a escaparnos… Tú y yo solos.

Gillian se perdió en aquella mirada cargada de promesas.

Notó un nudo en el estómago, que se le subió a la garganta y se la cerró cuando se dio cuenta, al mirar a su alrededor, de que aquello no sería posible.

Malcom no estaba solo. Nunca lo había estado, ni siquiera cuando lo convirtieron en esclavo, reteniéndolo contra su voluntad lejos de su hogar. Él siempre tuvo el amor de su familia, la compañía de su recuerdo, la esperanza de que ese día —en el que todos se reencontraban después de dos años—, llegaría.

No lo dejarían marchar otra vez. Ninguno de sus seres queridos consentiría perderlo de nuevo.

Ella, por el contrario, estaba completamente sola.

Como lo había estado durante toda su vida.

CAPÍTULO 22



Antes de sentarse a la mesa para comer, Cait se acercó a Malcom con la mirada sombría.

—Esto no me gusta. Me alegro de tu regreso más de lo que puedo expresar con palabras, hermano, pero no has debido traerla contigo. Ella no pertenece a este lugar.

Él apretó la mandíbula ante su censura.

—No la conoces. No sabes por lo que ha pasado…

—Eso no importa. Lo que haya pasado es problema suyo y de su esposo, no tuyo. Nadie te apoyará, está casada con otro hombre, y eso es lo único en lo que se fijarán.

Malcom negó con la cabeza, testarudo.

—Yo te apoyé a ti cuando estabas prometida al laird Murray y tu corazón pertenecía a Duncan. Hubiera hecho lo necesario por ayudarte y me ofrecí a ello. ¿Por qué no puedes apoyarme tú ahora?

Cait le sostuvo el rostro entre sus manos y lo miró con amor infinito.

—Por el mismo motivo por el que no acepté tu ayuda en el pasado. Nos debemos a nuestra gente, a nuestro clan, y a los compromisos que adquirimos por honor.

Malcom le apartó las manos, ceñudo.

—¿El honor? El honor me dicta que la proteja de quienes intentan hacerle daño. El honor no me permitió dejarla atrás, en manos de un auténtico monstruo.

—¿Y tu familia? ¿Sabes en qué posición nos has puesto a todos? Ese hombre, el barón de Ravenshire, averiguará dónde está su

esposa tarde o temprano. Elevará una queja a su rey, y este, a su vez, le reclamará al nuestro para que haga valer sus derechos.

En ese momento, su tío Niall apareció a su lado y le puso una mano en el hombro. Había escuchado parte de la conversación.

—Tu hermana tiene razón, Malcom… Aunque yo te comprendo mejor que ninguno de los presentes.

El joven lo miró con cierta sorpresa. Desde que llegaron, le había parecido que su tío era uno de los que más se oponían a la presencia de Gillian entre los muros de Meggernie.

—Creía que no estabas conforme con mi decisión de traerla hasta aquí.

—Y no lo estaba. Pero tu tía Rosslyn me recordó que yo hice lo mismo en el pasado, con ella, por motivos muy parecidos. No creo que lo recordéis, porque ambos erais muy pequeños, pero cuando regresé de Irlanda, donde estuve perdido esos cuatro años, conocí a vuestra tía. Ella estaba prometida a James MacNab, un hombre despreciable, con el que se negó a casarse cuando descubrió que se había enamorado de mí. Ese malvado intentó hacerle daño, intentó forzarla… y yo la defendí, a pesar de que él, como prometido, estaba en su derecho de reclamarla. Después, me casé con ella en secreto, desafiando a todos, incluso a su propio padre. Y también puse a mi familia en peligro cuando la traje aquí, a Meggernie, sabiendo que los MacNab y los Stewart podían enviar a sus ejércitos como represalia por mis actos. —Niall cogió aire y respiró muy hondo antes de concluir—: Así que, sí, te comprendo bien. Sé lo que sientes, aunque ignoro hasta qué punto podré ayudarte.

—Pero, si al final la familia te dio su apoyo, ahora también podrían…

—Hay algunas diferencias entre nuestras historias, Malcom —le explicó—. Para empezar, ella está casada, y Rosslyn no lo estaba. Además, es inglesa, lo que lo complica aún más, porque el conflicto podría agravarse seriamente si el hecho trasciende y entra en juego la política. Ambos bandos podrían usar a Gillian como una pieza prescindible en su guerra, y todos saldríamos perdiendo.

A Malcom se le hundieron los hombros.

En ese momento, también apareció su madre, que lo abrazó de manera espontánea al verlo tan abatido.

—He pasado dos largos años rezando cada día a todos los santos que conozco, pidiendo por ti, para que estuvieras bien y que nada horrible te sucediera, para que volvieras con nosotros…

—Y lo he hecho, madre.

—Sí, pero has traído contigo una pesada carga.

—Ella no es una carga. Ella… me dio un motivo para no rendirme.

Willow le puso las manos sobre los anchos hombros y lo miró desde su baja estatura. Hacía mucho tiempo que Malcom la había superado en tamaño hasta igualar el de Ewan Campbell, su padre.

—Y, solo por eso, le estaré eternamente agradecida. Pero, Malcom, hijo mío…

—Por favor, madre. Te necesito; os necesito a todos, ahora más que nunca. Dadle a Gillian una oportunidad.

Willow suspiró con pesar. No era cuestión de oportunidades, sino de una realidad que les quedaba grande.

—Hemos hecho llamar al reverendo Callum MacRae Tu primo Eiden ha ido a buscarlo a su parroquia. Necesitaremos asesoramiento religioso para ver cómo resolver esto.

Malcom tomó la mano de su madre y la besó.

—Qué suerte tengo de tenerte de nuevo a mi lado —le dijo.

—Todos estamos contigo —le aseguró ella—, aunque dudemos. Y, a pesar de que nuestros consejos no sean los que quieres escuchar, ten por seguro que solo queremos lo mejor para ti.

—Gillian —susurró él, buscando a la joven con los ojos entre los presentes—. Ella es lo mejor que jamás me ha ocurrido.

Malcom escuchó el suspiro de su madre. Tampoco ella lo comprendía… Pero, que su familia no entendiera por qué esa mujer era tan importante para él, no menguaba en absoluto la necesidad de protegerla. Muy al contrario, lo anclaba a ella de un modo inamovible.

Le había hecho una promesa, y por su vida y su honor que la cumpliría, así tuviera que pelear contra todos y defender lo que ellos consideraban indefendible.



Mientras tanto, Gillian, en la otra punta del salón, miraba a los sobrinos de Malcom con el corazón sensible. Los hijos de Cait, Angus y Bryan, adorables gemelos —acababa de enterarse de que Malcom y Cait eran mellizos, de ahí que se parecieran tanto—, y la preciosa Bonnie, la hija de Erinn, jugaban sobre la alfombra, cerca del fuego. Sus tías abuelas, Lena y Rosslyn, la prima Morag y la propia Erinn los observaban mientras charlaban entre ellas, sentadas alrededor.

Gillian envidiaba la relación que había entre las mujeres de aquella familia: cómo se hablaban, con qué cariño compartían sus vivencias del día a día después de un tiempo sin verse, evidenciando el gran vínculo que las unía… y notaba un dolor sordo en el pecho al mirar a los bebés.

Era una nostalgia que la abrasaba por dentro y le hacía preguntarse cómo habría sido Felix: si habría tenido la sonrisa traviesa de los gemelos o un hoyuelo en la mejilla como Bonnie. ¿Sus carcajadas habrían sido tan musicales? ¿Sus palmadas de alegría tan deliciosas?

—¿Te gustan los niños, Gillian? —le preguntó Erinn, de pronto, sacándola de su ensimismamiento.

—Sí, muchísimo. Yo tuve uno…

Cuando la voz se le quebró y los ojos se le llenaron de lágrimas, todas las presentes supieron lo que había sido del pequeño sin necesidad de que ella lo verbalizara.

—Lo siento —susurró la jovencísima Morag, a su lado—. ¿Qué pasó?

—¡Morag! —la reprendió Rosslyn—. Es un tema delicado y no puedes invadir así la intimidad de Gillian.

Ella se limpió las lágrimas y movió la cabeza para hacer ver que estaba bien.

—Tranquila, no me cuesta hablar de ello. Es solo que me pone muy triste pensar en Felix. Pensar que, si yo hubiera sido una buena

esposa, tal vez él podría haber jugado también sobre la alfombra, allá en Ravenshire, como lo hacen vuestros bebés ahora mismo.

Todas la miraron con una expresión de sorpresa.

—No lo entiendo —dijo Lena esta vez—. ¿Qué quieres decir con eso de que, si hubieras sido una buena esposa, él podría haber jugado?

—Pues eso mismo. Si yo no hubiera enfadado a Arthur ese día, si yo hubiera sido responsable con mis obligaciones y mis deberes maritales para con él, Felix no habría nacido siendo ya un ángel del cielo.

Las mujeres se miraron unas a otras, más extrañadas que antes.

—¿Estás diciendo que tu hijo nació muerto? —preguntó Erinn—. ¿Y crees que murió en tu vientre porque no fuiste buena esposa?

—No lo creo, lo sé —respondió, convencida—. Aquel día, Arthur había bebido mucho vino. Y, después de cenar, él quiso… quiso… —Gillian tragó saliva y cerró los ojos, avergonzada. ¿Qué pensarían de ella esas mujeres cuando confesase la esposa tan horrible que había sido? Con un suspiro, decidió que, al menos, les debía sinceridad. Después de todo, esa gente la había acogido en su hogar. Se merecían saber la verdad—. Él quiso que lo complaciera, ya sabéis…

Gillian se interrumpió y miró de reojo a Morag, la más joven e inocente de las allí presentes.

—En el lecho —terminó la adolescente por ella.

—¡Morag! —volvió a reprenderla su madre—. Tal vez deberías dejarnos un momento, para que podamos hablar con Gillian con más libertad.

—¡Oh, no, no, por favor! —exclamó, juntando las manos en un gesto de súplica—. Quiero oír su historia, es la primera inglesa que conozco, por favor…

Rosslyn la miró.

—Disculpa a mi hija. Si quieres que se retire para que estés más cómoda…

—No, tranquila. No hay nada que pueda hacer que me sienta más incómoda, culpable y avergonzada de lo que ya me siento. Y sí, Morag, tienes razón, me refería a que él deseaba ejercer su derecho de marido esa noche. Pero a mí me dolía demasiado la tripa,

aunque, como el dolor iba y venía, no me atreví a quejarme. Si hubiera llamado al curandero para nada, también se habría enfadado.

Lena levantó la mano para interrumpirla.

—Gillian, ¿de cuánto tiempo estabas embarazada?

—De casi nueve meses.

—¡Cielo santo, criatura! ¡Esos dolores podían significar que estabas de parto! ¿De verdad no dijiste nada?

Gillian enrojeció. ¿Cómo explicarles que ya había usado la excusa del dolor otras veces —dolor de cabeza, dolor en las piernas porque se sentía pesada, dolor en el vientre por las patadas del bebé—, y cuando el curandero había acudido y le había dicho a Arthur que su esposa exageraba, después había resultado mucho peor?

—No dije nada. Lo único que hice fue negarme a compartir cama con él para… —carraspeó, azorada—, ya sabéis. Arthur se puso cariñoso cuando subíamos las escaleras, en dirección a nuestras respectivas alcobas. Yo solo quería llegar a la mía para tumbarme un rato, apenas me sostenía en pie cuando el dolor me alcanzaba. Y yo… yo…

—¿Qué hiciste? —preguntó Morag, con la boca abierta por el horror que le producía el relato.

Gillian bajó la cabeza.

—Lo empujé con todas mis fuerzas. Lo aparté de mí casi con desprecio… —Gillian las miró una a una, con los ojos empañados de arrepentimiento—. No soportaba que me tocara casi nunca, pero es que ese día, además, con tanto dolor… Sabía que no lo soportaría.

Gillian guardó silencio un momento, tomando aliento para continuar. Agradeció que ninguna de ellas dijera nada y le permitieran terminar su historia.

—Arthur me miró como si fuera la peor esposa del mundo. Me echó en cara mi comportamiento, me dijo que era una desagradecida por todo lo que él me daba: sus regalos, su protección, su amor. Me preguntó cómo me sentiría si él hiciera conmigo lo mismo que yo había hecho con él… y entonces me empujó. —Gillian cerró los ojos al recordar ese duro momento, el dolor insoportable, la sensación de romperse como un tonel rodando

cuesta abajo hasta hacerse astillas—. Caí por los escalones de piedra. Y lo supe. Antes de que la matrona me lo sacara de dentro, supe que había perdido a Felix. Tal vez, si no me hubiera negado, si hubiera aguantado solo un poco…

—Pero ¿qué estás diciendo? —preguntó Cait, que acababa de unirse al grupo.

Gillian se encogió sobre sí misma al observar el profundo desagrado en los ojos de la joven que tanto se parecía a Malcom.

Tal vez no tendría que haber sido tan sincera. Pensó que ellas podrían entender…

Pero no.

—He oído cosas de las mujeres escocesas; de las mujeres de las Highlands. Sois más fuertes que nosotras, las *inglesas* —remarcó, mirando a Morag—, y seguro que vosotras podríais haber soportado ese dolor sin inmutaros, y haber cumplido con vuestro deber de esposa. Aunque, por lo que veo, lady Rosslyn, los castigos de vuestros hombres son más comedidos: os habéis recuperado maravillosamente bien. Yo tardaba casi una semana en poder levantarme de la cama cuando Arthur me reprendía.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó la aludida, con el rostro tan pálido y los labios tan temblorosos que Gillian temió haberse excedido en sus comentarios. Tal vez, a la dama le avergonzaba que todos supieran que el laird Niall MacGregor había tenido que aleccionarla tras esa discusión que tuvieron el día de su llegada.

—Disculpad —exclamó, poniéndose en pie, con las manos sujetándose el estómago. De pronto, se notaba muy revuelta—. No he debido… No es de mi incumbencia, lamento si os he molestado. Yo… lo siento mucho. —A continuación, Gillian trató de arreglar aquel desaguisado, porque, además, todas continuaban mirándola como si ella fuera una aberración—. Pero, debéis saber, todas vosotras, que, aunque nunca he sido una buena esposa, me he portado bien con Malcom. Y que, si en lugar de desposarme con Arthur me hubiera casado con él, no habría tenido motivos para reprenderme tan a menudo como lo hacía mi esposo…

—Basta, Gillian, deja de decir eso —susurró Erinn, con la voz rota.

La joven se levantó también de su silla y se acercó para envolverla en un sentido abrazo.

Gillian no entendía nada.

Notó que alguien tomaba su mano derecha y se la apretaba: Morag. Y, de pronto, se vio rodeada de todas ellas.

—Gillian, mi esposo no me ha castigado nunca —le dijo Rosslyn, cuando Erinn se apartó.

Ella sacudió la cabeza, confusa.

—Pero… yo lo vi el otro día, estaba muy enfadado cuando lo echasteis de la alcoba.

—Pues sí, estaba furioso —coincidió Rosslyn—. Lo que no significa que yo sea una mala esposa. Y tampoco que él tenga que reprenderme por ello. Fue, simplemente, una discusión de pareja.

—Todas discrepamos alguna vez de lo que piensan o dicen nuestros esposos —añadió Cait—, y puedo prometerte que a ninguna de nosotras se nos castiga por ello. No digo que no existan matrimonios en los que el hombre impone su voluntad a base de fuerza bruta, Gillian, pero no es el caso de esta familia.

—Y no es el caso de muchas parejas —intervino también Erinn—. ¿Sabes por qué? Porque se aman.

—Arthur me ama —musitó ella.

—No, cielo —habló también Lena, acariciándole el rostro con cariño—, no te ama. No te ha amado nunca, porque, si lo hubiera hecho, jamás te habría golpeado.

—No me extraña que el primo Malcom te haya traído aquí —dijo Morag, sin soltar su mano—. Tu esposo debe de ser el demonio. ¿Por qué te casaste con él?

Gillian lloraba bajo la atenta y compasiva mirada de todas aquellas mujeres. El horror que había visto en sus ojos no iba dirigido a su persona, sino al barón de Ravenshire. Ellas también pensaban que era un monstruo… gracias a Dios.

Se encogió de hombros ante la pregunta de Morag.

—No tuve opción. Me casé con él porque para eso me llevó a su fortaleza. Les pagó a mis padres una fortuna porque quería casarse conmigo, y desde aquel día he vivido con él, para él. Nunca salí de entre aquellos muros. Él me compró… y siempre fui suya.

Cait, la que peor cara le había puesto desde que la conoció, fue la que la abrazó esta vez.

—No solo mi hermano era un esclavo en Ravenshire. Tú también lo eras.

—No vas a volver con él. —Esa última frase había salido de los labios de Willow. Las mujeres se giraron hacia ella, sin saber cuánto había escuchado de aquella conversación—. Mi hijo ha arriesgado la vida por ti… ahora entiendo por qué. Y estoy más orgullosa de él que nunca. Tú no vas a volver con tu esposo, Gillian, me uno a la promesa que te ha hecho Malcom.

—Y yo —dijo Cait.

—Y yo —añadió Morag.

—Y todas nosotras —resumió Rosslyn, logrando que Gillian comprendiera, por primera vez en su vida, lo que significaba tener una familia.

CAPÍTULO 23

Las mujeres habían hecho un frente común. Los hombres escucharon la historia de Gillian durante la comida que se sirvió a continuación, olvidando del todo que aquello era una celebración por el regreso de Malcom.

Y, como era de suponer, se indignaron al conocer el trato que el barón de Ravenshire había dispensado a su esposa durante su matrimonio. Aunque eso no bastó para que ellos le ofrecieran su protección tal y como habían hecho las mujeres sin dudar.

—Creo que hablo en nombre de todos cuando digo que nos horroriza lo que habéis sufrido a manos de vuestro marido —dijo Niall, como anfitrión de la velada—, pero, por desgracia, la ley está de su lado. Si os reclama usando su poderosa influencia y recurre a vuestro rey, es probable que no podamos hacer nada para ayudaros, lady Gillian.

—Sí. Los enfrentamientos entre Inglaterra y Escocia ya están lo bastante tensos como para añadir este ultraje a uno de sus nobles —añadió Ewan—. Nos arriesgamos a que el ejército inglés se plante a las puertas de Meggernie, y el rey David no enviaría a sus tropas para defender a una esposa inglesa de su marido. Estaríamos solos.

—¡Pero nuestros clanes tienen su propio ejército! —protestó su hijo, indignado. No podía creer que los hombres que más admiraba en el mundo no quisieran defender a una joven de tamaña injusticia.

Su tío Malcom tomó la palabra.

—¿Arriesgarías la vida de toda nuestra gente por una sola persona?

Él sacudió la cabeza, incrédulo.

—Devolverla a su esposo está mal. ¿Acaso no me habéis enseñado que el honor, la justicia y la verdad son los pilares de un guerrero? ¿De verdad queréis entregarla de nuevo a un hombre que la compró, para que siga haciendo con ella lo que le plazca?

—Además —intervino Willow—, ese miserable ha tenido a nuestro hijo prisionero y lo ha rebajado a la condición de esclavo. ¿Habéis visto su espalda? ¡Tiene cicatrices por todo el cuerpo! No solo no deberíamos entregar a Gillian, sino que deberíamos enviar a nuestros hombres a Ravenshire y arrasar esa maldita fortaleza hasta la última piedra.

—¿Crees que yo no deseo venganza? —Ewan elevó la voz—. ¡Me hierve la sangre al conocer lo que mi hijo ha padecido a manos de los ingleses! Pero estamos en guerra y nos debemos a Escocia. No podemos saltarnos la autoridad del rey, porque no somos los únicos que han sufrido algo parecido. Muchos cayeron prisioneros en los distintos enfrentamientos, y otros muchos murieron… Nuestro ejército está mermado y hay que elegir muy bien las batallas que se libran. El rey David puede tomarse a mal que malgastemos recursos en una venganza personal.

Un espeso silencio flotó en el salón tras el sentido discurso de Ewan Campbell.

Parecía que se encontraban en una situación sin solución posible.

—Habrá que encontrar una manera —habló entonces Rosslyn—, porque me niego a que devolváis a lady Gillian.

—Escucha, mi ángel… —comenzó a decir su esposo, ante su tozudez.

—¡No! —La dama se puso en pie por la indignación que sentía y miró a los hombres uno a uno—. Yo podía haber acabado como ella —expuso con pasión—. Mi destino era casarme con James MacNab que, aun siendo escocés, era tan mezquino y miserable como lo es el esposo de Gillian. Solo puedo intuir lo que ha sufrido, porque yo estuve a un paso de padecer el mismo infierno, y es simplemente espeluznante. Tu sobrino Malcom está luchando por ella como tú luchaste por mí —ahora, se dirigía a su esposo—. Si no hubiera sido por ti, mi vida sería ahora muy distinta. Tú contaste con el apoyo de

toda tu familia, incluso sin el consentimiento del rey Bruce. ¿Por qué no podemos ayudarlos a ellos?

El interpelado suspiró con cansancio. Era evidente que le costaba permanecer del lado de la sensatez en la que se escudaban los hombres.

—Lamento profundamente lo que voy a decir, lady Gillian, pero lo que relata mi esposa y vuestra situación son dos casos distintos.

—¿Porque soy inglesa? —preguntó ella, con dolor.

Niall asintió.

—Y porque Rosslyn no llegó a casarse con MacNab, mientras que vos estáis unida a ese hombre por la ley de Dios y de la Iglesia. La razón no está de nuestro lado, aunque el corazón nos grite que es una atrocidad no defenderos.

—¿Por qué no esperamos a que llegue el reverendo? —preguntó Lena—. Eiden ha dicho que no estaba en la parroquia, que se encuentra en uno de sus viajes por el territorio, visitando a los fieles. Pero, en cuanto vuelva, podremos conocer su opinión en este asunto.

—¿Y qué va a poder aportar? —inquirió Malcom con pesimismo—. Mi tío acaba de decirlo muy claro: Gillian está atada al barón por la ley de la Iglesia, y el reverendo Callum es un hombre de Dios. No nos ayudará.

—Hijo, no te rindas —habló Willow, deshecha al verlo tan hundido.

—No voy a rendirme —contestó él, levantándose de la silla—. Pero tampoco os pondré a todos en peligro. Mañana, Gillian y yo nos marcharemos, huiremos a las montañas, al corazón de las Highlands. Para encontrarnos allí, el barón deberá recorrer toda Escocia, y dudo que lo haga estando en guerra.

—¡No! —gritaron varios miembros de la familia, poniéndose en pie al mismo tiempo.

—No puedes hacer eso, no puedes volver a desaparecer —le dijo su hermana Cait.

—Tía Rosslyn lo ha expresado mejor que yo: soy el único que luchará por ella. Le he hecho una promesa, y pienso cumplirla cueste lo que cueste.

—¡No!

Esta vez, la que había gritado había sido la propia Gillian. Malcom la miró, sorprendido. La joven seguía sentada en su silla, con los hombros hundidos y la cabeza gacha. Cuando la alzó, las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—No seré la ruina de tu familia… y no consentiré que vuelvas a separarte de tu gente. —Guardó silencio unos segundos, como si le costara un mundo terminar su alegato—: Te libero de tu promesa, Malcom Campbell.



«Pues no hay nada que no hiciera por vuestro amor, ni peligro ni vergüenza que no soportara».

La frase apareció en su cabeza cuando escuchó a Malcom decir que no se rendiría, que cumpliría con su promesa a toda costa. Gillian se sabía casi de memoria algunos fragmentos de las leyendas artúricas que su esposo le había leído noche tras noche, y aquellas palabras que volvieron a su mente eran las del caballero Lancelot, cuando hablaba de su amor por Ginebra.

Así se dio cuenta de que Malcom Campbell la amaba.

Y, con la siguiente cita que recordó de aquel libro, se dio cuenta de que ella también lo amaba con todo su corazón:

«El verdadero amor no busca recompensa. Se entrega, se calla y, si debe, se sacrifica».

No había nada que desease más en el mundo que pasar el resto de su vida junto a Malcom.

Pero debía sacrificarse, por él, por su familia.

Lo había observado en silencio mientras hablaba con su gente. El escocés había recuperado el brillo de su alma al reencontrarse con los suyos; se notaba que era allí donde debía estar, el lugar al que correspondía.

Y ella no sería la causa de su destierro voluntario.

Porque, además, que ambos huyeran juntos no garantizaba la seguridad de los habitantes de Meggernie ni de toda su familia. Arthur era vengativo y rencoroso. Y le importaba más bien poco obedecer las órdenes de su rey. Tenía el suficiente poder como para encontrar aliados y presentarse con un ejército a las puertas de aquella fortaleza. Él no tendría reparos en arrasar hasta la última piedra, como Willow había pretendido que hicieran ellos, por muchas represalias que el rey Eduardo pudiera llevar a cabo después.

Porque estaba obsesionado con ella.

Porque no iba a perdonar que hubiera huido con su amante y no pararía hasta terminar con la vida de Malcom. Seguro que ya se arrepentía de no haberle dado muerte en cuanto descubrió la traición. Se estaría dando de cabezazos por haber creído que lograría volver al punto en el que se encontraba con su esposa antes de la aparición del escocés.

Gillian jamás volvería a ser la misma, aunque se entregara a él de nuevo para proteger a esas personas que la rodeaban y que, con un doloroso latido de corazón, intuyó que podrían haberse convertido en la familia que jamás tuvo.

Nunca volvería a complacerlo con docilidad.

Nunca volvería a pensar que era una mala esposa. No después de todo lo que las mujeres escocesas —que, por cierto, no tenían bigotes y barba como siempre había escuchado; muy al contrario, eran hermosas e increíbles—, le habían contado.

Nunca volvería a culparse por la muerte de Felix.

Y, si no veía otra escapatoria cuando regresase a Ravenshire, se lanzaría desde lo alto de las almenas como tenía pensado, para reunirse con su hijo en el cielo y poder abrazarlo al fin.

—¿Qué has dicho?

La pregunta de Malcom la devolvió al momento presente, donde todos los ojos de aquellos escoceses estaban fijos en ella y la observaban con incredulidad. Le dolió que pensaran que era tan cobarde y tan pusilánime —tan inglesa, según su opinión—, que no se creyeran lo que acababa de proclamar.

—He dicho que regresaré a mi hogar, con Arthur, mi esposo. Quedas libre de tu promesa.

—¡No puedes hacer eso! —exclamó la jovencita Morag con pasión.

Gillian le sonrió con agradecimiento. Qué bonita era, por dentro y por fuera. Qué lástima que no pudiera entablar con ella una relación a largo plazo… Al igual que con el resto de aquellas fabulosas mujeres. Le habría gustado tenerlas como amigas, como hermanas.

—Sí puedo. Y, al liberar a Malcom, también vosotras quedáis libres de esa misma promesa. No debéis discutir más con vuestros esposos por mi culpa, no hará falta que me sigáis defendiendo. He tomado mi decisión. Y, ahora, si me disculpáis —Gillian se levantó por fin de su silla, con un gesto elegante y digno—, me retiraré a la alcoba que me habéis prestado con tanta amabilidad. Estoy muy cansada.

Caminó hacia la puerta del gran salón y Malcom salió corriendo tras ella. La detuvo cuando estaba casi en el umbral.

—¡Gillian, no puedes hablar en serio! ¡No puedes volver con él… te matará!

La joven esbozó una lenta sonrisa.

—Y será una liberación si lo hace.

Él tomó su mano con la intención de acercarse más, pero la joven lo rehuyó.

—Soy una mujer casada, Malcom, y tu familia nos observa. No debes mostrarme cariño.

—No es cariño lo que siento por ti, Gillian.

—«Quien ama de verdad, a veces debe empuñar la espada... y otras, dejarla caer» —citó en voz alta. Ahora cobraban sentido para ella todas esas palabras que habían salido de aquel odioso libro de Arthur—. Si lo que quieres decirme es que me amas, déjala caer, Malcom. Deja caer la espada…

Gillian lo esquivó después de aquello y continuó su camino. Las lágrimas se le acumularon en los ojos ante el gesto de absoluta desolación de Malcom. ¡Habría dado su vida por arrojarse a sus brazos en esos momentos!

Pero no entregaría la de él ni la de su familia.

No.

Después de entender lo que significaba el verdadero amor —había podido verlo al fin en aquellas parejas con las que había compartido breves momentos, había podido experimentarlo junto a Malcom—, sabía lo que tenía que hacer.

De nuevo, le sorprendió la sabiduría que había adquirido gracias a las lecturas de Arthur. Jamás quiso instruirla en nada, pero no se dio cuenta de que aquellas palabras que le recitaba se habían ido grabando en su interior y ahora, en el momento más crucial de su vida, aparecían ante ella para marcarle el camino:

«En las tierras de los caballeros, no hay mayor hazaña que renunciar a lo que más deseas... por quien más amas».

Ella estaba en las Highlands, una tierra donde los hombres le habían demostrado ser más honorables que la mayoría de los que había conocido. Gillian deseaba una vida feliz al lado de Malcom…

Y renunciaría a todo por él.

CAPÍTULO 24

Malcom se había encerrado también en su alcoba después de la huida de Gillian. Le dolía que la joven hubiera tomado esa decisión al ver que los hombres de su familia no los apoyaban abiertamente.

—Acabamos de recuperarte, Malcom —le había dicho su padre con voz grave, abatido—, no queremos perderte de nuevo. Como tampoco queremos mermar nuestras fuerzas aún más, ni enemistarnos con el rey.

Podía entender sus miedos. Todos habían sangrado en la guerra y habían perdido demasiados hombres.

Se había enterado de que el esposo de su hermana Erinn, Keir Murray, también había estado cautivo de los ingleses durante dos años, junto con Melyon, el lugarteniente de su padre. Aquel hombre, que lo quería como a un hijo, se había dejado capturar solo para buscarlo. Melyon había renunciado a su libertad por él…

¿Cómo podía, entonces, pedirles que volvieran a arriesgarlo todo?

Y, para su completa desesperación, Gillian tampoco había aceptado la idea de marcharse juntos de allí.

Cuando rechazó su ofrecimiento, en la puerta del salón, sus preciosos ojos verdes habían perdido el leve destello de esperanza que los iluminaba cuando él estaba cerca. Lo miraron entonces llenos de algo más profundo, más devastador.

Una decisión resignada. Dolorosa.

Y él lo sintió dentro. Como si una vidriera invisible se resquebrajara en su pecho: la fantasía de una vida juntos acababa de romperse, con una herida limpia y profunda.

«Si lo que quieres decirme es que me amas, déjala caer, Malcom. Deja caer la espada…».

Gillian había alzado la barbilla al decirle aquello, pero sin rastro de altivez en el gesto. Solo vio en ella coraje. Un coraje desesperado que los envolvió a ambos en un silencio denso, brutal.

¿Dejar caer la espada? ¿No luchar por ella?

La simple idea de rendirse lo paralizó. Lo dejó sin palabras. Porque sí, quería decirle que la amaba. Que se había enamorado de ella lentamente, casi sin darse cuenta… pero, una vez bebió de su esencia, ya no hubo marcha atrás.

La amaba por la fiereza de su espíritu, por esa luz suave que parecía envolverla incluso cuando el miedo la asolaba. La amaba por esa cualidad sublime que no sabía nombrar, pero que lo obligaba a buscarla con la mirada, una y otra vez, como si solo al verla pudiera estar completo.

Los ojos de Gillian no habían vacilado, aunque sabía que sus palabras lo destrozarían.

Había en ellos una súplica muda, una determinación inviolable.

Ella le había pedido que respetara su decisión… y lo había hecho, aunque no supiera qué hacer con el aluvión de emociones que lo incendiaban por dentro y lo arrasaban desde el pecho hasta la garganta.

La fuerza de su sacrificio lo dejó sin aire.

Y ahora estaba allí, a solas en su habitación, respirando gracias al licor que ingería frente al fuego, a pequeños sorbos, y que adormecía el dolor que le palpitaba bajo la piel, en lo más hondo.

Unos golpes en la puerta llamaron su atención. Su madre entró antes de que él diera su permiso y volvió a cerrar, dejando claro que necesitaba hablar con él a solas.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Willow, sentándose a su lado.

Malcom miró fijamente las llamas unos instantes antes de contestar.

—Como si todavía estuviera atado con cadenas a una pared, madre.

Ella tomó su mano y le acarició el dorso con cariño.

—Es una situación muy delicada, hijo mío. Nadie odia a los ingleses más que yo por lo que te han hecho y, a pesar de todo, me gustaría ayudar a Gillian. No solo por lo que significa para ti, pues es evidente que entre vosotros se ha generado una íntima complicidad, sino porque creo firmemente que ninguna mujer debe soportar el calvario que ella ha sufrido. Pero…

—Pero no la ayudarás. Como tampoco padre piensa ayudarla. Ni los tíos, ni nadie de esta familia…

—Nadie no —le dijo entonces ella—. Todavía te tiene a ti.

Malcom la miró con extrañeza.

—¿Qué pretendes que haga, madre? ¿Que la rapte y me la lleve lejos, en contra de su voluntad?

Willow apretó los dientes y una furia rebelde brilló en sus ojos azules antes de contestar.

—Si todos los intentos por hacer lo correcto fracasan, sí, Malcom, es lo que debes hacer.

—Antes, en el salón, no has apoyado mi idea de huir con ella —le echó en cara.

—No podía hablar en contra de la decisión de tu padre y mis hermanos; ellos son los jefes de los clanes. Aunque ya le he hecho saber que no estoy conforme, y creo que le ha quedado muy claro.

—¿Qué has hecho?

—Le he retirado la palabra. Y también te la retiraré a ti si no espabilas.

A veces, esa pequeña mujer lo sacaba de quicio. No entendía lo que quería de él.

—Madre, he intentado…

—¡No! No lo has intentado con ganas. Te has rendido sin más, y eso no es propio de ti. Llevas en tu sangre el fuego de la justicia y el honor: lo has heredado de tu padre.

—¿De padre? —Malcom soltó una amarga carcajada—. Ya lo has oído, se ha negado en redondo a movilizar a las tropas para hacerle frente al barón.

Willow le quitó el vaso de los dedos y bebió un largo trago antes de volver a hablar, bajo la atónita mirada de su hijo.

—Voy a contarte una historia de tu padre que no conoces —le susurró—. Sabes que, cuando llegué a Innis Chonnel, yo iba disfrazada de muchacho porque pensé que así tendría más posibilidades de sobrevivir tras el ataque a Meggernie.

—Sí, lo sé. Hemos escuchado esa aventura muchas veces.

—Pero, lo que no sabes, ni tú ni tus hermanas, es que tu padre se enamoró de mí sin estar seguro de que yo fuera una mujer —le dijo, con un tono confidencial, como si no deseara que esas palabras abandonaran jamás aquella habitación—. Y, cuando averiguó quién era yo, no lo proclamó a los cuatro vientos de inmediato. Sus enemigos querían arrebatarle el poder alegando que era indigno por haber puesto sus ojos y su deseo en la flacucha figura de un muchacho. Todos estaban en su contra. ¿Sabes lo que hizo entonces? Defendió nuestro amor frente al clan. Nadie iba a decirle a Ewan Campbell a quién podía o no podía amar. Se enfrentó a los ancianos del consejo porque no soportaba la injusticia de que se pusiera en duda su valía como laird por amar al joven Will… Así de fuerte es el sentido de la justicia y del honor que te ha legado tu padre.

Malcom estaba atónito. No podía imaginarse a Ewan, esa figura de autoridad que siempre había tenido como guía, fuerte y masculina, diciéndoles a todos que solo su corazón elegía a quién debía amar, y que se fueran al infierno si no lo aceptaban.

Aun así, conocer aquella historia no lo ayudaba en esos momentos.

—Padre defendió vuestro amor en aquel entonces, de acuerdo, ¿y qué? Ahora no está de mi lado, ni del lado de la justicia y el honor, como dices.

Willow suspiró y le dio otro trago a la bebida.

—En aquella ocasión, tu padre solo se ponía en peligro a sí mismo. No arrastraba a nadie más con él, salvo, quizás, a mí. Su decisión no ponía en peligro la vida de los miembros del clan, Malcom, así que no lo juzgues tan duramente ahora. Si se posiciona del lado de Gillian, estará arriesgando algo que no es tan solo suyo.

Malcom se exasperó.

—Entonces, ¿a qué viene todo este discurso, madre? Él no cambiará de opinión…

—¡Claro que no! ¡El que tiene que cambiar eres tú! ¿No me has oído antes? ¡Te has rendido muy fácilmente! —Willow se levantó, se acercó y le tomó el rostro entre sus manos—. Mañana llegará el reverendo Callum, y le pediremos ayuda y consejo. Y tienes hasta entonces para pensar bien en lo que dirás, porque debes convencerlos, Malcom. Gillian solo te tiene a ti y no puedes fallarle. Debes convencer a los guerreros de que tu causa es también su causa, aunque la dama sea inglesa.

Los ojos del joven se hundieron en la desesperación bajo la atenta y exigente mirada de su madre.

—¿Cómo van a defender la causa de una inglesa? Lo que me pides es imposible…

Willow chasqueó la lengua con pesar.

—Si de verdad lo crees, tal vez tu amor por ella no es tan fuerte y tenías razón al decirme cómo te sentías: después de todo, no has logrado deshacerte de las cadenas, hijo mío. Continúas prisionero, pero, en esta ocasión, nadie salvo tú puede liberarte.

Después de aquello, su madre le dio un beso en la frente y abandonó la alcoba, dejándolo sumido en un inquietante y culpable silencio.

CAPÍTULO 25

Horas más tarde, envalentonado por todo lo que había bebido, Malcom abandonó su alcoba y caminó entre las sombras de los corredores de Meggernie, hasta los aposentos donde sus tíos habían alojado a Gillian.

No llamó a la puerta; entró y se encontró a la joven inglesa sentada frente al fuego del hogar. Ella no bebía como había estado haciendo él. Permanecía muy quieta, envuelta en un manto de los MacGregor que, seguramente, su tía Rosslyn le habría dado para que se abrigara, con los ojos fijos en las llamas.

—Gillian —fue lo único que dijo, para advertirle de su presencia.

Ella no se mostró sorprendida ni se sobresaltó al escucharlo. Ni siquiera lo miró cuando comenzó a hablar, como si tenerlo allí, en su alcoba, a altas horas de la noche, fuera lo más natural del mundo.

—Nunca me planteé que mi vida pudiera ser distinta. Lo único que lamenté siempre fue que Arthur me alejara de mi familia, pero jamás pensé que un matrimonio pudiera ser otra cosa. Nadie me explicó nada; nadie me dijo que un esposo no tenía que ser cruel necesariamente. Nadie me dijo que yo merecía más, que un hombre que te golpea cuando lo contrarías no te quiere de verdad. Hasta hoy. Hasta que las mujeres de tu familia se han horrorizado con mi historia.

—Ellas han tenido la suerte de encontrar al amor de su vida —susurró Malcom—. Y, aunque nadie te dijera antes esas cosas, tú supiste ver que había otra vida esperándote. Por eso me buscaste, Gillian. Para que te ayudara a encontrar ese otro camino.

La joven negó con la cabeza. Aún no lo había mirado, como si sus ojos estuvieran prisioneros de las llamas igual que ella lo había estado del barón de Ravenshire.

—No, Malcom. Mi único propósito era escapar, asumiendo en todo momento que era una mala esposa por desearlo con tanto fervor. Estaba dispuesta a vivir con la carga de mis culpas, siempre y cuando terminara esa pesadilla. Jamás se me pasó por la cabeza que yo no era culpable de nada… ni siquiera de la muerte de mi pequeño Felix. ¿Sabes lo que es sobrevivir a un hijo, creyendo que se fue al cielo porque no fuiste lo bastante fuerte para soportar lo que considerabas tu deber? —Gillian suspiró y al fin lo miró, con los ojos cuajados de lágrimas—. Solo quería escapar, Malcom, y te utilicé para ello. Jamás quise ponerte en la situación en la que te encuentras ahora, enfrentado a tu familia por mi causa.

Malcom se acercó a ella y se acuclilló a su lado. Le puso una mano en la rodilla y con la otra limpió sus lágrimas.

—¿Me amas? —le preguntó.

—Siento calor aquí dentro cuando me miras así —le dijo, tocándose en el centro del pecho—. Siento deseos de tocarte y de besarte en momentos inoportunos. Sonrío cuando imagino mi vida a tu lado, sin miedos, sin angustia, sin dolor. Noto paz cuando estás cerca, como si el refugio de tus brazos fuera mi verdadero hogar, el lugar donde puedo ser yo misma. ¿Es eso amor? Porque si lo es, sí, Malcom Campbell, te amo con todo mi corazón…

—Gillian… —musitó él, con voz ronca por la emoción.

—…y por eso no me harás cambiar de opinión —terminó, fulminante—. Sé que has venido a eso, pero ya te lo dije antes: mi decisión está tomada. Ante los ojos de Dios, Arthur es mi esposo, y me debo a él. Tu familia lo sabe, y ni tú ni yo podemos hacer nada en contra de lo que dicta ese poder superior.

Malcom se incorporó y la ayudó a levantarse, tirando de su mano con ternura. Luego, le enmarcó el rostro con las manos con delicadeza y sus ojos se fundieron en una sola mirada.

—Aunque sea un pecado —le confesó con voz ronca—, te amo más a ti que a nuestro Dios.

Gillian contuvo el aliento y abrió mucho los ojos ante su declaración.

—*El mayor pecado del caballero no fue amar a la reina, sino amarla más que a Dios*.

—¿Qué…?

—Es lo que dice el libro de las leyendas artúricas acerca del caballero Lancelot. ¿Tú también has leído la historia?

Malcom negó lentamente, sin apartar la vista de ella.

—No. Y me es indiferente lo que diga ese maldito libro, porque lo único que me importa es nuestra propia historia, Gillian. La tuya y la mía. Esto no es una fantasía ni una leyenda. Es real, es nuestra vida. Y deberíamos ser nosotros los que elijamos cómo vivirla.

Ella cerró los ojos un instante, conmovida por la ilusión que palpitó un solo segundo en su interior.

—Si el mundo fuera más justo, tal vez —susurró—. Pero no lo es. No hay nada que puedas hacer.

—Te equivocas —replicó él, con una pasión que quemaba—. ¿Por qué me buscaste a mí para que te ayudara? ¿Por qué a un escocés?

—Ágador me habló de los highlanders. Él mismo llevaba sangre de los clanes en sus venas. Me habló de su fiereza, de su espíritu indomable…

—¿De su honor? ¿De la fuerza de su palabra?

—No lo recuerdo. Solo buscaba a alguien que no tuviera tanto miedo como yo, Malcom.

—Pues debió hablarte también de ello, porque creo que hay algo que aún no has comprendido: la promesa de un highlander no es una fórmula vacía, Gillian. Es tan sagrada como el altar donde pronunciaste tus votos matrimoniales y tan inquebrantable como las montañas de esta tierra. Mi promesa está muy viva, y pienso cumplirla. Si no lo hiciera, no solo te estaría traicionando a ti, sino a mí mismo. Mi promesa va ligada a mi identidad y a mi honor, porque es un acto de valor y de pertenencia. Mi corazón te pertenece, ahora y siempre. Mi vida es tuya.

Fue entonces, después de aquel discurso de entrega absoluta, cuando Malcom la besó.

En el momento en que sus labios se tocaron, todo lo demás dejó de tener sentido. No hubo premura ni duda en el gesto, solo un ardor contenido que por fin encontró salida. El tiempo pareció detenerse y las preocupaciones, el deber y el miedo se desvanecieron como por encanto porque estaban el uno en brazos del otro. No había nada en el mundo más fuerte que la emoción que los embargaba.

Y, tras el roce tibio de su aliento y el cálido sentimiento que nacía de lo más profundo, surgió, inevitable, el deseo más ardiente.

Las palabras se volvieron innecesarias y cayó la barrera que los había separado desde que llegaron a Meggernie.

Gillian enredó los dedos en su cabello, aferrándose a él como si ese momento de felicidad pudiera desaparecer de un momento a otro. Y Malcom, embriagado por sus encantos, la apretó contra sí en un abrazo dulce y al tiempo feroz, posesivo, en un mudo y poderoso reclamo.

Sus manos se deslizaron desde sus mejillas hasta sus hombros, en una caricia abrasadora, y la despojaron de la túnica que cubría su camisón. Gillian tembló entre sus brazos y él notó el calor de su piel y la turgencia de sus senos contra su pecho. Era deliciosa. Cuando hundió la cara en el hueco de su cuello y aspiró su aroma, se volvió loco. No pudo contener sus impulsos, había bebido demasiado, y rasgó la tela que la cubría, devorado por un ansia salvaje.

Gillian jadeó y lo miró con los ojos verdes nublados de deseo.

Volvió a él enseguida, lanzándose contra sus labios como si solo pudiera respirar a través de su boca.

Malcom acarició las incitantes curvas de su desnudez olvidando que debía ser dulce con ella. Gillian no se quejó; consumida por la misma fiebre, lo alentó con besos exigentes y tirones de pelo. En ese momento, ninguno de los dos quería ternura. Eran pura desesperación, como si necesitaran fundirse en un solo ser para sentirse vivos, plenos, completos.

Las manos de Gillian no permanecieron ociosas; también lo desnudaron. Sus dedos lo acariciaban paseándose por su pecho, resiguiendo las líneas de las cicatrices que lo marcaban. Y, tras sus dedos, sus labios tomaron el relevo con osadía.

Malcom creyó que explotaría de puro gozo cuando su dulce lengua lamió sus pezones y, después, fue depositando besos ardientes por su torso, por sus hombros, por su cuello y su mentón. Porque, además, la pequeña mano de la joven lo buscó ahí abajo y lo acarició con descaro, convirtiendo su sangre en auténtica lava caliente.

—Gillian… amor mío —murmuró contra sus labios, antes de besarla con urgencia.

La alzó en brazos y la llevó hasta la cama. Allí, él le devolvió las caricias, dándose un festín con sus pechos mientras su mano se perdía entre sus piernas y sus dedos rozaban su intimidad con delicadeza e insistencia. Los gemidos ahogados de la joven lo enloquecían; su olor, más intenso ahora que se había elevado la temperatura de su cuerpo, lo aturdía y lo envolvía en esa espiral de deseo que no paraba de crecer…

—Sí… ¡Sí! —gritó ella de pronto, temblando entre sus brazos.

Lo abrazó con fuerza y buscó su boca, perdiéndose en aquel beso frenético que terminó de elevarla al placer más exquisito.

Luego, pareció desmadejarse sobre el colchón… aunque él no pensaba dejarla descansar.

Tenía los dedos cubiertos con su tibia humedad y quiso sentirla, dejarse envolver por ella, hundirse en aquel tierno cuerpo y que volviera a cobrar vida para él, con él.

Malcom se situó entre sus piernas separándole los muslos con sus rodillas. Ella tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos, jadeantes.

—Mírame, Gillian —le pidió con voz rasposa.

Apretaba los dientes para no dejarse llevar como un loco. No solo por la cortesía que le debía a la dama, sino porque quería alargar ese momento todo lo posible. Era demasiado placentero contemplarla así, desnuda, abierta para él, entregada al deseo sin ningún pudor.

La mirada verdosa de Gillian pareció invitarlo, aunque permaneció muy quieta, a la expectativa.

Malcom la penetró muy despacio, sin quitarle la vista de encima, absorbiendo cada sensación, cada gesto extasiado, cada gemido que

se derramaba sobre las sábanas revueltas. Era una delirante tortura, tan placentera que deseó que no terminara nunca. Su sexo palpitó dentro de ella cuando la invadió por completo y se quedó muy quieto, saboreando el instante, sintiéndose el hombre más privilegiado del mundo.

Porque estaba con ella.

Y jamás había experimentado nada igual al hacerle el amor a otras mujeres.

Solo Gillian conseguía convertir un acto puramente físico y terrenal en algo espiritual, casi divino.

Le acarició el tentador labio inferior con su pulgar con la intención de dedicarle alguna palabra de amor, pero ella dinamitó cualquier intención romántica cuando sacó su lengua y lamió su dedo al tiempo que se arqueaba contra él.

Todo rastro de cordura voló por los aires.

Malcom gruñó cuando las piernas de Gillian lo rodearon y sus pies empujaron contra su trasero para que se moviera.

¡Al infierno su contención! La poseyó con fiereza, respondiendo con entusiasmo a las ganas que ella demostraba. Gillian lo apretaba tan íntimamente que pensó que ambos terminarían consumidos por las llamas. Lo enloqueció. Se hundía en ella una y otra vez, exigente y posesivo, mientras la besaba y lamía su lengua, jugaba con ella y mordía sus labios.

—¡Gillian!

Gritó su nombre cuando el orgasmo explotó en su interior como un mar embravecido. Y las olas de esa tormenta desatada arrasaron con todo, nublándole los sentidos por el intenso y más puro placer que jamás había experimentado.

Se dejó caer sobre su cuerpo, sin aliento, con el corazón en la garganta.

Descubrió que el de ella le asomaba a los ojos cuando alzó la cabeza y lo miró.

—Te amo —fue todo lo que dijo.

Y fue suficiente para que Malcom encontrara, al fin, ese camino que su madre le había pedido que encontrara.

CAPÍTULO 26



Gillian despertó sola en la cama de su alcoba con un sentimiento de paz inundándole el pecho. Aunque la dulce sensación la abandonó en cuanto el sopor del duermevela se desvaneció.

Se incorporó y miró a su alrededor: no había rastro de Malcom. Sin embargo, todavía notaba la piel estremecida por la increíble noche que le había regalado.

No había sido un sueño.

Y, seguramente, él había regresado a sus aposentos para no comprometer aún más su situación.

Se levantó y se aseó como pudo en el aguamanil, pasándose un paño húmedo por todo el cuerpo. Luego se vistió y se peinó el largo cabello castaño en su habitual trenza. No podía esperar para verlo otra vez…

La amaba.

Realmente la amaba.

Y ella a él.

Aquel era un sentimiento tan poderoso que se convenció de que todo iba a salir bien. Aunque no sabía cómo.

Salió de la alcoba y se dirigió al gran salón. Con toda la gente que se alojaba en esos momentos en la fortaleza, estaba segura de que encontraría a alguien ya levantado, a pesar de la hora tan temprana.

No se equivocó. Varios miembros de la familia, incluido Malcom, estaban ya sentados a la larga mesa, debatiendo acaloradamente a la vez que desayunaban.

Sabía por qué discutían: por ella.

—Buen día, Gillian —le dijo Rosslyn en cuanto se percató de su presencia—. Ven con nosotros y come algo. Ayer te retiraste muy pronto y no cenaste, debes de estar hambrienta.

Lo estaba. Se llevó una mano al estómago al notar, justo en ese instante, el vacío interior. El olor del pan recién horneado y de la avena caliente hizo que el apetito se manifestara con súbita intensidad.

Sin embargo, antes de acercarse, tuvo la necesidad de disculparse con aquellas personas que la habían acogido en su hogar.

—Siento causar tantas molestias —dijo, paseando la mirada por los rostros que la rodeaban—. Lo último que deseaba era provocar disputas entre vosotros. Malcom me ha contado cosas sobre su familia y sé lo importante que es el lazo que os une.

—Tú no eres ninguna molestia, Gillian —Malcom se levantó y la llamó con el brazo extendido y una cálida sonrisa—. Ven, siéntate a mi lado, por favor.

Ella obedeció, aunque lo hizo con cierta timidez, abrumada al ser el centro de atención. Mientras se acercaba, reparó en un rostro que no vio el día anterior. Entre los presentes se encontraba un sacerdote joven, desconocido para ella. No era como el padre Clemente, su confesor habitual en Ravenshire, de edad avanzada y rostro severo. Este, en cambio, tenía las mejillas enrojecidas por el viento frío de las Highlands, una mata de cabello pelirrojo, brillante y rizado, y unos ojos marrones ligeramente saltones, que ahora la observaban con la misma curiosidad que sentía ella.

—Este buen hombre es el reverendo Callum MacRae —le presentó el tío Niall MacGregor—. Regenta la capilla de Meggernie.

—Ha venido a petición nuestra, Gillian —añadió Willow—, y le hemos hablado de ti.

—Así es —dijo el reverendo Callum, con sus ojos fijos en ella y los labios apenas curvados, sin llegar a una sonrisa—. Pero desearía, si no tenéis inconveniente, hablar con vos a solas.

—¿Deseáis que me confiese? —preguntó ella, sintiendo que el bochorno le coloreaba la piel del rostro. Acumulaba demasiados

pecados en su corazón, pero lo cierto era que no se arrepentía de ninguno.

El reverendo levantó las manos con un gesto conciliador.

—Si queréis confesaros, no tengo inconveniente en escuchar. Aunque yo me refería más bien a una conversación amigable, para que pueda hacerme una idea de vuestra situación.

Ella lo miró, algo desconcertada y temerosa, pero asintió.

—Por supuesto. —Miró a la familia—. Si me disculpáis…

—No —la interrumpió Malcom, apoyando la mano en su espalda y retirando la silla para que pudiera acomodarse a su lado—, primero, debes comer algo. Después de lo de anoche, estarás sin fuerzas…

Gillian contuvo el aliento. ¿Había perdido la cabeza? Observó cómo sus ojos destellaron, ardientes y cómplices, antes de aclarar en voz alta para que todos lo escucharan:

—Te retiraste tan temprano que no cenaste, como ha señalado mi tía.

Si sus mejillas ya estaban coloreadas, ahora el rubor se extendió hasta su cuello.

Lo fulminó con la mirada mientras tomaba asiento, mortificada. ¡Qué descarado! Enseguida, tuvo que contener una sonrisa al darse cuenta de que él era capaz de bromear en un momento como aquel, demostrando una faceta de su carácter que hasta ese momento no había manifestado.

—¿Qué te apetece, *mi señora*? —le preguntó en un susurro.

Gillian abrió la boca.

—¿Ahora? ¿De verdad?

—No me parecía adecuado llamarte *arpía* delante de mi familia —musitó él con disimulo, inclinándose hacia ella mientras le servía algunas lonchas de jamón en su plato.

—Pareces de buen humor esta mañana.

Los ojos de Malcom, azules como dos lagos profundos, destellaron con una calidez que le pellizcó el corazón.

—Por primera vez, creo que es posible, Gillian.

—Sigo casada con Arthur —le recordó con tristeza.

No quería deshacer la burbuja en la que parecía flotar el guerrero, pero, aunque la noche hubiera sido más que satisfactoria

para los dos, los problemas seguían ahí, agazapados para saltar sobre sus yugulares en cuanto se descuidaran.

Malcom hizo el amago de tomar su mano, pero ella la retiró. Estaban frente a toda su familia y al reverendo Callum.

—De acuerdo —se resignó él—. Pero come algo, por favor.

Siguió llenando su plato y le puso, además, un cuenco de gachas con miel delante. Sus movimientos eran pausados y gentiles. Arthur jamás la había atendido de esa manera, y nunca se había preocupado por si comía o no comía.

Gillian lo observó con ojos enamorados, sin darse cuenta de que aquella mirada era mucho más reveladora que el gesto de unir sus manos, y que todos los presentes se percataron del secreto a voces que compartían.

Logró ingerir algunos alimentos, a pesar de que la angustia se le había anudado en el estómago. Al dar por finalizado el desayuno, Malcom ya no puso impedimento en que se retirara con el reverendo para mantener aquella charla.

Los ojos saltones de aquel hombre no la incomodaban como los del padre Clemente, pero de todos modos la ponían nerviosa. Parecía poder leerle la mente por la manera en la que inclinaba apenas la cabeza y la observaba, muy interesado.

—Decidme, lady Gillian, ¿cuánto tiempo lleváis casada con lord Arthur Norton?

Ante aquella pregunta, toda su existencia pasó ante sus ojos en unos segundos. El día que abandonó su hogar, el día de la boda, las noches de dolor y de pena, los días de miedo y de angustia al lado de aquel hombre…

—Me desposó cuando cumplí los doce años; aunque, si os soy sincera, tengo la sensación de que llevo toda la vida con él. Son pocos los recuerdos que conservo de mi familia y de mis días antes de que él llegara.

—Fuisteis, sin duda, una novia precoz. Y es evidente, puesto que estáis aquí y no en Ravenshire, que no erais feliz en vuestro matrimonio. ¿Cuándo empezasteis a sentiros desdichada?

Gillian parpadeó. Se habían retirado al despacho del anfitrión, Niall MacGregor, y se hallaban sentados uno frente al otro, junto al

enorme escritorio. Así, el reverendo pudo ver cómo ella se retorcía las manos sobre el regazo buscando una respuesta.

—¿Y bien? —la animó con suavidad, porque lo último que quería era presionarla.

—Es complicado explicarlo, reverendo. Porque he sido infeliz siempre. Quiero decir, que no hubo un momento en el que pasara de la felicidad a la desdicha, salvo, tal vez, el día en que me llevó por primera vez a Ravenshire y me explicó que no volvería a ver a mis padres y a mis hermanos.

—¿Nunca habéis sido feliz a su lado? —se escandalizó el reverendo—. ¿Ni siquiera el día de la boda? Debió de ser muy halagador para una mujer de origen humilde que un gran señor como él, un barón, se fijara en vos y os colmara de atenciones.

Ella torció el gesto al escucharlo.

—¿Una mujer? Yo tenía ocho años cuando me apartó de mi familia. —Los ojos de Callum, ya de por sí saltones, se abrieron de tal manera que parecían a punto de salírsele de las órbitas—. Él me daba mucho miedo, y habría cambiado todas sus atenciones y sus regalos por un solo día junto a mi familia, cenando la mísera sopa que mi madre servía en las cenas, rodeada por mis hermanos, junto al fuego de nuestra cabaña.

El reverendo Callum se inclinó hacia delante y le tomó las temblorosas manos entre las suyas.

—¿No recordáis ni un instante de dicha?

Gillian tragó saliva y desvió la vista, con la mirada perdida en el pasado.

—Sí. Cuando supe que tendría un hijo, fui feliz. Y mientras crecía en mi vientre, fui feliz en algunos momentos: cuando me imaginaba con el bebé entre mis brazos. Pero también tuve mucho miedo, porque sabía que ese niño tendría un padre que lo castigaría y lo reprendería con la misma dureza que a mí. Y eso me causaba un sufrimiento prematuro. A veces…

Se le quebró la voz y rompió a llorar. El reverendo le apretó las manos para ofrecerle su apoyo.

—A veces… ¿qué?

—Padre, es horrible lo que voy a decir.

—Dilo de todas maneras, hija mía, que yo no he de juzgarte —le habló con cercanía, para que entendiera que estaba de su lado—. Solo Dios nos juzgará a todos cuando llegue nuestro momento.

Gillian asintió, muy despacio.

—A veces, respiraba con alivio al saber que Felix había escapado de él —dijo en voz muy baja, llena de remordimiento—, a pesar de lo destrozada que me dejó su pérdida.

El reverendo guardó silencio unos segundos antes de replicar.

—Lo entiendo. Si te ves con fuerza, me gustaría que me hablases de cómo te trataba. Te prometo que nada de lo que me digas saldrá de esta habitación. Puedes desahogarte, sabré escucharte, hija mía.

Ella sintió cómo la compasión se derramaba alrededor de aquel hombre a través de sus palabras. Le infundió confianza y, al mirarlo, encontró bondad en el fondo de sus ojos castaños. Tal vez por eso comenzó a hablar, mientras las lágrimas caían silenciosas por su rostro.

Le habló de una niña aterrada que no sabía lo que era un hombre, un marido, aunque terminó aprendiéndolo de la peor de las maneras. Le habló de las noches enteras de llanto; del miedo a defraudar al esposo, a enfurecerlo; de la vergüenza que sentía cada vez que la golpeaba y le echaba en cara que no era una buena esposa; de las náuseas que se apoderaban de ella cuando Arthur le leía por las noches su libro de leyendas artúricas, porque sabía lo que venía después, cuando él se emocionaba y la llamaba su pequeña Morgana…

El reverendo Callum la escuchó sin interrumpir y, cuando Gillian se vació por completo, volvió a apretarle las manos para recordarle que estaba allí con ella, que no estaba sola.

—Por desgracia, tu relato no es un caso aislado. He confesado a mujeres que padecen ese maltrato en sus matrimonios, y nada hay que podamos hacer, pues el hombre tiene sus derechos como esposo. Aunque… —se quedó callado unos momentos, rascándose la cabeza. Luego, la miró con renovado interés—. Gillian, me has dicho que él te prohibió ver a tu familia cuando te llevó a Ravenshire, ¿verdad?

—Así es.

—Entonces, ¿tus padres no estuvieron presentes en la boda? ¿Nadie de tu familia?

—No. Nadie.

—Y tú no te casaste enamorada, ni lo querías.

Gillian apretó la mandíbula con fiereza antes de responder.

—Nunca lo he querido.

Algo brilló en el fondo de aquellos ojos saltones y se puso en pie con urgencia.

—No sé si servirá… —murmuró, más para él que para ella—, debo consultar los archivos del arzobispado. Vamos, vamos… regresemos con los demás. He de partir de inmediato a St. Andrews, tengo que comprobar una cosa.

—¿De qué estáis hablando, padre?

—Te lo diré cuando esté seguro, hija mía —fue su escueta respuesta, que la dejó muy intrigada.



Al regresar al gran salón, Gillian encontró a Malcom en el centro de la estancia, de pie frente a su familia, hablándoles con una vehemencia que le hizo revivir, como un latido profundo, la noche que había pasado entre sus brazos.

Con las mejillas encendidas, se acercó a la mesa y tomó asiento, cautivada por la fuerza de su discurso.

—Desde niño me enseñasteis que nuestro honor y nuestra palabra no son meras ideas: son parte de nuestra identidad. Y, como os dije, le hice una promesa a esta mujer —Malcom la señaló, sin apartar la mirada—. No me avergüenza admitir que despertó en mí sentimientos que jamás había conocido… pero no fue solo el corazón lo que me impulsó a protegerla. Su vida era un infierno. Nunca ha tenido una verdadera oportunidad, y yo… yo quise dársela.

Hizo una pausa breve, con la voz vibrante de emoción.

—Os lo pido ahora, como hijo, como hermano, como parte de esta familia: apoyadme. Esta promesa ya no es solo mía; atañe a mi

clan, a mi sangre, a todos nosotros.

Miró entonces a su cuñado Keir, y con un leve gesto de cabeza le ofreció una disculpa anticipada por lo que iba a decir a continuación:

—Cuando Cait selló aquel pacto de sangre con el laird de los Murray, ninguno deseaba realmente esa unión. Y, sin embargo, nadie osó impedirla. Porque entre nosotros, una promesa es sagrada. No se rompe. No se olvida. Y no se teme. Es el lazo que nos define, el código que nos guía.

Alzó la voz en un tono firme, casi solemne.

—Somos highlanders. Nuestra palabra es nuestra espada. Nuestro honor, el escudo que heredamos y que legaremos a las futuras generaciones. Y mientras respiremos, lucharemos por defenderlo. Eso es lo que me habéis transmitido siempre…

Miró entonces a su tío Niall.

—Defender a una dama de un hombre que la maltrata y que abusa de ella es lo correcto.

Sus ojos pasaron luego al rostro de su tío Malcom.

—Ninguno de vosotros hubierais permanecido impasibles ante tamaña injusticia.

Y, por último, su mirada se detuvo en el rostro serio de su padre.

—Sé que os pido mucho, sé que ella es inglesa, pero nadie puede decirme a quién puedo o no puedo amar. Y, si vosotros no me ayudáis, me enfrentaré a lord Arthur Norton yo solo.

Los hombres se miraron unos a otros. El primero en levantarse fue su primo Niall.

—No estás solo. Sé que tenía que haberte dado mi apoyo desde el principio, y siento haber tardado tanto, pero tienes razón… Tu promesa es mi promesa también. Estaré a tu lado, pase lo que pase.

Su padre fue el siguiente en hablar.

—Un discurso muy acertado, hijo, recordándonos lo que verdaderamente importa. Tienes mi apoyo y el de todo tu clan, no lo dudes. Y no lo digo solo para que tu madre vuelva a dirigirme la palabra —en este punto, miró de reojo a Willow, que no se molestó en disimular el considerable enfado con su esposo—. Jamás te dejaría solo. Si proteger a Gillian pese a todo es tu decisión, estaremos a tu lado.

—Meggernie ya ha resistido muchos ataques en el pasado. Podrá con uno más, si llega el caso —le aseguró su tío Niall.

El único que no había dicho nada todavía fue su tío Malcom, pero, cuando lo miró, el guerrero hizo un gesto afirmativo con la cabeza, conforme.

Y no hizo falta más.

CAPÍTULO 27



Gillian era consciente de que sus sentimientos no tenían ninguna lógica. Claro que, por definición, el corazón se guiaba por causas distintas a lo puramente razonable.

En la semana que siguió a la reunión familiar, en la que se decidió que Malcom y ella merecían una oportunidad, experimentó un atisbo de la vida que siempre había deseado. Disfrutó de la amistad de las mujeres: se sintió cuidada por las mayores y se ganó la complicidad de las hermanas y la prima de Malcom. Los hombres, por su parte, eran amables con ella a pesar del tenso ambiente que se respiraba. Y Malcom…

Malcom se había convertido en el centro de su existencia.

Su corazón se aceleraba cada vez que lo veía aparecer. No podía quitarle los ojos de encima. Se llenaba con su imagen, tan distinta a la de Arthur, tan viril, tan atractiva, y esperaba con el aliento contenido a que él también la buscara a ella, para asegurarse de que el sentimiento que ardía en su pecho era correspondido. Necesitaba esa seguridad. Necesitaba aferrarse a esa ilusión que temía perder si osaba parpadear, o si alguien la despertaba de aquel sueño explicándole lo que ya sabía y había enterrado muy dentro de su ser: que todo podía terminar de un momento a otro, y no precisamente como ella deseaba.

Pero Malcom, por suerte, mantenía viva la esperanza. La correspondía… ¡vaya si la correspondía! Gillian jamás se había sentido tan querida, tan preciada. Ni todos los regalos de Arthur podían competir con el calor que encontraba en los ojos de Malcom cuando la miraba. Sus gestos de cariño la tenían completamente

atontada. Era delicado con ella cuando estaban en presencia de los demás miembros de la familia, la cuidaba, se interesaba por su bienestar, la atendía cuando se sentaban a comer y se preocupaba de que su plato siempre estuviera lleno. Nunca iba más allá de las miradas o los roces casuales cuando estaban rodeados de otras personas, pero, por las noches, la visitaba en su alcoba y compartían momentos que Gillian atesoraba, temiendo que no volvieran a repetirse.

Tal vez por eso eran tan intensos.

Tal vez por eso sentía que su amor por aquel hombre era más grande cada día, y su apego a esa nueva familia que había encontrado se hacía más y más fuerte con el paso del tiempo.

De ahí que, cuando se paraba a analizarlo, no le encontrara ninguna lógica.

Porque debería estar muerta de miedo. Debería estar preocupada y nerviosa ante la inminente llegada de Arthur a Meggernie para reclamarla. Debería ser desdichada ante la perspectiva de que el barón de Ravenshire utilizara su influencia y el poder que tenía sobre su persona para devolverla al lugar que le correspondía legalmente.

Y, aunque la sombra de esas emociones no la abandonaba, la felicidad que notaba corriendo por sus venas eclipsaba a todo lo demás.

Malcom y ella se habían permitido incluso el lujo de hablar sobre un futuro juntos, sin verbalizar de qué manera conseguirían liberarla de su matrimonio, pero convencidos de que podrían desposarse cuando todo se resolviera.

—Yo no podré darte hijos —le había confesado ella, con tristeza ausente de miedo, convencida de que él sabría comprenderlo.

Malcom la había abrazado con más fuerza, desnudos en su cama, y había besado su sien con un amor infinito.

—Si no tenemos hijos, hay niños en este mundo que no tienen padres —le había respondido—. Mi cuñado Duncan MacLaren es huérfano y, de niño, encontró una familia que lo cuidó y lo amó, ayudándolo a convertirse en el hombre que es hoy. Nosotros haremos lo mismo por otros niños que lo necesiten, si tú quieres.

Formaremos una familia de la que estaremos muy orgullosos, y en la que todos sus miembros tengan el cariño que se merecen.

¿Cómo no iba a amar a ese hombre? Sus ojos se habían llenado de lágrimas al escucharlo, no solo porque la quisiera a pesar de no poder darle hijos propios, sino porque ella misma se había sentido huérfana desde que la separaron de su familia, y entendía esa imagen de familia que describía Malcom. Incluso aunque llegara a quedar embarazada en un futuro por algún milagro, sería feliz si adoptaran a otros niños para criarlos como propios.

—¿Crees que lo conseguiremos? —le había preguntado ella, una de aquellas noches, tras haberse amado con desesperación.

El reverendo Callum MacRae había partido de Meggernie el mismo día en que habló con Gillian, rumbo a St. Andrews. El obispo James Bane había muerto tres años antes, y desde entonces no habían designado a un sucesor. La inestabilidad política durante la guerra contra Inglaterra había dado lugar a muchas disputas internas y, actualmente, el puesto lo ocupaba un legado papal, con el que MacRae esperaba reunirse para hablar del caso de lady Gillian Norton. Creía haber encontrado un resquicio, un precedente que debía confirmar en sus archivos, para que, al menos, un tribunal eclesiástico se interesara por el caso de la dama.

Malcom había guardado unos segundos de silencio ante su última pregunta. Gillian había notado que la estrechaba con más fuerza entre sus brazos, y no pudo ver sus ojos en el momento de la respuesta. Si lo hubiera hecho, habría observado una decisión inquebrantable y peligrosa en su gesto.

—Lo conseguiremos, mi amor. De un modo u otro —añadió—, te librarás para siempre de Arthur.

Tres días después, las noticias que llegaron desde la frontera fueron desalentadoras. Un ejército comandado por el barón de Ravenshire avanzaba hacia Meggernie, siguiendo una ruta segura

para ellos a través de Escocia, puesto que atravesaban territorios que habían caído bajo el dominio inglés durante los últimos años de guerra. Los informadores que Niall MacGregor había enviado y que espiaban los movimientos de dicho ejército les hicieron llegar las cifras del enemigo que se aproximaba, y eran abrumadoras.

—¿Cómo ha conseguido tantos hombres tan rápido? —se quejó Malcom, tras uno de aquellos informes.

—Has raptado a la esposa de un barón, un hombre con mucho poder —le dijo Ewan, su padre—. ¿Qué esperabas?

Él lo observó con esa furia que despertaba en su interior cuando hablaban del tema.

—Yo no he raptado a nadie. Gillian es libre, está aquí porque así lo quiso. Fue su elección, y yo defenderé su decisión.

—Todos hemos decidido defenderla. Por suerte, las tropas de nuestros clanes deben de estar a punto de llegar —dijo su tío Malcom.

Habían hecho llamar a los hombres de sus respectivos ejércitos, por lo que muy pronto los Murray, los MacLaren y los Campbell se reunirían a los MacGregor para defender Meggernie cuando los ingleses se presentaran ante sus puertas.

—Tal vez deberíamos evacuar a las mujeres y a los niños —habló Keir Murray, poniendo de manifiesto el mayor miedo de todos ellos.

—Lo haremos —intervino su padre—. Los enviaremos a Innis Chonnel sin demora. Aunque no quieran.

Las mujeres de la familia ya habían manifestado sus deseos de ayudar y de apoyar a Gillian, tal y como habían decidido desde el momento en que conocieron su historia. Habían hecho un frente común que desquiciaba a los hombres, porque no paraban de proponer ideas, expresar opiniones y defender a Gillian ante cualquier duda que ellos verbalizaran, como si pensaran que, al final, los guerreros se echarían atrás en su propósito de mantener la promesa que Malcom les había arrancado a todos.

—Cait desde luego que no querrá —dijo Duncan, conociendo el espíritu combativo de su esposa. A pesar de ser madre de dos niños, pediría participar en la batalla como un soldado más.

Malcom sabía que su cuñado tenía razón. Y, aunque aquello era lo que deseaba, porque necesitaba proteger a Gillian, se dio cuenta de que jamás se lo perdonaría si llegara a sucederles algo a cualquiera de ellos.

Por eso, mientras continuaban planeando el modo de hacer frente al barón, buscó a su primo Niall con la mirada y le hizo un pequeño gesto para que lo siguiera. Salieron del despacho donde estaban reunidos y se alejaron por el pasillo antes de comenzar a hablar.

—He pensado una manera de evitar el enfrentamiento —le dijo, sin preámbulos.

—Te escucho.

Eso le encantaba de su primo. Ignoraba lo que iba a proponerle, pero Malcom sabía que lo acompañaría al fin del mundo si hiciera falta.

—No voy a esperar a que las tropas del barón lleguen —le dijo—. Iré a buscarlo, me colaré en su campamento mientras duermen, y lo mataré.

Los ojos azules de Niall destellaron con un brillo de aprobación.

—Voy contigo.

—Eso no es prudente —escucharon a su espalda.

Al girarse, comprobaron que Keir Murray y Duncan MacLaren los habían seguido y, al parecer, también los habían oído.

—Estamos esperando el regreso del reverendo Callum. Si trae buenas noticias, tal vez podríamos solucionar este conflicto de manera diplomática. Evitaríamos muertes innecesarias y un posible enfado de nuestro rey, por tomarnos la justicia por nuestra mano sin tener en cuenta las consecuencias para sus intereses políticos.

—Conozco al barón —espetó Malcom con enfado—. No aceptará una solución diplomática.

—En ese caso, podremos alegar defensa propia si nos ataca —intervino Duncan—. Pero no empieces tú la guerra.

—Ese malnacido no solo ha maltratado a Gillian durante toda su existencia. También tenía muchos esclavos escoceses, yo entre ellos, cuyas vidas convirtió en un infierno. Merece morir. Y, si termino con

él antes de que llegue aquí, evitaremos esas otras muertes innecesarias de las que habláis —insistió Malcom.

—Yo también sé lo que es estar preso de los ingleses, no lo olvides. —dijo Keir—. Tengo tantas ganas de venganza como tú. Pero no podemos…

Malcom se acercó y lo miró a los ojos con intensidad.

—Ellos tampoco tenían derecho a mantenernos cautivos, a maltratarnos. Te perdiste el nacimiento de tu hija, estuviste a punto de morir… ¿de verdad vas a decirme que quieres ser diplomático? —La mirada de Malcom se oscureció—. Tengo ganas de arrancarle el corazón, Keir. Por todo lo que me hizo a mí, por todo lo que les ha hecho a nuestros compatriotas y, sobre todo, por todo lo que le ha hecho a Gillian. Imagínate que hubiera sido mi hermana Erinn la que hubiera padecido algo similar… —Malcom trasladó su mirada a Duncan—. O que hubiera sido Cait. ¿No querríais hacérselo pagar? —terminó, pasando ahora la vista de uno a otro.

Supo que los había convencido cuando los rostros de sus cuñados adquirieron una expresión asesina. Los dos amaban tanto a sus respectivas esposas, que podían hacerse una idea de lo que él estaba sintiendo en esos momentos.

—Iremos, los cuatro, en una misión secreta —aceptó Keir.

—Sí, nada de tropas —coincidió Duncan—. Tendremos más posibilidades de pasar inadvertidos y colarnos en el campamento de los ingleses para dar con el barón.

Su primo Niall le colocó una mano en el hombro y le mostró una sonrisa siniestra.

—Si tú no consigues arrancarle el corazón, yo le sacaré las tripas de su asqueroso cuerpo.

—No te preocupes —murmuró él—, no fallaré.

CAPÍTULO 28

La luna llena les facilitó el avance a través de las colinas de las tierras de los MacGregor y los cuatro guerreros, silenciosos como cuatro sombras, llegaron hasta la zona donde acampaban los ingleses. Desde un promontorio, espiaron sus movimientos en la noche. Había hogueras repartidas entre las tiendas de campaña y se veía poca actividad desde donde estaban. Tan solo los hombres de guardia se movían de un lado a otro, vigilantes.

—Será fácil acabar con ellos —susurró Keir.

—Lo difícil será dar con la tienda del barón —dijo Duncan, también en voz baja.

Malcom escudriñó el campamento y dilucidó que el señor de Ravenshire debía de estar en el centro, protegido y, por suerte para ellos, sin sus famosos perros. Los soldados de su tío Niall, comandados por Roderick, ya se habían encargado de deshacerse de ellos cuando lo encontraron.

—Creo que es aquella de allí —señaló por fin, cuando encontró una más grande que las demás.

—Bien, nosotros te despejaremos el camino para que puedas llegar hasta él —le dijo su primo Niall.

Se pusieron en movimiento, rápidos y sigilosos. Bajaron hasta la explanada y se colaron entre las tiendas sin ser vistos. Avanzaron, reduciendo a los hombres que hacían su ronda y que estaban bastante más distraídos de lo que cabría esperar de unos guardias.

Les resultó insultantemente fácil llegar hasta el barón.

Eliminaron al hombre que vigilaba la entrada, usando una daga como habían hecho con el resto de los enemigos, y Malcom entró

despacio, blandiendo el cuchillo en su mano. Se acercó al catre, donde un bulto tapado con mantas respiraba de manera pesada, sumido en un sueño profundo.

—Hasta aquí llegan tus días de maldad, sabandija —siseó con rabia, tirando de la ropa de cama hacia atrás para que Arthur pudiera verle bien los ojos antes de morir.

Levantó el brazo para asestar la puñalada mortal, y se quedó paralizado cuando un rostro desconocido le devolvió una mirada aterrada.

Aquel joven inglés, similar en complexión al barón, no era más que un señuelo.

—¿Quién eres tú? —bramó Malcom con furia—. ¿Dónde está tu señor?

Lo zarandeó de la pechera y le colocó el filo del arma en el cuello para obligarlo a hablar.

—¡Malcom! —Keir entró sin resuello—. La mayoría de las tiendas están vacías. Los únicos soldados que hay son los que montaban guardia.

El campamento entero era un señuelo.

—¿Qué está ocurriendo? —Malcom volvió a zarandear al joven, que estaba completamente pálido ante la amenaza de la daga en su garganta.

—Yo… yo… tengo un mensaje para vos —le dijo entre titubeos.

—¿Qué mensaje?

El soldado tragó saliva e intentó alejar el cuello del cuchillo, pero Malcom lo sujetó con más fuerza.

—«¿Me crees un necio? Los escoceses son traidores por naturaleza, alimañas que se mueven en la oscuridad y a escondidas, sin nobleza, por lo que este ataque rastrero, en lugar de un enfrentamiento cara a cara, era de esperar. Mientras tú asesinas a los hombres que he dejado para recibirte, yo avanzo con el grueso de mis fuerzas hasta tu maldita fortaleza para recuperar a la esposa que me has robado».

El joven inglés respiraba con dificultad debido al pánico. A Malcom no le dio pena; no se paró a pensar que, tal vez, no había

tenido elección y que hubiera preferido no quedarse a esperar a que lo asesinaran.

A pesar de todo, no pudo matarlo. No así, a sangre fría. Por más que el mensaje de Arthur recalcara el hecho de que los highlanders no tenían honor, lo tenían.

—Tenemos que volver, rápido —les dijo a los demás.

—Si ellos han continuado avanzando por otro camino, llegarán a Meggernie antes que nosotros —razonó Duncan.

—Pues correremos todo lo que podamos, no queda otra opción.

Los cuatro guerreros abandonaron el campamento fantasma como habían llegado, raudos y silenciosos. Sin embargo, el corazón de Malcom, si bien estaba lleno de furia asesina a su llegada, ahora rebosaba de temor y arrepentimiento.

De nuevo había sido impulsivo e imprudente. Igual que le ocurriera en la batalla de Halidon Hill. ¡No había aprendido nada de nada! Era un mal guerrero, murmuró para sí. No se merecía ser hijo de Ewan Campbell, ni sobrino de sus tíos MacGregor. No merecía a una mujer como Gillian…

Mas, aunque no fuera digno de ella, mantendría su palabra de protegerla hasta las últimas consecuencias.

Solo esperaba poder llegar a tiempo.



Gillian se asomó a las almenas de Meggernie y notó el vértigo en la boca del estómago. El ejército de su esposo se extendía en la llanura, frente a las murallas, dispuesto a atacar el hogar que la había acogido, lleno de personas a las que ahora quería como si fueran su propia familia.

La aparición de las tropas fue una sorpresa, pues los informes que habían ido llegando respecto al avance de los hombres del barón los situaba todavía a unos cuantos días de distancia.

De nuevo, la maldad de Arthur lo había ayudado para engañarlos a todos, y no habían tenido tiempo de evacuar a las mujeres y a los

niños como era la pretensión de los lairds que ahora la acompañaban, en lo alto de la fortaleza.

Tampoco habían llegado los hombres de refuerzo de los distintos clanes.

—Estamos preparados para afrontar un sitio —murmuró Niall MacGregor—. Resistiremos hasta que lleguen vuestros ejércitos y el de los Murray —les dijo a Ewan y Malcom.

Nadie mencionó a los cuatro desaparecidos que tanto echaban de menos en aquellos momentos. Ninguno quería despotricar delante de la dama inglesa, aunque estaban muy enfadados por la temeridad que habían llevado a cabo los jóvenes guerreros. ¿Cómo habían podido salir en busca del barón de Ravenshire? ¿De verdad habían pensado que lo encontrarían desprevenido y que podrían solucionar el problema así, sin más?

Ahora los necesitaban en Meggernie, y no estaban. Y no solo les perjudicaba su ausencia, sino que, no veían de qué modo iban a atravesar las filas de soldados que se extendían ante sus ojos para regresar con ellos.

—¿Cuántos hombres habrá allí abajo? —preguntó Ewan.

—Unos quinientos entre caballeros, escuderos, arqueros y mercenarios —respondió Malcom—. Ni siquiera con nuestras tropas de refuerzo podríamos superar ese número.

—¡Mirad! —exclamó de pronto Gillian, a pesar de que tenía la garganta cerrada por el miedo.

Veía a su esposo a lo lejos, montado sobre su enorme caballo. Sentía su mirada clavada sobre ella a pesar de la distancia y notaba el corazón encogido. ¿Podía su maldad alcanzarla desde tan lejos? Estaba segura de que sí.

Aunque, de momento, lo único que se acercaba a ellos era un emisario, galopando en dirección al portón principal.

Se detuvo y gritó hacia las almenas.

—¡Traigo un mensaje para lady Gillian, esposa de lord Arthur Norton!

Solo con escuchar cómo se refería a ella aquel hombre, tembló de pies a cabeza.

—Tranquila —le dijo Niall, poniéndole una mano sobre el hombro —. Te acompañaremos en todo momento. Nuestra promesa de protegerte sigue viva, aunque mi sobrino no esté aquí para hacerla valer.

Ella asintió, nerviosa.

Bajaron al gran salón e hicieron pasar al enviado del señor de Ravenshire. Este, caminó por el centro de la estancia y los pasos de sus botas resonaron en el suelo de piedra con un ritmo muy marcial. El hombre evitó mirar a nadie que no fuera ella, y se le acercó decidido, hasta extender el brazo con la carta que tenía que entregarle.

Con dedos temblorosos, Gillian rasgó el sello que lacraba el papel y lo extendió ante sus ojos.

Sé que estás leyendo estas letras. ¿Creías que no sabía que el infame Ágador te había enseñado a leer y a escribir? Yo lo sé todo sobre ti, mi pequeña Morgana. Aunque tal vez tú ignores que no fue ninguna fiebre la que acabó con la vida de tu querido protector. Hay venenos que simulan muy bien una horrible enfermedad, y me hizo feliz comprobarlo en su persona y en la de su esposa Grace. No merecían menos después de traicionarme como lo hicieron, saltándose todas mis normas.

Sé que los querías como a unos padres, sustitutos de los que te vendieron. ¿Qué no habrías hecho tú por salvarles la vida? Estoy convencido de que, si hubieras podido, les habrías ahorrado tan horrendo y doloroso final.

También sé que quieres a Hugo como a un hermano. Y la pregunta ahora es: ¿qué vas a hacer para salvarle la vida? Porque sí, mi amor, aún está vivo. No soy tan tonto como para deshacerme de él, sabiendo lo que significa para ti y la ventaja que esos sentimientos me otorgan. Añade, además, a Roberta a tus preocupaciones. Los dos esperan que tu corazón les siga siendo fiel y luches por ellos… por evitarles una muerte que nadie desearía para sus seres queridos.

Sal de esa fortaleza, vuelve conmigo, sumisa y complaciente como siempre lo has sido, como te corresponde, y olvidaré la

traición de Hugo y Roberta.

A Gillian le faltaba el aire tras leer aquella carta. Se llevó una mano a la garganta, como si así pudiera respirar mejor. Todo lo que Arthur había escrito era horrible, aunque todavía era más espantoso lo que no había plasmado en el papel.

No le había asegurado, en ningún momento, que olvidaría su traición. La de Hugo y Roberta sí —aunque tampoco lo creía—, pero no decía nada respecto a las represalias que habría contra ella y contra Malcom.

—¿Qué dice? —le preguntó Willow. Fue la única que se acercó a ella al verla tan pálida, porque el resto de la familia respetó su intimidad a la hora de leer el mensaje de su esposo.

—Me pide que me reúna con él.

—¿A cambio de no atacar Maeggernie? —inquirió Rosslyn.

No. Eso tampoco lo dejaba claro, por lo que Gillian negó con la cabeza.

Arthur era demasiado vengativo como para pasar por alto todo lo ocurrido. Aunque, si volvía con él, si lograba hablar con él y que la escuchara, tal vez no solo salvaría a Hugo y a Roberta…

Tal vez podría convencerlo para que se alejara de allí con su ejército y dejara tranquilos a los escoceses.

En el fondo, se engañaba a sí misma, porque lo conocía demasiado. Pero ¿qué clase de persona sería si no lo intentaba?

—Debo ir con él —anunció.

—¡¡No!! —fueron varias voces las que se elevaron con la negativa.

La jovencita Morag se acercó a ella y la tomó de la mano.

—Todos juramos protegerte de ese hombre, Gillian. No debes salir, aquí estás a salvo.

Ella la observó con los ojos llenos de un agradecimiento sincero.

—Lo sé. Y no sé cómo podría pagaros todo el cariño que he recibido estos días. Sé que no voy a olvidaros nunca, porque vosotros… —paseó la mirada por los rostros atribulados que la contemplaban—, todos y cada uno de vosotros me ha mostrado lo

que sería tener una gran familia. Llevaré ese cálido sentimiento en mi corazón cuando me asole la tristeza y los días se vuelvan grises.

—No puedes salir —le prohibió el laird Malcom MacGregor.

—Debo hacerlo —rebatió ella—. Hay personas que dependen de mí, de esta decisión, y no viviré con sus muertes sobre mi conciencia, como tampoco querría vivir sabiendo que he sido la causa de vuestra ruina. Decidle a Malcom…

A Gillian le falló la voz. No podía pensar en él: en su sonrisa valiente, en el tono de su voz cuando la llamaba *arpía* —ahora que ese apelativo se había vuelto cariñoso—, en la forma en que sus ojos revelaban todo lo que guardaba en su corazón. Porque si pensaba en él, si no lograba expulsarlo de su mente, no sería capaz de atravesar las puertas de Meggernie y alejarse para siempre.

—Decidle a Malcom que él no ha roto su promesa. Lo libero yo. Él tiene una vida por delante… Decidle que la viva por los dos.

Su discurso había sido definitivo. Todos los allí presentes lo supieron, y no se vieron con fuerzas para retenerla al conocer que su esposo la chantajeaba con la vida de sus seres queridos.

—Gillian…

Willow fue la única que se le plantó delante antes de que saliera. La abrazó con fuerza, en un desesperado intento por hacerla cambiar de opinión.

—Tu esposo no respetará ese acuerdo que te ha hecho llegar. Lo sabes, ¿verdad?

Gillian sorbió sus lágrimas antes de buscar sus ojos, tan iguales a los de Malcom que se mareó.

—¿Qué harías tú, Willow? ¿Qué harías si hubiera amenazado con matar a tus hermanos Niall y Malcom? ¿O a cualquiera de los demás miembros de la familia? —Dejó que la pregunta calara en su mente, y en la de todos los presentes—. ¿No harías lo que fuera por ellos, aunque supieras que vas derecha a una trampa? ¿No lo intentarías, al menos?

La pequeña mujer hundió los hombros al no poder refutar aquella lógica.

Gillian se inclinó, depositó un suave beso en su mejilla y murmuró una última frase en su oído.

—Gracias por haberme aceptado, aunque sea inglesa. Habría sido muy feliz teniéndote como madre política.

Willow le acarició el rostro con lágrimas en los ojos.

—Tú ya no eres inglesa, Gillian. Eres familia, vayas donde vayas. Y, si consigues librarte de él de alguna manera, vuelve con nosotros. Este será ya por siempre tu hogar.

La joven estuvo a punto de ahogarse por la enorme congoja que la invadió al escucharla. ¡No quería marcharse! Mas los rostros de Hugo y Roberta se le aparecieron y no fue capaz de darles la espalda. Ellos jamás se la habían dado a ella, y no los abandonaría a su suerte.

Salió de Meggernie en compañía del emisario, con paso firme, la cabeza alta… y el corazón destrozado.

CAPÍTULO 29

La joven avanzaba hacia las filas y filas de soldados ingleses que aguardaban frente a las murallas, con el ánimo de quien se dirige al cadalso. El emisario de Arthur no era buena compañía. No la miraba, salvo para observar de reojo que ella no salía corriendo en la dirección contraria.

Apenas habían recorrido un trecho, cuando notaron una presencia a sus espaldas.

Gillian se giró y vio a los tres lairds —Ewan Campbell, Niall y Malcom MacGregor—, caminando hacia ellos con decisión.

—Detente —le pidió Ewan.

Ella movió la cabeza, desconcertada.

—Ya os he dicho que debo marcharme, no tengo opción…

—Dejaremos que te marches, pero si ese malnacido quiere sacarte de Meggernie, al menos, tendrá que dar la cara —dijo Malcom.

Luego, Niall tomó el relevo y se dirigió al emisario.

—La dama no dará ni un paso más. Ve a buscar a tu señor y dile que, si la quiere, ha de venir él en persona a buscarla. Tenemos algo que decirle antes de que se la lleve.

Gillian comprobó que el inglés palidecía al ver la furia en los rostros de aquellos hombres enormes. Los tres formaron una muralla humana que se interpuso entre ella y el ejército inglés. El emisario también desvió los ojos hacia las almenas y Gillian comprendió que, si permanecían justo donde estaban, los arqueros de Meggernie podrían alcanzar a cualquier enemigo con sus flechas si se les acercaban demasiado.

Por eso le habían pedido que no se alejara más. Todavía trataban de protegerla.

—¿A qué esperas? —le gruñó Malcom MacGregor al emisario, al ver que no se movía.

El hombre pegó un pequeño salto antes de salir corriendo y perderse entre las filas de soldados que parapetaban al barón de Ravenshire.

Interminables minutos después, los ingleses se apartaron para abrir un hueco y lord Arthur avanzó hacia ellos, rodeado por una escolta. Sus ojos se encontraron con los de Gillian y ella sintió tanta repulsión y pánico, que tuvo que contener las náuseas.

Con la arrogancia que le caracterizaba, su esposo se plantó ante ellos, dejando una distancia prudencial entre los dos grupos.

—Aquí estoy —exclamó, altivo—. Devolvedme a mi esposa de inmediato si no queréis que lance a mi ejército contra vuestra fortaleza.

Gillian vio, por el rabillo del ojo, cómo los tres lairds adoptaban poses orgullosas tras la amenaza, como si no le tuvieran ningún miedo… ni respeto, ya de paso. Ewan Campbell, de hecho, se había cruzado de brazos y lo observaba casi con indolencia.

—Antes, debéis prometer que cuidaréis de ella como merece, milord —le dijo Niall MacGregor.

El rostro de Arthur se encendió.

—¡Es mi esposa! ¡La trataré como me plazca! —estalló, haciendo que toda su escolta desenvainara las espadas ante la tensión del momento.

—Si tuvierais algo de seso, aunque lo dudo, bajaríais las armas —les dijo Malcom—. No os conviene medir fuerzas con nosotros, os lo advierto.

La última frase la susurró con un tono tan letal, que no le hizo falta ni llevarse la mano al pomo de su espada.

Los soldados de la escolta se miraron unos a otros, desconcertados, sin saber cómo actuar. Hasta que su señor levantó el brazo y lo movió para pedir algo de calma.

Gillian sabía que no se mostraba razonable porque sí. Tramaba algo, no podía ser tan fácil...

Y, en efecto, enseguida comprendió cuál era su fuerza.

Las filas de hombres a su espalda volvieron a abrirse y pudo ver a Hugo y a Roberta, ambos con un aspecto lamentable, ensangrentados por las palizas recibidas, que avanzaron a trompicones y empujados de malas maneras hasta llegar al lado de Arthur, donde los obligaron a postrarse de rodillas.

—¡Hugo! ¡Roberta!

Gillian dio un paso hacia ellos, pero Niall le bloqueó el paso con el brazo extendido para que no se acercara más.

—Si no liberáis de inmediato a mi esposa, los degollaré aquí mismo, frente a vuestros ojos.

El corazón de la joven latió desaforado. Los lairds no lo conocían, pero ella sí, y sabía que era muy capaz de cumplir aquella amenaza sin pestañear.

Los ojos de Roberta estaban muy abiertos y su pecho subía y bajaba sin control. Hugo, en cambio, mantenía una expresión furiosa en su rostro destrozado, como si pretendiera decirle con la mirada que prefería morir antes de que el barón se saliera con la suya.

Gillian abrió la boca para aclarar que nadie la retenía contra su voluntad, mas no pudo articular palabra, porque el estruendo de cientos de cascos de caballo llegó hasta ellos en ese momento, eclipsando todo lo demás.

Sus cabezas se giraron en la dirección de aquel sonido que llegaba del norte, como una tormenta a punto de estallar.

—Son los nuestros —dijo Ewan con orgullo, en cuanto aquel ejército hizo su aparición por la línea del horizonte.

Para Gillian, que contemplaba estupefacta aquel glorioso espectáculo, no solo eran los refuerzos que esperaban.

Porque, al frente de todos ellos, llegaba Malcom, acompañado por su primo Niall, Keir y Duncan.

La escena que transcurrió ante sus ojos fue como un sueño. El hombre que se había ganado su corazón volaba a lomos de su caballo, y se apeó de un salto cuando llegó a su altura, sin resuello. Caminó con zancadas largas y decididas hasta colocarse delante de ella, colocando su enorme cuerpo como barrera ante los ojos asesinos de Arthur.

—Tú —murmuró el barón, con tanto odio en esa palabra que pareció cortar el aire—. Debí acabar contigo cuando te tuve bajo la suela de mi bota… el lugar que te corresponde.

Malcom ladeó la cabeza para mirarlo con más atención, sin dar muestras de que sus palabras lo afectaran lo más mínimo.

—Cierto, debiste hacerlo. Cometiste tu primer error —le dijo—. El segundo error ha sido venir hasta aquí, hasta nuestras tierras, para reclamar algo que jamás fue tuyo. Aquí no tienes poder, aquí no podrás blandir tu látigo contra ningún escocés. Aquí no volverás a tocarla con tus sucias y violentas manos.

—¡¡Gillian es mi esposa!! —rugió, frenético—. Tengo derecho sobre ella, tanto en Inglaterra como en este territorio plagado de miserables como tú.

—Tal vez no.

La voz, más serena que la del barón, llevaba en su tono la seguridad de quien tiene la verdad de su lado.

La voz del reverendo Callum MacRae, que había llegado junto con las tropas de refuerzo.

Gillian lo observó apearse de su propia montura y acercarse a ellos con paso decidido, con un documento en sus manos.

—Aquí traigo la copia de la carta que el legado papal de St. Andrews y yo le hemos enviado al obispo de York, en Inglaterra, para pedir la anulación de vuestro matrimonio con lady Gillian.

—¿¡Qué estás diciendo, maldita sabandija!? —vociferó Arthur, dando un paso hacia él, cegado por la furia.

Una flecha voló sobre ellos y se clavó en la tierra, a escasas pulgadas de las botas del señor de Ravenshire como una advertencia para que no se acercara más.

Cuando levantaron la vista hacia las almenas, vieron a Cait Campbell, la hermana de Malcom, con el arco en la mano. Gillian se sorprendió de la asombrosa puntería de la joven. Aunque, por otro lado, por lo poco que había llegado a conocerla, no descartaba que hubiera pretendido clavar la flecha en su corazón y hubiera errado el tiro.

El reverendo no se inmutó. Desplegó el papel y comenzó a leer en voz alta para que todos lo escucharan bien:

In Nomine Domini.

A la venerable atención de Su Excelencia Reverendísima, el Obispo de York, custodio de la ley divina y juez justo en los asuntos de la Santa Iglesia.

Yo, fray Callum MacRae, siervo de Dios y humilde reverendo en tierras de los MacGregor, tras consultar y lograr el apoyo y consentimiento de Nicolò de Viterbo, Legado Papal y Vicario Capitular de St Andrews, me atrevo a escribir a Vuestra Reverencia con el corazón cargado de compasión y justicia.

Ha llegado a nuestro conocimiento el caso de la joven doncella Gillian Norton, natural del condado de Northumberland, la cual fue dada en matrimonio sin el consentimiento de sus padres legítimos, puesto que ninguno de ellos se hallaba presente durante la sagrada ceremonia, y siendo aún menor de edad según las disposiciones del sagrado Derecho Canónico.

No bastando con ello, se halla ahora sujeta a vejaciones corporales y maltrato de parte de su esposo, Lord Arthur Norton, barón de Ravenshire, quien quebranta no solo el deber conyugal, sino también los principios más elementales de la caridad cristiana.

Por tanto, humildemente suplicamos que este matrimonio sea examinado por vuestro tribunal eclesiástico, para que, si conforme a la ley de la Iglesia se hallare que fue contraída sin consentimiento válido y con coacción, se declare nulo ab initio, y así la joven sea liberada del yugo que indebidamente se le impuso.

Confío en vuestra sabiduría y en la clemencia de quien tiene el deber de proteger a los inocentes.

Que Nuestro Señor Jesucristo guíe vuestro juicio.

El silencio flotó sobre sus cabezas, espeso, cuando el reverendo terminó de leer la carta.

Gillian no se atrevía a soñar con que aquello estuviera pasando. ¿De verdad podría librarse de Arthur para siempre?

Enseguida, su esposo abrió la boca para echar por tierra sus esperanzas.

—¿Crees que lo que opine la Iglesia de Escocia me importa? No tenéis jurisprudencia sobre los asuntos que competen a los matrimonios celebrados en Inglaterra, no soy un ignorante. Solo un tribunal eclesiástico en el arzobispado de York podría decidir anular mi matrimonio… Y por muchas cartas que les enviéis, no lo hará. Se necesita mucho más que las quejas llorosas de una mujer para hacer algo así.

El reverendo Callum no se achantó. Sus rizos pelirrojos se movieron cuando sacudió la cabeza para, a continuación, proseguir su discurso:

—Además de la carta, hemos adjuntado documentos que demuestran que ha habido precedentes para este tipo de anulaciones, dado que la Iglesia tiene algunos decretos condenando los matrimonios forzados, las uniones sin consentimiento y los matrimonios con niñas impúberes. Vos apartasteis a Gillian de su familia con tan solo ocho años de edad, milord, lo que podría considerarse ya de por sí un delito —añadió, mirándolo a los ojos con la severidad de un hombre de Dios, sabiendo todo el mal que había causado—. Y, si esta petición prospera, habrá testigos llegado el momento, os lo prometo. Ya hemos mandado a buscar a la familia de lady Gillian. Ellos testificarán que no estuvieron presentes cuando os desposasteis con ella siendo menor, y que no otorgaron su consentimiento expreso para que se llevara a cabo esa unión como tutores legales de la niña. Incluso un tribunal eclesiástico inglés comprenderá que se cometió una grave injusticia con lady Gillian. Sin la bendición de sus padres y bajo coacción, llevando a cabo la consumación a través del dolor y el miedo… No —terminó, tajante y condenatorio—. No puede llamarse a eso sacramento y, por lo tanto, ha de ser anulado.

El corazón de Gillian se detuvo por unos segundos. ¿Sus padres? ¿Sus hermanos? ¿De verdad habían enviado a alguien a buscarlos?

La fantasía de un reencuentro con ellos se evaporó de golpe cuando Arthur, llevado por el odio que habitaba en su negro corazón, perdió la paciencia y la cordura. Su rostro se distorsionó hasta convertirse en una máscara cruel y descompuesta.

—¡¡Malditos escoceses!! —exclamó dando unos pasos hacia atrás —. No vais a necesitar esa anulación, después de todo. Podéis quedaros con ella —escupió con veneno. Y, a continuación, echó a correr para perderse entre el grueso de sus filas que se cerraron en torno a él para protegerlo—. ¡¡Acabad con todos, matadlos a todos!! —vociferó, mientras se alejaba de ellos.

Gillian notó que el corazón se le subía a la garganta cuando los soldados que mantenían a Hugo y a Roberta de rodillas sacaron sus dagas, dispuestos a cumplir con la orden de su señor.

—¡¡Noooooo!! —exclamó, desgañitándose, tratando de llegar hasta ellos.

Malcom la sujetó. Le impidió avanzar… y ella fue testigo de cómo las hojas aceradas de los cuchillos bajaban a toda velocidad hacia los cuellos de sus más queridos amigos mientras, a su alrededor, se desataba el infierno.

CAPÍTULO 30



Unas horas antes, la fortuna por fin había sonreído a Malcom y sus tres acompañantes durante su regreso a Meggernie. Habían dado un rodeo para no toparse con el ejército inglés, aprovechando que ellos conocían mucho mejor aquel terreno que el enemigo. Atajaron por las sendas montañosas que conocían, lo que propició que se encontraran con las tropas de refuerzo que sus respectivos padres habían hecho llamar, y que también se dirigían a la fortaleza.

Descubrieron que el reverendo Callum también se les había unido en un punto del camino, y viajaba junto a los guerreros MacLaren, Campbell y Murray. O al menos, junto a los que quedaban en sus mermadas tropas, después de las batallas libradas en la guerra contra Inglaterra. No eran suficientes para superar en número a las fuerzas del barón de Ravenshire, pero todos estaban convencidos de que sus espadas valían el doble que las de cualquier inglés. Por eso, tras unirse a ellos, los cuatro jóvenes galoparon sin descanso, decididos a llegar antes del ataque…

La visión de Gillian, frente a su esposo y al grueso de aquel ejército, cuando al fin Meggernie apareció frente a ellos, casi lo volvió loco. Espoleó a su caballo con urgencia, poseído por un único pensamiento: interponerse entre su dama y el peligro que corría.

Le había hecho una promesa. Estaba dispuesto a dar la vida por ella. Y lo haría si llegaba el caso.

Durante aquel intercambio dialéctico a las puertas de la fortaleza, hubo un instante en que creyó que todo podría resolverse. El reverendo Callum había hablado sabiamente y el peso de la ley eclesiástica lo respaldaba, por extraño que pareciera. Sin embargo,

la misma verdad que liberaba a Gillian del yugo de un matrimonio infernal despertó en aquel hombre la bestia inhumana que llevaba dentro. Antes de poder evitarlo, Arthur desató un caos sangriento a su alrededor, mientras él huía como el cobarde que era y había sido siempre.

No lo iba a consentir.

Tuvo que sujetar a Gillian cuando la joven vio las vidas de Hugo y Roberta en peligro.

Por suerte, su hermana Cait era una auténtica guerrera, no solo con buena puntería y excelente habilidad para disparar el arco con velocidad. Tenía también una intuición y una visión táctica dignas de elogio, y se adelantó a la maldad de Arthur. Clavó sus flechas en el pecho de los dos soldados antes de que ejecutaran a la pareja arrodillada frente a ellos.

—¡Hugo! —gritó Gillian, que se debatía entre sus brazos para correr hacia el guardia.

El hombre, a pesar de tener las manos atadas a la espalda, se puso en pie al verse libre de quien lo custodiaba, y apremió a Roberta para que hiciera lo mismo. Los dos corrieron hacia ellos, huyendo del ejército inglés, en cuanto comprendieron que aquel era el lado donde encontrarían la libertad.

Malcom liberó a Gillian cuando sus amigos estuvieron lo suficientemente cerca, para que pudiera abrazarlos. Mas no permitió que se recrearan. A su alrededor, las flechas volaban desde las almenas porque los soldados ingleses se habían lanzado al ataque, y las tropas de los clanes eran lo único que se interponían ahora entre ellos y las espadas enemigas.

—¡Corred al interior! —apremió a Gillian—. ¡Allí estaréis a salvo!

Ella lo miró un solo momento. Lo aferró de la pechera y se aupó sobre la punta de los pies para besarlo.

—Ven conmigo —le rogó, con el miedo impreso en su voz.

—Enseguida —le dijo—. Pero, antes, tengo un asunto pendiente que resolver.

Ahora, fue Malcom el que la besó a modo de despedida. Un beso breve, intenso, lleno de todas las cosas que deseaba decirle. Luego, se dio la vuelta y desenvainó su espada para unirse al combate.

Confiaba en que Gillian haría lo que le había pedido y se pondría a salvo. Él tenía el mensaje de Arthur grabado en la cabeza. El mensaje que aquel pobre diablo del campamento fantasma le había dado:

«Este ataque rastrero, en lugar de un enfrentamiento cara a cara, era de esperar».

Bien, ¿quién era el rastrero en esos momentos? ¿Quería un enfrentamiento cara a cara? Malcom lo estaba deseando… y lo buscó.

Rodeado de los suyos, de su padre, sus tíos, primo y cuñados, que blandían el acero con toda la rabia que habían acumulado durante los dos años que él y Keir habían estado presos, combatió al ejército inglés abriéndose paso entre sus filas. Mientras, Melyon, Angus y otros hombres de confianza de los lairds habían rodeado a sus enemigos para cortar la huida del barón, aunque no lo consiguieron.

Cuando Malcom atravesó el grueso de aquellas fuerzas como un salvaje, ensartando a sus enemigos con la furia de saber que por fin estaba en el lugar correcto, haciendo todo lo posible por proteger a los suyos, a su familia, a Gillian, vio cómo un grupo a caballo se alejaba a toda prisa de la batalla.

Lord Arthur se escabullía al galope, mas no estaba dispuesto a consentirlo. ¿No quería someterse a un tribunal eclesiástico para que pudieran anular su matrimonio con Gillian?

—Yo te someteré a otro tipo de justicia —masculló entre dientes.

Corrió y buscó un caballo con dueño, aunque no le costó mucho derribar al jinete y hacerse con las riendas. Salió después en persecución de aquel hombre infame, gritando como un loco. A su espalda sentía que algunos de los suyos le iban a la zaga y lo agradeció. No le importaba enfretarse solo a todos los miembros de aquel grupo que huía, pero ya había pecado de imprudente en el pasado y, si esta vez contaba con el apoyo de su gente, sabía que todo iría mejor.

El clamor de la batalla se atenuó según se alejaban de Meggernie y Malcom se inclinó sobre la montura para conseguir más velocidad.

Y casi lo tenía… Lord Arthur Norton no era muy buen jinete, por mucho que presumiera de sus hermosos ejemplares allá, en las cuadras de Ravenshire. Tal vez lo había sido en otra época, pero ahora, mayor y con una barriga abultada, no galopaba con la misma soltura que lo hacía él.

Cuando estaba a punto de alcanzarlo, dos de sus guardaespaldas volvieron grupas y lo enfrentaron, con las espadas en alto.

Malcom no se entretuvo. Pasó entre ellos esquivando sus mandobles, consciente de que contaba con los que venían tras él para combatirlos en su lugar.

Clavó los talones en los flancos del animal, que ya resoplaba por el esfuerzo.

—¡Vamos, amigo! —le dijo al caballo, casi tumbado sobre su cuello—. ¡Solo un poco más!

De nuevo tuvo que esquivar a otros dos de aquellos soldados, y continuó sin detenerse, obcecado en su objetivo.

Logró colocarse al fin a la misma altura que el animal que montaba el barón, pero, en lugar de tratar de alcanzar las riendas de su caballo como hiciera con Gillian, cuando Lancelot estuvo a punto de desnucarla, Malcom tomó impulso y saltó…

Se llevó por delante el cuerpo de Arthur y lo derribó. Ambos cayeron con un duro golpe contra el suelo mientras sus respectivos caballos continuaban su alocada carrera, ya sin jinetes.

Malcom rodó sobre sí mismo y se puso de pie de un salto.

Al barón le costó algo más. Se incorporó con un gesto de dolor, jadeando, colérico.

—¡Te mataré, malnacido!

—Vamos, te estoy esperando —lo animó, espada en mano.

Podía haberlo atacado en ese momento, pero él era más honorable que ese cerdo inglés. Esperó a que se irguiera y desenvainara su arma.

Lord Arthur lanzó una estocada larga en su dirección que Malcom bloqueó sin dificultad, quedándose ambos hombres a poca distancia el uno del otro.

—Ahora ya no me tienes encadenado y malherido, barón. Ahora estoy aquí, cara a cara, como tú querías.

Lo empujó con todas sus fuerzas para desenredar sus espadas y su oponente trastabilló, a punto de caer sobre su trasero. Consiguió mantenerse firme y, con un gruñido animal, volvió a embestir.

Esta vez, Malcom desvió su acero y, con la otra mano, le cruzó la cara con el revés de su mano. Le hizo sangrar el labio.

—¿Qué se siente, milord? ¿Qué sientes cuando alguien más fuerte te abofetea con saña? Supongo que prefieres aplicar tú el castigo en lugar de recibirlo, ¿verdad?

Los ojos oscuros de Arthur llamearon antes de lanzarse de nuevo al ataque. Se enzarzaron entonces en un violento intercambio de golpes, acero contra acero. Malcom vio, por el rabillo del ojo, que varios jinetes se aproximaban, y temió que los soldados de la guardia inglesa les hubieran dado alcance. Aunque apenas dudó un segundo.

Enseguida distinguió el color de los tartanes de los clanes de su familia y supo que allí, en ese momento, solo tenía a un enemigo al que enfrentarse: el barón.

—¿A qué juegas, hijo? —escuchó la pregunta de su padre mientras daba vueltas en círculos, repeliendo cada una de las estocadas del inglés.

No se había percatado hasta entonces de que estaba disfrutando aquel enfrentamiento. Arthur sudaba y escupía de pura impotencia. Apretaba los dientes, trastabillaba, cortaba el aire con la espada y gruñía de frustración, con el rostro tan colorado que parecía a punto de estallar.

Lejos de sentir alguna compasión por él, comenzó a golpearlo cada vez que se cruzaban. Con el puño, con el pomo de su arma, con la rodilla: la lanzó directa a esa panza de hombre importante que jamás había padecido hambre.

Arthur clavó la punta de la espada en la tierra y se dobló en dos, sin resuello.

—¡Vamos! Aún no hemos terminado, milord. Me gustaría devolverte, golpe por golpe, todos los que le has dado a Gillian en estos años.

El inglés levantó la cabeza, con los ojos inyectados en sangre.

—¡¡Es mi esposa!! —rugió de nuevo—. ¡¡Es mía!! ¡¡Yo la encontré, me casé con ella, le di todos los caprichos… y tengo todo el derecho del mundo a matarla si me place!!

Nada más decir aquello, se abalanzó sobre Malcom de manera inesperada, con fuerzas renovadas para ese último y colérico ataque.

Tanto fue así, que consiguió hacerle un profundo corte en el brazo antes de que reaccionara.

—¡Malcom! —escuchó que gritaba su padre.

Mas no hizo falta que interviniera. Su instinto de supervivencia se activó y se acabaron los juegos para él. Con dos golpes lo desarmó y, sin pensarlo, sin un atisbo de piedad, le clavó la espada con fuerza, atravesándolo por completo hasta que el acero salió por su espalda.

Con el movimiento, de nuevo, sus rostros quedaron a escasas pulgadas.

Los ojos de Malcom quisieron apoderarse de la poca vida que le quedaba en su cuerpo y arrebatarle cualquier atisbo de paz que pretendiera llevarse al otro mundo.

—Nunca fue tuya —siseó con los dientes apretados—. Nunca le regalaste más que dolor y nunca te quiso, asquerosa sabandija. Espero que padezcas en el infierno el mismo sufrimiento que le diste a ella en vida. Ahora, por fin, Gillian será feliz. Yo me ocuparé de que así sea.

La única respuesta de Arthur fue un lastimero gemido y un borboteo de sangre oscura, casi negra, que se escapó de sus labios. Sus ojos se quedaron congelados en una mirada de odio infinito. Luego, cayó de rodillas, para terminar desplomándose de cara contra la tierra de Escocia.



Cuando Malcom apartó la vista del cadáver del barón, se fijó en los que habían llegado tras él para cubrirle las espaldas. Su padre,

Melyon y su primo Niall. Los tres se acercaron y rodearon el cuerpo caído, observándolo con desprecio.

—¿Crees que tendremos problemas con el rey por esto? —le preguntó Malcom a su padre.

No se arrepentía de haberlo matado. Volvería a hacerlo si aquel monstruo osara levantarse de nuevo.

—No lo sé. Este hombre decidió atacarnos en nuestras tierras en lugar de someterse a un juicio eclesiástico. Lady Gillian no estaba aquí prisionera, llegó buscando nuestra salvaguarda ante su situación conyugal. Podemos justificarlo mediante la carta que el reverendo Callum envió al arzobispado de York. Esperemos que eso sea suficiente.

—Volvamos —los apremió entonces Melyon—. Nuestras tropas aún combaten a los ingleses frente a las murallas.

No hizo falta decir más para que todos corrieran en busca de los caballos para regresar a todo galope. Ya se ocuparían del cuerpo del barón más tarde… A ninguno de ellos le preocupaba que terminara devorado por las alimañas.

Cuando las almenas de Meggernie aparecieron ante sus ojos, Malcom observó algo más.

Alguien venía en dirección contraria, cabalgando veloz en su dirección.

Estrechó los ojos para distinguir al jinete y el corazón se le paró unos segundos al reconocer a Gillian, que inclinaba su cuerpo hacia delante como si hubiera montado toda su vida y estuviera disfrutando de la carrera. Su habitual trenza se había deshecho y su cabello color miel flotaba tras ella, desatado y salvaje.

—¡¡Malcom!! —la escuchó gritar.

Fue derecho hacia ella. Aminoró la marcha de su animal y esperó a que Gillian hiciera lo mismo, pero, al llegar a su altura, la joven tiró con tanta fuerza de las riendas que el caballo se levantó de manos.

Malcom se temió lo peor.

Por suerte, Gillian se echó sobre el cuello de su montura, como él le había enseñado, y logró estabilizarse cuando los poderosos cascos volvieron a pisar la hierba.

El guerrero, completamente pálido, quiso reprenderla por su imprudencia, pero ella se lanzó a sus brazos y solo tuvo tiempo de reaccionar para atraparla en el aire.

—¡Estás vivo! —exclamó, abrazándolo.

—Él sí. Por contra, vuestro esposo, milady… —comenzó a decir Melyon, al ver que el otro no se había repuesto aún del susto.

Gillian buscó sus ojos.

—¿Arthur ha muerto? —preguntó, directa.

No había una respuesta que suavizara la verdad.

—Sí —respondió.

Ella tragó saliva, asimilándolo. Luego, lo abrazó de nuevo, enterrando por unos segundos la cara en el hueco de su cuello. Malcom pensó que, a pesar de todo, tendría que consolarla, porque lo que había sucedido era demasiado grave para alguien tan joven y con un corazón tan blando e inocente como el de Gillian.

Sin embargo, su dama volvió a sorprenderlo cuando, de pronto, se apartó y sus miradas volvieron a engancharse. Sus ojos verdes brillaban como dos luceros y su amplia sonrisa era de puro éxtasis.

—¿Me has visto, Malcom? ¡He sido capaz de volar! —exclamó, pletórica—. ¡Lo he conseguido! ¡He galopado muy rápido y, realmente, he volado!

Él le devolvió la sonrisa, tan orgulloso de ella que le reventaba el corazón.

—Lo has logrado, Gillian. Has corrido más rápido que cualquier jauría de perros… Has volado hacia la libertad.

CAPÍTULO 31

El ejército inglés se había rendido rápido, en cuanto su líder desapareció y los dejó a merced de aquellos guerreros escoceses que, aun estando en minoría, peleaban como auténticos salvajes.

Los campos que rodeaban Meggernie se vaciaron de tropas enemigas en cuanto los clanes les dieron una tregua y les permitieron recoger a sus muertos para devolvérselos a sus familias, en Inglaterra.

Ellos también habían sufrido bajas, aunque no fueron tantas como se temían. El hecho de que lord Arthur huyera, abandonando a sus soldados, decantó la balanza lo suficientemente rápido a su favor como para que no tuvieran que lamentar muchas pérdidas.

Horas después de la batalla, en el gran salón de Meggernie, la familia cenaba reunida en torno a la larga mesa, celebrando su victoria y la resolución de un conflicto que, esperaban, fuera definitiva. Todos confiaban en que las diligencias emprendidas por el reverendo Callum, en coordinación con el legado papal en St. Andrews, respaldaran sus acciones al proteger a lady Gillian, tanto ante la corona inglesa como ante la escocesa.

—¿Cómo se encuentra Hugo? —le preguntó Malcom a la joven, cuando ella se unió a la celebración después de haber atendido a su querido amigo.

—Está débil, pero ninguna de sus heridas se ha infectado y podrá sanar, con tiempo y buenos cuidados —le explicó.

—¿Roberta se ha quedado con él?

—Sí. No ha consentido dejarlo.

—Tú tampoco quisiste dejarme a mí cuando yo estaba postrado en cama.

Gillian le dedicó una amorosa sonrisa.

—Supongo que el corazón escoge el lugar en el que quiere estar.

Malcom se inclinó hacia ella y le rozó el oído con su aliento.

—¿Y qué lugar escoge ahora el tuyo?

Los ojos de Gillian brillaron de emoción.

—El mismo que ha elegido desde que te conocí, Malcom: a tu lado.

Tenía razón. A pesar de que en Ravenshire él solo era un esclavo, Gillian siempre estuvo cerca, siempre lo buscó. Al principio, porque necesitaba su fuerza y su espíritu rebelde para su causa. Y, después, simplemente, porque había descubierto que el mundo era mucho mejor en su compañía.

—A mi lado es el lugar perfecto, mi querida arpía.

Ella inspiró hondo y miró en derredor. La familia de Malcom, si bien estaba satisfecha por cómo había terminado todo, no podía evitar algunas caras largas debidas a las bajas que habían sufrido.

Por su causa.

Por defenderla a ella.

—¿Crees que me perdonarán por haber traído la batalla hasta las puertas de Meggernie?

—Tú no tienes la culpa de que lord Arthur fuera el mal encarnado —le susurró Malcom, para tranquilizarla—. Y, cuando todos aceptaron la promesa que te hice, asumieron las consecuencias de lo que podría ocurrir.

—Sí, pero fuiste tú el que me ofreciste tu vida, no ellos.

—Somos un clan —le explicó—. En eso consiste la familia, Gillian, esa que no has tenido nunca. Cada uno de sus miembros está dispuesto a dar la vida por los suyos… y tú ya eres una más. Y la promesa de un highlander no lo ata solo a él, ya lo has visto. Puedo asegurarte que todos los que han caído lo han hecho con orgullo, defendiendo el honor de su clan, y así los recordaremos siempre.

De los ojos de Gillian escaparon algunas lágrimas al escucharlo, llenas de agradecimiento.

—Antes, he escuchado a tu tía Rosslyn hablando con tu tía Lena. Decían que uno de los guerreros MacGregor, muerto durante la lucha, estaba a punto de ser padre por primera vez.

—Sí, se llamaba Patrick. Era un buen hombre, leal a su clan. Y, como acabo de decirte, estoy convencido de que ha caído orgulloso de cumplir con su deber.

—Aun así, es terrible. Me duele el corazón cuando lo pienso…

Malcom la abrazó, sin saber qué otras palabras usar para consolar aquella tristeza inevitable.

Por desgracia, el destino aún tenía otra pena y otra culpa que añadir al desasosiego de Gillian. Antes de que la cena terminara, uno de los aldeanos llegó hasta la fortaleza para pedir ayuda, precisamente, para Lidia, la esposa de ese guerrero del que hablaban.

La mujer se había puesto de parto de manera prematura al conocer el fallecimiento de su marido y sufría horribles dolores. La matrona lo había mandado para que informara al laird de que algo no marchaba bien, en previsión de lo que pudiera acontecer.

Las mujeres de la familia, entre las que se incluyó Gillian, acudieron a la aldea a toda prisa para ayudar en lo que fuera menester.

No pudieron hacer nada por la parturienta. Cuando llegaron, Lidia ya había perdido mucha sangre. Y, aunque lograron sacar de su vientre al bebé con vida, a ella solo le quedaron fuerzas para besarlo y despedirse de él, antes de cerrar los ojos y reunirse con su esposo en el más allá.

Gillian lloró en silencio, tanto por la impotencia de no haber podido hacer nada —ni aun con los conocimientos de curaciones de los que disponía—, como por la familiaridad de la escena. Solo que, en su caso, ella fue la que sobrevivió, mientras que su pequeño Felix partía hacia el cielo, dejándola atrás.

Se fijó en Rosslyn, que mecía al recién nacido entre sus brazos y trataba de calmar su llanto inconsolable. Era como si el pequeño supiera que acababa de perder a su madre y a su padre, los dos el mismo día.

—Tranquilo, bebé, vas a estar bien —le susurraba la señora de Meggernie con voz suave—. Te encontraremos una familia que te querrá y te cuidará.

Gillian no lo pensó.

Solo sintió. Una fuerte emoción, como una campana tañendo en su corazón.

—Yo seré su madre —exclamó, para asombro de todos los presentes—, si me lo permitís. He sido la responsable de que este pequeño se quede sin familia… yo lo amaré e intentaré compensar su terrible pérdida el resto de mi vida.

—Pero, Gillian… —terció Willow, mirándola extrañada.

Supo lo que pasaba por la cabeza de la madre de Malcom. Aquella decisión no solo la competía a ella. Su hijo también tendría algo que decir, pues estaba claro que sus vidas se habían unido ya para siempre. Todos daban ya por hecho que los jóvenes, ahora que Gillian era libre, se casarían más pronto que tarde y sellarían así su compromiso.

Y, como si lo hubieran conjurado, el guerrero apareció en la puerta de la choza en la que se encontraban. Por su gesto, era evidente que había escuchado la conversación.

—Si ese niño no tiene más familia que lo reclame, Gillian será su madre… y yo voy a casarme con ella, por lo que seré su padre.

—¿Acaso ya le has pedido matrimonio? —inquirió Willow, con los ojos muy abiertos por la velocidad con la que se estaban desarrollando los acontecimientos.

Acababa de recuperar a su hijo tras dos años de cautiverio y, ahora, lo perdería de nuevo cuando abandonara Innis Chonnel para establecerse con su esposa. Era ley de vida, lo sabía, pero no había tenido tiempo de hacerse a la idea.

—No se lo he pedido aún —le confirmó Malcom.

—Entonces —habló de nuevo su madre—, ¿cómo sabes si ella…?

—Acepto —dijo Gillian rápidamente, sin apartar la mirada de los ojos del guerrero—. Seré tu esposa.

—Es la petición de matrimonio más rara del mundo —murmuró la jovencísima Morag, que había acompañado también a las mujeres hasta la aldea.

Rosslyn, todavía con el bebé en brazos, tomó una decisión:

—Como señora de Meggernie, soy responsable de la vida de este pequeño y tendría que buscarle un hogar de todos modos, ahora que se ha quedado huérfano —dijo Rosslyn—. Así que, si nadie tiene nada que alegar en contra, me parece bien que Gillian y Malcom lo adopten.

Nada más decirlo, se acercó a la joven inglesa y le colocó con delicadeza al niño entre sus brazos.

Ella lo miró con lágrimas de auténtica emoción en los ojos. Era demasiado pequeño, había nacido antes de tiempo, pero la fuerza con la que berreaba y apretaba los puñitos dejaba claro que tenía muchas ganas de vivir.

Gillian, mordiéndose el labio para no prorrumpir en sollozos, se acercó a la cama, donde el cuerpo de la madre del pequeño aún conservaba el calor. Se agachó a su lado y le habló cerca del oído. Quiso creer que aún estaba a tiempo de ser escuchada, que el alma de la mujer seguía presente y no se había alejado demasiado en el viaje que acababa de emprender.

—Lidia —la llamó por su nombre—, tu hijo será feliz, te lo prometo. Le hablaré de sus verdaderos padres, de cuánto lo queríais, y le diré que no deseabais separaros de él. Tu hijo crecerá rodeado de cariño y se sentirá amado. Tendrá una familia que lo apoyará siempre y que jamás le dará la espalda, te doy mi palabra. Sé que te marcharás así más tranquila, porque las promesas en esta tierra son tan fuertes como grandes vuestros corazones, me lo habéis demostrado con creces. Jamás podré agradeceros todo lo que habéis hecho por mí y, a cambio, tu hijo será mi hijo y, si algún día lo necesita, daré mi vida por él.

Se hizo el silencio después de aquel sentido discurso, roto únicamente por los gorjeos del bebé que parecía más calmado, como si él también intuyera la importancia de aquel momento.

—¿Sabéis cómo pensaban llamar Lidia y Patrick a su hijo? —preguntó Malcom.

—No —contestó Rosslyn por todos.

Si la pareja había elegido algún nombre, lo desconocían.

—Entonces, lo llamaremos como su padre, para honrar el sacrificio que ha hecho hoy en la batalla —sugirió Malcom—. ¿Qué te parece, Gillian?

—Patrick, como su padre —coincidió, con un asentimiento de cabeza.

Aquel pequeño no era Felix, pero no pudo dejar de pensar en él.

«Te prometí que me reuniría contigo y podríamos abrazarnos al fin, mi bebé, pero tendrás que esperarme un poco más», le dijo en su cabeza y en su corazón, cerrando los ojos para recordar mejor su carita. «Sé que estarás bien y serás feliz, porque, estés donde estés, mi amor te acompañará siempre».



La boda se celebró una semana después. Gillian quería que toda la familia de Malcom, a la que ahora también podía considerar la suya, estuviera presente. Y quería casarse en Meggernie, el lugar que significaba para ella la libertad. Por supuesto, que la ceremonia la oficiara el reverendo Callum MacRae también fue un punto a tener en cuenta, puesto que la joven había entablado una sincera amistad con el sacerdote que tanto la había ayudado. El pelirrojo había sabido comprenderla y jamás podría agradecerle lo suficiente su gran corazón y la generosidad que le había demostrado durante aquel difícil episodio de su vida.

Habían dispuesto un pequeño altar en la explanada exterior, al aire libre, bajo el azul brillante del cielo y sobre el verde intenso de la hierba. Al fondo, las montañas se elevaban orgullosas, como testigos mudos que quisieran otorgarles también su bendición. La brisa soplaba en rachas amables y dulces, aliviando el calor del verano al tiempo que los llenaba con los olores que Gillian había grabado ya en su memoria: el de la tierra antigua y la savia fresca, el aroma a musgo y a piedra mojada, la fragancia dulzona del brezo en flor y el olor ahumado de las hogueras que salía de las chimeneas de las chozas cercanas, lleno de vida y calor humano.

Todos aquellos aromas se entremezclaron en uno solo para Gillian…

Era un olor a renacer.

A hogar.

A un lazo que se creaba allí, en ese momento, y que ni el acero ni la muerte podrían ya romper.

El reverendo Callum, con su libro de salmos en la mano, los miró después de haber alabado durante su discurso las bondades del matrimonio.

Por primera vez en su vida, Gillian pudo reconocer en esas palabras el amor, el respeto y la entrega mutua que mencionaba. Y escuchó ansiosa la pregunta que venía a continuación.

—Gillian de Northumberland, hija del llano inglés y ahora del clan Campbell, ¿aceptas a Malcom como esposo, compañero y guardián en la vida, tanto en la sombra como en la luz?

—Lo acepto —susurró, sin apartar la vista de los ojos del novio.

—Malcom, hijo del laird Ewan del clan Campbell, ¿aceptas a Gillian como esposa, compañera y guía en la vida, tanto en la sombra como en la luz?

—La acepto.

El reverendo sacó un pedazo de tela del tartán de los Campbell y ató las manos de ambos mientras proclamaba, con voz solemne:

—Entonces, por la fe de los antiguos y la bendición de Cristo, os declaro marido y mujer. ¿Queréis añadir vuestros votos?

Gillian notaba aquel lazo quemándole la piel, como si el gesto de unir sus manos bajo aquellos colores bastase para grabar la promesa a fuego en su cuerpo.

Aceptó gustosa aquel ardor.

—Sí —respondió Malcom a la pregunta de Callum. Sus ojos azules se llenaron entonces de una honda emoción antes de hablar—. Gillian, esposa mía. Mantengo la promesa que ya te hice una vez: te protegeré con todo lo que soy. Te juro ser un compañero leal; te cuidaré y te amaré cada día como si fuera el último. A ti, y a nuestro hijo Patrick que, espero, sea el primero de muchos. Mi vida es tuya, ahora y siempre, y haré todo lo posible para que seas feliz a mi lado.

Gillian había desviado la vista un momento hacia el bebé cuando Malcom lo nombró. Permanecía dormido en brazos de la que ya se consideraba su abuela, Willow, y su imagen la inundó de amor. Al igual que habían hecho las palabras del guerrero, por lo que no dudó a la hora de pronunciar sus propios votos.

—Malcom, esposo mío —solo llamarlo así hizo que un estremecimiento le recorriera el cuerpo—, jamás podré agradecer lo suficiente al Destino que te pusiera en mi camino. Eres el ángel que siempre estuve esperando, el deseo que pedía cada noche, en silencio, y que me fue concedido como un milagro. Te amé desde que tus ojos se cruzaron por primera vez con los míos, ahora lo sé. Como sé que te querré siempre… Nos hemos querido mucho en las sombras, amor mío —susurró, haciendo alusión a las anteriores palabras del reverendo—, hora es ya de que nos amemos en la luz. Y es una luz cegadora, Malcom, intensa, cálida y brillante… como tu corazón. Yo también te doy mi vida, esposo, porque ya solo la concibo si es contigo, a mi lado y al lado de nuestro hijo.

El guerrero dejó escapar un suspiro de satisfacción al oírla y la tomó del rostro con delicadeza, para sellar todas aquellas promesas compartidas con un beso profundo, que llevaba en su esencia la firme intención de su corazón.

A su alrededor, estallaron las voces y los aplausos de júbilo para celebrar aquel matrimonio. Enseguida, Willow se acercó para depositar al bebé en los brazos de Gillian. Y así, los recién casados, sosteniendo a su hijo entre ambos, anunciaron al mundo que había nacido una nueva y pequeña familia: la familia que Gillian siempre había deseado tener.

EPÍLOGO



Seis meses después, Gillian y Willow pasaban la fría mañana junto al hogar del gran salón de Innis Chonnel, entreteniendo al pequeño Patrick, que jugaba sentado en el regazo de su abuela. La joven, que había fantaseado tiempo atrás con una imagen tan hogareña y feliz como aquella, no podía borrar la sonrisa de su rostro. Ahora tenía un hijo precioso, con una suave mata de pelo rubio y ojos avellana, que reía con carcajadas musicales y daba palmas de felicidad cada vez que ella o su abuela le dedicaban alguna carantoña.

Era una de las mayores alegrías de su vida.

Malcom y ella se habían instalado en la fortaleza de los Campbell, puesto que el guerrero estaba destinado a suceder algún día a su padre como laird y Ewan lo quería cerca, ejerciendo de mano derecha para que lo ayudara con todos los asuntos del clan.

Tampoco Willow había consentido que la joven pareja buscara otro lugar para comenzar su vida en común. Había estado dos años sin ver a su hijo y ahora, además, tenía a Patrick, el único nieto con el que podía convivir para malcriarlo como deseara. Los hijos de Cait y Erinn, a los que amaba con todo su corazón, vivían demasiado lejos para su gusto, y al pobre Patrick le había tocado suplir la carencia afectiva de su abuela.

A Gillian no le importaba no gozar de la intimidad que habrían tenido en una choza de la aldea cercana, por ejemplo. Había pasado casi toda su vida sola, anhelando el amor de una familia, y no iba a poner impedimentos al cariño incondicional que todos los habitantes de Innis Chonnel le profesaban a ella y al niño. Ni en sueños habría

imaginado que los escoceses fueran capaces de olvidar con tanta facilidad su origen, aunque, según decían todos, ella ya no era inglesa.

—Así es, querida —le aseguraba Willow, cuando hablaban de aquella cuestión—. Dejaste de ser inglesa en cuanto mi hijo te entregó su corazón, mucho antes de que llegaras a Meggernie. El amor de un escocés obra milagros… y, en tu caso, dejar de ser inglesa y liberarte fue uno de ellos.

Gillian reía, porque la mujer lo decía con tanto convencimiento que estaba segura de que en verdad lo creía así.

Aquel día, mientras Patrick se entretenía con un ovillo de lana entre sus pequeñas manitas y ellas conversaban tranquilamente, Malcom y Ewan entraron en el salón, abrigados con los mantos de los Campbell y los rostros muy serios.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gillian, asaltada por un mal presentimiento.

—Tengo esta carta para ti —le dijo Malcom, entregándole el papel —. Es de unos viajeros que han llegado procedentes de Inglaterra. Se encuentran al otro lado del lago, aguardando el permiso de mi padre para ser recibidos.

A Gillian se le había secado la boca. ¿De Inglaterra? No habían vuelto a saber nada de su antigua patria desde que recibieron la noticia de que no habría represalias contra ellos por el incidente con el barón de Ravenshire. El tribunal eclesiástico de York había estudiado su caso y había intercedido por la dama ante el rey Eduardo, declarando que lord Arthur Norton no se había conducido como correspondía a un miembro de la nobleza y el círculo cercano a su majestad. Siendo así, nadie pidió justicia por su muerte, y todos sus títulos, posesiones y riquezas regresaron a la corona inglesa sin que Gillian reclamara absolutamente nada para sí. El monarca inglés quedó satisfecho con esta solución y pronto pudieron olvidarse de aquel triste pasado para siempre…

O tal vez no para siempre, porque allí, en sus manos, la joven tenía ahora una carta que aún la ataba a todo lo que pretendía dejar atrás.

Con manos temblorosas, desplegó el papel y leyó las pocas líneas que había escritas.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró.

Malcom se acercó a ella por detrás y le colocó las manos en los hombros para darle todo su apoyo.

—¿Qué ocurre? ¿Quiénes son esas personas que quieren verte?

Ella elevó la vista del papel hasta los ojos azules de Malcom.

—El reverendo Callum lo consiguió —musitó, casi sin voz por la emoción—. Encontró a mi familia.

Su esposo frunció el ceño.

—¿A esa familia que te vendió?

Gillian tragó saliva. Siempre había mantenido que no podía perdonarles a sus padres lo que habían hecho, y Malcom era consciente de ello. Aun así, saber que estaban allí, al otro lado del lago que rodeaba Innis Chonnel, era una tentación demasiado grande como para ignorarla.

—Deseo verlos —dijo, entre temblores.

—¿Estás segura? —le preguntó su suegro.

La joven asintió y, al momento, Malcom la abrazó, rodeándola con sus brazos y todo su cuerpo para reconfortarla.

—No tengas miedo, yo estoy contigo —le susurró al oído—. No me separaré de tu lado.

Gillian cerró los ojos para aspirar su aroma y calmar su corazón. Malcom era su paz, su refugio, y él lo sabía. Su esposo solo la soltó para situarse a su lado y tomarla de la mano, mientras Ewan ordenaba a sus hombres que fueran a buscar a los viajeros que aguardaban para cruzar el lago.

Tiempo después, las siluetas de aquellas personas a las que no había visto desde que tenía ocho años se recortaron contra la puerta del salón.

Gillian tomó aire y Malcom le apretó los dedos para infundirle valor.

Según se acercaban, comprobó que en el grupo solo había tres miembros, y que no era capaz de reconocer ninguno de aquellos jóvenes rostros. Eran apenas adolescentes. Venían acompañados del

sacerdote que Callum MacRae había enviado a Inglaterra, el mismo que había conseguido el milagro de dar con ellos.

Cuando llegaron hasta ella y se plantaron delante, Gillian intuyó que no podían ser otros más que sus hermanos.

Sus padres no habían acudido a la llamada del reverendo.

A pesar de todo, tuvo que preguntar, con el corazón dolorido:

—¿Quiénes sois?

—Yo soy Lizzy, tu hermana —habló la mayor de los tres que, si era quien decía ser, solo tenía un año menos que ella—. ¿Te acuerdas de mí?

Gillian notaba la garganta estrangulada. La chica tenía su mismo color de pelo, aunque los ojos eran castaños, como los de su padre. Y sí… la recordaba, aunque los rasgos de la niña de su memoria se habían transformado en los de una jovencita.

—Veo en ti a la hermana que tuve —le dijo—. ¿Y tú? ¿Me recuerdas a mí?

—Jamás te olvidé, Gillian. Ninguno de nosotros lo hizo.

Los ojos de su hermana destellaron con el brillo de las lágrimas. Sus acompañantes, un chico que, si las cuentas no le fallaban, debía de tener catorce años, y una niña de doce, asintieron con la cabeza, bastante más cohibidos por su presencia que Lizzy.

—¿Thomas, Marie? —saboreó aquellos nombres mientras los asociaba a esos nuevos rostros que habían perdido la inocencia infantil que ella recordaba.

A decir verdad, los tres tenían aspecto de tener más edad, como si la vida les hubiera obligado a madurar antes de tiempo. Gillian supuso que en eso no se diferenciaban de ella.

Thomas y Marie tenían el cabello algo más rubio, como su madre, y los ojos del mismo verde que los suyos. Los dos la miraron con anhelo cuando los llamó por sus nombres y Gillian no pudo contenerse más. Abrió los brazos y los llamó a los tres.

—¡Oh, por todos los cielos, venid aquí!

Los hermanos se fundieron en un abrazo en grupo. Los Campbell presenciaron aquel reencuentro sin intervenir, pues era evidente que aquellos muchachos merecían esos instantes de intimidad después de tantos años separados.

—Mis hermanos… —murmuró Gillian, besando los rostros de todos ellos—. Creí que jamás volvería a veros.

Malcom les dejó unos minutos más de reconocimiento y achuchones antes de intervenir con suavidad. Sabía que el mensaje que les había hecho llegar el reverendo Callum a través de los sacerdotes con los que había contactado en Inglaterra, y a los que había pedido que siguieran el rastro de la familia de Gillian, incluía una invitación para todos sus miembros.

—¿Habéis viajado solos? —les preguntó.

No hizo falta que nombrara a sus padres, pero estaba claro qué era lo que quería saber.

—Sí —respondió Lizzy.

—Pero yo he cuidado de mis hermanas durante todo el trayecto —se animó a hablar Thomas, hinchando su pecho para aparentar ser más fuerte de lo que era en realidad—. Lo he hecho desde que mis padres se marcharon.

Aquella información agrietó el corazón de Gillian con un dolor sordo. Miró a sus hermanos con los ojos muy abiertos, sin poder creerlo.

—¿Has dicho que se fueron? ¿Os abandonaron también a vosotros?

—¡No! —exclamó la joven Marie.

—¿Cómo puedes pensar algo así de padre y madre? —le echó en cara Lizzy.

Gillian notaba la boca tan seca que le costaba hasta tragar. Sentía un vacío interior tan grande que le daban vértigos al imaginar lo que podría haber ocurrido.

—Entonces, ¿adónde se marcharon?

Las miradas de sus hermanos se ensombrecieron y ella notó un estremecimiento por la premonición que la asaltó.

—Fueron a buscarte, Gillian —musitó Lizzy—, y nunca más volvieron.

Ella estiró el brazo hacia atrás en el aire, buscando a Malcom. El guerrero entendió enseguida lo que necesitaba y tomó su mano para que pudiera apoyarse en él.

—¿Cómo…? —titubeó—. ¿Qué… qué pasó?

—Al día siguiente de que ese hombre horrible te llevara con él, padre y madre discutieron —le explicó Lizzy—. Éramos muy pequeños, pero aquello marcó nuestras vidas, Gillian. Padre decía que no tenían que haber aceptado su dinero y madre lloraba porque no habían tenido opción. Al final, decidieron que se lo devolverían todo para traerte de regreso a casa, con nosotros, y se marcharon a la fortaleza de Ravenshire para reunirse con el barón.

—Esperamos días y días —susurró Marie—, hasta que uno de nuestros vecinos llegó y nos dijo que era mejor que nos marcháramos, que padre y madre no iban a regresar.

Al escuchar aquello, Gillian se tambaleó.

—Temía que algo pudiera ocurrirnos también a nosotros —intervino Thomas—. Nos llevó lejos de Ravenshire y nos dejó a cargo de uno de sus familiares, que nos cuidó durante un tiempo.

—¿Un tiempo? —quiso saber ella, completamente rota por lo que escuchaba.

—Se cansó de nosotros pasados un par de años. Tuvimos que sobrevivir como pudimos, pero, al menos, estábamos los tres juntos.

Gillian notó un fuerte dolor en el corazón. ¿Qué edad tenían sus hermanos cuando habían perdido a sus padres? Siete, seis y cuatro años respectivamente. Aunque hubieran estado bajo la tutela de otras personas dos años, seguían siendo muy pequeños cuando se vieron obligados a sobrevivir sin ayuda.

Y ella, que había vivido rodeada de riquezas, no había podido socorrerlos… ni había podido salvar a sus padres.

Volvieron a su mente todos los pensamientos de rencor que había tenido respecto a sus progenitores, y sintió que se quedaba sin aire. Ahora hubiera querido que se quedaran con aquel sucio saco de monedas y la hubieran olvidado, porque así, habrían seguido con vida y habrían cuidado de los pequeños.

El barón los había asesinado, no tenía ninguna duda.

Cuando la idea cristalizó en su mente, notó un mareo y se tambaleó hacia atrás. Malcom le pasó su fuerte brazo por la cintura y la sujetó.

—Me querían —musitó, destrozada—. Realmente, me querían. Y murieron por mi culpa.

—No vuelvas a decir eso nunca más —le susurró Malcom al oído, con cariño, pero con firmeza—. No tienes la culpa de nada, Gillian. Eras solo una niña. El único culpable de todos los males y desgracias de tu familia era el barón.

Ella asintió, mordiéndose el labio inferior para tratar de contener su pena, y miró a sus hermanos.

—Siento no haber estado con vosotros.

—Y nosotros sentimos no haber podido evitar que aquel hombre malvado te llevara lejos… —le dijo Lizzy, apresando sus manos para apretarlas con amor.

Gillian entendió que sus hermanos lo habían pasado tal mal como ella, y se abalanzó de nuevo hacia los tres para abrazarlos de nuevo, con un renovado sentimiento de unión que ni todas las crueldades de Arthur habían podido quebrar.

—Me costó mucho dar con su pista, mi señora —habló en ese momento el sacerdote que los acompañaba—, y finalmente los encontré malviviendo en una cochambrosa cabaña, en un bosque cercano a la aldea donde los recogieron tras la muerte de vuestros padres.

Gillian inspiró hondo y los miró a los tres con amor infinito. Luego, se volvió hacia Ewan Campbell, el laird del clan. No le dio tiempo a abrir la boca, porque él se adelantó y le propuso una solución antes de que ella tuviera que pedírselo.

—Se quedarán aquí, con nosotros. Habilitaré una cabaña en la aldea y cuidaremos de ellos, Gillian, por supuesto. Tus hermanos son bienvenidos en nuestras tierras.

—Gracias —susurró, afónica por la emoción. Abrazó de nuevo a los tres jovencitos y, con los ojos cerrados, repitió—: Gracias, gracias, gracias.



Por la noche, ya en su alcoba, Gillian mecía entre sus brazos al pequeño Patrick mientras lo arrullaba con una suave nana. Malcom

la contemplaba arrobado, con el corazón henchido de amor. ¿Quién iba a decirle, tiempo atrás, que esa arpía inglesa se convertiría en su todo?

Gillian se había adaptado muy rápido a ellos, a convivir entre los Campbell y, sobre todo, con su familia. Sus padres la habían aceptado y le habían dado todo el cariño que merecía, al igual que cada uno de los habitantes de Innis Chonnel. Ella se lo devolvía con creces, agradecida por haber encontrado en esas tierras un verdadero hogar.

La única pena que había empañado su corazón, tras la boda con Malcom, fue que Hugo y Roberta prefirieran regresar a Inglaterra para comenzar una vida juntos. No obstante, mantenían el contacto por carta y Gillian sabía que podía contar con ellos si los necesitaba, y viceversa. Siempre serían parte de su familia, les había dicho antes de despedirse, por muy lejos que estuvieran.

Al fin, el pequeño Patrick se quedó dormido y la joven lo depositó con cuidado en su cuna. Luego, fue hasta la cama, donde Malcom la esperaba.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó él, acariciándole el cabello color miel cuando ella se recostó sobre su pecho.

Había sido un día muy intenso, lleno de emociones. Gillian había recuperado a sus hermanos y se había enterado de lo ocurrido con sus padres al mismo tiempo. Tenía mucho que asimilar todavía.

—Bien. Aunque me duele el alma al pensar en todo lo que ocurrió y en cómo mi familia se rompió por culpa de Arthur, me inunda la felicidad al saber que mañana podré visitar a Lizzy, a Thomas y a Marie. Aún no me creo que estén aquí, que sigan vivos y que no me hayan olvidado en todo este tiempo.

—Tú tampoco los olvidaste a ellos.

—Jamás.

—Podréis veros cada día, y tendréis ocasión de poneros al día y de conoceros bien. Os separasteis siendo muy pequeños, pero la esencia de cada uno de vosotros sigue intacta.

—Sí. Después de estar tanto tiempo sola, me siento dichosa cuando miro a mi alrededor y me veo rodeada de tantas personas que me aprecian. Tus padres, tus hermanas, tus tíos y primos… en

definitiva, toda tu familia. Y ahora, también la mía. Malcom —le dijo, elevando sus ojos hasta fundirlos con los suyos—, durante años creí que el mundo era un lugar oscuro, donde yo era solo una mala esposa y el amor un castigo. Aprendí a sobrevivir sin esperar nada de nadie… Hasta que te encontré. A ti y a los tuyos. He conocido la verdadera cara del amor y el auténtico valor de la amistad. Aún me maravilla vuestro mundo, el firme lazo que os une a todos y la generosidad de vuestros corazones. Aún no me creo que mi vida haya cambiado tanto… soy tan feliz que tengo ganas de llorar cada vez que lo pienso.

Malcom la atrajo hacia él y la besó profundamente.

—Y yo soy feliz por verte así —le dijo después—. Vuelves a tener estrellas en los ojos, mi señora arpía, y no hay nada en el mundo que me complazca más. Después de todo lo que has pasado, se te permite llorar de dicha cuanto quieras.

Ella le dedicó una sonrisa plena que le colmó el corazón. Estiró su brazo y hundió los dedos en su espeso cabello con ternura.

—¡Cuánto te amo, Malcom Campbell! Tú lo has hecho posible. Tú me has dado una auténtica familia, y gracias a ti soy madre de un niño precioso…

—Y de otros que llegarán cuando nos necesiten, tal y como te lo prometí.

Gillian se incorporó para besarlo en los labios con toda su alma.

—Jamás pensé que un enemigo me haría el mayor regalo que nadie podría hacerme, escocés —susurró contra su boca.

—¿Y qué regalo es ese? Porque yo creo que todo lo que has conseguido, todo lo que tienes en estos momentos, te lo has ganado por méritos propios.

Ella negó con la cabeza, tan cerca de su rostro que la punta de su nariz lo acariciaba.

—Me diste algo que ni todas las joyas de Arthur podrían igualar, Malcom. Para salvarme, para que hoy pueda estar aquí, siendo una esposa feliz y una madre orgullosa, me diste tu vida…

El guerrero la tomó con delicadeza de las mejillas para poder mirarla a los ojos, con toda la pasión que sentía por ella latiendo en sus pupilas.

—No lo dudes, amor mío: mi vida es tuya. Mi corazón, mi cuerpo y mi alma son tuyos… ahora y siempre.

Gillian se movió para colocarse a horcajadas sobre él, al tiempo que se deshacía de la túnica que llevaba sobre el camisón.

—Me lo has dicho con palabras. —Se sacó el camisón por encima de la cabeza, quedándose desnuda sobre él—. Ahora, demuéstramelo con tus caricias, esposo.

Malcom le dejó ver una sonrisa ladeada, encantado por su espontaneidad y su falta absoluta de pudor.

—Soy tu esclavo, mi dulce arpía, y tus deseos son órdenes para mí —le susurró con voz ronca, antes de entregarse por entero a la placentera tarea de complacerla.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Si has llegado hasta aquí, mi primer agradecimiento es para ti, querida lectora. Los Hermanos MacGregor es una saga a la que tengo especial cariño, porque con *La Joya de Meggernie* empezó mi andadura como autora autopublicada y comenzó a fraguarse ese sueño que se ha hecho realidad a día de hoy: vivir de la escritura.

Significa mucho para mí que hayas seguido las andaduras de esta familia y espero que hayas disfrutado también de las aventuras de los hijos de Ewan y Willow, la siguiente generación. Mil gracias. Como siempre digo, sin ti, toda esta magia no sería posible.

Gracias como siempre a mis inestimables lectoras cero, que me apoyan y siempre están dispuestas a prestarme sus ojos para encontrar los errores que no he visto, o las incoherencias en la trama que me pasan desapercibidas. Gracias a Inma, Alicia, Laura... y en especial a Eva, porque, aunque ella misma se defina como «cuadriculada», no se le escapa nada, y me ayuda muchísimo a sacarle brillo a la historia.

Un agradecimiento muy especial a Sara, mi hija, y ahora también mi portadista. Por aguantar mis dudas, mis cambios de opinión, mis quejas y mis preferencias durante el proceso de creación de la portada. Tienes mucho talento, mi amor, y vas a llegar muy lejos...

Y, como siempre, gracias a mi familia, que sabe lo mucho que significa la escritura para mí y siempre están ahí, al pie del cañón, dándome ánimos y empujones para que no me rinda y saque lo mejor de mí con cada novela.

OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA

Si te ha gustado esta historia y no has leído las anteriores, *Corazón en Guerra* y *Mi Dulce Enemiga,* las tienes disponibles en Amazon, en formato papel, digital y KindleUnlimited.



Y, si no conoces la saga anterior, Hermanos MacGregor, te dejo la primera entrega: *La Joya de Meggernie*, disponible también en Amazon como el resto de la trilogía.



SOBRE MÍ

Kate Danon es el seudónimo bajo el que escribo mis **novelas románticas**. En mis historias trato de ofrecer una premisa intrigante, unos personajes inolvidables, una trama que atrape y un final feliz.

En el año 2018 quedé finalista del **Premio literario Amazon** con mi novela *El secreto de Malcom*, que se convirtió en uno de los 10 e-Book más leídos de Amazon en 2019.

Actualmente, me dedico a la escritura a tiempo completo. Por eso, como autora autopublicada que vive de sus libros, te agradecería que me ayudaras a que mis novelas lleguen a más lectores, recomendándolas a tus conocidos si te han gustado o dejando una opinión en Amazon.

Si te apetece saber más sobre mí y mis publicaciones, te invito a conocer mi web: **https://katedanon.es**